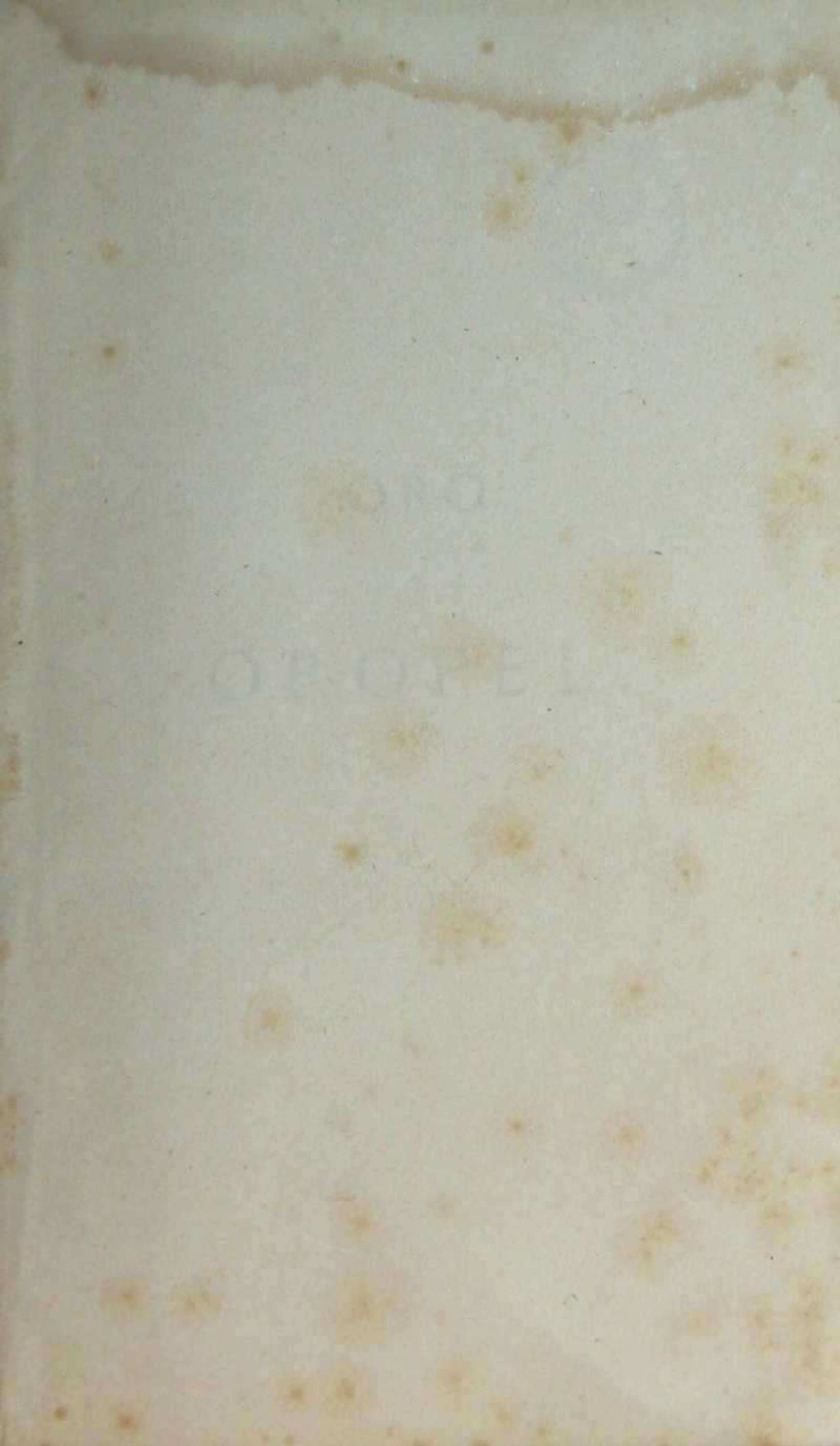


ARANA
—
ORO
Y
OROPEL

180

180



M - 10486

R - 4700

A.T.V.

3141



ORO

y

OROPEL.

Es propiedad del autor.

ORO

Y

OROPHEL.

POR

DON VICENTE DE ARANA.



BILBAO:

IMP. LIB. Y LIT. DE JUAN E. DELMAS, CORREO 24.

1876.

AL LECTOR.

Este libro se llama ORO Y OROPEL porque se compone de joyas literarias extranjeras y de trabajos originales; de poemas, leyendas, etc., admirables producciones de insignes poetas extranjeros, puestas por mí en lengua castellana, y de leyendas, cuentos y poesías, parto de mi pobre imaginación. Y me parece ocioso añadir que lo tomado de la literatura extranjera es el *oro*, oro finísimo y subido de quilates, que aunque en mis manos ha perdido gran parte de su brillo, conserva su valor intrínseco; mis humildes trabajos originales son el *oropel*, las joyas falsas que, cual si tuvieran conciencia de su poco valor, se presentan mezcladas con otras de gran precio, en la esperanza de reflejar los vivísimos destellos que estas irradian, y parecer hermosas aunque no lo sean realmente.

Es sin embargo probable, y aun seguro, que el presentarse mis trabajos originales en tan buena compañía, contribuirá á hacer mas palpable su tosquedad é insignificancia; porque mas fea y despreciable nos parece la ortiga en un jardín de bellas flores que rodeada de otras plantas tan humildes como ella; el arbusto, que solo ó rodeado de otros arbustos llama ya nuestra atención por su pequeñez, nos parece, si á su alrededor crecen árboles gigantescos, de una estatura verdaderamente liliputiense; y nunca nos parece tan débil la luz de la bujía que nos ha alumbrado durante la velada, como cuan-

do, al rayar el alba, tiene que luchar con la blanca luz del naciente día.

Muchos dirán, y tendrán razón, que soy digno de censura por haberme atrevido á publicar mis pobres tentativas literarias al lado de bellísimas producciones de poetas tan insignes como Tennyson, Longfellow y el Dr. Percy; pero creo que á lo menos una parte del público será indulgente con mis trabajos originales, en atención al buen deseo que me ha animado á ofrecerle tantas y tan preciadas joyas de la literatura extranjera. Espero que la parte mas benigna y menos exigente del público, teniendo en cuenta el valor del oro purísimo que le ofrezco, recibirá menos desdeñosamente el mucho oropel que al mismo tiempo pongo á sus plantas.

El oro son *Enoch Arden*, admirable leyenda cuyos personajes son todos igualmente simpáticos, pero en la que el horrible infortunio y la grandeza de alma de Enoch conmueven todas las fibras del corazón; *Dora*, ó sea el ángel de amor, de dulzura, de resignación; *La Maya*, conmovedora historia de una niña envanecida de su hermosura; las preciosas baladas de Francisque Michel, Mosen y Percy; un apólogo de Bertola; y *Evangelina*, personificación acabada del amor, la constancia y la abnegación. El oropel, es decir los trabajos originales, son las leyendas *Brenda de Kolbein*, *La Rosa de Ispaster* y *El Brebaje Maravilloso*, y el cuento, aun más insípido que extravagante, titulado *D. Trifon XIV*. Nada digo, por su insignificancia, de la exigua colección de poesías que se halla al fin del volumen, entre las que también se encuentran algunas traducciones, ó mejor dicho imitaciones, del inglés.

A excepcion de las baladas vasco-francesas, el original de las composiciones cuya version española presento al público está escrito en verso, y como son muchos los que creen que las obras en verso deben también tradu-

cirse en verso, diré que esa es tambien mi opinion, pero que me parece que los que no sean capaces de hacer *muy bien* la traduccion en verso, deben preferir la prosa. Por esa razon la he preferido yo.

Nada tengo que añadir. Me daré por satisfecho con que aquellos de mis lectores que sepan amar y sentir, experimenten, al leer este libro, las nobles y puras emociones que yo hé experimentado al escribirlo.

Licente de Arana.

BILBAO, 1876.

BRENDA DE KOLBEIN.

BRENDA DE KOLBEIN.

I.

Acababan de extinguirse los últimos fulgores del crepúsculo, el blanco rostro de la luna se iluminaba gradualmente, y las estrellas iban apareciendo una tras otra en el azulado firmamento.

Una jóven, que á juzgar por su aspecto debía contar unas diez y nueve ó veinte primaveras, caminaba lentamente y deteniéndose á menudo, por una estrecha senda, tan tortuosa y accidentada, que bien podia simbolizar el escabroso camino de la vida, con todas sus dificultades, tropiezos y peligros.

Sin embargo, era evidente, aun para el observador menos experimentado, que la lentitud y las frecuentes paradas de la doncella no eran producidas por el cansancio, ni por lo frágil del sendero. La lentitud de la jóven obedecía sin duda alguna á una causa puramente moral. Tal vez temia llegar al sitio á donde iba; tal vez se hallaba abismada en alguna profunda meditacion; tal vez la hermosura de la noche y la agreste belleza del paisaje la embelesaban, y hacian que se detuviera á cada paso.

Brenda de Kolbein, que así se llamaba la doncella, sin ser una de esas bellezas que solo se encuentran raras veces, era una jóven bastante linda para cautivar á un hombre de delicado gusto. Sus grandes ojos azules tenian una expresion de candor, de bondad y de dulzura, que no trataremos de describir. Sus

cabellos eran de un hermoso color castaño claro; algunos pequeños bucles caían sobre la tersa y espaciosa frente, haciendo resaltar su incomparable blancura. La nariz era recta y bien proporcionada; la boca podía haber sido algo más pequeña, pero en cambio los labios eran delgados, frescos y rojos, y los dientes eran tan blancos, tan diminutos, y estaban tan bien alineados, que daban á la sonrisa de la niña un encanto irresistible. El blanco y el rosa se disputaban la posesión de sus mejillas, sin que el uno pudiera desterrar al otro, ni ser desterrado por él. Su barba, que era algo prominente, estaba adornada con un lindísimo hoyuelo; su cuello era corto y bien modelado; sus orejas, más rojas que la grana, parecían las orejas de un niño.

Brenda no era alta, pero sí muy bien formada y muy airosa; había en todos sus movimientos una gracia, un donaire que encantaba.

II.

¿Adonde vá la hermosa vírgen en medio del silencio de la noche? El sendero conduce á la cabaña de la vieja Astrida ¿irá tal vez la jóven á consultar á la misteriosa sibila?

Bueno será que antes de contestar á esta pregunta, pongamos al lector al corriente de algunos antecedentes importantes para la inteligencia de esta historia.

Brenda tuvo la desgracia de perder á sus padres siendo muy niña, y desde entonces había vivido en el castillo de su tío, el señor de Kolbein, en compañía del anciano y su hija Alicia. Brenda amaba á su prima con toda la ternura de que era capaz su bello corazón, y Alicia parecía corresponder á su cariño. Tratabala, sin embargo, con cierto aire de protección y de superioridad, como si quisiera hacerla comprender la distancia que mediaba entre la rica heredera y la pobre huérfana que vivía de la munificencia de su padre. Pero Brenda, aunque tal vez lastimada en su amor propio, nunca se quejó, ni demostró el menor enfado, pues era la dulzura personificada.

En cuanto al señor de Kolbein, la edad y los sufrimientos

físicos y morales, entre estos últimos la muerte de su esposa á quien idolatraba, habian de tal modo debilitado sus facultades intelectuales, que su estado rayaba en la imbecilidad. Amaba tiernamente á su hija, pero era evidente que preferia á Brenda, que era mas cariñosa, mas solícita, mas complaciente.

Entre las personas que frecuentaban el castillo de Kolbein, habia un caballero á quien el anciano tenia particular aficion. Llamábase Oton de Felsen, y era uno de los mas ricos y poderosos señores de toda la Escandinavia.

Oton era en extremo atento, cordial y cariñoso con las dos primas, mas no demostraba predileccion por ninguna de ellas. Pero Brenda, la tierna y sensible Brenda, le amó desde el primer momento, con un amor que cada dia debia ganar en intensidad. Alicia, menos impresionable, permaneció indiferente; pero fingió de un modo admirable una afeccion que no sentia, pues era ambiciosa, y la hubiera halagado sobremanera verse enlazada con aquel opulento jóven.

Publicóse á la sazón una cruzada, y Oton, que al escuchar la fausta nueva sintió bullir en sus venas la generosa sangre normanda, partió á la conquista del Santo Sepulcro, siguiendo el glorioso estandarte de la Fé, que el magnánimo Ricardo, Corazon de Leon, habia enarbolado.

La ausencia no entibió el amor de Brenda. ¡Con qué impaciencia esperaba el regreso de Oton! ¡Qué largos y tristes le parecian los dias! Verdad es que las noches le servian de consuelo, pues ni en una sola dejaba de ver en sueños á su amado, que le prometia volver pronto junto á ella, y colmarla de amor y de ventura.

Así pasaron algunos años, que á la pobre Brenda parecieron otros tantos siglos.

El dia en que comienza nuestra historia, hallábanse reunidos en un aposento del castillo, el viejo señor de Kolbein, las dos primas, y una señora viuda, de unos cuarenta años de edad, de semblante risueño y bondadoso. Esta dama era hermana de la madre de Brenda, y amaba á su sobrina mas que á las niñas de sus ojos, así es que con frecuencia venia á pasar algunos dias

en su compañía. Proponíase partir á la caída de la tarde, pues hacia ya algunas semanas que estaba en Kolbein, y temia que sus hijos creyesen que los habia olvidado por completo. Brenda, que nunca era tan feliz como cuando su bondadosa tia le recordaba las travesuras de su infancia, y le hablaba de su padre y de su madre, estaba mas triste y pensativa que de costumbre, y hubiera dado de buena gana sus mejores galas por poder retener á su tia en el castillo.

El anciano y las dos jóvenes instaban inútilmente á la noble Ausgerda de Roskild á que prolongase su estancia en Kolbein, cuando vino á interrumpirles la llegada de un mensajero que, despues de hacerse anunciar, penetró en el salon con el rostro encendido, y jadeante de fatiga.

«—Vengo, dijo, á comunicaros que el noble caballero Oton de Felsen, mí señor, debe llegar hoy mismo, antes de la noche, á su castillo, de vuelta de la Tierra Santa donde se ha cubierto de gloria. Está seguro de que no le habeis olvidado, é imagina que le esperais con impaciencia, pues conoce vuestros corazones; por eso me ha ordenado que me adelante á él y á su escolta, y corra á participaros su regreso. Mi señor pasará la noche en Felsen, pero mañana mismo vendrá á ver á sus buenos amigos de Kolbein. Y me ha encargado os diga, que si una hermosa doncella, á quien conoceis, pero cuyo nombre no me ha revelado, acepta su corazón y su mano que piensa ofrecerle, pasará tranquilamente el resto de su vida en su viejo castillo, sin ir en busca de aventuras á lejanos paises.»

Hay cosas que ni la pluma mas hábil seria capaz de describir.

Tal fué la alegría de Brenda al saber el regreso del que amaba. Empero una terrible duda vino á turbar el gozo de la doncella, y á nublar su radiante rostro. ¿Era ella la joven de quien habia hablado el mensajero? ¿No era mas probable que fuese su prima Alicia, tan superior á ella en hermosura y en riquezas?

Para Alicia no habia la menor duda de que Oton pensaba pedir su mano, y no la de Brenda, así es que se dibujó en sus labios una sonrisa de satisfaccion, al ver acercarse el momento en que se iban á realizar sus esperanzas.

En cuanto al anciano, el placer que experimentó al saber que su joven amigo se hallaba de regreso, impidió que se fijara en la segunda parte del mensaje. Hizo servir al mensajero una abundante y succulenta comida, pero le advirtió que esperaba pagase su hospitalidad refiriéndole las hazañas del caballero de Felsen en Palestina.

Este incidente no retardó mas que por algunos instantes la partida de la noble Ausgerda. Pero antes de dejar el castillo encerróse un momento con Brenda en el aposento que habia ocupado durante su estancia en Kolbein, y abriendo un precioso cofre de haya, sacó de él un riquísimo vestido blanco, de la seda mas fina, cubierto de primorosos bordados de oro, que representaban ramas, flores y pájaros. Y dirigiéndose á Brenda con la mas amable sonrisa, y dándole un golpecito en la mejilla, le dijo;

—«He escogido el momento de mi partida para hacerte este pequeño regalo, que es una prueba del entrañable cariño que te profeso. El dia de tu boda no me parece lejano. ¿Has oido lo que ha dicho el mensajero? Pues bien; deseo que el dia en que Oton de Felsen te conduzca al altar, te engalanes con este lindo vestido, y pienses en tu tia que te desea todo linaje de felicidades.»

Luego, quitándose los pendientes que llevaba puestos, que eran una obra maestra de gusto y elegancia, en la que el artífice debió haber agotado su paciencia, añadió:

—«Estos pendientes llevaba yo el dia en que me casé con Sigefried de Roskild. No te olvides de ponértelos el dia de tu enlace con el caballero de Felsen. ¡Plegue al cielo que seas amada como lo he sido yo, y que la muerte no te arrebathe, como á mí, en la flor de sus años, el esposo que hacia mi felicidad y mi orgullo!»

Cuando Brenda quedó sola, púsose á examinar con infantil delicia el primoroso vestido que una reina hubiera envidiado; luego, el brillo de los pendientes atrajo sus miradas, y tomando uno de ellos con sus rosados dedos, lo contempló con admiracion.

Representaba un pajarito posado sobre una rama, en actitud de cantar. Hermosos topacios, turquesas, rubies, esmeraldas y otras piedras preciosas formaban su espléndido plumaje; el ópalo, emblema de la inconstancia, brillaba en su pecho, y un lindo penacho de hilos de oro, verde y grana, adornaba su cabeza.

La joya era hermosa, y digna de la jóven que el caballero de Felsen condujera al altar. Pero, á la verdad, la pobre Brenda tenia poca esperanza de que Oton la prefiriese á su bella prima. Ningun tormento hay comparable al de la duda, y por eso la jóven hubiera dado con placer algunos años de su vida por poder adivinar los proyectos del que amaba, y descorrer el tupido velo del porvenir.

Entonces se acordó de la vieja Astrida, la famosa sibila de la comarca, cuya vista penetraba hasta el fondo del tenebroso abismo del pasado; la sibila ante cuyos ojos aparecian distintamente, uno tras otro, los siglos venideros, con todas sus miserias y todas sus grandezas; la vieja Astrida, cuyas predicciones jamás habian dejado de cumplirse, y para quien, segun las gentes, no habia arcano alguno indescifrable.

Sin embargo, mucho vaciló la doncella antes de decidirse á ir á consultar á la vieja acerca de la suerte que la reservaba el porvenir. Estremeciase Brenda al pensar en lo que en la comarca se referia de aquella mujer extraordinaria.

Decíase, en efecto, que Astrida tenia pacto con el ángel malo. Muchas veces se habia visto salir de la cabaña de la vieja á un hombre de aspecto siniestro, de crespos y espesos cabellos rojos, de enmarañada barba, y de mirada torva. Aunque llevaba siempre cuidadosamente ocultas las manos, algunos aseguraban haber visto sus largas uñas en forma de gancho, y no faltaba quien dijera que habia visto asomar, por debajo de la capa de escarlata del misterioso caballero, el extremo de un feísimo rabo.

Pero no hemos hablado todavia de una circunstancia que por sí sola hubiera bastado para hacer á la vieja Astrida famosa entre todas las sagas del Norte. Creiase generalmente que

nuestra sibila era tan vieja como el mundo. Los mas ancianos del pais recordaban haber oido decir á sus abuelos, que desde la mas tierna infancia habian conocido á Astrida tan vieja, tan arrugada, y tan cana como ochenta años despues. Todas las tradiciones, todas las leyendas, todas las canciones que hablaban de ella, aunque fuesen de los tiempos mas remotos, la pintaban como una vieja nacida indudablemente mucho tiempo atrás, puesto que no habia nadie que recordase su nacimiento, ni su juventud, ni su edad viril: todos habian conocido su senectud, el prolongado invierno de su vida; nadie habia visto un solo dia de la primavera de aquella dilatada existencia.

Todas estas circunstancias justifican la vacilacion de la jóven, que nos parecerá aun mas natural si tenemos en cuenta que Astrida jamás habia querido adoptar la religion de Cristo, y permanecia fiel á las antiguas creencias de los pueblos del Norte. Odin era su dios: el famoso celta; el que, despues de llegar á las orillas del Báltico, se dirigió hacia el Sur, atravesando la Sajonia, la Westfalia, y la Franconia; marchó de nuevo hácia el Norte, y de la Jutlandia pasó á Suecia, cuyo pais conquistó, mereciendo por sus hazañas que despues de muerto fuese adorado como un dios por sus guerreros.

A los ojos de Brenda, cristiana ferviente, era casi un crimen ir á pedir á la adoradora de Odin que descorriese ante sus ojos el velo del porvenir, revelándola lo que el destino la tenia reservado.

Sin embargo, la enamorada jóven no pudo resistir al vehemente deseo que tenia de saber si Oton la conduciría al altar ó preferiria enlazarse con su hermosa prima.

Ya firmemente resuelta á hacer una visita á la vieja Astrida, esperó no sin impaciencia la puesta del sol (pues la sibila no recibia á nadie mas que de noche), y salió del castillo sin ser vista, así que el esplendente astro del dia se hubo hundido en el ocaso.

Por eso la hemos encontrado en el escabroso sendero que conduce á la cabaña de la saga. Volvamos á reunirnos á la doncella, y acompañémosla á la morada de la vieja Astrida.

III.

El sendero se hacia cada vez mas pendiente y mas escabroso. Hallábase cubierto de piedras sueltas de todas formas y tamaños, como el lecho de un torrente, y sin duda en la época de las lluvias no debia ser otra cosa. En muchas partes la accion de las aguas habia puesto á descubierto la roca, sobre la cual era imposible andar sin ayudarse con las manos, y aun así costaba mucho trabajo evitar los resbalones, que en aquel paraje podian ser fatales. Sin embargo, Brenda continuaba el ascenso sin dar muestras de fatiga ni de desaliento.

La vegetacion era casinula. Algunos abetos y algunos alisos raquíticos, alguna zarza poco lozana, y de trecho en trecho algun mústio argomal, y nada mas. En cambio, si se miraba á lo léjos, veíanse casi en todas direcciones las laderas de las montañas cubiertas, hasta la cumbre, de gigantescos árboles, entre los que descollaban los robles, las hayas y los pinos.

Por fin, despues de una prolongada y penosísima marcha, la jóven llegó á la márgen del Siebald, y allí, en lugar de continuar elevándose en la montaña, tomó el sendero que paralelo al impetuoso torrente descende á la orilla del mar, y emprendió el descenso, con tanta rapidez como lo permitia la naturaleza del terreno.

La doncella olvidó casi completamente el objeto de su paseo nocturno contemplando las transparentes aguas y escuchando el continuo murmurio del Siebald, que corria y saltaba con rapidez vertiginosa sobre su profundo lecho de rocas y guijarros, formando abundante y blanquísima espuma.

Veíase á lo léjos la superficie del Báltico, tan tranquila y llana como la de un lago, y sin embargo llegaba á los oidos de la jóven, cada vez mas perceptible, un murmullo semejante al bramido del mar.

Aquel lejano murmullo, que pronto se trasformó en espantoso estruendo, semejante á la potente voz del trueno, ó á los rugidos del embravecido mar, anunciaba la proximidad de la gigantesca catarata de Siebald.

Y aunque la jóven la habia visto muchas veces, no pudo menos de detenerse en medio del rústico puente de madera tendido sobre el abismo, puente conocido tambien con el nombre de Siebald, y contemplar llena de admiracion y de espanto la prodigiosa caida de agua y la horrible sima de Nifleim.

El arroyo, como fatigado por su larga y precipitada marcha, deteniase de improviso en una concavidad del terreno, donde formaba un pequeño pero profundísimo lago (llamado en la comarca el sumidero de Siebald), cuya superficie estaba en su mayor parte inmóvil, al menos en apariencia, gracias á la configuracion del terreno, que no ofrecia á las aguas mas que una salida relativamente estrecha. Por aquella abertura salian á borbotones las aguas que rebosaban la márgen del lago, y de lo alto de una roca perpendicular se precipitaban con espantoso estruendo, formando una gigantesca cascada, al fondo del abismo de Nifleim, del cual salian por una estrecha hendidura abierta en la roca, para ir á formar mas abajo nuevas cascadas.

El pequeño puente estaba tendido precisamente sobre la abertura del sumidero, cuyas sosegadas aguas contempló por algunos instantes Brenda apoyada en el pretil norte de la rústica construccion. Luego, ansiosa de contemplar un espectáculo mas grandioso, fué á apoyarse sobre el pretil ó antepecho opuesto, es decir, sobre el que mira al sur, el cual está suspendido sobre el abismo. El salvaje aspecto del lugar, y el fragoroso estruendo de las aguas precipitándose en un lecho de rocas, llenó su alma de terror; los helados vapores que subian del fondo de la horrible sima la hicieron sentir un frio penetrante, insoportable. Sintió que el abismo la atraia; espermentó un ligero desvanecimiento, preludio de un vértigo fatal, y huyó horrorizada del terrible puente.

Encontróse á la orilla izquierda del torrente de Siebald. En frente de ella, á pocos pasos, al abrigo de una enorme roca cortada á pico, veíase la cabaña de la vieja Astrida.

I V.

La habitacion de la sibila era un informe barracon formado de grandes estacas de roble y haya, y techado con ramas y cortezas de árboles cubiertas de musgo. A cada lado de la puerta veíase, como guardando la entrada, una enorme mole de granito ceniciento (en parte cubierta por lozanas ortigas y otras plantas), cuya forma se acercaba bastante á la de un cono truncado, sobre cuya superficie lateral estaban toscamente grabadas algunas inscripciones en caracteres rúnicos.

A ambos lados del corto y estrecho sendero que á través de un espeso matorral conducia del puente de Siebald á la rústica vivienda, elevábanse algunos gallardos pinabetes, cuidadosamente alineados, cuyo agradable aspecto suavizaba un tanto lo mucho que de salvaje y siniestro tenia el paisaje.

Despues de algunos instantes de vacilacion, la jóven se dirigió lentamente hacia la morada de la anciana, pero se detuvo de súbito al notar que la puerta de la cabaña se abria, y ver aparecer en el umbral á la vieja Astrida.

Esta era alta y delgada, derecha como un pino, y á pesar de su trato con el ángel malo, su aspecto, lejos de ser repulsivo, tenia algo de venerable. Su ancha frente, surcada de profundas arrugas, no estaba desprovista de majestad; sus abundantes cabellos blancos, recogidos no sin gracia sobre la parte superior de la cabeza, formaban una admirable diadema de plata; sus ojos brillaban de un modo irresistible; sus facciones conservaban, apesar de la accion del tiempo, algunos vestigios de una gran hermosura. La boca era pequeña, los labios delgados, la nariz larga y ligeramente corva. Vestia una anchurosa túnica gris de un paño grosero.

Al apercibir á Brenda, la anciana, cuyo rostro tomó una expresion indefinible, dió algunos pasos hácia ella, y con voz cascada y desapacible exclamó:

«—¿Qué busca en el silencio de la noche la tímida paloma de Kolbein?»

A esta hora las de su especie duermen profundamente en el

caliente nido: son hermosas y pueden afrontar la luz del día.

No así el murciélago, que, cual si tuviera conciencia de su fealdad, solo se deja ver durante la noche.

A esta hora el buho, posado en el alero de algun ruinoso tejado, contempla con estúpidos ojos el majestuoso curso de la luna; á esta hora lanza la horrible lechuza sus desapacibles y lúgubres graznidos.

Mala hora ha escogido Brenda de Kolbein para vagar por la montaña.»

Calló un momento la vieja como esperando que hablase la doncella, mas viendo que esta permanecia silenciosa, continuó con acento sensiblemente dulcificado:

«—¡Ah! Sin duda tienes enfermo y agitado el corazón, y buscas la calma en la soledad, en la sombra, en el silencio; sin duda arde tu frente, y te agradan las caricias de la fresca brisa de la noche.

Tan solo una pasión fatal, turbando tu juicio, ha podido sacarte del castillo á una hora semejante. Tan solo una pasión fatal puede hacerte olvidar los terribles osos que pueblan la montaña; tan solo una pasión fatal puede cegar tus ojos, impidiéndoles ver los horribles precipicios abiertos á tus piés, y los impetuosos torrentes que pudieran arrastrarte al fondo de la tenebrosa barranca, ó á las salobres aguas del mar.

Sin duda el amor turba tus sentidos. ¿Porqué le has dado albergue en tu sencillo corazón?

Bien puedes hacer un adios eterno á la lucidez de la mente, á la alegría del corazón, á la paz del espíritu.

Desde el momento en que el amor nos hace sus esclavos empieza á atormentarnos el mas inquieto anhelo, los mas acerbos dolores, la duda y el sobresalto, el desengaño y la cólera, la melancolía y la desesperacion.

¿Cómo has podido pasar por ese horrible puente sin pensar en la historia de Siebald, víctima de la misma pasión que oscurece tu inteligencia, oprime tu corazón, y embota tus sentidos?

Siebald era hermoso y valiente; el mas hermoso y el mas valiente de los guerreros de Odin.

El caudillo le amaba, sus compañeros de armas le admiraban, su solo nombre ahuyentaba al enemigo.

Si no hubiera abandonado aquella vida de fatigas, de combates y de glorias, habría sido, á la muerte de Odin, el caudillo de los hombres del Norte; cien cantos guerreros celebrarían sus victorias; todos pronunciarían su nombre con amor y respeto.

Si no hubiera abandonado aquella gloriosa existencia, habría encontrado en alguna batalla una muerte envidiable; Odin le habría recibido en su Walhalla (1), y las hermosas Valkirias le habrían presentado los cráneos de sus enemigos llenos de agua-miel deliciosa.

Pero solo los que mueren en el combate pueden entrar en el Walhalla; solo ellos pueden recibir los agasajos de las sonrientes Valkirias, y libar el delicioso licor preparado por sus manos.

Siebald no murió combatiendo; por eso morará eternamente en el Nifleim, en el infierno de los hombres afeminados y cobardes.»

Aquí la anciana hizo otra pausa; luego, bajando un poco la voz, continuó:

«—Minna era derecha como un lozano pinabete, airosa como el cisne que surca rápidamente la tranquila superficie del lago. Su talle era flexible, sus mejillas rosadas, sus labios frescos y encarnados, sus ojos azules, su frente mas blanca que la nieve que corona el pico de Biorn, sus cabellos amarillos como el oro.

Y Siebald, el terrible guerrero, vió á Minna, y la amó.

Y Minna, orgullosa de su hermosura, llena de vanidad, escuchó con agrado las amorosas frases del mancebo, pues vió en

(1) La mitología gótica es complicadísima, por cuya razón no entraremos aquí en esplicaciones que para la mayoría de los lectores tendrían muy poco interés. Baste saber que el Walhalla es el paraíso que Odin, ó Woden, prometió á los que morían en el combate; los que morían de vejez, de enfermedad etc. iban á morar en el Nifleim. Las Valkirias eran unas hermosas ninfas consagradas al servicio de los guerreros que en premio de su valor eran recibidos en el Walhalla.

ellas una nueva y brillante prueba del avasallador poderío de sus encantos.

Porque Minna no tenía corazón. Las lisonjas resonaban en sus oídos como la música más deliciosa; gustaba de verse rodeada de admiradores, y para todos tenía miradas, sonrisas y palabras que servían para atizar el fuego que su belleza encendía en todos los pechos.

Quería ser amada de todos, reinar en todos los corazones, avasallar todas las voluntades.

Sin embargo, Siebald era tan hermoso, era tal la fama de sus hazañas, que Minna empezó á distinguirlo entre todos, aunque no por amor, sino por vanidad.

Más no por eso dejó de escuchar con complacencia las zalamerías de sus otros adoradores. No todas sus seductoras sonrisas eran para Siebald; no todas sus melosas palabras eran para el favorito de Odin.

Y Siebald que la amaba con toda su alma; Siebald que aborrecía á todas las demás mujeres; Siebald que ni para la más bella tenía ni una mirada, ni una sonrisa, ni un pensamiento, hubiera querido ser amado del mismo modo, pero vanos fueron todos sus esfuerzos para conseguirlo.

¿Quién podrá pintar los sufrimientos del jóven? Las almas sensibles podrán imaginarlos, más para pintarlos fuera necesaria la elocuencia de los dioses.»

Astrida se detuvo de nuevo. Luego prosiguió con visible emoción:

«—Por aquella mujer ingrata, por aquella mujer insensible, dejó Siebald á Odin y á sus compañeros.

Por aquella hermosura cruel dejó Siebald su aventurera y gloriosa existencia; por ella renunció al premio que Odin reservaba á los valientes.

Siempre á los piés de Minna, deslizábase su vida en medio de la más completa apatía, la más vergonzosa afeminación.

Sus miembros se entumecieron, su cuerpo perdió su vigor, su hacha de combate se cubrió de moho.

Por fin, Minna, cediendo á los ruegos de su amante, le juró

un amor eterno, y le prometió que sería su esposa. Siebald creyó por un momento que sus penas habían terminado, y que en adelante la felicidad no cesaría de sonreírle.

Pero por aquel tiempo llegó á esta comarca un famoso rey del mar; el fornido, el gigantesco, el terrible Asmundur.

Y Minna, ansiosa de domar aquel oso feroz, y de verlo á sus piés como un humilde esclavo, puso en juego todos sus artificios para conseguirlo.

Y Asmundur sucumbió, como Siebald había sucumbido antes que él.

El rey del mar tenía un corazón de roca, pero la roca se ablandó; el rey del mar tenía un corazón de hielo, pero como los témpanos de hielo que el viento del Norte empuja hacia mas dichosos climas, se funden al calor del sol esplendoroso, así el hielo del corazón de Asmundur se fundió al brillo de los ojos de Minna, y al calor de su aliento embalsamado.

Un día, Siebald, lleno el corazón de tristes presentimientos, se dirigia lentamente hacia la morada de Minna, cuando, al atravesar un espeso bosque de avellanos, vino á herir sus oídos la desapacible y estruendosa voz del odiado Asmundur.

Siebald se detuvo, y escuchó con terrible ansiedad:

«—Yo te amo, decía el rey del mar; yo te amo mas que á mis airosos y rápidos bajeles; mas que al ilimitado mar, escena de mis triunfos.

Por ti abandonaré el mas rico botín; por ti renunciaré á los combates y á la gloria.

Tus miradas y tus sonrisas me enloquecen; por un solo beso de tus labios diera gustoso la mitad de mi vida.

¡Oh, dime que me amas, Minna! ¡dime que no amas á nadie mas que á mí!»

Hubo un momento de silencio, durante el cual el desdichado Siebald experimentó el mas acerbo dolor, la mas terrible angustia, la mas insoportable ansiedad!

Por fin Minna contestó; su voz dulce, sonora y vibrante estremeció á Siebald; su acento apasionado penetró en el corazón del mancebo como la fría hoja de un puñal.

Minna contestó:

«—Yo te amo, Asmundur; yo te amo como el mar ama á la gallarda nave que surca su ondulante superficie; como los gigantes pinos aman las caricias del viento de la noche; como el águila ama las altas cumbres adonde no pueden llegar las otras aves.

Tú eres mi único amor; por ti desprecio á todos los demás hombres.

Solo un corazon como el tuyo, valiente rey del mar, es capaz de comprender el amor de Minna; solo tu mereces oír de mis labios el dulce nombre de esposo.

Acercas tu rostro á mi rostro, Asmundur, y bésame en la frente; no uno sino millares de besos imprimirá Minna en tus labios cuando, terminada la ceremonia de nuestro enlace, se vea unida á tí para siempre.»

Calló la jóven, y Siebald oyó distintamente un sonoro y prolongado beso.

El mancebo creyó que su corazon iba á estallar de dolor, de desesperación.

En otro tiempo se habria arrojado sin vacilar sobre el terrible Asmundur, y uno de ellos habria descendido á la region de las sombras.

Pero el amor habia despojado á su corazon de su antigua fiereza, de su antigua altivez; Siebald no era el Siebald de otros tiempos, sino mas bien un tierno y débil niño.

Verdad es que experimentó un ligero movimiento de cólera, y que dió un paso hácia el lugar de donde habian salido las voces; pero se detuvo, exclamando:

«—¡No; no quiero turbar su felicidad! Tal vez tiene razon; solo Asmundur merece su amor. El afeminado Siebald; el que abandonó á Odin y sus compañeros, no es digno de poseer ese tesoro de belleza. No quiero turbar su felicidad.»

Y se alejó rápidamente de aquel lugar maldito, y corrió desalentado á través de los espesos bosques, por los profundos valles, por las laderas de las montañas, por el borde de terribles precipicios.

Entre tanto la noche habia tendido sobre la tierra su tupido manto de sombras; densos nubarrones cubrieron el cielo; desencadenáronse los vientos; el mar rugió irritado.

Deslumbradores relámpagos hendían de Oriente á Occidente la negra bóveda del cielo; resonó el trueno sonoro, potente, prolongado y amenazador; y la lluvia descendió á gruesas gotas.

Y Siebald, muerto de fatiga y de terror, desmelenado, jadeante, llegó al puente que acabas de atravesar, y que entonces era conocido por otro nombre.

El mancebo fijó la vista en el horrible abismo, y abrumado de dolor, loco de desesperacion, deseoso de encontrar el término de sus penas, subió sobre el pretil del puente, y se arrojó de cabeza al fondo de la espantosa sima.

Desde entonces el torrente fué llamado por el nombre de Siebald; el mismo nombre recibieron la cascada, el puente, y hasta el sumidero.

Pero como Siebald no murió combatiendo; como por eso le seria negada la entrada en el Walhalla, y tendria que descender al infierno, el insondable abismo en que el jóven encontró tan horrible muerte, fué llamado la sima de Nifleim.

¡Oh Brenda! Cierra tu corazon al amor, ó si es que en él le has dado ya entrada, apresúrate á expulsarlo; no sea te arrepientas demasiado tarde.

Cree á la vieja Astrida, hija mia; de algo le ha servido su prolongada mansion entre los hombres.»

V.

«—Anciana, dijo Brenda adelantándose hácia la sibila; el amor toma nuestros corazones por asalto, como un ladron, ó bien se insinúa en él gradualmente, de un modo imperceptible.

Y una vez dueño del corazon ¿cómo es posible arrojarle fuera de él?

Solo un loco se atreveria á luchar con el amor. El mas fuerte seria vencido en un combate tan desigual.

No exijas de mí un imposible. Mi amor durará tanto como mi vida; conozco que el fuego que arde en mi corazón es inextinguible.

No sé si esta pasión me traerá la felicidad ó la desgracia; pero ya, aunque pudiera, no renunciaría á ella.

Si es locura amar, soportaré las consecuencias de mi locura; trataré de recibir las alegrías con agradecimiento, los dolores con resignación.

Pero ¡oh sabia Astrida! Te ruego me conduzcas á tu morada, y que, por medio de tu ciencia, me descubras la suerte que el porvenir me reserva.

Te ruego, anciana, que desvanezcas la horrible duda que me atormenta, pues cualquier cosa es preferible á esta penosa incertidumbre.»

Astrida no contestó; pero, tomando á Brenda de la mano, la condujo al interior de la cabaña, cuya puerta cerró cuidadosamente.

Un humilde lecho, un gran cofre de roble, dos ó tres bancos de pino, y algunos toscos utensilios de cocina, eran todos los muebles de aquella miserable estancia. Verdad es que en cambio reinaba en toda ella la más irreprochable limpieza.

La sibila y Brenda se sentaron silenciosamente una enfrente de otra, á cada lado del chispeante fuego que iluminaba de un modo fantástico la triste habitación.

Astrida fué la que rompió el silencio. Después de mirar fijamente á Brenda durante algunos instantes, dijo:

«—Ya conozco, hija mía, el objeto de tu visita; ya sé cual es la horrible duda que atormenta tu tierno corazón.

Adivino la impaciencia que te consume, y no quiero prolongar tu suplicio.

La vieja Astrida interrogará por tí al que todo lo sabe. Solo para él no hay tinieblas en el pasado; solo para él no tiene secretos el porvenir.

¡Ojalá la respuesta de Odin te sea favorable!»

Y teniendo una gran vasija de ancha boca, casi llena de agua,

la colocó sobre el fuego, y volvió á ocupar su asiento, enfrente de Brenda.

La jóven no desplegó los labios. La curiosidad, la impaciencia y el temor se hallaban retratados en su angélico semblante.

Astrida la contempló largo rato en silencio, con vivo interés; luego quedó sumida en una profunda meditacion, de la que al fin la arrancó el ruido del agua de la vasija, que empezaba á hervir.

La sibila esperó todavía algunos instantes, y cuando vió que el agua, fuertemente agitada, amenazaba desbordarse, sacó la vasija del fuego, y la puso junto á sí en el suelo.

Luego, sin levantarse del banco en que estaba sentada, tomó del arcon de roble, que se hallaba á su alcance, una bolsita de piel llena de un polvo rojo muy menudo, que vertió poco á poco en la vasija, pronunciando en voz baja algunas palabras ininteligibles.

Entonces, la agitacion del agua, que tomó un vivo color de sangre, aumentó considerablemente, en vez de disminuir y morir poco á poco, como parecia natural sucediera.

Un sordo rumor, imposible de describir, salia del fondo de la misteriosa vasija; los sutiles vapores que se elevaban del agua en ebullicion, despedian un olor penetrante, casi insoportable; el líquido tomaba á veces los colores mas extraños, mas variados, mas opuestos, pero para recobrar casi instantáneamente su hermoso color rojo.

Brenda esperaba: su impaciencia y su curiosidad parecian redoblar-se.

En cuanto á la vieja Astrida, no apartaba los ojos del agua hirviente, como si tratára de leer en su agitada superficie el destino de la jóven.

Así se deslizaron algunos instantes.

De pronto, una sonrisa de triunfo iluminó el arrugado rostro de la saga, y sin apartar los ojos del agua enrojecida, exclamó:

«—Odin ha escuchado mi ruego; Odin permite que los acontecimientos futuros se presenten clara y distintamente á la vista de la vieja Astrida.

Voy á presenciar el próximo enlace de Oton de Felsen, como si se verificára en este lugar y en este momento. Pronto sabré si la novia es Brenda de Kolbein, ó Alicia, su orgullosa prima.

Escucha, Brenda: no pierdas ni una sola de mis palabras, pues voy á decirte lo que veo.

Aparece á mis ojos una suntuosa capilla donde se adora al Dios de los cristianos; es la capilla del castillo de Kolbein.

Las lámparas suspendidas de la bóveda despiden un ténue resplandor; el altar está adornado de flores de variados matices; las aromáticas esencias que los cruzados han traído de Oriente arden en preciosos braseros de oro, y perfuman el ambiente con su delicada fragancia.

El sagrado recinto empieza á llenarse de gente.

En ese anciano, que parece tan gozoso, reconozco al noble señor de Kolbein; en torno de él se agrupa todo lo mas escogido de la concurrencia.

Por fin llegan los novios, seguidos de algunos apuestos donceles, y de otras tantas doncellas vestidas de blanco.

Los novios se arrodillan ante el altar; el sacerdote aparece revestido de los sagrados ornamentos.

La ceremonia empieza; todos se postran de hinojos en el suelo.

No me es posible ver el rostro á los novios, pues me vuelven la espalda; sin embargo, he reconocido á Oton de Felsen en sus negros cabellos, en su elevada estatura, en su andar mesurado, en su porte majestuoso.

¿Volverá el rostro la novia? ¿O tendré que esperar, para contemplarlo, á que, terminada la ceremonia, se dirija con su esposo hácia la puerta de la capilla?

Entretanto puedo admirar el espléndido atavío de la desposada, atavío digno de una reina.

Una corona de flores adorna su cabeza; de sus diminutas orejas cuelgan unos preciosos pendientes que representan dos pajaritos de brillante plumaje; viste un riquísimo vestido blanco, de la seda mas fina, cubierto de primorosos bordados de oro.

Pero ¡ah! mis ojos se nublan, ó bien Odin no quiere ya mostrármeme propicio. Los objetos y las personas que há un momento

aparecían á mi vista tan distintamente, empiezan á formar informes y confusos grupos, que se agitan, chocan entre sí, y giran rápidamente, en medio de una oscuridad casi completa.

La confusión acrece, las tinieblas son cada vez más profundas; ya nada veo.

No quiere Odin saciar nuestra curiosidad; no le irrite mos pidiéndole más de lo que evidentemente se halla dispuesto á conceder.

Los hombres deben respetar los impenetrables designios de los dioses, é inclinarse humildemente ante su suprema voluntad.»

Astrida calló un instante, y luego, dirigiéndose á Brenda, le dijo cuánto sentía no poder, por el momento, decirle una palabra más acerca del porvenir.

Pero la jóven había oído bastante. Los pendientes y el vestido de la desposada ¿no eran sus pendientes y su vestido, regalo de la noble Ausgerda?

Así es que Brenda se deshizo en expresiones de agradecimiento, y salió de la cabaña de la sibila con el corazón aliviado de un grave peso.

V I.

El señor de Kolbein ha querido celebrar con un espléndido banquete el regreso de su amado Oton de la Tierra Santa.

Por eso reina tanta animación, tanta algazara, en el salón que en el castillo se halla destinado á esta clase de fiestas.

El anciano preside el banquete; al otro extremo de la mesa está sentada su hija, la hermosa Alicia.

A la derecha del señor de Kolbein está nuestra heroína, la enamorada Brenda; enfrente de ella, á la izquierda del anciano, se vé al noble Oton de Felsen.

Alicia tiene á su derecha al caballero Hugo de Edekon, amigo y compañero de armas del señor de Felsen, y á su izquierda al jovial Alwin, hábil trovador, que, á pesar de su avanzada edad, había seguido á Oton á Palestina.

Entre los demás convidados se ven muchos apuestos señores y

hermosas damas, pero no me detendré á pintarlos, pues temo ser demasiado prolijo. Baste decir que todos los rostros expresan la mas franca y cordial alegría.

No sin razon son proverbiales el voraz apetito y la insaciable sed de los robustos hijos del Norte: las escogidas y abundantes viandas desaparecian como por encanto, y como por encanto se vaciaban los grandes jarros llenos de delicioso vino del Rhin. Así es que la conversacion se animaba cada vez mas; así es que la algazara iba en aumento.

«—Vuestra ausencia ha sido larga, Alwin, dijo uno de los convidados dirigiéndose al anciano trovador; pero no hemos olvidado vuestra hermosa voz, ni vuestra habilidad en el arte de componer baladas para amenizar nuestros festines.

¿No habeis compuesto alguna cancion en Palestina? Bien merecen los valientes cruzados que los mas ilustres vates celebren sus proezas; bien merecen Corazon de Leon, y sus heróicos compañeros, ser cantados por los trovadores de todos los paises cristianos.

Cantad, buen Alwin: demasiado tiempo hemos estado privados de vuestros cantos.»

Todos los presentes unen sus súplicas á la del que acababa de hablar. El anciano sonrie satisfecho—¿qué hombre es insensible á las alabanzas si son sinceras, y á las muestras de estimacion y cariño?—y despues de vaciar de un solo trago la copa de oro que le presenta el caballero de Edekon, se pone en pié, saluda inclinando ligeramente la cabeza, y con voz sonora, armoniosa, y en extremo simpática, que llena todo el ámbito del salon, empieza á celebrar las bellezas del Oriente, el ardor de Ricardo Plantagenet, la valentia de los musulmanes, y el heroismo de los soldados de la Cruz.

Todos le escuchan con religiosa atencion; todos parecen suspendidos de sus lábios.

Pero decimos mal; no todos le escuchan, pues hay entre los presentes uno mas agradablemente ocupado.

En efecto, desde que se sentó á la mesa, Oton de Felsen no hizo mas que contemplar alternativamente, y con ostensible satis-

faccion y embeleso, á la hermosa Alicia y á su prima Brenda. Hubiérase dicho que el caballero estaba comparando la belleza de las dos jóvenes, para pedir la mano de la mas hermosa. Y era evidente que estaba indeciso, pues en el caso contrario no hubiera apartado los ojos de la que merecia su preferencia, ó los hubiera apartado raras veces, y como á pesar suyo.

Indudablemente, Alicia era mucho mas hermosa que Brenda. Habia mas regularidad en sus facciones, mas brillo en sus negros ojos, mas majestad en su frente. Una brillante, fascinadora sonrisa, comunicaba de tiempo en tiempo á aquel hermoso rostro un esplendor maravilloso. Su cuello era mas mórbido, su pecho mas levantado, sus brazos mas gruesos y mejor torneados. Era, aunque poco, mas alta que Brenda; sus cabellos eran del mismo color que los de su prima, y ni eran mas hermosos ni mas abundantes, pero se hallaban arreglados con mas arte, y contribuian poderosamente á realzar la belleza del rostro. En una palabra, Alicia no necesitaba ocupar, como ocupaba, la cabecera de la mesa, para que cualquiera la tomase por la reina de la fiesta. Y era evidente que la joven tenia conciencia de su incomparable hermosura, y aspiraba con embriaguez el mucho incienso que en su honor quemaban los caballeros sentados junto á ella, y principalmente el gallardo y hermoso Hugo de Edekon.

La sencillez, la modestia y la dulzura de Brenda encantaban al caballero de Felsen; creíase capaz de amarla, y no dudaba que á su lado hallaria la felicidad. Por otra parte, admiraba la hermosura y la majestad de Alicia, veía que todas las miradas estaban fijas en ella, y se decia que haria mejor figura que su prima en el suntuoso estrado del castillo de Felsen. ¿Quién no le envidiaria aquella mujer? ¿Habia en toda la Escandinavia otra que pudiera comparársela?

El corazon y la vanidad del joven se hallaban en abierta lucha. Pronto veremos de que lado quedó la victoria.

VII.

El viejo Alwin terminó su canción, y durante algunos momen-

tos no se oyeron mas que calurosos plácemes y ruidosos aplausos.

Despues de aquella explosion de entusiasmo, la atencion de los convidados volvió á fijarse en los manjares y los vinos. Tan solo el señor de Felsen, embebido en la contemplacion de los encantos de Alicia y Brenda, no hacia el merecido honor al banquete.

La dulzura de Brenda le atraía; la belleza y majestad de la heredera de Kolbein le llenaban de admiracion.

Por fin, Oton de Felsen, despues de larga meditacion y de muchas vacilaciones, tomó resueltamente su partido, y dirigiéndose en lengua árabe al anciano Alwin, le dijo cual de las dos primas era la que deseaba por esposa, y le rogó que, aprovechando la primera oportunidad, se lo hiciese saber á todos los presentes antes de que se levantasen de la mesa.

La oportunidad no tardó en presentarse. Como algunos de los convidados rogáran con insistencia á Alwin que refiriese algun episodio de la última cruzada, el anciano habló en estos términos:

«—De todos los guerreros suecos que, ganosos de contribuir á la conquista del Santo Sepulcro, acudieron al llamamiento del magnánimo Ricardo, Oton de Felsen y Hugo de Edekon eran sin disputa los mas valientes.

Pero Corazon de Leon distinguia entre todos al primero; el jóven príncipe amaba entrañablemente al señor de Felsen, y le daba continuas y señaladas pruebas de su afecto y estimacion.

Y la envidia, que nunca debe penetrar en el corazon de un soldado, y menos en el de un soldado de la Fé, empezó á atormentar al valiente Hugo.

De la envidia al ódio no hay mas que un paso. El acontecimiento que voy á referir hizo que la envidia se trocára en ódio.

De vuelta de una de sus frecuentes incursiones en el territorio enemigo, el señor de Edekon trajo prisionera á una doncella osmanli, cuya maravillosa hermosura causó general admiracion en el campamento de los cristianos.

Hugo no fué insensible á los encantos de Selima; pero, desgraciadamente, la jóven no podia corresponder al amor del caballero.

A los apasionados discursos del señor de Edekon, Selima con-

testaba que no era libre, que su amante habia muerto en un combate contra los cristianos, y que ella habia jurado no volver á amar á mortal alguno.

A los ardientes ruegos de Hugo, la jóven contestaba suplicándole que la devolviese á su anciano padre, á quien su ausencia podia ser fatal.

Pero Hugo se negaba á ello: Hugo queria el amor de Selima y no u agradecimiento.

Así pasaron algunos dias, que á la desgraciada jóven parecieron siglos.

Por fin, una noche, Selima logró evadirse de la tienda en que el de Edekon la tenia encerrada.

Logró salir del campamento sin ser vista, y echó á correr á través de los campos, lleno el corazon de alegria.

Un caballero que, no pudiendo conciliar el sueño, vagaba á la luz de la luna por aquellas deliciosas praderas, sorprendióse al ver á una jóven correr de aquel modo, á una hora semejante, y saliendo á su encuentro, la detuvo con la voz y con el ademan.

La doncella lanzó un grito de congoja al verse en presencia de un cristiano, y se arrojó á sus piés llorando amargamente.

«—Cristiano, dijo con voz entrecortada por los sollozos; te ruego que no me detengas; mi anciano padre llora mi ausencia, y no tiene á su lado nadie que calme su dolor y enjague sus lágrimas. Si me detienes, seguramente el pobre viejo morirá de desesperacion.

Yo soy Selima; yo soy la infeliz doncella que el caballero de Edekon arrancó de los brazos de su padre, para traerla cautiva al campo de los enemigos de su Dios y de su raza.

Hugo me ha dicho que me ama. ¿Es así como aman los cristianos?

Si es verdad que me ama ¿porqué no escucha mis súplicas; porqué no enjuga mis lágrimas; porqué no me devuelve á mi anciano padre?

Si quiere ganar mi amor ¿porqué no empieza por merecer mi agradecimiento?

Yo no puedo amarle. Amé una vez, como aman las mujeres por

cuyas venas corre la ardiente sangre de nuestra raza; amé una vez, y el que amaba murió peleando contra los cristianos. Amé una vez, y juré que en adelante no amaría á mortal alguno.

En mi corazón llevo la querida imagen del muerto; cuando cierro los ojos le veo ante mí, pálido, tembloroso, cubierto de heridas que despiden raudales de sangre. El fuego de sus ojos parece extinguido, y sin embargo ¡cuánto amor expresa su mirada! Pero su sonrisa me hace daño. ¡Hay en ella una tristeza, una melancolía tan profunda!

Mi amado murió, y desde entonces mi anciano padre, el infeliz Nuredin, es mi único amor.

Nuredin es ciego, pero Nuredin vé por mis ojos. Nuredin es viejo y sus pasos son vacilantes, pero Selima es el báculo de su vejez. Nuredin es la melancolía misma; solo yo sé alegrarle con mis caricias, con mis palabras, con mis canciones.

A pesar de todo eso, Hugo no ha querido permitirme volver al lado de mi padre. Hugo no tiene corazón.

Cristiano: yo leo en tus ojos la profunda compasión que te inspira mi infortunio. ¡Oh! no me detengas un momento; déjame continuar mi camino, pues la distancia que me separa de la casa paterna es corta, pero ha muchos días que Nuredin espera en vano el regreso de su hija. No me detengas, cristiano; así tu Dios te colme de beneficios!»

Calló la joven, y Oton de Felsen, conmovido, respondió con dulzura que no solamente no se opondría á su huida, sino que al contrario la acompañaría hasta la casa de su padre, pues una doncella, y sobre todo una doncella tan hermosa, corría grandes peligros atravesando los campos, enteramente sola, á una hora tan avanzada de la noche.

Oton llamó á su escudero, que en actitud respetuosa permanecía á cierta distancia de su señor, y le dijo que trajese los caballos que allí cerca estaban atados á un árbol.

El escudero obedeció con presteza; Oton subió sobre su brioso corcel de guerra, hizo que la doncella se colocara á la grupa, y seguido de su escudero condujo á Selima á casa de su padre; dejóla en los brazos de Nuredin, y sin detenerse á escuchar las pa-

labras de agradecimiento del anciano y de la jóven, volvió al campamento en compañía del escudero, á quien recomendó el mas estricto silencio acerca de lo que acababa de pasar.

Pero el locuaz escudero echó en olvido la recomendacion de su señor, y pronto fué conocida la aventura de todos los cruzados.

Hugo de Edekon fué objeto de pesadas chanzas; en cambio la conducta del señor de Felsen mereció general aplauso.

El de Edekon se dejó llevar de un arretrato de cólera, é insultó al de Felsen en presencia de Ricardo y de los mas distinguidos entre los cruzados.

La injuria fué sangrienta: llamóle traidor, perjuro y renegado. Ricardo mismo impuso silencio á Hugo; pero, como era natural, el de Felsen exigió una satisfaccion por medio de las armas, y concertóse un combate á muerte, que debia verificarse el dia siguiente.

Pero el dia siguiente, al romper el alba, los sarracenos atacaron á los cristianos, y aunque estos resistieron vigorosamente y fueron al fin victoriosos, muchos regaron el campo con su sangre.

El mismo Hugo hubiera perecido, sino porque Oton, olvidando la atroz injuria, arrolló á los enemigos que le rodeaban, y le condujo, mal herido, á lugar seguro.

Y no contento con haberle salvado la vida, el de Felsen fué su solícito enfermero, y no se apartó de la cabecera de su lecho hasta que el jóven estuvo completamente restablecido.

Conmovido Hugo por tanta generosidad, confesó su envidia, reconoció no haber obrado con Selima cual cumplia á un caballero, pidió públicamente perdon por la injuria hecha al señor de Felsen, y juró profesarle amistad eterna.

Desde entonces, Hugo de Edekon y Oton de Felsen viven como dos hermanos que se aman entrañablemente. Han jurado no separarse jamás.

Por eso veis al señor de Edekon entre los que honran con su presencia este alegre banquete.

¡Ah! En breve asistiremos á otro banquete aun mas alegre, si el noble señor de Kolbein no desoye la súplica de Oton de Fel-

sen. Y Hugo no será el menos jovial de los concurrentes; la dicha de su amigo llenará su corazón de alegría.

El señor de Felsen ha conquistado bastantes lauros en la guerra contra los infieles; el señor de Felsen suspira por los santos goces del hogar.

El castillo de Kolbein encierra en su recinto dos preciosas joyas, dos doncellas dignas de la mano de un monarca poderoso.

Una de ellas ha encendido en el pecho del de Felsen la inextinguible hoguera del amor.

El señor de Kolbein puede hacer la felicidad de Oton, concediéndole la mano de la que ama.

No se la niegues, anciano; y que antes de bajar al sepulcro veas sobre tus rodillas un robusto niño ó una linda niña.»

Calló un momento el viejo Alwin, y luego exclamó:

«—Veo pintada la curiosidad en todos los semblantes. ¿No es verdad que deseais oír el nombre de la que ha sabido inspirar al señor de Felsen un sentimiento tan tierno?

Os lo voy á decir, y vais á vaciar las copas en honor suyo.»

Calló de nuevo el viejo: Alicia, segura de que el trovador iba á pronunciar su nombre, estaba radiante de gozo; Brenda, aunque recordaba las palabras de la sibila, se estremeció involuntariamente, y bajó los ojos.

El viejo tomó la copa: todos los presentes le imitaron. La sonrisa del señor de Kolbein indicaba que podía contarse de antemano con su consentimiento para el enlace.

Aquella sonrisa no pasó desapercibida para el anciano trovador; así es que, con voz robusta, exclamó:

«—Bebamos en honor de Alicia de Kolbein. Bebamos á la salud de la que en breve se ha de llamar la muy alta y poderosa señora de Felsen.»

Todos aplaudieron y acercaron la copa á los labios: Alicia sonrió con aire de triunfo.

La pobre Brenda bebió también, maquinalmente; pero el vino le pareció amargo.

Era que dos gruesas lágrimas, desprendidas de sus bellos ojos, se habian mezclado con el generoso licor.

VIII.

Como era de esperar, el anciano señor de Kolbein dió su consentimiento para el enlace de su hija con el caballero de Felsen.

Fijóse el día de la ceremonia; fueron invitadas todas las familias de las inmediaciones á asistir á las nupcias y al banquete, y Alwin trabajó sin descanso en componer coplas en honor de los novios.

Oton regresó á la suntuosa morada de sus mayores, de donde no debía volver hasta el día mismo de la boda.

¡Con qué insoportable lentitud trascurría el tiempo para el impaciente señor de Felsen!

Por fin llegó el suspirado día, y uno tras otro fueron llegando á Kolbein, el novio, sus deudos y los de la novia, y todos los demás invitados. El anchuroso salón del castillo se llenó de bote en bote, mucho antes de la hora señalada para el casamiento, que debía solemnizarse en la capilla aneja al palacio. Solo se notaba la ausencia de Ausgerda de Roskild. La noble dama había siempre acariciado en su mente la esperanza de ver á su amada Brenda convertida en la señora de Felsen, así es que no quiso presenciar el enlace de Oton con Alicia.

Tampoco la infeliz Brenda tuvo valor para asistir á la ceremonia, y pretextando una indisposición, se encerró en su aposento.

Decimos mal; la jóven se hallaba realmente indispuesta. Son tan íntimas las relaciones que existen entre lo moral y lo físico, que las penas del corazón dañan á la salud del cuerpo, y al contrario los sufrimientos físicos enferman y agobian el corazón. Las palabras que Alwin pronunciára en el banquete fueron para Brenda el desvanecimiento de sus más caras ilusiones, la muerte de todas sus esperanzas, y seguramente no habría salido ilesa de tan rudo golpe ni una constitución más vigorosa que la de nuestra heroína.

No era ya Brenda la jóven que hemos visto al principio de esta narración. Estaba pálida y ojerosa, sus hermosos ojos azules ha-

bian perdido parte de su brillo; sus labios estaban secos y descoloridos; su angélico rostro expresaba el profundo abatimiento de su corazón, la profunda tristeza de su alma.

Brenda oraba por la felicidad de Alicia y Oton, y de ese modo trataba de olvidar, ó á lo menos de mitigar, su infortunio. ¡Singular privilegio de las almas nobles y generosas! Aquella ardiente plegaria por los causadores de su desgracia, caía como un bálsamo benéfico sobre el lacerado corazón de la jóven.

Una doncella de Alicia vino á interrumpir las oraciones de Brenda. La heredera de Kolbein estaba poco satisfecha de su atavío de desposada, y enviaba á su doncella á pedir á Brenda el vestido y los pendientes regalo de Ausgerda de Roskild, prometiendo devolverla el uno y los otros una vez terminada la ceremonia y el festin que debia coronarla.

Brenda, que era la bondad misma, accedió á los deseos de su prima; pero no pudo menos de quejarse interiormente del destino, que hacia se cumpliera, de un modo tan desgraciado para ella, el vaticinio de la vieja Astrida. La novia de Oton iba á acercarse al altar engalanada con su vestido y sus pendientes, y entre tanto ella se hallaba encerrada en su aposento, sola con su dolor y sus lágrimas!

Brenda se puso á orar de nuevo. ¿Quién, sino Dios, es capaz de calmar los dolores del corazón?

Mas tarde llegó á sus oídos, pero sin lograr distraerla de sus plegarias, la algazara del festin, los armoniosos acordes de los instrumentos músicos, los cantos de Alwin, el ruido de la danza, el rumor de la conversacion, el estrépito de las careajadas.

Poco despues de media noche todo quedó en silencio; la doncella de Alicia volvió á presentarse en la habitacion de Brenda, y la devolvió los preciosos pendientes y el rico vestido.

Brenda se puso á contemplar, con los ojos llenos de lágrimas el espléndido presente de su tia. ¡Ah! ¡De cuán diferente modo lo habia contemplado el dia que lo recibió de manos de la noble Ausgerda!

«—¡Qué bella habrá estado mi prima! exclamó. ¡Con qué embeleso la habrá contemplado Oton!

Yo no soy hermosa, y solo para las hermosas se hicieron los ricos vestidos y las brillantes joyas.

Sin embargo, no puedo resistir á la tentacion de ponerme este vestido y estos pendientes.

Si espero al dia de mi boda, de seguro no me los pondré jamás.»

Y diciendo estas palabras la jóven tomó el precioso vestido de joyante seda blanca recamada de oro, y se lo puso; despues tomó los pendientes, y los suspendió de sus diminutas orejas.

Brenda no pudo contener las lágrimas al verse en aquel traje; en aquel traje que ella habia esperado ponerse el dia de su enlace con el que amaba.

«—¡Ay de mí!» exclamó con voz ahogada. «¿Porqué fuí á consultar á la vieja Astrida sobre la suerte que el porvenir me tenia reservada? No me habria ella hablado del traje de la desposada, yo no hubiera concebido tan halagüeñas esperanzas, y ahora el desengaño no sería tan doloroso.»

Y fatigada por la emocion, la jóven se dejó caer sobre un gran sitial de roble que habia junto al lecho, y no tardó en quedarse dormida.

Al principio, el sueño de la doncella fué sosegado y apacible; luego, una horrible vision vino á turbarlo.

La vieja Astrida estaba de pié ante ella, mirándola con sus penetrantes y escrutadores ojos. La sibila sonreia de un modo malicioso y burlon.

— «¡Pobre Brenda!» dijo la saga. «Tu prima Alicia te ha quitado el novio que Odin te destinaba.

Pero no te aflijas, no llores; yo te daré un novio mejor; un novio mas gallardo y hermoso que Oton de Felsen.

¡Miraló! ¡miralo! ¿No es verdaderamente hermoso? ¿Qué doncella no te tendrá envidia, Brenda de Kolbein?»

Y la vieja lanzó una estridente carcajada, señalando al mismo tiempo, con el dedo indice de la mano izquierda, á un hombre, ó mejor á un mónstruo, que apareció súbitamente junto á ella.

Era alto y de formas atléticas, pero horriblemente contrahecho; ostentaba sobre las espaldas una enorme corcova; sus cabellos parecian las puas de un erizo; su barba era roja y enmarañada; su

rostro abultado; sus facciones torpes; sus ojos brillaban como carbones encendidos.

Se acercó á Brenda con los brazos abiertos y sonriendo como deben sonreir los demonios, y la jóven, sobrecogida de terror, lanzó un grito y huyó.

Pero ¡ay! sus piés se negaban á correr, y el terrible monstruo que la seguía iba á alcanzarla muy pronto.

En vano la pobre Brenda trataba de acelerar su marcha. Hubiérase dicho que sus piernas eran de plomo; cada paso que daba le costaba un esfuerzo horrible.

Su perseguidor alargó el brazo para detenerla, y aun llegó á asirla de un brazo, pero la jóven logró escaparse, y el monstruo, á quien aquel movimiento habia hecho perder el equilibrio, cayó, y fué á estrellarse contra una peña.

Oyóse un grito terrible; un grito de dolor, de desesperacion, de agonía.

Aquel grito penetró hasta lo mas profundo del corazon de Brenda.

La jóven, aterrada, volvió los ojos, y vió..... no ya al horrible monstruo que tanto pavor la infundiera momentos antes, sino á Oton, á su amado Oton, tendido en el suelo, con el cráneo despedazado, y con el rostro cubierto de sangre.

«—¡Oh, no huyas de mi, Brenda! exclamó el moribundo con voz débil y trémula; no huyas de mí, no huyas del desgraciado Oton que te ama con toda su alma. Tu prima Alicia solo me inspira aversion y desprecio. ¡Oh, vén á mis brazos, Brenda mia! Tú eres mi esposa; tú eres la verdadera señora de Felsen.»

La jóven despertó horrorizada, convulsa, y llevó ambas manos á la abrasada frente. Su rostro estaba horriblemente descompuesto; su palidez era mortal; en su mirada habia algo de siniestro.

Levantóse del sitio, y empezó á pasearse precipitadamente de un extremo á otro de la alcoba.

Pero no podia respirar; se ahogaba en aquel estrecho recinto....

Dejó la habitacion, recorrió apresuradamente los silenciosos corredores, descendió la pendiente escalera, y sin que nadie se

apercibiese de ello, pues todo el mundo dormía en el castillo, salió al campo.

Primero anduvo largo tiempo en la misma dirección, sin mirar hacia atrás, como si su objeto fuera alejarse del castillo.

Después vagó de un lado á otro, sin rumbo determinado, hablando sin cesar en voz alta y desacompañada.

«—Oton me ama, decía; Oton de Felsen es mi esposo. Mi prima Alicia es muy bella, ciertamente; pero no tiene pendientes como los míos, ni un vestido de brocado tan magnífico como este. Oton aborrece á Alicia; su lindo rostro no tiene para él encanto alguno. El gallardo Oton ama á la fea, á la pobre, á la humilde Brenda. Yo soy la señora de Felsen, y hasta las más bellas y más orgullosas envidian mi fortuna.»

La infeliz estaba loca.

I X.

Brenda vagó de aquel modo por las inmediaciones durante algunos días; pero todos los esfuerzos que sus parientes hicieron para que, de grado ó por fuerza volviera al castillo, fueron inútiles.

Los honrados campesinos de la comarca la habían tomado bajo su protección: ellos le proporcionaban alimentos y albergue, y también la vieja Astrida la albergó más de una vez en su rústica cabaña, y compartió con ella su frugal cena.

Al cabo de algunos días la joven desapareció del país, y no fué posible encontrarla ni obtener noticia alguna de ella. La creencia general era que se habría ahogado en el mar ó en algún torrente, ó que habría encontrado la muerte en el fondo de algún precipicio.

Alicia dejó el castillo de Kolbein, y se fué con su esposo á habitar en el de Felsen, que era más grande y más suntuoso que el primero.

El señor de Kolbein siguió á sus hijos al castillo de Felsen: la desgracia de su querida Brenda fué para el pobre viejo un golpe terrible, así es que perdió la poca inteligencia y el poco vigor

que le quedaban, y mas que vivo parecia hallarse en un estado intermedio entre la vida y la muerte. Permanecia todo el dia junto al fuego, inmóvil y silencioso como una masa inerte.

El caballero Hugo de Edekon fué tambien á habitar con los recién casados, quienes de ningun modo quisieron consentir en separarse de él ni un solo dia, aunque él expresó su deseo de ausentarse para no volver hasta despues de terminada la luna de miel.

Oton estaba lejos de ser feliz. Atormentábale el recuerdo de la pobre Brenda, y se decía que él habia sido, aunque involuntariamente, la causa de su locura.

En efecto, por las palabras que muchas personas habian oido á la infeliz, era fácil congeturar que lo que la habia hecho perder el juicio era el amor que tenia á Oton, y el casamiento de este con Alicia. No es, pues, extraño que el jóven señor de Felsen pensára con frecuencia en Brenda, y experimentára al pensar en ella algo parecido al remordimiento; aunque á la verdad, no era culpable, pues, cuando pidió la mano de Alicia, no sabia que Brenda le amaba.

Reprochábase su falta de penetracion: admirábase de no haber comprendido, por medio de ciertas circunstancias que recordaba muy bien, que el cariño que Brenda le tenia era un sentimiento mas tierno y mas profundo que la amistad. Además, acordábase, no sin pesar, de que su corazon se inclinaba más á Brenda; que esta le inspiraba mayor simpatía, y que solo por vanidad prefirió á Alicia; y—¿lo diremos?—á fuerza de pensar en ello, llegó á sospechar que habia escogido la mas hermosa, pero no la mejor de las dos primas.

Desgraciadamente, sus temores debian confirmarse muy pronto.

Hugo de Edekon era hermoso, alegre, decididor, zalamero; siempre tenia en los lábios algun cumplimiento, alguna frase halagüena, cuando hablaba con la esposa de su amigo.

Alicia, cuya vanidad conocemos; Alicia, que amaba tanto las galanterias, escuchó primero con agrado, y luego con embriaguez, las lisongeras frases del caballero.

La honradez de la mujer no tiene quizá mayores enemigos que la vanidad y la lisonja.

Una estrecha intimidad se estableció entre Alicia y el caballero Hugo de Edekon, y á consecuencia de aquella intimidad esparciéronse en breve, por toda la comarca, odiosos rumores que dejaban mal parado el honor del señor de Felsen, y aunque este estaba seguro de la fidelidad de su esposa y de la lealtad de su amigo, aquellos rumores le afectaron cruelmente.

Desde entonces Oton fué el mas infeliz de los mortales.

Alicia era siempre con él tierna, amante, apasionada; Hugo le mostraba un afecto sin límites; y Oton era demasiado noble, demasiado leal y sincero, para sospechar que el cariño de su esposa y de su amigo era fingido, y calculado para encubrir su infame traicion. Pero las hablillas de las gentes afligian profundamente al señor de Felsen; comprendia que era á los ojos de todo el mundo un objeto de desprecio y de mofa; apenas se atrevia á mostrarse en público, pues imaginaba que todos le señalaban con el dedo.

Perdió la natural alegría de su carácter; buscaba la soledad y el silencio; estaba siempre triste, sombrío, meditabundo. Su genio, antes tan dulce, se cambió en huraño y desapacible.

El amor que su mujer consiguió inspirarle con sus halagos, y que en poco tiempo habia llegado á rayar en idolatría, desapareció completamente, como por encanto. Como hemos dicho mas arriba, Oton no dudaba de la honradez de Alicia, no la creia indigna de su amor; pero bastó que las gentes dejáran de mirarla con amor y veneracion, y se atrevieran á dudar de su virtud, para que, á los ojos del señor de Felsen, el idolo cayera de su elevado pedestal.

Para que el aislamiento del señor de Felsen fuese completo, la amistad, que hubiera podido servirle de consuelo, huyó tambien de su corazon. El cariño que tenia á Hugo desapareció como habia desaparecido su amor á Alicia. ¿No habia llegado á los oidos del de Edekon lo que las gentes decian ya en voz alta y sin reparo alguno? ¿Por qué no dejaba Hugo el castillo, y de ese modo devolvia á su amigo la tranquilidad, y acallaba las murmuraciones? Oton no se atrevia á despedirle. ¿No habia jurado en Palestina no separarse jamás de su amigo? El señor de Felsen era esclavo de su palabra.

El recuerdo de la dulce y enamorada Brenda ocupó el lugar que en el corazón del señor de Felsen habian dejado vacío el amor y la amistad.

Oton no pensaba más que en Brenda; la imagen de la joven no se apartaba un momento de sus ojos. ¡Oh! ¡qué no hubiera dado por volverla á ver, por devolverla el juicio á fuerza de cariñosos halagos, por oír de sus labios la confesion de su amor, por consagrarla el resto de su vida!

X.

Un inesperado rumor llegó á los oídos de Oton de Felsen, y vino á sacarle de su extraordinaria apatía, de su singular abatimiento.

Si aquel rumor no era falso, Brenda no habia muerto, Brenda vagaba por los alrededores de Kolbein y de Felsen.

Oton recorrió la comarca en todas direcciones, y pronto pudo convencerse por sí propio de la verdad de la noticia que le habian dado, y que tal sensacion produgera en su enfermo espíritu. Varias veces apercibió de lejos á la desgraciada joven, á quien era fácil reconocer por su vestido de brocado, corriendo con la rapidéz del viento por las laderas de las montañas, pero nunca logró alcanzarla.

Una noche, Oton discurria por la arenosa playa del mar, pensando en las fatales circunstancias que habian hecho que el horizonte de su vida, antes tan risueño y esplendoroso, se tornára tan oscuro, tan triste, tan preñado de tempestades, cuando apercibió no lejos de él, sobre las rocas de la escarpada costa, una mujer que caminaba lentamente, con los cabellos en desórden, y con los ojos fijos en el suelo.

Oton la reconoció en seguida, no sin estremecerse, y la llamó por su nombre; pero Brenda, que ella era, volvió la cabeza, y al ver al caballero, apretó el paso, sin escuchar á Oton que le suplicaba se detuviera y le esperase.

A su vez Oton aceleró el paso, sin apartar los ojos de la doncella, que se iba alejando de la orilla del mar, y que no tardó en

desaparecer completamente, gracias á la depresion del terreno, que cada vez iba en aumento en aquel paraje.

Si en el sitio en que se hallaba Oton la costa no hubiera sido completamente inaccesible, el jóven habria continuado en seguimiento de la doncella sin separarse un momento de la linea recta, pero los peñascos cortados á pico no dejaban pensar en ello ni un solo instante.

Afortunadamente, no lejos de allí se hallaba la desembocadura del Siebald, á cuya orilla izquierda no tardó en llegar el señor de Felsen, quien, sin detenerse ni un segundo, tomó el estrecho y tortuoso sendero que siguiendo el borde del torrente conduce á la cabaña de la vieja Astrida.

No tardó en apercibir á lo lejos á Brenda, corriendo precipitadamente por el mismo sendero.

Tambien Oton echó á correr, deseoso de alcanzarla antes de que llegára á la cabaña de la sibila, donde temia se refugiase.

La distancia entre la fugitiva y su perseguidor iba acortándose por momentos.

A veces Brenda miraba hácia atras, y al ver que el caballero iba acercándose mas y mas, redoblaba la rapidez de su carrera.

Casi al mismo tiempo llegaron en frente de la rústica habitacion de la sibila: segun toda probabilidad, dentro de algunos momentos el señor de Felsen iba á alcanzar á la pobre loca.

Pero en el mismo instante en que Brenda, veloz como una saca, atravesaba el puente de Siebald y pasaba á la orilla derecha del torrente, la vieja Astrida, que acababa de salir de su cabaña atraida por el ruido de los pasos de la fugitiva, detuvo bruscamente á Oton, que estaba ya á punto de alcanzarla.

Brenda lanzó un alegre grito de triunfo, y continuó corriendo, aunque mas despacio. No tardó en desaparecer completamente á los ojos de la saga y del caballero.

«—¿Dónde vés, Oton de Felsen? exclamó Astrida con voz airada. ¿Por ventura tienes menos juicio que esa pobre loca?

¿Qué dirán de tí en la comarca? ¿Dejas á tu liviana esposa con el falso amigo que te ha robado el honor, y corres como un demente por las montañas y los prados, en seguimiento de aquella

cuyo amor no supiste adivinar, y que por tu culpa se halla en tan lastimoso estado?

¿Cómo no leiste su amor en sus ojos, en su voz, en sus palabras? ¿No eran para tí sus mas tiernas miradas? Su voz, siempre dulce, ¿no era dulcísima cuando hablaba contigo? ¿No expresaban sus palabras, desprovistas de todo artificio, el profundo amor que te tenia? ¿O eres sordo y ciego, Oton de Felsen?

Yo no veo en todo esto mas que el castigo á que tu vanidad te ha hecho acreedor. Tú sentias una secreta inclinacion hácia Brenda; su sencillez, su modestia, su dulzura te encantaban; pero preferiste enlazarte con la hermosa Alicia.—‘Alicia’, pensaste, ‘hará mejor figura que su prima en el suntuoso estrado del castillo de Felsen. ¿Quién, aunque sea un príncipe, no me envidiará una esposa tan bella?’

¡Ah, desgraciado! Tu suerte no inspira envidia, sino compasion. ¿No temes que la compasion se trueque en desprecio?

Corre á la antigua morada de tus padres, al castillo de Felsen, que dos miserables han profanado. Corre á vengar tu honor, Oton de Felsen; no te detengas ni un momento, ó te expones á llegar demasiado tarde.

En este momento, tu culpable esposa y tu pérfido amigo, que solo en apariencia te ha perdonado el que en Palestina protegiesen la evasion de su cautiva, se disponen á dejar el castillo, pues tu presencia les es odiosa, y han determinado dirigirse á un país lejano, donde puedan amarse con entera libertad.

¡Corre á vengar tu honor, Oton de Felsen! No sea que la compasion que hoy inspiras se cambie en desprecio!»

Así habló la sibila. Oton, cuyo rostro expresaba el dolor, la cólera, la vergüenza y la desesperacion, lanzó un rugido horrible, y sin contestar á la saga, atravesó el puente de Siebald con la rapidéz de la hoja seca empujada por el huracan.

XI.

Oton corria, corria..... no ya persiguiendo á la infeliz Brenda,

sino ansioso de llegar á tiempo para vengar su honor, torpemente manchado por una esposa perjura y un falso amigo.

Oton corria hácia el castillo de Felsen, y en medio de su dolor y de su cólera habia olvidado á Brenda casi por completo, cuando, al trasponer una colina, divisó á la jóven, que, no muy lejos de él, corria en la misma direccion.

Brenda creyó sin duda que el caballero deseaba alcanzarla, pues apresuró el paso en cuanto le vió.

En vano Oton le gritaba que ya no iba en su perseguiimiento..... La doncella corria cada vez mas velozmente.

Pero aquello no podia durar mucho tiempo. En efecto, la fatiga empezaba á abrumarla; empezaron á abandonarla las fuerzas; su paso se hizo lento y difícil.

Así es que Oton llegó en breve junto á ella.

Entonces el jóven olvidó por un momento su propio infortunio para pensar en el de la desgraciada Brenda, y alargó el brazo para detenerla.

Pero aquel movimiento le hizo perder el equilibrio, y cayó, yendo á estrellarse contra un peñasco.

El de Felsen lanzó un horrible grito, y al oír aquel grito Brenda volvió el rostro, en el que estaba retratado el espanto, y quedó inmóvil.

«—¡Brenda! ¡amada Brenda! ¡vén!» murmuró el herido con voz débil.

La jóven dió algunos pasos hácia él, y le miró atentamente. Estaba tendido sobre las rocas, al borde del sendero, con una ancha herida en la cabeza, y con el rostro cubierto de sangre.

Brenda se acercó aún mas, y fué á sentarse en la roca junto á Oton. Tomó entre sus delgadas manos la ensangrentada cabeza del caballero, y la contempló atentamente, como si tratára de reconocerle.

«—¡Soy yo, Brenda! exclamó el herido. ¡Soy tu amado Oton de Felsen! ¡Oton de Felsen que te quiere con toda su alma!»

No es posible describir el ronco, el terrible grito que en aquel momento salió de lo mas profundo del pecho de la jóven. Sus músculos se contrajeron; su rostro tomó una expresion de sorpre-

sa, de angustia, de amor inefable; y obedeciendo á un incontrastable impulso de su corazon, acercó sus pálidos labios á los labios ensangrentados de Oton de Felsen.

Acababa de reconocer al que tanto habia amado; acababa de recobrar la razon.

Pero la habia recobrado para morir enseguida; la misma emocion que la devolvió el juicio, causó la muerte de la pobre niña.

Momentos despues no habia sobre las rocas mas que dos cadáveres estrechamente abrazados.

¿Dónde habia ido el alma de Oton? ¿Habria castigado el Señor su loca vanidad, su insensato orgullo, sumergiéndola para siempre en el imperio de las tinieblas, en la morada de los réprobos?

En cuanto al alma pura é inmaculada de Brenda, un querube la habia llevado, sobre sus fulgurantes alas, á la region de la luz, de la armonia, de todos los divinos deleites; á la morada de la paz, el amor, y la felicidad perdurables.

ENOCH ARDEN.

POEMA DE TENNYSON.

A Mrs. Mamie Vavasour Sandford.

¿Veis esa elevada costa erizada de peñascos, que parece desafiar al mar y burlarse de su furia? No creais que siempre ha resistido victoriosamente al incesante embate de las olas. Hay un punto en que los peñascos han sido rotos y arrancados del lugar que ocuparon, dejando una abertura cubierta de espuma y de amarillenta arena. Mas allá véense algunas casas de tejados rojos, agrupadas al lado de un pequeño muelle; mas lejos se divisan las ruinas de una iglesia, y mas arriba una larga calle sube á un molino de elevada torre. Detras del molino descúbrese una meseta en la que se vén algunas tumbas danesas (1), y un bosque de avellanos, frecuentado en otoño por gentes que van á recoger el sabroso fruto, florece en una hondonada que se halla en el centro de la meseta, hondonada semejante á un tarro de flores.

Hace cien años que en esta playa acostumbraban á jugar tres niños; Anita Lee, la mas linda jovencita del puerto; Felipe Ray, único hijo del molinero, y Enoch Arden, hijo de un rudo marinó que pereció en un naufragio, dejándole en la orfandad. Allí jugaban entre tablas, cabos adujados, ennegrecidas redes de pescar, áncoras de mohosa lengüeta, y botes destrozados que el mar arrojaba á la orilla. Construian castillos de movediza arena, y divertíanse viéndolos inundarse; ó siguiendo á las olas y huyendo

(1) Reliquia de las irrupciones de los dinamarqueses en la Gran Bretaña.

de ellas, dejaban sobre la playa la pequeña huella de sus piés, que el agua se encargaba de borrar diariamente.

Debajo de los peñascos habia un antro angosto, donde los niños jugaban *a casitas*; Enoch era el amo un dia y Felipe el siguiente: Anita era siempre la señora. Pero á veces Enoch se posesionaba de la casa por toda una semana, diciendo: «—Esta es mi casa y esta es mi mujercita.» «—Mia tambien», decia Felipe, «cada uno su turno.» Si de ahí venian á reñir, Enoch, como mas fuerte, quedaba dueño de la casita; entonces Felipe, lleno de impotente cólera y con sus azules ojos inundados de lágrimas, gritaba: «—Enoch, te aborrezco»; y á esto la mujercita lloraba, y le pedia que no riñesen por su causa, pues seria mujercita de los dos.

Pero cuando pasaron los albores de la rosada infancia, y Felipe y Enoch sintieron el calor del ascendente sol de la vida, ambos fijaron el corazon en aquella jóven. Enoch declaró su amor, pero Felipe amaba en silencio; y aunque la jóven era mas bondadosa con Felipe, amaba á Enoch inconscientemente, y lo habria negado si se lo hubiesen preguntado. Resolvió Enoch acumular todos los ahorros posibles, para comprar un barco de pescar y hacer una casa para Anita; y prósperó de tal suerte, que bien pronto fué difícil encontrar, por muchas leguas á lo largo de aquella costa, un pescador mas afortunado, mas atrevido, y mas avisado y diligente en los momentos de peligro. Tambien sirvió un año á bordo de un buque mercante, haciéndose de ese modo un completo marinero; nadador temerario, tres veces se habia arrojado al mar para salvar la vida de un compañero ó la de un extraño, consiguiendo siempre arrancar su presa á las enfurecidas olas y á las impetuosas corrientes, de modo que todos le miraban con cariño. Mayo, el risueño mes de las flores, no habia pasado veintiun veces sobre su cabeza, y él ya habia comprado un barco de pescar, ya habia hecho una casa para Anita, una casita limpia y bonita, semejante á un nido, á medio camino en la larga y empinada calle que sube hácia el molino.

Una brillante tarde de verano hicieron dia de jolgorio los muchachos y muchachas del pueblo, y provistos de sacos y canastas de todas formas y tamaños, fueron al bosque á recoger el delicioso fruto de los avellanos. Felipe se retardó como una hora, pues su padre se hallaba enfermo y le necesitaba; pero cuando hubo trepado á lo alto de la colina, y justamente en el sitio en que el terreno empieza á deprimirse y á hacerse mas frondoso á medida que descende á la hondonada, divisó á la jóven pareja, Enoch y Anita, sentados al lado uno de otro y asidos de las manos: los grandes ojos pardos de Enoch y su curtido rostro parecian enteramente inflamados por un tranquilo y sagrado fuego. Felipe miró, y en sus ojos y semblantes leyó su sentencia; luego, como sus rostros se juntasen, lanzó un gemido y se alejó arrastrándose hasta lo mas profundo del bosque; allí, mientras los demás se divertian ruidosamente, tuvo él, oculto á las miradas, su hora de tristeza, de suprema amargura; luego levantóse y se fué, llevando en su corazon un deseo que debia durar toda su vida.

Al fin Enoch y Anita se casaron, y las campanas de la parroquia anunciaron la boda alegremente: alegremente pasaron los años, siete años felices, siete años de salud y bienestar, mútuo amor y trabajo honrado. Dios bendijo su union dándoles hijos: nació primeramente una niña, á quien Enoch llamó Anita como á su madre. Los primeros lloros de la niña despertaron en el ruído pescador el noble deseo de ahorrar la mayor parte posible de sus ganancias, á fin de dar á su hija una educacion mejor que la que él y su esposa recibieran; noble deseo que se renovó cuando, dos años despues, vino un muchacho á ser el rosado ídolo de la soledad de Anita, mientras Enoch se hallaba batallando con la irritada mar ó en una de sus frecuentes excursiones tierra adentro; porque en verdad, el moreno y curtido rostro de Enoch, enrojecido por los vientos del invierno, su blanco caballo y su cesta de mimbres que contenia los despojos arrancados al Océano, no solamente eran conocidos á la cruz del mercado, sino tambien en los frondosos caminos que se extienden detras de la meseta

hasta la solitaria mansion señorial, cuya comida del viernes proveía Enoch.

Pero como todas las cosas humanas cambian, tambien en la existencia de Enoch se operó un cambio. Diez millas al norte del pequeño puerto hallábase otro mucho mas vasto, donde Enoch iba frecuentemente, ya por tierra, ya por mar. Una vez que se encontraba allí, como tuviese que subir á un palo en el puerto, se le fueron los pies y cayó, lastimándose gravemente. Mientras que estuvo ausente de su hogar, restableciéndose de su caida, su mujer le dió otro hijo, un niño débil y enfermizo: además, como su restablecimiento fué algo lento, otra mano se atravesó en su pequeño comercio, arrebatándole su pan y el de los suyos; así es que, aunque era hombre grave y timorato y de ánimo sosegado, fué presa de la duda y la melancolia. Parecíale ver, como en una horrible pesadilla, á sus hijos viviendo en la miseria y en la estrechez, y á aquella á quien amaba, mendigando: entonces él rogaba á Dios de este modo: «—¡Oh! ¡sálvense ellos de tanta amargura, sea cual fuere la suerte que me está reservada!» Hallábase orando de este modo, cuando el dueño del buque en que Enoch habia navegado, teniendo noticia de su infortunio, vino á verle, pues conocia á nuestro hombre y sabia apreciarlo. Dijole que su buque estaba destinado para la China, y que aún no tenia contra-maestre. Todavía pasarían muchas semanas antes de que se hiciese á la vela. ¿Quería Enoch aceptar el puesto vacante? Enoch aceptó sin vacilar, regocijándose al ver que su oracion habia sido escuchada.

Ya su desgracia no aparecia á sus ojos mas grave que la nubecilla que cubre durante algunos instantes el radiante rostro del sol; sin embargo, preocupábale la idea de dejar á su esposa y á sus hijos. Tendido en su lecho, Enoch reflexionó largamente, y decidió lo que habia de hacer. Era preciso vender su barquito de pescar, y eso que le tenia mucho cariño, porque ¡cuántos terribles temporales habia arrostrado en él!—le conocia como un jinete conoce á su caballo. Pero, á pesar de todo, era preciso venderlo, á

fin de comprar, con el producto de su venta, provisiones y abastos para poner á su mujer una tiendecita, bien provista de todo lo que necesitan los marinos, para que pudiese atender á las necesidades de la casa durante su ausencia. ¿No comerciaria él por su cuenta en la China? ¿No era probable que hiciese aquel viaje mas de una vez? Acaso iria dos ó tres veces; tantas como fuese necesario. Al fin volveria con una suma considerable, y se haria dueño de un barco mejor y de mejores aperos de pescar, por cuyo medio obtendria mayores ganancias, su vida seria mas desahogada, podria educar á todos sus lindos niños, y pasaria sus dias en paz rodeado de los suyos.

Todo lo arregló Enoch en su mente; todo, hasta el menor detalle, y ya restablecido, apresuróse á volver al lado de Anita. Encontróla pálida, y ocupada en dar de mamar al niño enfermizo que naciera durante su ausencia. Así que ella le vió, levantóse como empujada por un resorte, corrió hácia él lanzando un grito de gozo, y puso la débil criatura en sus brazos. Tomóla Enoch, palpó todos sus miembros, evaluó su peso, y la hizo mil paternales halagos; mas no tuvo valor de descubrir sus proyectos á Anita hasta el dia siguiente, que fué cuando se los comunicó.

Entonces, por la primera vez desde que el anillo nupcial que Enoch la diera hubo ceñido su dedo, Anita se opuso á la voluntad de su marido; mas no con vocinglera oposicion, sino con muchas súplicas, muchas ardientes lágrimas y tristes besos. Como estaba segura de que tan solo desgracias vendrian de ello, le rogó que no se fuese, si es que la amaba y amaba á sus hijos, y le preocupaba su bienestar. Pero él no se inquietaba por las fatigas y peligros de un viaje tan largo, porque estaba dispuesto á sobrellevar con paciencia toda clase de trabajos, siempre que redundasen en beneficio de su mujer y de sus hijos; así es que, aunque vivamente afligido al ver el dolor de Anita, se mantuvo firme en su resolucion.

Separóse, pues, Enoch para siempre de su barquito, su antiguo amigo del mar; compró á Anita toda clase de abastos para buques,

y púsose á trabajar para arreglar el saloncito que daba á la calle, y hacer en él alacenas, bazares y armarios para colocar los artículos comprados. Ya no descansó hasta dejarlo todo terminado: el ruido del martillo, del hacha, de la barrena y de la sierra no cesaba durante todo el día, y á la pobre Anita le parecia que oía levantar su propio cadalso. Llegó la víspera del día de la partida de Enoch, y su prodigiosa actividad parció redoblarse; así es que para la noche todo estaba terminado (verdad es que el espacio era muy reducido): su cuidadosa y hábil mano lo habia pulido y ajustado todo, casi tan bien como la naturaleza envuelve á la flor en el lindo capullo. Hasta entonces no le dejára descansar su febril impaciencia por terminar la obra que dedicaba á Anita; entonces, viéndola terminada, detúvose fatigado, acostóse, y durmió profundamente hasta la mañana.

Enoch arrostró con intrepidez aquella triste mañana de despedida. Hubiérase reido de los temores de Anita, sino porque la veía tan afligida; sin embargo, Enoch, como hombre valiente, pero temeroso de Dios, humillóse ante Aquél que no desdeñó hacerse hombre por salvarnos, y le rogó que bendijese á su mujer y á sus hijos, aunque á él le aconteciera cualquier desgracia, y dijo: «—Anita: este viaje será, con la ayuda de Dios, origen de prosperidad para todos nosotros. Haz que en el hogar arda para mí constantemente un brillante fuego, porque he de volver cuando menos lo pienses, amor mio!» Luego, meciendo suavemente la cuna en que dormía el niño, añadió: «—Dios bendiga tambien á este lindo, débil pequeñuelo, á quien quiero aun mas á causa de su debilidad y poca salud: cuando vuelva, le sentaré sobre mis rodillas, y le contaré cuentos de países extraños que le diviertan. —Vamos, Anita, vamos; cobra ánimo antes de que me vaya.»

Ella, oyendo sus palabras llenas de esperanza, casi empezaba tambien á albergar la esperanza en su sencillo corazón; pero cuando Enoch volvió la corriente de sus ideas á cosas mas graves, y empezó á sermonear en el rudo lenguaje de los marinos, sobre la Providencia divina y la confianza en el cielo, Anita oíale y no

le oía; semejante á la jóven campesina que coloca su cántaro debajo del cristalino manantial, y pensando en el que acostumbraba llenárselo en días mas felices, oye y no oye el ruido del agua, y no se apercibe de que el cántaro se ha llenado y el agua está rebosando.

Al fin exclamó: —«¡Oh, Enoch! tú sabes mucho, y sin embargo, á pesar de todo tu saber, el corazón me dice que jamás contemplaré ya tu rostro.»

— «En ese caso, Anita, yo contemplaré el tuyo», repuso Enoch. «Ya sabes que día debe pasar á la vista de este puerto el buque en que voy; pues bien, busca un antejo marino, columbra mi rostro, y riéte de todos tus temores.»

Pero cuando llegó el terrible momento de la separación, Enoch le dijo: —«Anita, amor mio, anímate, consuélate, cuida bien á los niños, y mantenlo todo bien orientado hasta mi regreso, pues ya no puedo detenerme aquí ni un momento. No temas por mí, ó si es que temes, pon toda tu esperanza en Dios: esa ancla nunca puede faltar. ¿No tiene Él su morada en el extremo Oriente, allá donde el sol se muestra al rayar el día? Acaso me alejo de Él navegando hácia allá? Y además, el mar es suyo; si, el mar es suyo: Él lo hizo.»

Enoch se levantó, estrechó en sus fuertes brazos á su desfallecida esposa, y besó á sus hijos, asombrados de aquella solemne despedida. Como el mas jóven, el niño enfermizo, estaba durmiendo profundamente despues de una noche de febril desvelo, Anita quiso levantarlo, pero Enoch dijo: —«No le despiertes, déjale dormir; el pobrecito es muy jóven aún para que pueda acordarse jamás de mi despedida.» Por eso, acercándose silenciosamente, le besó en la cuna. Pero Anita cortó de la frente del niño un pequeño rizo y se lo dió (reliquia preciosa que Enoch guardó siempre): entonces él cogió apresuradamente su lio, agitó la mano en señal de despedida, y se marchó.

Cuando llegó el día en que el buque debía pasar á la vista del puerto, Anita buscó prestado un antejo marino, pero fué en vano; porque, sea que no acertase á arreglarlo á su vista, sea que sus ojos se hallasen ofuscados y trémulas sus manos, no pudo verle, á pesar de que él, de pié en el puente, no cesaba de saludarla con la mano. Así, pues, pasó el momento oportuno, y se alejó la nave.

Anita no apartó de ella los ojos hasta que desapareció completamente en el horizonte, y entonces volvió á su casa llorando amargamente. El tiempo no debilitó su dolor; lamentaba la ausencia de su marido tan profundamente como si este se hallara ya descansando en el frío lecho del cementerio, y no lleno de vida y de esperanza á bordo del *Buenaventura*. Mas, á pesar de su inmenso dolor, hizo todos los esfuerzos posibles por seguir las recomendaciones de Enoch; desgraciadamente no prosperó en su comercio, pues no había aprendido á traficar, ni tenía la sutileza que podía haber reemplazado á su falta de experiencia, siendo además incapaz de mentir y de pedir más de su precio por los artículos que vendía. Frecuentemente, viendo el mal aspecto de sus negocios, se decía:—«¿Qué diría Enoch de mí?» Porque más de una vez, en días de estrechez angustiosa, había vendido sus mercaderías por menos de lo que diera por ellas al comprarlas. Entristeciase, pues, y decaía su ánimo, y esperando siempre noticias de Enoch, que nunca llegaban, ganaba para las suyos un escaso sustento, y llevaba una vida de silenciosa melancolía.

El más jóven de los niños, aquel que desde su nacimiento fuera débil y enfermizo, pareció debilitarse aun más, aunque Anita le prodigaba los cuidados maternos: sin embargo, sea porque sus ocupaciones le alejaban de él con demasiada frecuencia, sea por la falta de medios para pagar el consejo de un buen médico, después de un lento padecer y antes de que su madre se apercibiera de ello, semejante al pájaro enjaulado que al ver la puerta abierta se escapa de repente, la inocente alma del tierno niño voló al cielo.

Pocos días despues de su entierro, el sincero y fiel corazón de Felipe, ansioso por la felicidad de Anita, empezó á reprocharle por haber permanecido tanto tiempo alejado de ella, pues no la habia visto desde la partida de Enoch.—«Paréceme» se dijo Felipe, «que puedo y debo ir á verla; tal vez podré consolarla ó serla útil en algo.» Llegóse, pues, á la casa de la mujer de su antiguo compañero, atravesó la tiendecita, en la cual no vió á nadie, se detuvo cerca de una puerta interior, y la golpeó por tres veces. Como nadie viniese á abrirle, Felipe entró; pero Anita, que estaba sentada pensando en el pobre niño que habia perdido, no queria ver ningun rostro humano; así es que volvió el suyo hácia la pared y empezó á sollozar. Entonces Felipe, un tanto picado, le dijo, si bien con cierta vacilacion: —«Anita, he venido á pedirnos un favor.»

Ella respondió con un gemido:—«¡A pedir un favor á un sér tan triste y desamparado como yo!» El tono de ligero enojo, claramente perceptible en su respuesta, casi avergonzó á Felipe; sin embargo, batallando su timidez con su ternura, acercóse á ella y le dijo:

—«He venido á hablaros de lo que deseaba Enoch, vuestro marido: ya sabeis que siempre he dicho que escogisteis el mejor hombre del puerto, un hombre fuerte y lleno de energía. Todo lo que deseaba su corazón sabía él llevarlo á cabo con una admirable perseverancia. ¿Por qué os dejó sola y emprendió ese penoso viaje? ¿Por ver el mundo, ó por placer? No ciertamente, sino á fin de poder dar á sus hijos una educacion mejor que la que recibiera él ó recibierais vos; tal era su deseo. Si vuelve, se apesadumbrará al ver que se han perdido las preciosas horas de la mañana de la vida, cuando sus niños estaban mas dispuestos á recibir una instruccion útil y saludable. Y si no vuelve, turbaria la paz de su sepulcro el saber que sus hijos crecen en la mas completa ignorancia, si es que puede llegar á la tumba el conocimiento de lo que pasa entre los vivos.—Ahora bien, Anita, ¿no nos hemos conocido durante toda nuestra vida? Os ruego, por el amor que te-

neis á él y á sus hijos, que no me rehuséis lo que os pido, porque si quereis, cuando Enoch vuelva me ha de pagar.....esto es, si vos quereis que me pague, Anita, porque soy rico y no lo he menester. Dejadme que ponga á los niños en la escuela: ese es el favor que he venido á pedirlos.»

Entonces Anita, sin separar la frente de la pared, contra la cual la tenia apoyada, respondió:—«Tengo un aire tal de estupidez y desaliento, que no me atrevo á miraros. Cuando llegásteis, mi pesar me abrumaba; ahora creo que vuestra bondad me abruma aun mas. Pero Enoch vive, estoy segura de ello, y os pagará á su vuelta, pues el dinero puede pagarse; lo que no se puede pagar es una bondad como la vuestra.»

Y Felipe preguntó:—«Es decir que me dais vuestro permiso, Anita?»

Entonces ella se volvió bruscamente, levantóse, fijó en él sus ojos inundados de lágrimas y contempló un momento su bondadoso rostro. Luego, al mismo tiempo que llamaba sobre la cabeza de Felipe la bendicion del cielo, tomó su mano, la estrechó con ardor, y retiróse á un aposento inmediato. En cuanto á él, se fué con el corazon mas desahogado y tranquilo.

Felipe puso al muchacho y á la niña en la escuela, compróles los libros necesarios, y miró por ellos con tanta solicitud como si hubieran sido hijos suyos. Pero temeroso, por causa de Anita, de la ociosa charla de las comadres del puerto, frecuentemente negaba á su corazon su mas querido deseo, y solo raras veces cruzaba el umbral de la tiendecita; sin embargo, enviábala con los niños regalos consistentes en hortalizas y frutas, las mas tempranas y mas tardias rosas de su jardin, conejos de la llanura, y de vez en cuando, so pretexto de la excelencia del trigo (para de ese modo quitar á su accion toda apariencia de una obra de caridad), enviábala harina de su elevado molino, que silbaba en lo mas alto del pueblo.

Pero Felipe no trataba de sondear el corazón de Anita: cuando iba á verla, apenas podía ella, cuyo corazón estaba rebosando, pronunciar de un modo balbuciente una frase de gratitud. Tan cortas eran sus visitas. En cuanto á los niños, pronto profesaron al buen molinero un afecto entrañable. Cuando le veían en la calle, corrían desde lejos á su encuentro, y correspondían cariñosamente á su cordial acogida; ellos eran los verdaderos dueños de su casa y de su molino; fatigaban sus oídos con la relación de sus insignificantes contrariedades y sus infantiles placeres; jugaban con él, y le llamaban «padre Felipe.» Enoch perdía en sus corazones, á medida que Felipe ganaba en ellos; pues Enoch les parecía incierto, oscuro, impalpable como una visión, como un hombre que se columbra á los primeros albores del día en el extremo de una calle de árboles, caminando con rumbo desconocido. Así pasaron diez años desde que Enoch dejara su hogar y su país nativo, sin que de él se tuviera la menor noticia.

Sucedió una tarde que los hijos de Anita, deseando ir con otros niños á recoger avellanas al bosque en compañía de su madre, fueron al molino á rogar á «papá Felipe» que les acompañase. Encontráronle completamente blanco de harina, semejante á la laboriosa abeja envuelta en el pólen de la flor, y le dijeron:—«Venid con nosotros, padre Felipe.» Negóse él al principio, pero como los niños le agarrasen y quisiesen llevarle por fuerza, rióse y cedió prestamente á su deseo; porque ¿no iba Anita á ir con ellos?

Habían ya explorado la mitad de la espaciosa llanura, y hallábanse justamente en el sitio en que el terreno empieza á deprimirse y á hacerse mas frondoso á medida que descende á la hondonada, cuando á Anita le faltaron las fuerzas, y dijo que deseaba descansar. Sentóse, pues, sobre el verde césped, y Felipe se sentó á su lado muy contento. Los niños se alejaron lanzando gritos de júbilo, descendieron tumultuosamente por entre los avellanos hasta lo mas profundo de la hondonada, se dispersaron, y encorvando unas ramas y rompiendo otras para despojarlas de sus morenos racimos, pronto llenaron las cestas con el agradable fruto. Sus alegres gritos resonaban incesantemente en todo el bosque.

Sentado Felipe al lado de Anita, olvidó por un instante su presencia, y recordó los tristes momentos que pasára en el mismo sitio cuando con el corazón herido se arrastró hasta lo más profundo y sombrío del bosque. Al fin dijo, levantando su honrada frente:—«¡Cómo se divierten los niños en el bosque! ¿Oís sus gritos de placer?» Y como ella no desplecase los labios, Felipe añadió:—«¿Estais muy cansada, Anita?» Esta dejó caer la cabeza sobre las manos, y continuó silenciosa. Entonces él, ligeramente incomodado, le dijo:—«¡El buque se perdió! ¡el buque se perdió! no penseis más en ello. ¿O es que quereis mataros, y hacer á vuestros hijos completamente huérfanos?»—«¡No sé explicarme el por qué», dijo Anita, «pero las voces de los niños hacen que me sienta tan sola y desamparada!»

Felipe se acercó más á ella, y la habló de este modo:—«Anita, hace tiempo que tengo una idea en mi mente, y aunque ignoro cuando se fijó en ella por primera vez, me es ya imposible callarla por más tiempo. ¡Oh, Anita! Ya no existe la menor probabilidad, ya no podemos abrigar la menor esperanza de que el que os dejó hace más de diez años, viva todavía. Ahora bien..... permitidme hablaros con toda franqueza. Yo me aflijo viéndoos pobre y necesitada, y no puedo ayudaros como deseo hacerlo, á menos que..... Dicen que las mujeres son tan penetrantes..... quizá habeis ya adivinado lo que deseo deciros. En una palabra, deseo haceros mi mujer. Deseo ardientemente que vuestros hijos tengan en mí un padre cariñoso; creo que ellos me aman como á un padre, y estoy seguro de que los quiero como si fuesen hijos míos. Creo que si os casais conmigo, aun podremos, después de tantos tristes años de penosa incertidumbre, gozar de tanta felicidad como Dios concede á sus más favorecidos hijos. Pensad en ello; ya sabeis que me hallo en buena posición, sin parientes, sin cuidados, sin cargas, excepto mi cuidado de vos y los vuestros. Además, nos hemos conocido durante toda la vida, y os he amado por mucho más tiempo de lo que imagináis.»

Anita respondió en un tono de exquisita bondad:—«Habeis sido para nosotros semejante al ángel bueno de Dios. El os bendiga por

ello, Felipe, y os recompense con una mujer mas dichosa que yo. ¿Es posible amar dos veces? ¿Puede alguno ser amado jamás como lo fué Enoch? ¿Es eso lo que pedis?» — «Me daré por satisfecho», respondió él, «con ser amado un poco menos que Enoch.» — «¡Oh!» exclamó ella como asustada; «Felipe, esperad un poco. Si Enoch vuelve..... pero no volverá; sin embargo, esperaré un año; un año no es mucho tiempo. Es seguro que dentro de un año seré mas juiciosa. ¡Oh! esperad un poco.» Felipe dijo tristemente: — «Anita, como he esperado toda mi vida, bien puedo esperar un poco mas.» — «¡No!» gritó ella; «quedo ya comprometida; podeis contar con mi promesa. ¿Estais, como yo, dispuesto á esperar un año?» — «Esperaré un año», replicó Felipe.

Así habló; y como si fuese en un momento, mientras que se hallaba ocupada en sus quehaceres domésticos, y cuando aun estaba pensando en lo que le dijera Felipe de que la habia amado por mas tiempo de lo que ella imaginaba, aquel otoño fué sucedido por el siguiente, y el molinero se presentó á su vista reclamando el cumplimiento de su promesa. — «¿Ha pasado ya un año?» preguntó ella. — «Sí, si es que los avellanos se hallan de nuevo cargados de maduro fruto. Salid y cercioraos por vos misma.» Pero ella.....ella le rogó que esperase todavia. — «Hay tantas cosas en que pensar», dijo; «es un cambio tal..... Si me concedieseis un mes..... Dadme un mes, nada mas.» Entonces Felipe, con una mirada en la que estaba pintada la pasion de toda su vida, dijo con voz tan trémula como la mano de un hombre ébrio: — «Tomad el tiempo que querais, Anita; tomad el tiempo que querais.» Poco le faltaba á Anita para llorar de compasion, y sin embargo, le tuvo así largo tiempo, dilatando el cumplimiento de su promesa por medio de pretextos apenas dignos de crédito, y poniendo á dura prueba su constancia y paciencia. De ese modo se deslizaron otros seis largos meses.

Para este tiempo, ya las ociosas comadres del pueblo, que habian profetizado el casamiento de Anita con el rico molinero, viendo que sus cálculos salian errados, empezaron á irritarse como si fuera una injuria personal. Unas pensaban que Felipe solo

tonteaba con ella, otras creían que ella le mantenía apartado á fin de asegurarle mejor, y algunas se reían de ella y también de Felipe, como de necios que no conocían ni sus propios sentimientos ni sus propios deseos. Una de ellas, en quien todas las malas ideas se hallaban reunidas (como los huevos de la serpiente, adheridos unos á otros), reíase y hacía una insinuación de peor especie. El hijo de Anita nada decía, pero era fácil leer su deseo en sus ojos; pero la hija la instaba constantemente á enlazarse con aquel hombre tan querido de todos ellos, y de ese modo sacar á la familia de la miseria en que se hallaba sumida. El colorado rostro de Felipe volvióse flaco y pálido, por efecto de la cruel zozobra que le atormentaba y consumía. Todas estas cosas caían sobre el corazón de Anita como un amargo reproche.

Al fin, una noche que Anita no podía conciliar el sueño, rogaba ansiosa y solemnemente que Dios la enviase una señal que la informara de si Enoch era muerto, ó si aun vivía: incapaz de tolerar por mas tiempo, en medio de la oscuridad de la noche, la terrible expectacion de su alma, saltó del lecho, encendió una luz, cogió con desesperacion el Santo Libro (1), abriólo rápidamente á la ventura, y también á la ventura fijó el dedo sobre el texto, y leyó:—«Debajo de una palmera.» Eso no era nada para ella; en esas palabras no habia ninguna significacion para el caso presente. Cerró el libro y volvió á acostarse; pero hé aquí que apenas se hubo dormido, parecióle ver á Enoch sentado en una altura, debajo de una palmera, sobre la cual brillaba el sol esplendorosamente. —«Ha muerto», pensó ella; «es dichoso, está cantando Hosanna en las alturas: allá brilla el sol de la justicia, y esas son las palmeras cuyas ramas arrojaba el pueblo dichoso de Jerusalem, cantando «Hosanna en las alturas.» En esto despertó súbitamente, y hallándose ya del todo resuelta, mandó llamar á Felipe y le dijo vivamente:—«Nada impide ya que nos unamos.»—«Si así es», respondió él, «por Dios os ruego que, ya que estais dispuesta á ser mi esposa, lo seais enseguida, por nuestro mútuo bien.»

(1) La Biblia.

Al fin Felipe y Anita se casaron, y las campanas de la parroquia anunciaron la boda alegremente; quien no latía alegremente era el corazón de Anita. ¡Pobrecilla! Cuando andaba, parecía que al lado de sus pasos resonaban los de una persona invisible, y frecuentemente le parecía que alguien susurraba en su oído frases incomprensibles; así es que no le gustaba que la dejaran sola en casa, ni se atrevía á salir sin compañía. Muchas veces, cuando iba á entrar en casa, permanecía largo rato vacilante, con la mano sobre el pestillo, sin atreverse á entrar. ¿Qué era lo que la afligía tan profundamente? Su marido creía saberlo; tales dudas y temores le parecían propios de su situación, pues se hallaba en estado interesante. No se equivocaba; pues con el nacimiento del niño pareció que la madre volvió á encontrar su corazón perdido; desde entonces amó á Felipe con ternura, y desapareció enteramente aquel misterioso instinto que tanto la había atormentado.

¿Y qué se había hecho de Enoch? El *Buena Ventura* navegó prósperamente, aunque al pasar por el golfo de Vizcaya fué rudamente sacudido por las gigantescas olas, que á manera de montañas surcaban el irritable mar: deslizóse sin dificultad á través del verano del globo, y después de algunos balances cerca del cabo de Buena Esperanza, y frecuentes cambios de tiempo, ya adverso, ya favorable, pasó de nuevo á través del verano del globo: empujóle constantemente el hálito del cielo, y le condujo suavemente por entre las felices islas del Océano Indico, hasta que pudo descansar en el puerto oriental para donde iba destinado.

Allí, Enoch comerció un poco por su cuenta, y compró para sus niños un dragón dorado y otros monstruos extraños.

No fué tan afortunado su viaje de retorno. Cierto es que al principio los pasajeros navegaron felizmente por un mar tranquilo, siendo apenas mecidos por las olas, mientras que el mascarón de proa contemplaba, con sus inmóviles ojos, la aparente ebullición producida en las aguas por la rápida marcha del buque. Siguiéronse luego algunas calmas y variables vientos; después, vientos contrarios les acosaron durante muchos días, y al fin fueron

sobrecogidos por una tormenta tal, que les impelió largo tiempo á través de los mares en medio de la oscuridad mas espantosa, hasta que, casi al mismo tiempo que resonó á bordo el terrible grito de «¡escollos!», oyóse el horroroso estallido de ruina. Todos perecieron menos Enoch y otros dos. Durante la mitad de la noche se mantuvieron sobre flotantes jarcias y vergas rotas, que impelidas por el viento se amontonaron al romper el dia sobre una playa, en una isla hermosísima, pero la mas desierta de las que se hallan en aquel desierto mar.

No habia allí escasez de agradable sustento, pues abundaban mil jugosos frutos, grandes nueces, y nutritivas raices; y si la compasion no les hubiera disuadido, no era difícil procurarse la carne de los muchos animales que vivian en ella, y que como jamás habian sido perseguidos, se distinguian por su extremada mansedumbre. En una garganta de la parte montuosa de la isla construyeron un albergue, medio choza, medio caverna natural, y lo techaron con ramas de palmera. Así, aquellos tres hombres, colocados en un abundantísimo Eden, vivian descontentos en medio de un eterno verano.

El mas jóven de los tres, que era todavia un adolescente, se habia herido de gravedad aquella noche de súbita ruina y naufragio, y murió despues de tres años de continuo padecer, semejante á un morir continuo. No le dejaron hasta que lanzó el último suspiro. Despues de su muerte, habiendo encontrado Enoch y su compañero un gran tronco de árbol, y creyendo que podria serles útil poseer una canoa, dedicáronse ardientemente á ahuecarlo por medio del fuego, á la manera de los indios. El compañero de Enoch trabajó con tanta perseverancia y abnegacion, fué tan negligente de sí mismo, que murió herido de una insolacion. Enoch quedó solo, y leyó en la muerte de sus dos compañeros la expresa voluntad de Dios que le ordenaba esperar.

La montaña, cubierta de árboles hasta la cima; los risueños prados, las tortuosas cañadas que suben hasta lo mas alto del monte,

semejantes á otros tantos caminos del cielo; la descaecida corona de plumas del esbelto cocotero, el rápido vuelo de insectos y pájaros, la brillantez de los largos convólulos que se enroscan en los majestuosos árboles, y se prolongan hasta los confines de la isla; los vivos colores, el esplendor del magnífico cinturón de la tierra que se llama el Ecuador, todo eso vió Enoch; pero lo que él deseaba ver no podía verlo, esto es, el familiar y afable rostro humano. Ni escuchaba jamás la suave voz de los hombres, sino tan solo los millares de chillidos de las aves marinas que vuelan de acá para allá; las olas, semejantes á gigantescos rodillos de una legua de longitud, tronando sobre los arrecifes; el lastimero susurro de los enormes árboles que extienden sus ramas y abren sus flores en el cénit; ó la marcha impetuosa de algun riachuelo que vá á juntar sus aguas con las del mar. Solo esos rumores herian sus oídos cuando vagaba por la orilla del mar, ó durante las largas horas que pasaba sentado en la garganta que mira al Océano, esperando apercibir una embarcacion que recogiese al pobre naufrago. Los dias corrian rápidamente uno tras otro, sin que Enoch divisára vela ninguna en el inmenso piélago que tenia ante los ojos. Todos los dias veia la aparicion de la aurora, lanzando sus dardos de púrpura por entre las palmeras y los helechos; veia el luminar del dia brillar sobre las aguas en el extremo Oriente, veíalo brillar mas tarde sobre su isla, y veíalo brillar de nuevo sobre las aguas allá en el extremo Occidente; contemplaba despues el cielo tachonado de estrellas, y escuchaba el cóncavo bramido del Océano, y de nuevo venian á inundar la isla con su luz los purpurinos rayos de la aurora: mas nunca aparecia el buque que los ansiosos ojos de Enoch buscaban en todas direcciones.

A veces, mientras que absorto, inmóvil (tan inmóvil que el dorado lagarto se posaba confiadamente sobre él), contemplaba, ó estaba en actitud de contemplar, el líquido elemento, parecíale que muchos fantasmas andaban á su alrededor, ó que él mismo se hallaba lejos, muy lejos, allá en una isla mas sombría, situada muy al norte de la línea equinoccial, vagando entre personas, cosas y lugares conocidos: su mujer, sus hijos, su inocente chácha-

ra, su casita, la empinada calle, el molino, las frondosas avenidas, la solitaria mansion señorial, el caballo que montaba, la barca que vendió, las frias madrugadas de Noviembre, las llanuras cubiertas de rocío, la benéfica lluvia, el perfume de las hojas secas, y el sordo lamento de mares de color de plomo.

Asimismo un dia parecióle que llegaba á sus oidos, débil pero alegremente, el repique de las campanas de su parroquia; entonces, aunque sin saber explicarse la causa, se levantó sobresaltado, y cuando la hermosa isla que le era tan odiosa se presentó á sus ojos, si su pobre corazon no hubiese hablado con Aquel que, hallándose en todas partes, no deja que nadie que habla con El se crea enteramente solo, seguramente la soledad habria matado al desgraciado Enoch.

Así, sobre su cabeza, prematuramente nevada, pasaron año tras año las estaciones del sol y de la lluvia. Sus esperanzas de volver á ver á los suyos, y de pasearse de nuevo por los campos y caminos que le eran familiares, no habian aún perecido, cuando llegó para él el momento de salir de su destierro en aquella soledad. Otro buque, al cual, como al *Buena Ventura*, los vientos contrarios habian separado de su rumbo, apareció á la vista de Enoch. Apenas quedaba agua á bordo, así es que el piloto experimentó un vivo placer cuando al rayar el dia vió, por un claro de la neblina que envolvía á la isla, el agua deslizándose de los collados. Comunicóselo al capitan, quien envió enseguida unos cuantos hombres á tierra, y ellos, así que desembarcaron, se pusieron á buscar el manantial, llenando la isla con sus clamores. Al verles, el solitario descendió de la garganta de la montaña donde tenia su choza. Apenas parecia un ser humano. Asombráronse los marineros al ver á aquel hombre tan moreno, de barba y cabellos tan largos, y vestido de un modo extraño, acercarse á ellos rezongando y murmurando como un idiota, y haciéndoles señas que no comprendian. Sin embargo, él fué por delante de todos, y les mostró el camino al lugar donde se hallaban los arroyuelos de agua dulce. Así que oyó hablar á los marinos, su lengua, que

durante tanto tiempo habia estado embarazada, se desató, y consiguió que le comprendiesen. Cuando los barriles estuvieron llenos, los marineros llevaron al solitario á bordo, donde de un modo entrecortado les refirió la historia de su naufragio y de su larga soledad. Al principio apenas le daban crédito; pero á medida que adelantaba en su narracion, aumentaba el asombro y el enternecimiento de cuantos le oian. Diéronle vestidos y libre pasaje á su país, pero frecuentemente trabajaba con los demás, saliendo así de su penosa abstraccion. Ninguno de los marinos podia darle noticias de los que amaba, pues ninguno de ellos era de su condado ó provincia. El viaje fué pesado á causa de frecuentes dilaciones, pues la nave era apenas á propósito para navegar; mas la fantasia de Enoch volaba siempre delante del perezoso viento. Al fin un dia, antes de amanecer, distinguió á la luz de la luna, casi velada por las nubes, la querida costa de Inglaterra, y aspiró con ardor el aire embalsamado que llegaba á él en alas de la suave brisa de tierra, como el amante que aspira con delicia el perfumado aliento de su amada. Aquella misma mañana, oficiales y marineros, compadecidos del hombre abandonado, levantaron entre ellos una contribucion voluntaria, cuyo producto le entregaron; luego, acercándose á la costa, le desembarcaron en el mismo puerto donde antes se embarcó.

Enoch tenia allí muchos amigos, pero sin detenerse á hablar con ninguno de ellos, dirigióse inmediatamente hácia el puertecito donde habia nacido, pues se hallaba impaciente de llegar á su hogar.

¡Su hogar! ¿Qué hogar? ¿Tenia él hogar?

La tarde era brillante, aunque fria, hasta que los grandes nubarrones que se veian sobre el mar, empujados por el viento, penetraron al través de las hendiduras de las rocas donde ambos puertos se abren sobre el piélago, y cubrieron el mundo con su manto gris. A fin de acortar la distancia que tenia que recorrer, Enoch dejó el camino real y tomó por un estrecho sendero, á través de bosques, tierras de labranza y pastos. Sobre el árbol, ya

casi desnudo, cantaba el petirrojo desconsolado; las hojas secas caían juntamente con la lluvia. La oscuridad se hizo mas y mas profunda, mas y mas espesa la llovizna; al fin, una débil y pasajera claridad le permitió distinguir los objetos que le rodeaban, y vió que habia llegado al término de su viaje.

Entonces, habiendo descendido lentamente la larga calle, con el corazon lleno de tristes presagios y los ojos fijos en el suelo, llegó á la casa donde Anita vivió y le amó, y donde nacieron sus hijos durante aquellos dichosos siete años; pero no viendo en ella luz, ni sintiendo el menor ruido, y observando además un anuncio de venta que brillaba á través de la lluvia, continuó descendiendo á lo largo de la calle, pensando:—«¡Muerta, ó muerta para mí!»

Bajó al estrecho muelle buscando una taberna que le era de antiguo conocida; una taberna con una vieja fachada de madera, tan apuntalada, ruinoso y carcomida, que Enoch creía habria ya desaparecido. Quien habia desaparecido era el tabernero, y su viuda Miriam Lane, aunque sus ganancias disminuían de dia en dia, continuaba al frente del establecimiento. Este era en otro tiempo punto de reunion de marineros camorristas; ahora, en su período de decadencia, se hallaba silencioso y triste. No faltaba, sin embargo, en la casa, una cama para los caminantes ó vagabundos, y Miriam Lane no tuvo reparo en alojar á Enoch, quien permaneció allí retirado durante algunos dias.

Pero la buena de Miriam Lane era en extremo locuaz, y frecuentemente interrumpia las meditaciones del pobre Enoch, dándole á conocer los anales del puerto. El desgraciado estaba demasiado moreno, encorvado y abatido, para que la vieja le reconociera; así es que, sin imaginar quien era el que le escuchaba, refirióle entre otras cosas la historia toda de su propia familia. La muerte de su hijo y la creciente pobreza de su mujer; como Felipe puso á los niños en la escuela y los mantuvo en ella; como quiso casarse con Anita; su tardo consentimiento, y su matrimo-

nio, y el natalicio del hijo de Felipe. Sobre el rostro del desgraciado no pasó ni una sombra, ni un movimiento; cualquiera que le hubiese contemplado hubiera creído que la historia le conmovía menos que á la que la contaba. Solo cuando ella terminó su narracion, diciendo:—«¡Pobre Enoch! ¡pobre hombre! ¡náufrago y perdido!»—solo entonces movió él patéticamente su cabeza gris, murmurando:—«¡Náufrago y perdido!» Y de nuevo, en un murmullo sordo y profundo, exclamó:—«¡Perdido!»

Pero Enoch ansiaba volver á ver el rostro de Anita.—«¡Si pudiese contemplar su dulce semblante y saber que es dichosa!» Ese pensamiento, que no dejaba un momento de atormentarle, le condujo una tarde al collado, donde se hallaba el molino, justamente á la hora en que el oscuro dia de Noviembre era reemplazado por el crepúsculo aún mas oscuro. Allí se sentó, y púsose á contemplar todo lo que á sus piés se descubria; allí rodaron sobre él un millar de memorias de indecible amargura. Bien pronto, la ventana iluminada que brillaba en la parte trasera de la casa de Felipe, le alucinó por completo; del mismo modo la luz de la valiza atrae al pájaro viajero, quien locamente vuela contra ella, terminando así su fatigosa vida.

Es á saber, que la casa de Felipe, que era la última de la calle hácia el lado de tierra, tenia hácia la calle su fachada; pero á la parte trasera florecia un jardinillo rectangular, rodeado de una pared baja, y con una puertecita que daba al campo. En el centro del jardinillo crecia un viejo árbol siempre verde, un tejo; á su alrededor habia un paseo cubierto de menudo guijo, dividido en dos partes iguales por otro paseo central. Enoch entró, y dejando el paseo del centro, subió cautelosamente sobre el muro, y se colocó detrás del tejo; desde allí contemplaron sus ojos un espectáculo que mejor le hubiera sido haber evitado, si es que dolores como el suyo tienen mejor y peor.

Tazas, cubiertos de plata y otros objetos brillaban sobre el aparador, y en el hogar ardía un fuego alegre y vivificante. A la

derecha del hogar estaba Felipe, el desdeñado amante de otro tiempo, grueso, colorado, teniendo á su tierno niño sobre las rodillas, y al lado de su segundo padre se hallaba de pié una muchacha alta y de pelo rubio, una Anita Lee mas jóven, pero mas majestuosa, teniendo la mano levantada, y de ella suspendida una cinta de seda con un anillo para instigar al niño, quien sin cesar levantaba sus gruesos bracecitos para cogerlo, y nunca lo conseguia, de lo cual se reian todos. A la izquierda del hogar vió á la madre con los ojos fijos en el niño, pero volviéndose á veces para hablar con el hijo de Enoch, un alto y robusto mancebo que estaba de pié á su lado; y sin duda le decia alguna cosa agradable, pues el jóven sonreia.

¡Ah! cuando el muerto resucitado contempló á su mujer, que ya no era su mujer; cuando vió al niño de Anita, pero no de Enoch, sobre las rodillas del padre; cuando vió sus propios hijos, altos y hermosos, y el calor, la paz, la felicidad que moraban allí; cuando vió, en fin, á aquel otro reinando en su lugar, señor de sus derechos y del amor de sus hijos, entonces, aunque Miriam Lane se lo habia contado todo, como las cosas vistas siempre parecen mas enormes que las cosas oidas, tembló de tal modo que tuvo que agarrarse á una rama para no caer, y temió lanzar un grito penetrante y terrible, el cual, semejante á la trompeta de ruina, hubiera destrozado en un momento toda la felicidad del hogar.

Lenta y cautelosamente, como un ladron, temeroso de que las ásperas guijas rechinasen bajo sus piés, y apoyándose en la pared por miedo de desfallecer, y caer, y ser hallado, se arrastró hasta la puerta, la abrió, y cerrándola tras él tan suavemente como la puerta de la alcoba de un enfermo, salió al campo.

Y allí se hubiera arrodillado, solo que sus rodillas estaban débiles, de manera que cayó hácia adelante, sobre su rostro, y sus dedos penetraron en la húmeda tierra.—«¡Oh! esto es demasiado terrible para que pueda soportarlo», exclamó. «En hora menaguada llegó á mi vista el buque que me ha conducido aquí. ¡Oh,

Dios omnipotente! ¡Bendito Salvador mio! ¡Tú que me sostuviste en mi isla solitaria, sosténme un poco mas tiempo en mi soledad! Ayúdame, dáme fuerzas para no decirla que vivo aún, para no hacerla saber que he vuelto. Ayúdame para que no turbe su paz. —¿Tampoco debo hablar á mis hijos? No me conocen; pero, si les hablase, no podría contenerme, y me descubriría á ellos sin remedio. ¡Oh! ¡no! ¡nunca! ¡nunca! ¡ya no debo esperar el beso debido á un padre, de la jóven tan parecida á su madre, ni del jóven mi hijo!»

Entonces palabra, y pensamiento, y naturaleza le abandonaron, y quedó largo tiempo tendido en el suelo como arrobado; pero cuando se levantó y se dirigió hácia su solitaria morada, descendió todo á lo largo de la estrecha calle, repitiendo sin cesar, á la manera del estrambote de una cancion:—«No decirla nunca; nunca hacerla saber.»

No era completamente desgraciado. Su resolucion y su firme fé le sostuvieron; sus constantes oraciones, elevándose al través de todo el amargo mundo, como fuentes de agua dulce en el mar, le dieron fuerza para vivir.—«La mujer de ese molinero de quien me hablásteis», dijo á Miriam, «¿no teme que su primer marido viva aún?»—«¡Ay! ¡ay! ¡pobrecita! ¡bastante miedo tiene! Si pudieseis decirla que le habeis visto muerto, ese seria su consuelo.» Enoch pensó:—«Despues que el Señor me haya llamado á sí, lo ha de saber ella: yo espero á que Él me llame.» Como desdeñaba pedir limosna, se dedicó á trabajar para vivir. Apenas habia cosa que no supiera hacer: era tonelero y carpintero, y hacia redes para los pescadores, ó ayudaba á cargar y descargar los barcos que hacian el limitado comercio de aquellos tiempos. Así ganaba un escaso sustento. Sin embargo, desde que solo trabajaba para él, trabajó sin esperanza, su salud decaia por instantes; de modo que, justamente al año de su regreso, experimentó un desfallecimiento general, enfermedad que le debilitó gradualmente, hasta que se vió obligado á estarse siempre en casa, primero en su silla, y al fin en su lecho. Y Enoch soportó su debilidad alegremente. Por-

que, en verdad, el encallado náufrago no experimenta mas placer al divisar, á través de las grises faldas de una soberbia ráfaga de viento, el bote que conduce la esperanza aproximarse á salvar la vida que ya se consideraba perdida, que el que Enoch experimentó al ver la muerte amanecer sobre él, y con ella el término de todo.

Porque detrás de esa suprema aurora brillaba para él una dulce esperanza. Enoch pensaba: —«Anita sabrá despues de mi muerte, que la amé hasta el fin.» Llamó á Miriam Lane y le dijo: —«Mujer, tengo que comunicaros un secreto, pero antes que os lo diga, jurad sobre el Santo Libro no revelarlo hasta que me veais muerto.» —«¡Muerto!» exclamó la buena mujer; «¿qué estais diciendo, hombre? Os aseguro que os habeis de poner bueno muy pronto.» —«Jurad», añadió Enoch con dureza; «jurad sobre el Libro.» Y Miriam juró medio amedrentada. Entonces Enoch, fijando los ojos sobre ella, le dijo: —«¿Conocisteis á Enoch Arden, vecino de este puerto?» —«¿Si le conocí?» respondió ella. «Su rostro me era por cierto bien familiar, y lo reconocia desde bien lejos. Todavía me parece verle bajando por esta calle: llevaba siempre la cabeza erguida, y no se cuidaba de nadie.»

Enoch respondió lenta y tristemente: —«Su cabeza está inclinada, y nadie se cuida de él. Creo que no me quedan tres dias mas de vida; yo soy Enoch Arden.» Al oír lo cual, la mujer dió un grito medio incrédulo, medio histérico —«¡Vos Arden! ¡vos....! ¡oh, no! Arden era un pié mas alto que vos.» Enoch repuso: —«Mi Dios me ha encorvado y me ha reducido á lo que soy; mis dolores y mi soledad me han abatido; sin embargo, sabed que yo soy el que se casó con..... Pero su nombre se ha cambiado dos veces..... Yo soy el que se casó con la que ahora es mujer de Felipe Ray. Sentaos y escuchadme.» Entonces le refirió su viaje, su naufragio, su vida solitaria, su regreso, como contempló el rostro de Anita y fué testigo de su felicidad, su resolucion de nunca hacerla saber que aun vivia, y como la cumplió. A medida que la buena mujer oía, fluía abundantemente de sus ojos la corriente de sus

lágrimas, mientras que en su corazón ansiaba salir de su casa, y correr inmediatamente por todo el puerto, proclamando la vuelta de Enoch Arden, y refiriendo sus infortunios; pero amedrentada y ligada por su promesa, se reprimió, diciendo solamente:—«¡Oh! ¡Ved á vuestros hijos antes de morir, Arden! ¡Permitidme que os los traiga!» Y se levantó, ansiosa é impaciente de traerlos, pues Enoch pareció por un momento suspendido de sus labios; pero luego replicó:

—«Mujer, no me atormentéis ahora que mi fin está cercano, dejadme mantener mi resolución hasta morir. Sentáos de nuevo, prestad atención, y comprendedlo todo bien mientras que aun puedo hablar. Os encargo que cuando la veáis, le digáis que morí bendiciéndola, rogando por ella, amándola, salvo por el obstáculo que se halla entre nosotros, amándola tan tiernamente como cuando descansaba su cabeza al lado de la mía. Y decid á mi hija Anita, á quien ví tan parecida á su madre, que mi último aliento lo empleé en bendecirla, y rogar por ella. Y decid á mi hijo que morí bendiciéndole. Y decid á Felipe que le bendije también; siempre se sintió animado de los mejores deseos hácia nosotros. Si mis hijos, que apenas me conocieron vivo, desean verme muerto, dejadles venir, pues soy su padre; pero ella no debe venir, pues el recuerdo de mi rostro de muerto haría en adelante melancólica su existencia.—De entre todos los míos, solo uno me espera para abrazarme en el otro mundo; este pelo es suyo, ella lo cortó y me lo dió: lo he llevado siempre conmigo, y pensaba llevarlo conmigo al sepulcro, pero ahora he cambiado de propósito, porque le voy á ver..... voy á ver á mi hijo en la gloria. Por eso, cuando yo muera, tomad ese rizo y dádselo; tal vez eso la anime y consuele: será además para ella una señal de que yo soy él.»

Cesó de hablar, y Miriam Lane hizo una respuesta tan voluble, prometiéndolo todo, que de nuevo fijó él los ojos sobre ella repitiendo todo lo que deseaba, y de nuevo Miriam lo prometió todo.

La tercera noche despues de esto, mientras que Enoch dormita-

:

ba pálido é inmóvil, y Miriam velaba y dormitaba por intervalos, dejóse sentir un rugido tal del mar, que resonaron todas las casas del puerto. Enoch despertó, se incorporó, extendió los brazos, gritando con fuerte voz:—«¡Un buque!, ¡un buque! ¡me salvé!», y cayó de espaldas. Esas fueron sus últimas palabras.

Así dejó la tierra aquella alma fuerte, aquella alma heroica. Y pocas veces se vió en el puertecito un entierro tan magnífico como el de *Enoch Arden*.

~~~~~

---

## LA ROSA DE ISPASTER.

A. D. Antonio de Trueba.

### I.

¿Por qué llorais, doncellas de Ispaster? ¿Por qué vuestros rostros, siempre sonrientes, revelan un pesar tan profundo? ¿Por qué juntais las manos en ademán suplicante, y elevais hácia el cielo los hermosos ojos preñados de lágrimas?

Las matronas de la noble anteiglesia os dirán que vuestra edad no es la edad de las lágrimas, sino la edad de las sonrisas, de las danzas, de los placeres. Os dirán que el rostro de una vírgen debe aparecer siempre risueño y brillante, semejante á la aurora que nace lanzando dardos de grana y oro, para iluminar la tierra y regocijar el corazón de los hombres.

Pero ¡ah! las matronas de la anteiglesia de Ispaster saben que en vano os dirían hoy que enjugueis vuestras lágrimas. Ellas lloran, ellas lloran amargamente, ¿y es posible que no lloreis vosotras? ¿Qué doncella puede permanecer con los ojos secos, viendo á su madre anegada en llanto?

Algo grave pasa en Ispaster, algo que perturba los ánimos, algo que conmueve todos los corazones.

Mientras que doncellas y matronas lloran desconsoladamente, los mancebos, en cuyos semblantes se lee aún mas cólera que tristeza, reunidos en la espaciosa plaza inmediata á la iglesia, hablan en voz alta y con extraordinario calor.

Ni los ancianos, sobre cuyas venerables frentes, coronadas por

la nieve de los años, han pasado todos los dolores, todas las amarguras, todos los desengaños de una dilatada existencia, permanecen indiferentes. Ni tratan de calmar la general excitacion, pues les parece empresa imposible. El dolor y la indignacion están pintados en sus semblantes; muchos vuelven el apenado rostro para enjugarse una furtiva lágrima, y algunos, cuya bullidora sangre no han enfriado los años, aprietan con rábida los puños, ó blanden furiosamente el formidable *makila* (1).

## II.

¿Qué es lo que ha venido á turbar la paz, la felicidad, el envidiable sosiego á que están acostumbrados los honrados y sencillos moradores de Ispaster?

¿Acaso las legiones de Roma han invadido de nuevo el territorio que nunca lograron conquistar? ¿Osaria Augusto presentarse de nuevo en són de guerra ante los cántabros que le han humillado tantas veces?

La señora del orbe no tiene ya legiones, ni generales que las conduzcan al combate. Há tiempo que fué despojada del manto imperial; há tiempo que el huracan arrebató de su cabeza la corona del mundo. Al trono de los Césares ha reemplazado el trono de los sucesores de Pedro; estos van conquistando con las doctrinas de Cristo, con la predicacion y el ejemplo, un imperio mucho mas vasto que el que aquellos conquistáran por medio de la guerra.

¿Acaso Ordoño el Malo se ha levantado de su sepulcro, y se adelanta al frente de leoneses y asturianos, ansioso de vengar la rota de Arrigorriaga?

¡No! El príncipe de Leon continúa durmiendo en su frio sepulcro de piedra, en Padura de Arrigorriaga. Nada puede ya despertarle como no sea la trompeta del Juicio.

Otra es la causa del dolor de las doncellas y de la cólera de los mancebos. Si la presencia del extranjero pusiese en peligro la in-

(1) Palo largo y grueso que los vascongados usan á manera de baston, y que al mismo tiempo les sirve de arma ofensiva y defensiva.

dependencia de Vizcaya, las vírgenes de Ispaster se guardarían muy bien de entibiar con sus lágrimas el entusiasmo de sus hermanos, antes bien les exhortarían á volar al combate. Si el extranjero hubiese salvado la frontera, ni mozos ni ancianos emplearían un momento en vanas palabras y vanas demostraciones de enojo, sino que se apresurarían á correr al puesto de mayor peligro, prontos á dar la vida en defensa de sus hogares.

### III.

¿Veis, coronando aquella eminencia, una humilde casita rodeada de castaños y nogales? Cuando en la primavera se cubren esos árboles de hojas y de flores, la casita queda oculta entre el ramaje; pero ahora se la descubre perfectamente, porque nos hallamos en el corazón del invierno.

Esa casa es la morada de Martín de Laucáriz, viudo hace algunos años, y de su hija María, conocida en la comarca por el nombre de la *Rosa de Ispaster*.

María era una niña de diez y ocho años, bella como la sonrisa de un ángel, y tan buena como bella, así es que todos la amaban, todos la idolatraban. Hacia ya tiempo que ella había fijado su tierno corazón en el compañero de sus infantiles juegos, en Pedro de Belándia, un alegre y apuesto mancebo, igualmente amado de todos. El amor de los dos jóvenes no era un secreto para nadie, y era general la creencia de que muy pronto se unirían con indisolubles lazos.

Desgraciadamente, la fama de la singular belleza de María llegó á oídos de D. Sancho Ortiz de Mendiguna, anciano cuyas brutales pasiones no se habían adormecido al influjo de los años: anciano cuyas aventuras galantes eran conocidas en todo el ámbito del Señorío, en el cual se pronunciaba su nombre con horror y disgusto. Era al mismo tiempo un terrible y feroz banderizo, y pocos eran los pueblos de Vizcaya en que no se conservase memoria de algún hecho vandálico perpetrado por él. Estaba afiliado en el bando gamboino, pero hasta sus mismos parciales le aborrecían, si bien no lo daban á entender, pues les era muy útil

la ayuda del formidable D. Sancho en las continuas guerras que sostenian con los del bando de Oñez. Moraba de ordinario en la noble villa de Ermua, donde tenia una casa-fuerte casi inexpugnable.

La hermosura de Maria le causó una impresion profundísima, y decidió poseerla á toda costa. Su criminal intento se estrelló contra la virtud de la jóven, que no habia olvidado las lecciones de su buena madre. Entonces el señor de Mendiguna pensó en arrebatarla de su hogar á viva fuerza, pero desistió al pensar en las probables consecuencias de un hecho semejante. Sabia cuán amada era la Rosa de Ispaster en la comarca, y no dudaba que muchos se alzarían en armas contra él, con lo cual cobrarían aliento sus enemigos de siempre y se vería obligado á huir á Francia, dejando á merced de ellos sus casas, sus castillos y todos sus bienes, pues no era probable que ningun caballero vizcaino saliese á su defensa, si tan villana accion cometia. Por eso, y porque no tenia ningun hijo legítimo á quien legar su nombre y sus riquezas, decidió pedir á Martin de Laucáriz la mano de la hermosa Maria.

Martin de Laucáriz amaba á su hija, pero era en extremo avaro y consideraba las riquezas como el supremo bien á que podian aspirar los hombres. Todas sus afecciones parecian concentradas en un vetusto arcon de nogal, en el cual guardaba cuidadosamente sus ahorros, en brillantes monedas de oro. ¡Cuántas veces durante el dia abria aquel arcon venerable! ¡Qué destellos lanzaban sus ojos al contemplar el preciado tesoro!

Recibió, pues, con grande alegria, la proposicion de D. Sancho (proposicion que á sus ojos significaba riqueza y felicidad para él y para Maria), y fijóse el dia de la boda, sin consultar para nada la voluntad de la Rosa de Ispaster, pues no ignoraba Martin que su sumisa hija obedecería sin murmurar.

Y así fué en efecto. Cuando su avaro padre la hizo saber que dentro de breves dias debia entregar su mano al señor de Mendiguna, la pobre niña no dijo una palabra, ni lanzó un gemido. Y aunque el pensar en lo desgraciado que seria el pobre Pedro al verla esposa de otro, la infundió algun valor para resistir, é iba

ya á decir que su corazón no era libre, al fijar sus dulcísimos ojos en el grave semblante de su padre, amedrentóse de tal modo que no osó desplegar los lábios.

—«¡Ah, madre mia!» pensó. «¿Porqué no estás aquí para defenderme? Ruega á Dios que me lleve á tu lado antes de verme unida á ese hombre que solo me inspira temor, aversion y desprecio.»

Hoy es el día señalado para la boda; dentro de algunas horas Maria de Laucáriz será la alta y poderosa señora de Mendiguna. Don Sancho está ya en Ispaster; ha llegado al rayar el alba seguido de unos cuantos servidores, y se ha hospedado en casa de su prometida, á quien piensa llevar consigo á Ermua tan pronto como termine la ceremonia.

Dentro de algunas horas la Rosa de Ispaster será esposa de D. Sancho; la tierna y dulce jóven se enlazará para siempre al feroz banderizo; la mansa paloma se verá unida en monstruosa coyunda con el fiero halcon, su natural enemigo.

Por eso lloran las doncellas de Ispaster, por eso se irritan los mancebos y amenazan penetrar en casa de Maria, dar muerte al infame señor de Mendiguna, y obligar al avaro Martin á que conceda la mano de su hija al buen Pedro de Belándia.

¡Llorad, llorad, doncellas de Ispaster! Una feroz ave de rapiña os vá á arrebatár la tierna palomita que amais tanto; una mano despiadada vá á arrancar de su tallo la mas bella y fragante de las rosas, la colorada Rosa de Ispaster.

#### IV.

¡Qué hermosa es Maria! La blancura de su tez contrasta admirablemente con el vivo color de sus mejillas, que la ha valido el nombre de *Rosa de Ispaster* en un país en que apenas se conocen las mejillas pálidas. Sus grandes y rasgados ojos castaños son dulces y penetrantes; en cada una de sus miradas parece ir envuelto todo un poema de amor. La anchurosa frente y las cejas notablemente arqueadas, dan al rostro cierto aire majestuoso y grave, pero en cambio la diminuta, graciosísima boca, parece son-

reir continuamente. Una abundante cabellera de oro corona dignamente este rostro de diosa.

Maria es alta y esbelta; todos sus movimientos están llenos de gracia. Es la mas bella jóven de Ispaster, y muchos aseguran que en toda la merindad de Busturia no hay otra que pueda comparársele.

La fama de su hermosura no se extiende solamente á Lequeitio, Guizaburuaga, Bedarona y demás pueblos comarcanos, sino que ha corrido de boca en boca hasta las risueñas márgenes del Urola, en Guipuzcoa, y hasta la orilla izquierda del Ibaizabal (1), que nace en la famosa peña de Orduña, y riega con sus aguas la noble villa de Bilbao. Y si la crónica no miente—que hasta las mas verídicas suelen faltar alguna vez al octavo precepto de la ley mosaica—, hubo mozo que por bailar con Maria un domingo por la tarde al son del tamboril, se vino á Ispaster desde la feligresía de Urgoiti, al pié del gigantesco Gorbea, en el remoto valle de Orozco.

¡Ah! ¡En hora menguada llegó á la villa de Ermua la fama de la incomparable belleza de Maria de Laucáriz! ¡En hora menguada oyó el señor de Mendiguna encomiar la hermosura de la Rosa de Ispaster!

## V.

Las nuevas del próximo enlace se han esparcido rápidamente por las vecinas anteiglesias. Pero á nadie sorprende la noticia; tiempo há que los proyectos de D. Sancho y del avaro Martin no son un misterio para nadie. Tiempo há que todos los mozos de la comarca han jurado que no permitirán la realizacion de proyectos tan odiosos, aunque tengan que recurrir á la fuerza para oponerse á ellos.

Ahora bien; el momento de obrar ha llegado. No hay un momento que perder. ¿Habrán olvidado tal vez lo que juraron tan solemnemente?

---

(1) Nombre antiguo del rio Nervion. *Ibaizabal* significa *rio ancho*.



No; cien veces no. Vedlos abandonar sus labores, y dirigirse á Ispaster por los senderos de las montañas. Ved como corren, ansiosos de llegar á tiempo para impedir aquella monstruosa union.

La anchurosa plaza de Ispaster váse llenando de gente, á medida que se acerca la hora señalada para el casamiento. Pero entre aquella ansiosa multitud falta el que debiera estar allí para dirigirla cuando llegue el momento de obrar; el que se halla mas interesado en que el matrimonio no se verifique; Pedro de Belándia, en una palabra.

Todos preguntan por él, pero nadie puede dar una respuesta satisfactoria. Entre aquella multitud de personas que se agitan como las olas del mar irritado, no hay una sola que haya visto á Pedro, ó sepa donde se halla. Hace tres dias que ha desaparecido del pueblo.

Su ausencia en tales momentos causa general extrañeza. Unos temen que haya puesto fin á sus dias, otros creen que ha caido en algun lazo que le ha tendido D. Sancho, y aun no falta quien atribuya su ausencia á debilidad, á falta de energía. Muchos creen que no dejará de presentarse en el momento oportuno, y no separan los ansiosos ojos de las avenidas que conducen á la plaza. Pero todos sienten amargamente que Pedro no esté en medio de ellos, porque todos le aman como á un hermano.

¿Y cómo no amar al mejor, al mas alegre, al mas amable de los mancebos? Pedro es el alma de las romerías de Ispaster y de las vecinas anteiglesias; desde Laredo hasta Deva no hay un bailarín tan gracioso, tan infatigable. Es al mismo tiempo un inspirado *versolari* (1), que en cien justas poéticas ha vencido á los mas famosos de Vizcaya y Guipúzcoa.

Pero ¿por qué se oculta en estos supremos instantes? La hora se acerca, los cirios arden sobre el altar, el sacerdote está esperando á los novios.

La multitud se impacienta al ver que Pedro no llega. Los mas ardientes aconsejan obrar sin esperarle, pero la inmensa mayoría está vacilante. ¿Qué derecho tienen ellos á impedir la boda? Con

---

(1) Poeta improvisador.

Pedro á la cabeza, Pedro á quien adora María, están dispuestos á todo.

La hora se acerca; la hora vá á sonar, y Pedro no llega. ¡Pobre María! ¡pobre Rosa de Ispaster! ¿Será posible que tu amante te deje abandonada á tu suerte?

## VI.

Una vieja dueña, que D. Sancho ha traído consigo de Érmua, está vistiendo y engalanando á la hermosa María, con el mayor esmero. Preciso es que la novia del orgulloso banderizo se presente al altar ataviada como una reina.

María está triste y pálida; ya no es la risueña y colorada Rosa de Ispaster. Mira con fria indiferencia los ricos, vestidos y las brillantes joyas de que está cubierta, y exclama con voz apenas perceptible:

—Pronto tendrán que despojarme de todas estas galas, y reemplazarlas por la tosca vestidura de los muertos. ¡Oh! ¡qué impaciente estoy de ir á descansar en el helado lecho del cementerio, al lado de mi buena madre!

—Desechad esas lúgubres ideas,—respondió la anciana.—Lo que os espera es el lecho nupcial, no el frio lecho del cementerio. La fatiga, el desaliento, el malestar que sentís, los han sentido antes que vos otras muchas doncellas, al acercarse el momento de su enlace. Yo os aseguro que antes de muchos dias os considerareis la mas dichosa de las mujeres.

—¡Oh, no! conozco que mi vida se extingue por momentos. Mirad mi pálido rostro, y decidme si parezco la Rosa de Ispaster. ¡Ah! el color no volverá ya á mis mejillas, ni la sonrisa á mis labios.

—Desfalleceis de emocion, pero eso pasa pronto á vuestra edad. Volved vuestra imaginacion á cosas mas agradables.

—Imposible, anciana. Hace dias que no pienso ni puedo pensar mas que en morir,

—¡Morir! ¡morir á los diez y ocho años, morir en la primavera de la vida, cuando todo os sonrie, cuando todo os augura un brillante y risueño porvenir!

—¡Oh! yo era feliz. Pedro de Belándia me amaba, y esperábamos confiadamente que, en un dia no lejano, el sacerdote nos uniría para toda la vida. Yo era feliz; mis ojos parecían sonreír siempre, mis mejillas nunca se despojaban del brillante color de la rosa. Dejaba el lecho á la hora en que se despiertan los pájaros, y unía mis cantos á los suyos para saludar la venida de la aurora. Corria por campos, bosques y montañas, con el corazon ligero y alegre, y dando gritos de gozo, ya persiguiendo á las pintadas mariposas, ya haciendo vistosos ramos con las lindas flores que crecen espontáneamente en esta deliciosa comarca. ¡Con qué impaciencia esperaba el domingo, para bailar con Pedro en la plaza, á los acordes de la flauta y del tamboril!

Detúvose fatigada un momento. Luego continuó:

—Pero ¡ah! un dia mi padre me pareció mas alegre que de costumbre, y le pregunté la causa. Me respondió que yo debia compartir su alegría, pues un noble y rico caballero de Érmua le habia pedido mi mano, y debíamos casarnos muy pronto. Sin duda conoció que la noticia no me agradaba, porque empezó á ponderar las altas prendas del que debia ser mi esposo, sin duda para hacerme ver cuánto mas valia él que mi pobre Pedro. Me dijo que ademas de ser un hombre muy rico, era famoso en todo el Señorío y aun en Castilla, cuyos reyes le habian hecho repetidas mercedes, en pago de grandes servicios. Que era uno de los primeros caudillos del bando gamboino, y el primero por su valor y fiereza. Y para acabar de llenarme de entusiasmo y admiracion, me refirió varios de los hechos de armas que le habian dado tanto renombre. Contóme, entre otras cosas, como habiendo tomado por asalto la torre de Echeandía, el que iba á ser mi marido acuchilló por su propia mano al señor de ella, y á once de sus parciales.

Sus palabras, en vez de causarme entusiasmo, solo me causaron horror. Me estremecí al pensar que iba á tener que pasar toda mi vida al lado de un hombre tan terrible, tan sanguinario, tan odioso. Pero mi terror subió de punto al saber que el esposo que se me destinaba era el feroz Sancho Ortiz de Mendiguna, tan tristemente célebre en todo el país.

Mi padre estaba muy contento. El *honor* que D. Sancho iba á

hacernos casándose conmigo, y las riquezas de que iba á hacerme dueña, parecian haberle trastornado el juicio, pues ya desde aquel dia jamás le oí hablar de otra cosa.

Acostumbrada desde mi niñez á obedecer sin replicar todos sus deseos y hasta sus mas leves caprichos, no me atreví á murmurar una queja, ni á exhalar un suspiro. Pero cuando ví á mi buen Pedro, le dí cuenta de la horrible desgracia que nos amenazaba, pues esperaba que él me comunicase el ánimo y resolución que me faltaban.

Jamás podría olvidar la expresion que tomó su rostro al recibir la terrible noticia. Durante algunos momentos no pudo responderme, porque el dolor habia embargado su voz. Por fin me dijo que hacia ya algun tiempo que tanto él como los demás mancebos de Ispaster y de los pueblos vecinos habian casi adquirido la certidumbre de que el señor de Mendiguna deseaba casarse conmigo, y de que mi padre no se oponía á ello.—«Pero», añadió, «todos nos aman á tí y á mí tanto como aborrecen á D. Sancho. Todos han empeñado un solemne juramento de impedir ese enlace, si es que tu padre se atreve á enviarte al altar con ese hombre. Y cumplirán su juramento; enviarán al infierno al de Mendiguna, y obligarán á tu padre á que entregue tu mano al que posee tu corazón.»

Pedro no se equivocaba; todos estaban dispuestos á ayudarle. ¿Oís ese sordo rumor? Son los mozos de Ispaster y de los pueblos vecinos, reunidos en la plaza cerca de la iglesia. Si Pedro de Belándia se presentase ante ellos ¡guay del cruel señor de Mendiguna! Sobrados árboles hay aquí para ahorcarle, y ahorcar á sus mercenarios servidores. Lo harian, no lo dudeis. Y mi padre, aunque valiente y testarudo, se veria forzado á casarme con el que amo.

Y no creais que es necesaria la presencia de mi desgraciado amante para hacer que esos generosos mancebos tomen una justa venganza de D. Sancho, é impidan á mi padre que trate de encadenar mi voluntad. Bastaria que me asomase á esa ventana, y llamase en mi auxilio. ¿No soy acaso la Rosa de Ispaster?

La jóven hablaba con calor. Su voz, débil y trémula al principio, era ahora clara y firme.

Pedro sabia que no habia razones ni súplicas capaces de mover á mi padre, y estaba decidido á usar de la fuerza. Pero yo traté de calmarle, y lo conseguí.—«No creo», le dije, «que debemos acudir á esos medios violentos, que seguramente no serán del agrado de mi madre que está en el cielo. Yo la rogaré que nos ilumine, que nos dé á conocer como debemos obrar en este durísimo trance. Y estoy segura de que ella, que con tanto amor y ternura enjugaba mis lágrimas cuando era niña, querrá enjugarlas tambien ahora, y devolvernos la paz y la alegría.»

¡Ah! durante algunos dias mi madre pareció insensible á mi llanto, sorda á mis oraciones. Por fin, una noche, despues de haber llorado largo rato, pensando en ella y rogando á Dios me llevase á su lado, para librarme de los dolores de este triste mundo, rindióme la fatiga y quedé profundamente dormida. Entonces experimenté una sensacion de gozo inefable, y mi buena madre se me apareció, rodeada de un resplandor celestial y sonriéndome con amor. Y su voz, que durante tantos años no habia resonado en mis oidos, se dejó oír clara y distintamente.

Me dijo que debia mostrarme obediente á las órdenes de mi padre, y que Pedro no debia acudir á medidas de violencia, sino confiarlo todo á la bondad de Dios.—«Él os llamará á ambos á su seno», añadió, «antes de la realizacion de tu union con D. Sancho. Pronto dejareis este miserable valle de lágrimas, y volareis á las brillantes esferas del paraiso, de donde el dolor se halla desterrado, y donde os esperan perdurables goces en compañía de los bienaventurados.»

—¡Eso no es mas que un sueño, una alucinacion! dijo la anciana dueña.

—¡Oh no! La he visto; me ha hablado. Por eso estoy tranquila; por eso no me he opuesto á los deseos de mi padre. Pedro no ha dudado como vos. Pedro me ha creído; Pedro espera que la que me dió el sér cumpla su promesa.

Hace aun pocos dias que le di á conocer los deseos de mi santa madre. Fué la última de nuestras entrevistas, y la mas solemne de todas.

Era á la caida de la tarde. El sol trasponia los montes; sus úl-

timos rayos daban á los objetos un tinte melancólico é indefinible. Los pájaros habian cesado de cantar; tan solo un parlero petirrojo cantaba en el alero de un tejado, como si estuviera despidiéndose del astro del dia próximo á ocultarse.

—«¡Oh Pedro!» le dije. «Al fin mi madre ha escuchado mis oraciones; al fin la han conmovido nuestras lágrimas.»

Y le referí la aparicion de mi madre, repitiéndole las palabras que me dijo, las cuales habian quedado grabadas en mi mente con pasmosa exactitud y claridad. Pedro me escuchó con religiosa atencion y con los ojos inundados de lágrimas. Cuando hube terminado, acercóse á mí, cogió mis manos entre las suyas, y con voz trémula de emocion me dijo que obedecería á mi madre, que esperaría el ansiado momento de irnos á reunir con ella en el cielo.

Desde entonces no he vuelto á verle; desde entonces ha desaparecido del pueblo. Pero estoy segura de que hoy, que es el dia fijado para la boda, estará oculto cerca de aquí, pues así me lo prometió, para en caso necesario impedir que esa furiosa multitud cometa algun desman.

Pero tanto él como yo esperamos confiadamente que la ceremonia no tendrá lugar; creemos que mi madre cumplirá su promesa, y que Dios vendrá en nuestra ayuda en momento oportuno.

Por eso me veis tranquila y resignada, por eso permito que me pongais esos ricos vestidos y esas brillantes galas; pero el traje que yo deseo es la tosca vestidura de los muertos; el lecho que ambiciono no es el lecho nupcial, sino el frio lecho del cementerio.

Entretanto la vieja dueña habia acabado de vestir á Maria de Laucáriz.

—¡Oh, qué hermosa estais! le dijo. El mas poderoso príncipe pudiera con orgullo conducirnos al altar.—Pero estais algo pálida y trémula; esa larga narracion os ha fatigado. Sentaos y descansad un momento. Tratad de rechazar esas tristes ideas que os atormentan. Yo me retiro, pero pronto volveré á buscaros, pues la hora se acerca, y mi señor es muy amante de la puntualidad.

## VII.

¡Oh! Las campanas de la iglesia parroquial doblan á muerto. Esas mismas campanas que debían anunciar alegremente el casamiento de la rubia María, anuncian que la Rosa de Ispaster ha ido á habitar un mundo mejor.

Cuando la anciana dueña entró á buscarla por órden de D. Sancho, que estaba impaciente de ver terminada la ceremonia nupcial, la palidez de la jóven la hizo temblar, y no pudo reprimir un grito. La estancia se llenó de gente. Martin, que habia entrado el primero, corrió á su hija, la tomó las manos que estaban heladas, y acercando su oído al pecho de la doncella, escuchó ansiosamente. El corazón de la hermosa vírgen habia cesado de latir.

El desgraciado padre, agobiado de dolor y de remordimiento, cayó sin sentido sobre el cadáver de su hija.

¡Llorad, llorad, doncellas de Ispaster! Ya no existe María de Laucáriz. Como la pobre rosa en capullo, inhumanamente arrancada de su tallo antes de llegar al apogeo de su hermosura, de su fragancia y de su gloria, así la Rosa de Ispaster ha sido cruelmente arrancada del deleitoso jardín del mundo, sin ver realizados sus sueños de amor y de ventura, sin verse enlazada al amable Pedro, sin experimentar los santos goces de la maternidad.

¡Llorad, llorad, doncellas de Ispaster! La que amábais tanto, la que era el orgullo de la anteiglesia, ha dejado de existir.

¡Pero no, no lloreis! La tierra no se hizo para que la habitáran los ángeles; María ha volado á su *pátria*. En aquel suave, venturoso clima, la delicada flor se halla al abrigo de los vientos y de las tempestades.

## VIII.

D. Sancho Ortiz de Mendiguna no se ha atrevido á acompañar al Campo-Santo el cadáver de su prometida. Teme la cólera de los honrados moradores de Ispaster, que no sin razón le atribuyen la

prematura muerte de la jóven, y está impaciente de hallarse de regreso en su casa fuerte de Érmua.

Por eso ha pedido su caballo y se ha puesto inmediatamente en camino sin esperar á sus servidores, á quienes ha ordenado al partir que recojan sus efectos y le sigan sin pérdida de tiempo.

Solo lleva consigo un escudero, cuyo nombre no hemos podido encontrar en las crónicas de aquellos tiempos.

En cambio, esas mismas crónicas nos dicen, que ni el escudero ni su señor llegaron jamas al término de su viaje. En cuanto al fin desastroso que debieron encontrar D. Sancho y su servidor, hay diversas opiniones, y es probable que la verdad no se descubra nunca.

Unos dicen que varios mozos de Ispaster, cuya irritacion llegó á su colmo al ver la cobarde huida del caballero, se pusieron en su seguimiento ansiosos de vengar la muerte de la rubia María, y habiendo conseguido darle alcance, le atacaron de repente con grandísima furia, y le dieron muerte á pesar de su desesperada resistencia. El escudero murió como bueno defendiendo á su señor.

Otros cuentan (y esto nos parece lo mas probable), que llegados caballero y escudero á la márgen del rio de Lequeitio (el cual venia muy crecido, pues una lluvia torrencial habia derretido en pocas horas las nieves que coronaban la sierra de Oiz, donde ese rio tiene su nacimiento), D. Sancho se empeñó en vadearlo, sin hacer caso de las razones del prudente escudero, el cual sin embargo se metió en el rio al lado de su señor á pesar de que conocia que hacerlo era una insigne temeridad, un verdadero acto de locura. Por un momento pudieron resistir á la impetuosa corriente, y aun hacer avanzar á sus caballos hácia la orilla opuesta, pero el rio pareció irritarse al encontrar resistencia, y D. Sancho, su escudero, y los dos valientes corceles, dignos de mejor suerte, fueron arrastrados con rapidez vertiginosa por la corriente, cuya impetuosidad pareció aumentar de improviso.

## IX.

Es de noche; una noche oscura y frigidísima, una noche triste y silenciosa, en la que no se escucha el menor ruido ni el mas leve soplo de viento.



Estamos en el cementerio de Ispaster. Esta leyenda termina donde terminan todas las miserias y todas las grandezas humanas; en el campo consagrado á los muertos.

Aquí la tierra ha sido recientemente removida; esta tosca cruz de madera es nueva, y sin duda acaban de colocarla aquí. ¡Oh! esta debe ser la tumba de la Rosa de Ispaster, aquella cuya maravillosa hermosura era proverbial en la merindad de Busturia, y aun en todo el condado de Vizcaya.

Al pié de esa cruz hay un hombre arrodillado sobre la húmeda tierra, de la cual no aparta los ojos llenos de lágrimas.

Es Pedro de Belándia; es el amante de Maria de Laucáriz.

¡Oh! su dolor es horrible. La madre de su amada no ha cumplido su solemne promesa de llevarles á ambos á su lado. Se ha llevado á Maria, dejándole á él solo, solo con su desesperacion y sus lágrimas.

Largo tiempo permaneció de rodillas, con los brazos cruzados sobre el pecho, y con los ojos fijos en el suelo. Despues, fatigado, se dejó caer sobre la sepultura, cubriendo de besos la tierra que le ocultaba su tesoro, y pronunciando frases entrecortadas é ininteligibles.

Despues ya no se movió. Rendido por la fatiga y el dolor, se habia dormido sobre la tumba de su amada.

Entre tanto la nieve habia empezado á caer en grandes copos, y continuó cayendo en abundancia durante toda la noche. Así es que, á manera de blanquísimo sudario, envolvió completamente á Pedro de Belándia, quien ya no salió de su profundo letargo. Se habia dormido para siempre.

~~~~~


EL BREBAJE MARAVILLOSO.

AL BENIGNO LECTOR.

.....

Dolorosa en extremo, y capaz de llevar el desaliento al corazón mejor templado, era la situación de nuestra infeliz España durante los primeros meses de 1874. La insurrección cantonal de Cartagena con todos sus horrores; el largo asedio de aquella importante plaza por el ejército nacional; la guerra civil que desolaba algunas de nuestras más ricas y prósperas provincias; el sitio de la INVICTA Bilbao por las huestes del Pretendiente; y los esfuerzos, largo tiempo inútiles, del ejército liberal para salvar á esta desgraciada villa, llamaban poderosamente la atención de la Europa, que, asombrada y entristecida, contemplaba el desmoronamiento de nuestro edificio social y político (1).

Es indecible la penosísima impresión que produjeron en mi ánimo los tristes sucesos de Cartagena, y los sangrientos com-

(1) Hoy tenemos paz, y para que fuese duradera y fecunda, solo se necesitaria que los españoles tuviéramos más patriotismo, más afición al trabajo, y menos afán de vivir del presupuesto y de medrar á costa del país. Pero sucede desgraciadamente en nuestra España (y viene sucediendo lo mismo hace mucho tiempo), que los que se ven alejados del festín del presupuesto, desean que sobrevengan nuevos trastornos, en la esperanza de volver á ocupar el puesto que perdieron, ó tal vez otro más encumbrado. Por eso principalmente se hace tan activa propaganda contra los fueros vascongados. No les parece á los descontentos, á los revoltosos, que hay en nuestro suelo bastantes gérmenes de discordia, y quieren sembrar otros nuevos. Han conseguido extraviar la opinión pública y hacer que gran parte de los españoles no vascongados se declaren enemigos mortales de nuestras instituciones, sin conocerlas más que de nombre, que, si las conocieran á fondo, de seguro que se trocarán en sus más ardientes defensores. Estamos seguros de ello, pues conocemos la nobleza del carácter español. Sabemos que la inmensa mayoría de nuestros compatriotas no son capaces de impugnar á sabiendas la

bates de Somorrostro. Encontrábame yo á la sazón en Burdeos, y como sucede casi siempre, el hallarme ausente de mi patria hacía que desplorára doblemente las desgracias sin cuento que la afligian. Entonces escribí este pequeño poema, en execración de la guerra y en loor de los encantos y dulzuras de la paz.

No léa estas páginas quien desee encontrar en ellas el elevado vuelo de una imaginación brillante, las luminosas reflexiones de un pensador profundo, ni siquiera una fácil y armoniosa versificación, ó un lenguaje florido y elegante. EL BREBAJE MARAVILLOSO es una sencilla leyenda, sin pretensiones de ninguna clase, y cuya insignificancia no desconozco. Por eso invoco la indulgencia del público, y en especial la de los insignes poetas que mantienen incólumes las gloriosas tradiciones del Parnaso Español, y hacen las delicias de sus contemporáneos.

Vicente de Arana.

Bilbao 14 de Junio de 1876.

justicia y el derecho, confundiéndose con aquellos que obran impulsados por las más ruines pasiones.

No es lo principal en un Estado que sean las mismas las leyes de todas sus provincias. Importa mucho más que los corazones estén estrechamente unidos. Y nadie se atreverá á negarnos que, desde que el país vascongado se unió voluntariamente á la corona de Castilla, los vascongados han dado constantes pruebas del más acendrado españolismo, y han demostrado hallarse siempre dispuestos á dar su sangre y su vida por la independencia, el honor y la gloria de España. ¿Por qué se nos hace tan cruda guerra? Doloroso es pensarlo, pero diríase que hay empeño en borrar de nuestros corazones el amor que tenemos á España, amor que nuestros padres nos infundieron en la niñez con sus lecciones y con su ejemplo, y que forma, por decirlo así, una parte de nuestro ser. Como españoles y como vascongados deploramos amargamente lo que está sucediendo; como vascongados, porque amamos nuestros fueros, y como españoles, porque no quisiéramos que España se apartara de la senda de la justicia, porque nos preocupa el porvenir de esta nación desgraciada, porque quisiéramos ver disminuir, y no aumentar, los elementos de discordia hacinados en nuestra patria.

La noble raza euskara está atravesando el más angustioso período de su historia. Pero no ha perdido toda esperanza. Confía en Dios y en la justicia de su causa, y espera que España, que con razón blasona de leal y de hidalga, no querrá conculcar un pacto sagrado.

EL BREBAJE MARAVILLOSO.

A D. Camilo de Villavase.

The drying up a single tear has more
Of honest fame, than shedding seas of gore.

Lord Byron. DON JUAN. Canto VIII.

No canto, no, de Aquiles las hazañas,
ni del ilustre Ulises la prudencia,
cuando los muros de Ilion insigne
se hundieron en el polvo. Por mí pueden
tranquilos descansar en sus sepulcros
los héroes de aquel cerco gigantesco,
y la que causa fué de tantos males,
del Rey de Esparta la liviana esposa.
No canto la grandeza y poderío
de la ciudad del Tíber, que altanera
la *Señora del Orbe* se apellida.
En vano los romanos capitanes
la bella Europa y Africa abrasada
á sangre y fuego audaces conquistaron
y unciéronlas al carro de su triunfo.
Roma cayó: el bárbaro del Norte
puso las manos en su frente altiva,
y le arrancó del mundo la diadema.
Tampoco canto el indomable brio
de los hijos del Cid y de Pelayo,
que despues de arrojar al moro alarbe
del florido jardin de nuestra España,
vuelven la faz ceñuda hácia la Europa
que de terror y asombro se estremece;

hacen temblar los reyes en sus tronos,
les vencen, les despojan, y encontrando
el viejo mundo á su ambicion estrecho,
siguen la ruta que trazó atrevido
el nauta genovés, inmortal nauta,
y fijan el pendon de grana y oro
en las virgenes tierras de Occidente.
¡Oh! Canten corazones menos blandos
los *sublimes horrores* de la guerra,
las batallas sangrientas y reñidas,
los cercos memorables, el incendio
de cien y cien ciudades florecientes,
los combates navales tremebundos,
la ruina de naciones poderosas,
el llanto, el luto por dó quier. Mi lira
no puede celebrar tales horrores.
Sus cuerdas son delgadas y süaves
cual los cabellos de oro de mi amada,
y producen dulcísimos acentos,
divinas armonías; ni una nota
que al fragor de la guerra se parezca.
El estampido del cañon me asusta,
la vista de la sangre me estremece,
el clamor de los míseros heridos
llena mi corazon de horrible pena,
el llanto de los huérfanos y viudas
hace á mis ojos asomar el llanto.
No, no puedo cantar esos horrores,
pues mi oprimido corazon quisiera
de la estrecha prision salir del pecho,
llenaríase mi alma de congoja,
y mi voz se ahogaría en la garganta.
¡Antes llorar con lágrimas de sangre
los crímenes del hombre, y su locura!

¿A qué fin recordar de otras edades

las guerras destructoras y sangrientas,
los caudillos valientes y famosos
de la infeliz humanidad azote,
los reyes ambiciosos y egoistas,
de corazon mas duro que el granito?
¿A qué fin evocar pasados males,
y pasadas desdichas? Mire en torno
el hijo mas ardiente de Belona,
y sin salir de Europa desgraciada,
sabroso pasto encontrará su vista
que sácie su apetito belicoso.
Las huestes delde Hapsburgo y de Guillermo
despojan á la triste Dinamarca;
vence en Sadowa el aleman del Norte
á su hermano infeliz del Mediodia;
las atrevidas águilas francesas
pasar pretenden el sagrado rio
y humillar del germano la arrogancia;
pero irritada el águila de Prusia,
con ráudo vuelo elévase en los aires,
y lanzando de guerra atroz graznido
se arroja sobre el franco desgraciado,
le hiere sin clemencia, le mutila,
y el desangrado corazon le saca;
siembra por todas partes la pavora,
el llanto, el desconsuelo, la miseria.
El imperio francés se desmorona
(no como caen los grandes y los nobles
que hacer saben gloriosa la caida),
y en medio del escarnio de las gentes
es arrojado Napoleon *el Chico*
del sólio de San Luis y Carlomagno.
La portentosa emperatriz del Sena,
morada del placer y del deleite,
Paris la bella, la opulenta, sufre
de *la Comun* la dictadura infame,

el reinado espantoso de las turbas,
que ansiosas de dejar recuerdo eterno
de sus nefandos crímenes, la entregan
al furor de las llamas ¡insensatos!
para erigir á su memoria odiosa
gigante monumento de ruinas.
Presa por todas partes del incendio,
clamor terrible en la ciudad se escucha,
y torbellinos de humo negro velan
del espléndido sol el rostro hermoso!
Tambien al otro lado del Pirene
resuena del cañon la voz tonante,
que una guerra implacable, fratricida,
aflige á nuestra España sin ventura.
Allí animados de rencor insano,
hermanos contra hermanos ¡ay! pelean,
los unos por la *virgen* democracia,
los otros por el *santo* absolutismo,
y todos, todos por el propio medro,
que el amor de la patria ya no existe,
ú oculto se halla ó se halla aletargado.
De las columnas de Hércules famosas
al proceloso golfo de Vizcaya,
ni un solo corazon late tranquilo,
ni á un rostro asoma placentera risa,
que todo es llanto, confusion, pavora,
desolacion y luto y desconsuelo.

Yo no quiero cantar tales horrores.
Yo canto la virtud y la hermosura,
el fino amor y la amistad sin dolo;
los sufrimientos canto, y los placeres,
de corazones puros y sencillos;
las acciones sublimes, generosas,
mas dignas que los hechos de la guerra
de eterna loa y de recuerdo eterno.

Una historia yo quiero relataros
brillante como el sol del mediodia;
pura como el fulgor límpido y suave
de la cándida Reina de la noche;
bella como el amor, y los recuerdos,
y la felicidad y la esperanza;
tierna como el cantar enamorado
del lindo ruiseñor en la floresta;
risueña como el rostro de la Aurora,
cuando, los altos montes trasponiendo,
se muestra á nuestros ojos asombrados
las sombras disipando y los vapores.
Yo quiero referiros una historia
que en las largas veladas del invierno
las matronas y ancianos de Vizcaya
á sus hijos y nietos referian
al amor de la lumbre. Ya un poeta
de la patria de Schiller y Goethe,
ha narrado una historia semejante
en delectable prosa, colocando
la escena de su cuento sin segundo
en las selvas del Norte misteriosas (1).
Perdóneme *Fouqué*: no se me oculta

(1) Se alude en el texto á una leyendita noruega que ocupa muy poco mas de dos páginas en la admirable novela caballeresca titulada *El Anillo Mágico*, escrita en aleman por el ilustre baron de la Motte Fouqué. Recomendamos á nuestros lectores dicha novela, y principalmente la inestimable version inglesa de la misma, hecha por Alexander Platt, é impresa en Londres en 1846.

En el tomo VI de la conocida coleccion Tauchnitz de obras alemanas (Leipzig, 1867) se encuentran otras cuatro novelas del mismo autor: *Ondina*, *Los dos capitanes*, *El Caballero de Aslauga*, y *Sintram y sus compañeros*. Pero en mi humilde opinion son muy inferiores al *Anillo Mágico*.

Séame permitido expresar aquí mi profundo agradecimiento á la persona que, dando una prueba de sensibilidad exquisita y de exquisito gusto literario, llamó mi atencion hácia esa obra y me regaló el ejemplar que poseo, dándome con él un inagotable manantial de gratas y puras emociones. Deseo vivamente que alguno de nuestros buenos traductores dé á conocer al público español un libro tan notable y de tan grata lectura.

que mas vale su prosa que mis versos,
 mas cumple á mí, como escritor euskaro,
 resucitar las glorias de mi pátria,
 que oralmente nos fueron trasmitidas
 y pueden olvidarse con el tiempo.

¡Oh Musas! ¡Descended del sacro monte!
 La cumbre que habitais toca á las nubes,
 el sendero es pendiente y escabroso,
 y no puedo llegar á vuestro templo.
 Venid á esta region encantadora;
 aquí donde el Garona celebrado,
 atravesando campos y ciudades
 envia su corriente al mar profundo,
 besando antes las plantas humildoso
 á Burdeos, la Reina de Aquitania.
 Venid á esta comarca tan famosa
 por su excelente vino y sus mujeres,
 que aquí Cupido y el festivo Baco
 reinan como monarcas absolutos.
 ¡Musas venid! Rodeadme placenteras,
 y que vuestras sonrisas iluminen
 mi pobre entendimiento oscurecido;
 que el fuego sacro que arde en vuestros ojos
 se comuniqué al corazon helado;
 que al escuchar vuestras divinas voces
 mi entorpecida lengua se desate,
 y en versos armoniosos y dulcísimos
 las glorias diga de la pátria ausente.

No muy léjos del sitio en que el Mundaca (1)

(1) El Sr. D. Juan E. Delmas, en su notable *Guia Histórico-Descriptiva del Viajero en el Señorío de Vizcaya* (*), hablando del rio de Mundaca, dice lo siguiente:

*El rio que sigue en importancia al Ibaizabal por su profundidad, es el de Mundaca, formado por los torrentes que se despeñan de los montes de Oiz, Gastiburu y Bizcarguñ. En la Renteria de Ajanguiz, próxima á la villa de Guernica, comienza á ser navegable; baña todas las vegas de Fórua, Mendata, Arteaga y Pe-

paga humilde tributo al mar salado
rindiéndole su límpida corriente,
sobre calcárea roca, que se burla
del impotente embate de las olas,
alzábase la torre de Basurto,
majestuosa y altiva, dominando
el proceloso golfo de Cantábria,
como Reina sentada en firme trono
que el furor de las turbas no conmueve.
El señor de la torre era un anciano
en toda la comarca conocido
por su espíritu audaz y turbulento.
Mientras él pudo manejar la lanza
y guiar á sus gentes al combate,
no gozaron sus miseros vecinos
de un día ni una noche de descanso.
Pero ¡ay! la nieve de setenta inviernos
blanquea su cabeza; cien arrugas
surcan su rostro en todas direcciones,
y la mano del Tiempo despiadada
ha encorvado aquel cuerpo vigoroso,
antes inhiesto como roble altivo
que el ímpetu del viento desafia.
¿Qué vale que el trascurso de los años
no haya enfriado el corazón ardiente,
ni oscurecido el brillo de los ojos,
ni apagado el volcán de las pasiones,
si las piernas flaquean, y si el brazo
no puede sostener la férrea lanza?

dernales, donde forma dos islotes, uno de los cuales se llama Chacharramendi, y antes de llegar á Mundaca se une á las aguas del mar.»

(*) El Sr. Delmas hizo un verdadero servicio á su país con la publicación de ese excelente libro. ¡Lástima grande que la desastrosa guerra civil, que consume tanta sangre y tantos tesoros é interrumpe el progreso moral y material de esta nación desventurada, haya retardado la publicación de la *Biblioteca de Autores Vascongados*, que dicho señor se prometía llevar á cabo, dando una nueva prueba de su amor á las letras y al país que le vió nacer!

Por eso Sancho Diaz de Basurto
vive tranquilo en su vetusta torre,
como lobo decrépito y sin dientes,
que en el fondo de lóbrega guarida
se deja morir de hambre y de tristeza.
Mas no es exacto el símil, porque el lobo
de esta admirable y peregrina historia,
supo aumentar sus ya crecidos bienes
con despojos de deudos y vecinos,
y era tenido en toda la comarca
por el señor mas rico y poderoso.
Ni podia matarle la tristura,
pues si es verdad que deploraba mucho
la pérdida completa de sus fuerzäs,
y la inaccion forzada en que vivia;
si es verdad que lloraba amargamente
la muerte de una esposa idolatrada,
y el prematuro fin de un hijo hermoso
(dulce prenda de amor que ella le diera),
quedábale una hija encantadora,
cuya dulce sonrisa de querube,
semejante á la luz del Sol espléndido
que á un tiempo nos calienta y nos alumbra,
disipaba las sombras que agolpábanse
en el débil cerebro del anciano,
y templaba el invierno de su vida.

Era su nombre Luz, y luz divina
irradiaban sus bellos ojos garzos;
su frente era espaciosa y despejada,
llena de majestad y de nobleza;
y la abundosa cabellera rubia,
flotando en lindos bucles libremente
sobre los hombros de la hermosa jóven,
ofrecia á su angélico semblante
maravilloso marco de oro puro.

que hacia resaltar con gran ventaja
el óvalo perfecto del contorno.
¡Oh! jamás el cincel mas celebrado
modelára una barba tan perfecta,
ni nariz á la suya semejante;
nunca se vieron en jardin alguno
blancos lirios ni rosas cual los lirios
de blancura purísima, y las rosas
de color encendido, que adornaban
el hermoso pensil de sus mejillas.
¿Qué mortal no daría alegremente
los años de su vida mas floridos,
por estampar un prolongado beso
sobre el coral de sus divinos labios,
que cuando una sonrisa los separa
muestran dos filas de brillantes perlas,
mucho mas codiciadas y mas lindas
que si de Ofir ó Guzarate fuesen?
¿Y qué mortal no encontrará su idioma
pobre para pintar su esbelto talle,
su andar lleno de gracia y gentileza,
su blanco cuello, levantado pecho,
espaldas finamente modeladas,
flexible y estrechísima cintura,
caderas de contorno delicioso,
pequeños piés, y delicadas manos?
No hay flor cuyo gratisimo perfume
aventaje al aroma de su aliento,
ni flauta melodiosa que remede
los acentos que brotan de sus lábios,
armonía purísima que ablanda
el corazon mas duro é insensible.

Quedó sin madre Luz siendo muy niña,
y encargóse una dueña venerable
de cuidarla cual madre cariñosa

y enseñarle los múltiples deberes de su sexo y su rango. No nos gusta hacer caso de lenguas maldicientes, pero al lector benigno y pacientísimo la verdad le debemos sin rebozo, y es la verdad que nuestra buena dueña por bruja era tenida en la comarca, y eran famosos ella y sus ungüentos en todo el territorio vizcaíno.

Y tampoco faltaba quien dijese que á la hora solemne en que las sombras suceden á la lumbre del crepúsculo, la venerable dueña, con sigilo una ventana de su estancia abria, y á los aires lanzábase, montada en el mugriento mango de una escoba, su caballo de leño dirigiendo del Ibaizabal al florido valle, dó se halla el aquelarre celebrado de *Petralanda* (en la pelada cumbre de humilde montecillo, que se eleva cerca del manantial de Iturrigorri), donde, desde los tiempos fabulosos, los brujos y las brujas de Vizcaya celebran sus famosos conventículos (1).

(1) El rio Ibaizabal ó Nervion nace en las fuentes de Délica, en la peña de Orduña, riega con sus aguas la villa de Bilbao, y desemboca en el mar por Portugalete. Sus principales afluentes son el Orozco, el Durango, el Arrátia, el Cadagua, el Asúa y el Galindo. En la anteiglesia de Abando, situada á la orilla izquierda del Ibaizabal, se hallan el manantial ferruginoso de Iturrigorri y el pico de Petralanda. En el artículo que el Sr. Delmas ha consagrado á esta anteiglesia, en la obra arriba mencionada, se lee lo que sigue:

«En el barrio de Iturrigorri, se elevan dos picos cónicos dignos de la atención del geólogo, llamados Gaztelu-picu y Petralanda. A la orilla izquierda del arroyo que baja por entre estos dos picos, hay una antigua casería llamada Gaztelu-ondo (al lado del castillo) y otra mas arriba, conocida con el nombre de Artechu. Con estas casas y estos nombres acontece lo mismo que con las de la barriada de Gaztelúa de Abadiano. La pequeña zona que ocupan debió ser una

Y cuentan que la dueña de esta historia, con mucho tino y general aplauso, llenaba de archi-maga las funciones en aquella asamblea venerable.

Tal era en la opinion del vulgo nécio la anciana que el hidalgo de Basurto dió á Luz como maestra y consejera, pues Sancho conocia sus virtudes, su ejemplar vida y prendas singulares, y despreciaba el dicho de las gentes fundado en la aficion exagerada que la vieja tenia á hacer jaropes, maravillosos bálsamos y unguentos. Contaba Luz dieziocho primaveras cuando tuvo lugar el episodio de su vida que voy á referiros, y hacía un año que la airada parca le arrebató la dueña respetable que fué para ella madre cariñosa. Pero su eiencia no murió con ella, pues á Luz instruyó desde muy niña de su arte en los secretos portentosos, y herborizando en los vecinos campos mostróle las virtudes de los simples

reunion de castillos, inespugnables para los que intentáran atacarlos, y á los que se retiraban probablemente sus dueños y parciales en los momentos de peligro.

»Iturrigorri ofrece el aspecto mas misterioso á todas horas del dia. La forma de los picos ya mencionados, las sombras que proyectan las elevadas montañas que sobre ellos se alzan, la soledad que reina en sus contornos y el rumor jamás interrumpido de las aguas que por allí serpentean, ya corriendo mansamente, ya formando pequeñas pero bullidoras cascadas, imprimen en el paisaje cierto color melancólico y triste que no desdeñan los corazones tiernos y apasionados. Así es que Iturrigorri tiene su conseja, un cuento de brujas, una tradicion que se transmite de edad en edad conservando los mas vivos colores. Iturrigorri es el Aquelarre de Vizcaya, el conventículo de esos seres hediondos que reunidos los sábados sobre la cresta de Petralanda, se lanzan por el espacio montados sobre caballos de escobas. Petralanda es un nombre siniestro para las gentes que creen en aparecidos, y la mas poderosa amenaza para los niños rebeldes y llorones.»

para curar, no solo los dolores de nuestro débil, miserable cuerpo, sino tambien del alma las dolencias. De modo que la hija encantadora del señor de la torre de Basurto heredó (si á la Fama damos crédito) la prodigiosa ciencia de la anciana, y sus recetas para hacer brebajes y unguentos de virtud maravillosa. Y aquí lector carísimo, contempla cuan volubles é injustos son los hombres cuando sus juicios ú opinion formulan, y como en la balanza pesa á veces mucho mas la pasion que el racionio. Lo mismo que en la dueña censuraron porque era fea, desdentada y vieja, en la doncella de dieziocho años parecíales digno de alabanza, así es que Luz, igualmente famosa era por su saber y su hermosura, y con amor su nombre pronunciábase en todo el vizcaíno territorio, desde el valle de Múzquiz al Gorbea, y de Carranza al cabo Machichaco.

Era la hora misteriosa y triste en que las sombras de la negra noche la débil luz crepuscular remplazan; la hora en que el labriego vizcaíno sus penosas faenas abandona y al hogar se retira fatigado. En una estancia de la vieja torre con su hija conversaba Sancho Díaz de un asunto asaz grave y enojoso. —«Hija mia», decia el caballero, «no creo necesario recordarte

que entre nuestra familia y la de Gámiz
existe enemistad inveterada
que de nuestros abuelos heredamos,
y que no ha de extinguirse mientras queden
un Basurto y un Gámiz en el mundo.
Sabes que con la fuerza de mi diestra
y el auxilio eficaz de mis parciales
vencí á nuestro enemigo en cien encuentros
y le quité sus tierras y castillos,
y no ignoras tampoco que el de Gámiz,
al mirarse vencido y arruinado,
sin otros bienes y sin otra hacienda
que la vieja morada de sus padres,
murió de sentimiento y de despecho,
dejando en la orfandad á un tierno niño,
y á su jóven esposa sin amparo.
El difunto era bravo como pocos,
y amante de la guerra y sus peligros,
mas diz que el hijo sobrepuja al padre
en ardor, en arrojo y osadía,
y que en toda Vizcaya no se encuentra
quien maneje como él espada y lanza.
Apenas el rapaz tuvo quince años,
cuando ansioso de vivas emociones,
de empresas atrevidas y gloriosas,
de victorias, trofeos y laureles,
furtivamente abandonó la torre,
y sin pensar en el dolor acerbo
que su madre amorosa sentiria
al reparar su ausencia y verse sola,
fuése á Castilla en busca de aventuras.
Pronto probó en la guerra contra el Moro
su gran denuedo, su indomable brio;
y el eco de la trompa de la Fama,
pregonando sus ínclitas proezas,
resonó en estos montes apartados.

Doce años hace que Fortun de Gámiz dejára la mansion de sus abuelos, y desde entonces ha tomado el jóven una parte gloriosa y prominente, no solo en la contienda contra el Moro, mas tambien en las guerras fratricidas que han sostenido los cristianos príncipes, con placer de los hijos de Mahoma que de aquestas discordias aprovechan. Nadie creía que Fortun dejára el camino sembrado de laureles que tan gloriosamente recorría, para volver á la vetusta torre, y arrastrar una vida de ermitaño al lado de su madre. Mas se dice que la guerra le inspira horror profundo desde que impía la Fortuna, quiso que con su propia espada, en un combate, el pecho de un amigo traspasára, un amigo leal y cariñoso, mas que amigo un hermano, que hasta entonces su compañero de armas fué siempre, pero á quien circunstancias deplorables llevado habian á enemigo bando. El herido al caer lanzó una queja, y al oirla estremécese el de Gámiz porque comprende el fratricidio horrible. Olvidando el combate y el peligro se apresura á auxiliar al desgraciado, pero todo es en vano, porque apenas ha alzado la visera de su yelmo y contemplado el pálido semblante de su mejor amigo, este responde á sus palabras con fugaz sonrisa, y sucumbe diciendo:—‘¡Te perdono!’ Ni parece, hija mia, que esta sea

la única desgracia que el de Gámiz ha encontrado en países extranjeros, ni la sola que le ha determinado á volver á la torre de sus padres. Cuentan que una doncella de la Córte, de hermosura admirable y peregrina, pero aún mas que bella infiel y falsa, supo ganar el corazón del jóven; y despues de jurarle amor eterno, despues de prometerle se unirían para siempre en dulcísima coyunda, y cuando ya creia el infelice alcanzada la dicha que soñára, le ha dejado por otro menos digno, y su constante amor ha despreciado. Y diz que al renegar de la perjura, y maldecir con ella juntamente á todas las volubles hijas de Eva, recordó el infeliz que allá en la torre vetusta y solitaria de sus padres, habia una mujer que le adoraba aunque nunca juró que le amaria; una madre tiernísima que ingrato abandonó, por recorrer el mundo en busca de peligros y aventuras; una mujer cuyo tenaz cariño resiste al desamor y al abandono, y no enfrian los años ni la ausencia. Entonces comprendió Fortun de Gámiz que su dolor castigo era del cielo por haber olvidado sus deberes, y ansioso de alejarse de la Córte por no ver á la ingrata que detesta, ha regresado cerca de su madre, quien olvidando su pasada falta le ha tendido los brazos amorosa,

lágrimas derramando de contento.
El gozo de la viuda, con ser grande,
no puede compararse al que sintieran
mis enemigos Pedro de Saracho
y el viejo Alonso Ortiz de Olaverria,
al saber el regreso del de Gámiz.
Muy pronto entre los tres se ha establecido
una amistad estrecha, cimentada
en el odio implacable que me tienen;
pero yo, adivinando sus proyectos
de venganza y de muerte y de despojo,
no he querido dejar que se preparen
y la guerra les he ya declarado.
Mas ¡ay! ¡hija del alma! ¿de qué sirve
que no desmaye el corazon valiente,
y que la sangre corra por las venas
como torrente de encendida lava,
si el cuerpo antes derecho y vigoroso
se halla encorvado y débil, y si el brazo
ya sostener la lanza apenas puede?
Mañana mismo al despuntar la aurora
atacaré á las fuerzas reunidas
de mis tres enemigos, que se encuentran
acampadas á orillas del Mundaca;
mas temo ser vencido, si no vienes
en mi ayuda con tu arte incomparable,
preparando el brebaje portentoso
que al hombre que lo bebe hace invencible.
Yo siempre he desdeñado esos jaropes
y correr el peligro he preferido,
mas viejo y con achaques soy ahora,
y de esta guerra sin piedad dependen
tu porvenir y bienestar, Luz mia,
y la dicha y sosiego de tu padre
de su agitada vida en el ocaso.»

Así dijo el anciano á la doncella,
y Luz, fijando los divinos ojos
en el rostro del viejo, le responde:
—«Sois mi padre y señor que amo y venero,
mi ciencia y mi persona os pertenecen,
y si así lo quereis, esa bebida
ha de ser preparada sin tardanza
aquesta misma noche, mucho antes
que los rosados dedos de la Aurora
descorran las cortinas del Oriente.
Pero ¡ah, padre querido! ¿no estais harto
de guerras inhumanas y sangrientas?
¿No os conmueve el pensar que las dulzuras
de la envidiable paz, ván á trocarse
en escenas de llanto y esterminio?
¿que esta comarca, hora feliz en medio
de los encantos de una paz dichosa,
vá á verse envuelta en lágrimas y ruinas?
¡Cuántos hogares presa de las llamas,
cuántos campos talados, cuántos templos
del Señor, convertidos en castillos,
y cuánto sacro altar teñido en sangre!
¡Cuántas madres sin hijos, cuánta esposa
sin el marido que era su alegría,
cuantos tiernos infantes ¡ay! privados
de los halagos de amoroso padre,
cuánta pobre doncella enamorada
ha de trocar su lindo traje blanco
por vestidos de luto! Mas valiera
restituir sus tierras al de Gámiz
en cambio de la paz, que no por eso
dejareis de ser rico y respetado.
Además que presumo os engañasteis
al creer que Fortun y sus amigos
meditaban proyectos de venganza.
El jóven mira con horror la guerra,

y creo que ni Ortiz de Olaverria ni el de Saracho, hubieran conseguido que la pesada malla revistiese, y empuñase la lanza y el escudo. No ignorais, padre, que Fortun es rico, pues peleando contra el Moro alarbe muchas feraces tierras ha ganado, y no es nada probable que pensára de su familia en rescatar los bienes. Y es bien seguro que sus dos amigos nunca hubieran osado mover guerra al Señor de Basurto, sin la ayuda del valeroso jóven, y el prestigio que á su nombre rodea.»

—«Es ya muy tarde», responde el viejo, «para ver si ellos meditaban ó no guerra y venganza. El enemigo espera, como sabes, y el encuentro esquivar es imposible, pues ¡vive Dios! pudieran achacarlo á mujeril flaqueza ó cobardía. Ni esperes que los bienes restituya en buena lid ganados, con la sangre de parciales, de amigos, y de deudos. Además que esos bienes son cuantiosos, y en ellos, Luz, se funda mi esperanza de mirarte enlazada cual mereces, con un marido rico y respetado que á nuestra raza añada nuevos timbres, y que cuando yo muera, con su esfuerzo sepa tener á raya á los vecinos; un marido opulento que te envidien las mas altivas hembras de Vizcaya, como envidian tu ciencia y tu hermosura.»

—«No quiera Dios», repuso la doncella,

«que por darme marido noble y rico
la dulce paz se turbe, amado padre.
Restituid esos fatales bienes,
y que mañana al despuntar el día
la sangre de los buenos vizcainos
no enrojezca las ondas del Mundaca,
ni riegue sus orillas deleitosas.

Yo quiero por marido un caballero
que aunque pobre y sin tierras ni vasallos,
sea rico en amor, rico en ternura,
y me ame por mi rostro y por mis prendas;
un hombre que feliz se considere
con que mi amor sin límites le otorgue,
y no prefiera tierras y castillos
á un corazón rendido y amoroso.»

—«Como niña razones», dijo el viejo,
«mas no dudes que el tiempo y la experiencia,
han de modificar tus opiniones.

Tú sabes que yo soy inquebrantable,
y que, cuando una cosa he decidido,
nada hay que hacerme vacilar consiga.
Mañana es el combate, no lo olvides,
y que aquese brebaje portentoso
se halle debidamente preparado
antes que el sol trasponga las montañas,
y bañe estos contornos con su lumbre.»

Cuando esto escucha Luz, y reconoce
en el tono y mirada del anciano
que ya la ira empieza á dominarle,
núblase el resplandor de su alba frente,
y sin una protesta, ni un suspiro,
baja la vista en signo de obediencia.
Así las margaritas que florecen
á orillas del sendero, se doblegan
del labrador bajo la impía planta;

así el lirio tronchado por el viento
besa la tierra humilde; así la hoja
que en la cima de un árbol elevado
en la region habita de las nubes,
obedeciendo al violento impulso
del huracan potente, irresistible,
que de su amada rama la desprende,
vuela con rapidez vertiginosa,
hasta que ya la pobre, fatigada,
vá á fenecer su efímera existencia
entre el polvo y guijarros del camino.

El viejo se retira á su aposento
(pues urge prepararse á la batalla
por medio de un reposo prolongado),
y Luz queda un momento pensativa,
los bellos ojos fijos en el suelo,
é inmóvil cual estatua de granito.
Mas fuerza es preparar el admirable
y singular jarope que su padre
necesita, y recuerda la doncella
que no tiene los simples numerosos
que la receta de la dueña exige,
simples que raros son en la comarca,
y que solo se encuentran con trabajo
en un espeso y solitario bosque
donde ella herborizaba algunas veces.
La estancia deja, pues, Luz de Basurto,
y despues de tomar en su aposento
una vasija de bizarra forma,
un corredor larguisimo atraviesa,
desciende los marmóreos escalones,
al campo sale, y con ligero paso
á la frondosa selva se encamina.
¡Qué bella era la noche! Ni una nube
empañaba el hermoso azul del cielo;

la candorosa luna, rodeada
de su corte de estrellas rutilantes,
marchaba lentamente hácia el ocaso,
cual si dejára con dolor profundo
los montes y los valles vizcaínos.
Tranquilo estaba el mar: se oía apenas
el ósculo engañoso de las olas
que la elevada costa acariciaban,
para hacerla olvidar con sus halagos
el violento embate de otras veces,
y atacarla con fúria cuando se halle
en confiado sueño sumergida.
Las flores campesinas exhalaban
perfume embriagador; los arroyuelos
murmuraban muy quedo, temerosos
de turbar el silencio de la noche;
el rumor apagado de las hojas
suavemente movidas por el aura,
producia un encanto indescriptible;
y en la copa de un árbol elevado,
con melodiosos trinos, sus amores
un ruiseñor parlero pregonaba.

No estaba el bosque léjos felizmente,
y no tardó la vírgen vizcaina,
á penetrar en él. Iluminada
por los escasos rayos de la luna
que introducirse logran con trábajo
en la frondosa selva, Luz empieza
los simples á buscar, para el brebaje
que hace invencible al hombre que lo bebe.
Segun los vá encontrando, los coloca
en la vasija de bizarro molde,
vasija que á dar crédito á la Fama
era obra de habilísimo alfarero
con sus puntas tambien de nigromante.

quien se la dió á la dueña, como en muestra de admiracion profunda y respetuosa. Y aun algunos opinan que el artista estaba de la dueña enamorado, y que fué el corazon, no la cabeza, el que á hacer el regalo le inclinára; mas debo confesar que las personas que este extremo sustentan, están lejos de ser tan fidedignas y formales como las que pretenden que la ciencia y el culto universal que ella merece, al insigne alfarero le impulsaron á hacer aquella ofrenda generosa. Las yerbas que la jóven necesita son en extremo raras en el bosque, mas como ella conoce de antemano el lugar en que crece cada una, pronto consigue reunir las todas. Mas no..... que todavia falta un simple mas raro que los otros, y que á todos les supera en virtudes prodigiosas; un simple sin el cual será el jaroque un líquido impotente y despreciable. Por fortuna Luz sabe que la planta al pié vegeta de un altivo roble al tronco secular casi tocando, y sus ligeros pasos encamina hácia el árbol robusto que á lo léjos distingue rodeado de otros árboles mas jóvenes y humildes, á manera de un anciano patriarca venerable en medio de sus hijos y sus nietos. Mas ¡oh desgracia! la preciosa planta, siempre débil y humilde, enferma siempre, está marchita ya; ya no la queda ni una flor ni una hoja; ya la sávia

que alimentára su precaria vida
no circula en sus míseras raíces.
Mas de un hombre de génio y altas prendas,
pero tímido, humilde y modestísimo,
arrastra una existencia oscura y triste
ignorado de todos, pisoteado
tal vez por quien si bien le conociese
le tributára culto respetuoso;
y cual la pobre planta de la selva,
muere inconsciente de su propio mérito,
y su muerte no arranca ni una lágrima,
que á los ojos del mundo, casi siempre
la piedra falsa de engañoso brillo
mucho mas vale que el diamante en bruto
ó la perla escondida en tosca concha.

Mucho se aflige Luz al ver la planta
marchita enteramente, pues no sabe
donde hallará otra igual; mas no por eso
desmaya la doncella vizcaína,
sino que con ardor extraordinario
el bosque inmenso explora. Gradualmente
se interna mas y mas en la espesura,
pero su afán es tal, que no repara
que el terreno antes llano se convierte
en terreno fragoso y escarpado;
que el árgoma y el brezo y los helechos
crecen con profusion por todas partes;
que un mugidor torrente, desprendiéndose
desde lo alto de una enorme roca,
turba el silencio de la hermosa noche;
y que el risueño aspecto de la selva
en aspecto terrible se ha trocado.
No nota, en fin, la jóven, que ha salido
del valle encantador y deleitoso,
y que se encuentra en medio de los montes;

con ardor que parece redoblarse
en su busca infructuosa continúa,
mas si el ánimo sigue sustentándola,
las fuerzas la abandonan cuando llega
á un claro de la selva frondosísima
formado por algun terrible incendio,
y trémula, cansada, jadeante,
se sienta sobre un tronco calcinado.
De pronto lanza un grito de sorpresa,
pues repara gozosa que al sentarse
ha hollado con sus pies la misma yerba
que ya casi encontrar desesperaba;
la rama corta mas lozana y linda,
cargada de hojas y vistosas flores,
y en la vasija májica la mete.
Brotá del pecho de la hermosa virgen
un suspiro profundo y prolongado,
y una sonrisa dulce y candorosa
ilumina su angélico semblante.

De repente oyé Luz á sus espaldas
un rumor cada vez mas perceptible
que parece indicar que álguien se acerca
separando las ramas con las manos.
Alarmada la niña, se levanta
de su rústico asiento presurosa,
é interroga á la selva con la vista;
mas es tal la espesura en este sitio,
que aunque el rumor parece ya cercano,
solo vé el movimiento de las ramas.....
Pero ¡ay! un incidente mas medroso
atrae la atencion de la doncella.
Al otro lado de la selva oscura
un ahullido resuena, ahullido horrible,
y casi al mismo tiempo un lobo enorme
sobre la pobre Luz se precipita

para saciar el hambre que le acosa.
Perdida era la jóven sin remedio.....
pero no quiso Dios que tal belleza
y tanta discrecion se malográran,
pues en el mismo pavoroso instante,
un venablo lanzado, á no dudarlo,
por una mano diestra y vigorosa,
el corazon atravesó á la fiera.

Buscando al que la vida le ha salvado,
los ojos torna la preciosa jóven
hácia el lugar donde antes la alarmára
el rumor de las hojas, y apercibe
un caballero de gentil aspecto,
jóven, galan, y como el sol hermoso.
Es el noble Fortun, señor de Gámiz,
mas no le reconoce la doncella,
pues, como su regreso es tan reciente,
aun no le ha visto Luz, y era muy niña
cuando el jóven dejára el hogar pátrio,
para acordarse ahora de su rostro,
aunque la barba y el marcial bigote
una expresion distinta no le diesen.
Pensando en que al rayar el nuevo dia
ha de ver renovarse las escenas
de sangre y de exterminio, que aborrece,
no ha conseguido conciliar el sueño;
y como está la noche tan hermosa
ha salido á vagar por la montaña,
creyendo que el ambiente de la selva
ha de calmar su espíritu agitado.
Y ha dispuesto el destino, que atraido
por el alegre grito que la jóven
lanzó al hallar el prodigioso simple
con tanto afan buscado, llegue á tiempo
para salvar de muerte desastrosa

á la única hija y heredera
de Sancho de Basurto, su enemigo
mas fiero, mas tenaz, mas implacable.

Con ademán cortés y respetuoso
el jóven se aproxima á la doncella,
y viendo en su semblante retratados
el espanto, el terror y la fatiga,
viéndola vacilante, que parece
que se niegan sus piés á sostenerla,
la toma por el brazo con dulzura
y la ayuda á sentarse nuevamente
sobre el robusto tronco calcinado.
Ella, en sentidas y elocuentes frases,
su gratitud sin límites le expresa,
y encarecidamente le suplica
que su nombre y linaje le revele.
—«Sepa yo», añade Luz, «quien me ha librado
de una muerte segura y horrorosa,
y pueda, cuando torne á mi morada,
decir á Sancho Díaz de Basurto
el nombre del mortal sin cuya ayuda
la hija que idolatra hubiera sido
víctima triste de esa horrible fiera.»
Cuando el de Gárniz oye que la jóven
á quien acaba de salvar la vida
es la preciosa Luz, placer y orgullo
de su enemigo fiero é implacable,
á ocultar su apellido se resuelve,
y de este modo dice á la doncella:
—«Mi nombre es Pero Lope de Mendivil,
montañés de Navarra. Mi buen padre
de un mensaje importante me ha encargado
para su amigo y deudo Juan de Ubilla,
á cuya fuerte torre, que se encuentra
al extremo del bosque, llegué hoy mismo

con la primer sonrisa de la Aurora.
Fatigado de un viaje tan penoso,
retíreme esta noche á mi aposento
así que ví que tras las altas cumbres
se iba ocultando el luminar del dia;
pero fué en vano todo lo que hice
por conciliar el sueño, pues Morféo
lo mantuvo alejado de mis párpados,
con los mil artificios que él emplea
cuando se empeña en sernos impropicio.
Sin que pudiese adivinar la causa,
una inquietud extraña é insufrible
se apoderó de mí completamente;
ideas singulares y confusas
atormentaban mi agitado espíritu,
y un misterioso instinto me decia
que abandonára el bien mullido lecho
y en el espeso bosque me internase.
El rumor de las hojas, agitadas
por el süave soplo de la brisa,
parecía llamarme dulcemente;
un rayo de la luna, penetrando
por la abierta ventana en mi aposento,
fijóse con amor sobre mi rostro,
y pareció invitarme á que saliera
á vagar por la selva, iluminado
por la pálida reina de la noche.
¡Cuánto celebro haber obedecido
á la voz misteriosa de las hojas,
y al resplandor amable de la luna!
¡Oh! Benditos los génios de la selva
que aquí han guiado mis errantes pasos,
para salvar de muerte miserable
á un ángel de candor y de hermosura!
Pero, por Dios decidme, bella jóven,
¿cómo es que os hallo sola en la montaña

á una hora semejante? ¿Acaso el sueño huye tambien de vuestros bellos ojos? ¿Acaso el niño ciego ha conseguido con una de sus flechas traspasaros el corazon sencillo é inocente, y buscáis el silencio de los bosques para soñar despierta en el objeto de vuestras tiernas, amorosas ánsias?»

—«No conozco el amor mas que de nombre, y jamás he sentido todavía los dolores acerbos que procura, segun dicen personas de experiencia. Ni nunca el sueño se me muestra esquivo, pues apenas le llamo, sin tardanza viene á cerrar mis fatigados ojos con sus dedos de plomo, suavemente, y me envia visiones deleitosas que me hacen desear ¡deseo vano! que la vida real se cambie en sueño, y en realidad el sueño se trasformé. Mi padre Sancho Díaz de Basurto, al señor de Saracho y al de Gámiz y al viejo Alonso Ortiz de Olaverria guerra á muerte y sin tregua ha declarado; mas como ya es anciano y con achaques, y apenas puede sostener la lanza, duda de la victoria y me ha pedido que le venga en ayuda, componiendo un portentoso y singular jarope que hace invencible al hombre que lo bebe, jarope cuya mágica receta heredé de una dueña venerable. Vine al espeso bosque por los simples para hacer el brebaje necesarios, y ocupada en buscarlos, poco á poco

me interné en la montaña sin sentirlo,
hasta que ya estenuada de fatiga
me senté en este tronco, y quiso el cielo
aquí guiar vuestros errantes pasos,
para librarme de espantosa muerte.»

— «Bien podía el hidalgo de Basurto
haberos confiado á la custodia
de alguno de sus leales servidores,
en vez de enviaros á la umbría selva
enteramente sola y sin amparo.»

— «Ignora mi buen padre mi venida:
él sabe que en la torre tengo siempre
de yerbas coleccion bien abundante,
y ni por un momento ha imaginado
que, para ver cumplido su deseo,
fuerza era que la hija que idolatra
saliese en el silencio de la noche
á vagar de la selva en la espesura.
Y era preciso que viniera sola,
pues sabed que estos simples prodigiosos
pierden sus sorprendentes cualidades
á buscarlos viniendo en compañía
de álguien que sus virtudes desconoce.»

— «Así pues, mi presencia en este sitio
á esas yerbas su poder les roba?»

— «No, porque ya en la mágica vasija
encerradas están, y solo falta
preparar el jarope, pues aunque este
puede hacerse lo mismo en otra parte,
tendrá mayor virtud, mas eficacia,
si en la encantada selva lo preparo,
á la luz misteriosa de la luna,
y bajo la influencia favorable
de las hadas y génios de la noche.»

Como la niña está muy fatigada, no quiere permitir Fortun de Gámiz que ella su asiento rústico abandone; y á buscar ramas secas se apresura, con las que pronto forma un montoncillo y hace un fuego chispeante y agradable cerca de la doncella; luego toma la singular vasija de sus manos, y despues de llenarla de agua clara en un arroyo bullidor, la pone junto al alegre fuego. La doncella, muy léjos de mostrarse sorprendida, acepta los servicios del mancebo como un justo homenaje á sus encantos, y una sonrisa amable, esplendorosa, en su dulce semblante se dibuja. Tan intenso es el fuego, que muy pronto el agua que contiene la vasija entra en ebullicion; la niña entonces, con una rama ardiente de la hoguera, el líquido revuelve, pronunciando unas breves palabras en voz baja, en una lengua extraña, incomprensible, y queda hecho el jarope portentoso.

—«Está ya preparado este jarope», y es tiempo de volver á mi morada», exclama la doncella, levantándose para tornar á la vetusta torre. Pero ¡ay! como la jóven ha corrido durante tantas horas por la selva, hállase fatigada de tal modo que apenas puede dar un solo paso, pues sus piernas flaquean, y cayera sino porque el de Gámiz la sostiene. —«En vano trataríais», dice el jóven,

«de volver á la torre de Basurto,
pues el camino es largo y escabroso
y se niegan los piés á sosteneros.
Aquí quedad, doncella encantadora:
templada y deliciosa está la noche,
embriagan los perfumes de la selva,
brilla en el zénit la argentada luna,
todo respira paz, reposo y calma.
Blando lecho os ofrece el verde césped,
y ha de adormiros el süave arrullo
de las hojas; yo en tanto, vigilante,
he de velar vuestro tranquilo sueño.
La alcoba mas suntuosa envidiaría
este verde tapiz, ese alto techo
pintado de un azul puro y hermoso;
ese soberbio techo, del que cuelgan
innumerables lámparas brillantes.
Aquí quedad: gustad bajo mi guarda
del apacible sueño, sin recelo,
y cuando el alba su hechicero rostro
nos muestre por las puertas del Oriente,
volveteis á la torre de Basurto,
y por feliz tendréme y muy honrado
si entonces permitís, hermosa jóven,
que hasta el fin de la selva os acompañe.»

La doncella sencilla é inocente,
cuyos preciosos párpados se cierran
de sueño y de fatiga, con agrado
escucha las palabras del de Gámiz.
En el lugar que el jóven le designa
se acuesta confiada y presurosa
sobre la alfombra de lozano césped,
y el de Gámiz, solícito y amable,
la cubre cuidadoso con su manto.
Luego, para evitar que su presencia

distraiga á la doncella, y de sus ojos ahuyente el dulce y apacible sueño, un buen trecho se aleja de su lado y se sienta en el césped, mas temiendo de Morféo ceder al suave influjo (pues con rara malicia se complace en enviarnos letargos profundísimos cuando velar debemos), se levanta, y con paso muy lento y mesurado á la luz de la luna se pasea.

Luz le sigue algun tiempo con la vista, porque siente un placer indefinible en contemplar al jóven, cuyo aspecto, semblante varonil y voz melosa, su corazon sencillo han cautivado; pero, por fin, la vence la fatiga, cierra los bellos ojos lentamente, y la deidad benéfica del sueño amorosa la cubre con sus alas.

Cuando nota Fortun que la doncella se ha dormido ya en brazos de Morféo, con muy callado paso se aproxima y á su lado se sienta sobre el césped, ganoso de admirar á sus anchuras la divina belleza de la jóven.

Su angélico semblante iluminado por el pálido lambo de la luna, es el trasunto fiel de su alma hermosa: calma, bondad, pureza é inocencia respiran sus facciones adorables. Los suaves cefirillos se divierten con su preciosa cabellera de oro, cuyo color con el matiz subido del césped lozanísimo contrasta. En medio de su sueño la doncella

ha separado el manto con las manos
(pues su peso sin duda la fatiga),
dejando de ese modo descubiertos
los bien torneados brazos, cuya forma
dibuja con verdad la estrecha manga,
el levantado seno palpitante,
y el primoroso cuello alabastrino.
Con amor el de Gámiz la contempla,
y al cielo eleva férvida plegaria
pidiendo toda clase de venturas
para la hermosa jóven; suplicando
al Supremo Monarca de los hombres,
que sea la existencia de la niña
á perenne sonrisa semejante,
ó semejante á la cerúlea bóveda
en un dia risueño y despejado,
cuando su azul purísimo no empaña
la mas ligera nube;—vida hermosa,
feliz, tranquila, de pesar exenta,
sembrada de alegrías y placeres;
como un camino de pendiente suave,
tapizado de césped y de flores,
cruzado por mansísimos arroyos,
rodeado de espléndidos paisajes,
é inundado de luz deslumbradora
por el brillante sol del mediodía.

Pero de pronto, extraños pensamientos
agitan el cerebro del de Gámiz;
vela sus ojos una densa nube,
al través de la cual, todas las cosas
toman formas horribles y bizarras;
los vigorosos árboles del bosque
semejan á gigantes corpulentos
que sus cien brazos sin cesar menean,
y en cuyos rostros feos y espantables

sardónica sonrisa se dibuja;
la mágica vasija (que descansa
no léjos de la jóven, sobre el tronco
dó antes ella estuviera reposando),
ya cambia de tamaño, ya de forma:
ora aparece tan enana y flaca
que con dificultad se le distingue,
ora se ensancha y crece de tal modo
que con su cuello llega hasta las nubes:
ya toma la figura de un anciano
venerable, encorvado y moribundo;
ya la de una doncella encantadora,
mas linda que el lucero matutino;
ya la figura de una vieja horrible,
de catadura atroz y repugnante,
barbuda, desdentada, coja y tuerta,
cuya nariz de *apaga-luz* enorme
diera pavura al corazon mas bravo.
En danza sin igual, vertiginosa,
giran al rededor del caballero
gran multitud de trasgos horrorosos
y endriagos de figura abominable,
cien enanos disformes y feisimos,
y un escuadron de brujas, cabalgando
sobre escobas mugrientas. Y un demonio,
sin duda el mas horrible de la banda,
al oido acercándose del jóven,
con gutural y cavernoso acento
le recuerda los males que ha sufrido
de manos del hidalgo de Basurto
la casa nobilísima de Gámiz;
le recuerda su padre sin ventura
muerto en edad temprana de congoja
al verse de sus bienes despojado,
y añade que propicia la fortuna
ocasion le presenta de vengarse,

poniendo á su merced á la doncella
de su enemigo cruel honor y orgullo,
y entregando en sus manos el jarope
que al mortal que lo bebe hace invencible.
¡Venganza! grita el infernal espíritu,
¡venganza! grita la espantosa turba,
¡venganza! gritan con potentes voces
los mil y mil gigantes de la selva,
y hasta del fondo de la atroz vasija
sale un horrible grito de *¡venganza!*
Algun génio maléfico parece
que con mano sacrilega despoja
de sus vestidos á la casta vírgen,
sus ocultas bellezas descubriendo
á los ávidos ojos del de Gámiz;
la sangre arde en las venas del mancebo,
ideas insensatas le atormentan,
el terrible huracan de las pasiones
arrastra todo impulso generoso
del alma inmateral, incorruptible;
y movido por un deseo torpe,
osado acerca sus impuros lábios
á los virgíneos lábios de la niña.

Mas no llegó á tocarlos, que la jóven
en medio de su sueño sonreía
de un modo tan angélico y gracioso,
que Fortun retrocede avergonzado
de aquel momento de extravío horrible;
las manos lleva á la abrasada frente,
cual si con ellas arrancar quisiera
la execrable, horrorosa pesadilla,
y mira en torno suyo con espanto;
mas ya no vé los duendes ni las brujas,
los endriagos y enanos repugnantes;
ya ha recobrado su pristina forma

la mágica vasija; ya los robles
y los árboles todos de la selva
su venerable aspecto han recobrado.
La expiéndida sonrisa de la niña
ha ahuyentado la precita banda,
del mismo modo que al mostrarse Febo
por detrás de las cumbres orientales,
ahuyenta con sus rayos de oro y grana
las sombras, y disipa los vapores.
Y Fortun, conmovido y reverente
postrándose de hinojos en el suelo,
eleva acción de gracias profundísima
á su Divino Padre, que amoroso
de tentación horrible le ha librado.

Y en tanto que reposa la doncella
y que á su lado vela el caballero,
las Horas fugacísimas descenden
al insondable abismo del Olvido,
sin retardar ni acelerar el paso
por el dedo de Dios desde *el principio*
señalado, con marcas indelebles,
del Tiempo en el fatídico cuadrante.
Ya del alba, por fin, la luz hermosa
empieza á columbrarse tras los montes,
y á su vista la luna y las estrellas
de despecho y vergüenza palidecen;
tan solo el brillantísimo lucero
de la mañana, lucha corto espacio
con la naciente luz del nuevo día,
pero también por ser vencido acaba,
sirviendo su atrevida resistencia
para dar mayor precio, mayor lustre,
del alba á la magnífica victoria.
Pero mas bella aún, mas admirable
que el alba ó el lucero matutino,

despierta Luz de su apacible sueño,
y espléndida sonrisa se dibuja
en su dulce y angélico semblante
al ver al bello jóven á su lado,
quien con otra sonrisa le responde.
Y aunque no sin pesar, deja la niña,
ligera cual la luz ó el pensamiento,
el fresco lecho de mullido césped;
y la vasija mágica tomando
que contiene el jarope portentoso,
se dirige, del jóven en compañía,
á través de la selva frondosísima,
camino de la torre de Basurto.
Cualquiera que escondido en la espesura
contemple á estos dos jóvenes amables
caminando tan cerca uno del otro
(por lo angosto, sin duda, de la senda,
aunque tambien, tal vez, porque el recuerdo
del espantable lobo, todavia
causa pavor á la preciosa jóven,
y hace que al caballero se aproxime);
cualquiera que los vea conversando
de manera tan íntima y tan tierna,
y espie sus miradas elocuentes,
los tomará por dos amantes finos
de su primer amor en los albores,
ó por recién casados que se hallan
de la luna de miel bajo el influjo.

A la salida del espeso bosque
en otras tres la senda se divide:
una desciende á la arenosa playa
del proceloso mar, otra conduce
á la pelada roca dó se asienta
la vieja casa-torre de Basurto,
y la tercera, con tortuoso paso,

á orillas del Mundaca se encamina.
En esta enrucijada se detienen
la jóven y su amable compañero,
pues fuerza es despedirse y separarse.
Muy risueña y alegre está la hermosa,
pues aunque ama al de Gámiz con ternura
y siente que se aleje de su lado,
espera que su ausencia sea corta,
porque en sus dulces y espresivos ojos
ha leído su amor tierno y profundo,
é imagina que pronto irá á la torre
á verla y demandar su blanca mano.
Inexperta en asuntos de amoríos,
inocente, sencilla y confiada,
no cree que puede haber ningun obstáculo
ni voluntad alguna, que se oponga
á la dicha de dos que bien se quieren.
Pero Fortun, en cuyo bello rostro
se pinta profundísima amargura,
le dice de este modo, destruyendo
con sus tristes palabras en un punto
de sus sueños el mágico edificio,
como débil castillo hecho de naipes
que al mas ligero soplo se derrumba.
—«Adios, hermosa Luz. En este sitio
debemos para siempre separarnos,
porque los crueles Hados han dispuesto
que sigamos por sendas diferentes
el penoso camino de la vida.
Y perdonad que anoche en la montaña
mi nombre y mi linaje al preguntarme
un nombre os haya dicho que no es mio.
Desde que os ví os amé con tal exceso,
y sentí tal delicia, tal encanto,
en contemplar vuestro admirable rostro
y escuchar vuestra voz dulce y sonora,

que no osé deciros mi apellido,
temiendo que al oírlo me miráseis
con aversion, horror y desconfianza,
y apresurada huyéseis de mi lado.
Yo soy Fortun de Gámiz, bella niña,
y no ignorais que Sancho de Basurto
ha jurado á mi raza y á mi nombre
ódio mortal, eterno, inextinguible.
¡Oh! plegue á Dios que en el atroz combate
que vá á teñir en sangre las risueñas
y floridas riberas del Mundaca,
el que á mi padre le quitó los bienes,
hoy por ese brebaje protegido,
me arranque con su acero la existencia
ya desde ahora insoportable, odiosa,
pues mi cuitado corazon abriga
un amor tan fatal y desgraciado,
amor sin esperanza ni consuelo.
Adios, hermosa Luz: el cielo os colme
de goces y venturas singulares,
y haga que se deslice vuestra vida
entre músicas, danzas y festines,
al lado de un marido cariñoso,
que otra ambicion no tenga, ni otro anhelo
que el de haceros feliz y respetada,
y ganar vuestro amor con su ternura.
Y alguna vez, en medio los encantos
de vuestra alegre y plácida existencia,
consagrad un momento á la memoria
del infeliz Fortun, y á los instantes
que hemos pasado en la montaña juntos,
instantes los mas dulces de mi vida,
pero que hacen que mire con pavora
al porvenir sombrío que me aguarda,
porque si nunca hubiese contemplado
la brillantez del sol, feliz viviera

en el fondo de un antro tenebroso,
sin desear su esplendorosa lumbre.
Con Dios quedad, encantadora jóven,
y me podeis creer que si os envía
la mitad de la dicha que os deseo,
sereis la mas feliz de las mujeres.»

Dijo, y sin dar lugar á que la niña,
confusa, sorprendida y apenada,
consiga formular una respuesta,
respetuoso la besa^a entrambas manos,
y tomando la senda que conduce
del Mundaca á la orilla deleitosa,
con sus aliados marcha á reunirse.
Ella, infeliz, se queda unos instantes
como de mármol frio estatua inmoble,
anegados en lágrimas los ojos,
y no aparta la vista del mancebo
hasta que en una vuelta del camino
detrás de una colina desaparece.
Y enjugando sus lágrimas preciosas,
del corazon inestimables perlas,
con la muerte en el alma, y en el rostro
el dolor mas acerbo retratado,
á la vetusta torre se encamina.

Cuando Luz refirió á su anciano padre,
con tembloroso y conmovido acento,
como el jóven libróla en la montaña
de morir por el lobo hecha pedazos;
como cuando rendida de fatiga
veló su dulce y apacible sueño;
y las palabras tristes y elocuentes
que al despedirse de ella le dijera;
el viejo, acostumbrado á los horrores
de la implacable guerra de los bandos

que á menudo afligían á Vizcaya;
á las escenas bárbaras, salvajes,
de crueldad, venganza y esterminio,
sintió ablandarse el corazon de piedra
al saber, de los lábios de su hija,
la conducta leal y generosa
del hidalgo de Gámiz: un momento
quedóse pensativo, y en sus ojos
brilló una gruesa lágrima, que estaba
á punto de rodar por sus mejillas
su emocion descubriendo, pero pudo
el orgulloso anciano contenerla.
Luz al ver en el rostro de su padre
conmocion tan profunda retratada,
de placer y esperanza estremecióse;
pero corta, fugaz fué su alegría,
pues el terrible anciano, arrepentido
quizá de haber mostrado tal flaqueza,
exclamó con su acento mas enérgico:
—«¡Fuera debilidad! Ella es indigna
de quien se llama Sancho de Basurto.
Arma al brazo mi gente está esperando
de volar al combate deseosa,
y ni un instante quiero detenerme.
Y he de enviar un mensaje sin tardanza
á Fortun y á mis otros enemigos,
para rogarles que antes de la lucha
se sirvan acordarme una entrevista,
pues deseo probarles que tu padre
sabe portarse en toda coyuntura
cual conviene á su raza y á su nombre.
Vén tú conmigo, Luz, que tu presencia
en aquesta entrevista se requiere;
y trae contigo el mágico jarope,
pues hélo menester en este lance.»

Por la anchurosa puerta de la torre salen Luz y su padre, cabalgando en alazan brioso Sancho Díaz, y ella en una blanquísima hacanea. Y al verles parecer, las gentes de armas llenan el aire con clamor inmenso de amor, y de alegría y de entusiasmo; resuenan las bocinas y atabales con fragoroso estruendo, que repiten los ecos de las cóncavas montañas; y un gallardo mancebo, cuyo nombre la tradición conserva cuidadosa, Diego de Lautaríz, porta-estandarte, orgulloso tremola la bandera, en cuyo centro está en campo de gules el rampante leon de oro de Basurto. Un mensajero parte presuroso para el campo enemigo, donde debe decir al de Saracho y al de Gámiz y al viejo Alonso Ortiz de Olaverría, que Sancho de Basurto los espera, para tratar de asuntos importantes, en el punto llamado *Arribalzaga*, situado á igual distancia de ámbos campos. Y el anciano y la bella Luz, seguidos de una pequeña escolta, lentamente al lugar designado se dirigen.

Ya Febo, el de la blonda cabellera y mirada de fuego, se mostraba en su espléndido carro, por Oriente, guiando los flamígeros caballos; y los alados músicos del aire con sus cantos melífluos y armoniosos alegres celebraban su venida. Inquieta está la jóven, pues conoce

de su padre el carácter violento,
y sospecha medita algún insulto
que la contienda agrave y envenene,
pues le juzga irritado porque sabe
su jóven enemigo que á la mágia
vá á pedir la victoria, que debiera
fiar solo al esfuerzo de su brazo.
En vano trata de leer ansiosa
en el rostro del viejo sus intentos,
la recóndita idea que le agita
y dá á sus ojos tan extraño brillo;
pues llegan al lugar de Arribalzaga
sin que consiga esclarecer sus dudas,
ni disipar sus múltiples temores.

Dejando los caballos al cuidado
de la escolta, la jóven y su padre
en el risueño campo se pasean
la venida esperando de los otros,
que al poco rato llegan á galope,
seguidos á distancia respetuosa
de sus tres escuderos, y apeándose
se acercan al anciano y á la niña
saludando corteses, que en Vizcaya
todos tributan culto reverente
á la belleza y los cabellos blancos.
El señor de la torre de Basurto,
despues de vacilar por un momento,
al hidalgo de Gámiz se dirige
diciendo de este modo:—«A vos tan solo
atañe la razon que me ha movido
á rogar me acordeis esta entrevista,
que si he solicitado la presencia
de vuestros dos aliados, es por que oigan
lo que voy á deciros, y que puedan
dar testimonio de ello en todo tiempo,

que aunque son mis mortales adversarios,
en su nobleza y lealtad confío.
Dios me quitó mi esposa idolatrada
y un hijo como vos bello y valiente,
pero dejóme á Luz, que es el consuelo
de mi helada vejez, la clara lumbre
que ilumina el ocaso de mi vida.
Sin vos, Fortun de Gámiz, que en la selva
la habeis librado de horrorosa muerte,
llorára hoy el anciano sin ventura
su prematuro fin. Mi duelo horrible,
mi triste soledad, en poco tiempo
al sepulcro me hubieran conducido.
Vos de fin desastroso la librásteis
dando la muerte al espantable lobo
con la bien dirigida jabalina;
vos, generoso y noble cual ninguno,
la ayudásteis á hacer ese brebaje
destinado á volver al débil brazo
del anciano, el vigor y fortaleza
de otros tiempos mejores; el jarope
que iba á hacer invencible al enemigo,
y segura, fatal, vuestra derrota.
Y cuando, fatigada, no podia
regresar á la torre de Basurto,
habeis velado su apacible sueño
con el amor de un padre bondadoso,
ó de un hermano lleno de ternura.
¡Vive Dios! que aunque siempre acostumbrado
á los horrores de la impía guerra,
á escenas de exterminio y de venganza,
vuestra noble conducta ha conmovido
mi duro corazon. Por eso vengo
á deciros: Tomad ese brebaje:
vuestro es; bien lo ganásteis en el bosque.
Por su virtud extraña y asombrosa

hecho invencible y vencedor al punto,
vencedme, despojadme de los bienes
que quité á vuestro padre y de mi propio
patrimonio; seré sobrado rico
aunque todo lo pierda, si me queda
mi bella hija, cuya vida os debo.
O bien tomad la hija de mi alma
y con ella tomad mis bienes todos,
todo cuanto poseo en este mundo.
Ella os ama, Fortun; que al referirme
lo acaecido anoche en la montaña,
y repetir las elocuentes frases
con que pintasteis vuestro amor sincero,
apercibí en su voz no sin sorpresa
desusado tremor; noté en sus ojos
un singular y poderoso brillo;
en sus mejillas, como el fuego rojas,
las huellas ví de lágrimas recientes;
y escuché los latidos presurosos
del tierno corazon, abierto apenas
á nuevas y profundas emociones.
Sé que la hareis feliz, pues sois honrado,
y cual ninguno generoso y bueno,
y sin duda sabeis que debe el hombre
á la débil mujer, por ser tan débil,
ternura, proteccion y reverencia.
Y pues huérfano sois, tomad un padre
que tanto os ha de amar que el que perdisteis:
sentáos en mi hogar y sed mi hijo.»

La sorpresa, el placer, el embeleso,
se pintan en el rostro de la jóven
al oír las palabras de su padre,
aunque tal vez se siente algo confusa
al ver sus pensamientos descubiertos
y el secreto de su alma revelado.

Fortun de Gámiz, con radiante rostro,
se aproxima al hidalgo de Basurto,
y respetuoso hincando la rodilla
en el suelo, su mano besa humildè;
pero es tal su emocion, que en la garganta
se le ahoga la voz, y aunque procura
responder, sus esfuerzos son en vano.
Mas el viejo adivina su respuesta,
y alzándole del suelo prestamente,
en sus brazos le estrecha con cariño.
Las manos junta de los dos amantes,
y sobre ellos llama fervoroso
la bendicion del cielo. Y el de Gámiz,
acercando su rostro al de la jóven
(que está los ojos en el suelo fijos,
y el rubor retratado en las mejillas),
imprime en su alba frente un casto beso,
y exclama con su voz mas halagüeña:
—«¡Dulce, tierna paloma! ya tus ojos
me revelan tu amor y mi ventura:
su lumbre esplendorosa me presagia
mil inefables goces, á tu lado
una existencia plácida y dichosa.
Siempre has de recordar con vivo gozo
este feliz momento en que me entregas
el corazon y el alma, en que me elijas
para ser tu amoroso compañero
en la escabrosa senda de la vida,
porque he de conseguir, pues te amo tanto,
hacértela süave y placentera,
y sus orillas adornar con flores
delicadas cual tú, cual tú fragantes.
¡Oh Luz! ¡mi hermosa Luz! ¡Loado el cielo
que tal gracia te dió, tales encantos,
para volver la paz á esta comarca,
y hacerme el mas feliz de los nacidos!»

Esta escena de amor y de ternura á la memoria trae del de Saracho su bella prometida, y el momento venturoso, feliz, inolvidable, en que por vez primera la espresára su ardorosa pasion, y conmovido por memoria tan grata y tan risueña, tiende la mano á Sancho de Basurto que afectuoso la estrecha entre las suyas. Mas inútil sería todo esfuerzo para pintar, siquier pálidamente, la emocion del anciano Olaverria. El tambien tuvo esposa amable y bella, tambien tuvo él dos hijos tan hermosos y tan apuestos que Fortun de Gámiz, y una hija cual Luz, de rostro angélico, de blonda cabellera y ojos garzos. Mas todo lo perdió, que uno por uno los ha llevado la implacable parca, y el pobre viejo se ha quedado solo; como un robusto y vigoroso roble cuyas ramas lozanas y frondosas el huracan violento ha desgajado, dejando solo el arrugado tronco de la pelada cumbre en la ladera. Por eso se estremece; sí, por eso su corazon se llena de amargura la tiernísima escena contemplando, y recordando mas felices dias. Y Sancho de Basurto, que apercibe en sus ojos las lágrimas brillantes y adivina el pesar del pobre viejo, con los brazos abiertos se adelanta, en los cuales Alonso Ortiz se arroja dejando á su dolor suelta la rienda,

y así la enemistad de medio siglo
en un abrazo fraternal termina.

—«Y ahora, amigos míos, ¡á caballo!»
exclama Sancho Díaz de Basurto,
«y á la torre de Gámiz sin tardanza!
pues quiero que los ojos de la viuda,
por mi causa llorosos tantas veces,
brillen hoy de alegría, cuando vean
el agraciado rostro de la hija
que la depara el bondadoso cielo.

Y quiero que la viuda con sus lábios
hoy apruebe y bendiga el santo nudo
que debe unir de un modo indisoluble
la casa de Basurto y la de Gámiz.»

Y con sonora voz Fortun responde:

—«¡A caballo! ¡á la torre sin tardanza!
En ella sereis todos bien venidos.

¡A la torre! que me hallo ya impaciente
de presentar á mi querida madre
mi hermosa prometida, á quien debemos
que la insana discordia, que debía
llenar este país de llanto y ruina,
haya tenido tan felice término.

Y roguemos á Dios que nunca se oiga
en estos montes y risueños valles
el fragor espantoso de la guerra.

Pues que somos hermanos, como hermanos
vivamos en dulcísima concordia;

no nuestra raza ilustre deshonremos
con contiendas sangrientas y crueles.

Al rencor, á la envidia y al orgullo,
reemplacen el amor y mansedumbre,
y de un extremo al otro de Vizcaya
cesando las discordias intestinas,
luzca la aurora de una paz eterna.»

DORA,

LA MAYA, ETC.

D O R A .

Con Allan, rico colono, vivian, en la heredad de que era arrendatario, Guillermo y Dora. Guillermo era su hijo, y Dora su sobrina. El anciano los amaba entrañablemente, y con frecuencia, mientras los contemplaba con embeleso, decia para sus adentros: —«Los casaré, y jamás se separarán de mi lado.» Ahora bien, Dora, que en todas cosas parecia adivinar los deseos de su tio, sentía una profunda inclinacion hácia Guillermo; pero el jóven, como habia vivido siempre con ella como con una hermana, no pensaba en Dora.

Un dia llamó Allan á su hijo, y le hablo de este modo:—«Hijo mio, yo me casé muy tarde, pero antes de morir quisiera ver á mi nieto sobre mis rodillas. Deseo, pues, que te cases. Tu prima Dora es linda, y mas económica de lo que pudiera esperarse de sus cortos años. Es hija de mi hermano: tuvimos él y yo una grave altercacion, nos separamos, y el infeliz murió en país extranjero. Por amor á él he criado á su hija Dora en mi casa. Tómala por esposa, que durante muchos años he deseado noche y dia ese matrimonio.» Pero Guillermo respondió brevemente:—«No puedo casarme con Dora: no me casaré con Dora.» Entonces el viejo se enojó, y dijo, levantando las manos en ademan amenazador:—«¿No te casarás, muchacho? ¿Te atreves á responder de ese modo? En mi tiempo las palabras de un padre eran leyes, y así será tambien ahora, en cuanto á mí atañe. Piensa en ello; reflexiona, Guillermo: toma un mes para meditar, y dame una respuesta que me

satisfaga, ó por el Dios que me crió te juro que te marcharás de aquí, y que jamás volverás á pisar el umbral de la puerta.» Pero Guillermo respondió irritado; luego, mordiéndose los labios, y se retiró.

Cuanto mas miraba á su prima menos le agradaba, y la trataba con aspereza, pero Dora soportaba su mal humor con extremada dulzura. Antes que terminase el plazo de un mes que su padre habia señalado, Guillermo dejó la casa paterna: desde entonces trabajó como jornalero en las vecinas heredades; y parte por amor, parte por despecho, enamoró á la hija de un bracero, llamada Maria Morrison, y se casó con ella.

Cuando las campanas estaban anunciando la boda, Allan llamó á su sobrina, y le dijo:—«Hija mia, yo te quiero muchísimo; pero si hablas con el que era mi hijo, ó cambias una palabra con su mujer, ninguno de vosotros entrará jamás en esta casa. Mi voluntad es ley.» Y Dora prometió obedecerle, porque era muy humilde; pero pensó:—«Esto no puede ser así; el tiempo modificará la voluntad de mi tío.»

Pasaron los dias y los meses, y Guillermo tuvo un hijo; aflijéronle luego desgracias sin cuento, y aunque todos los dias pasaba, con el corazon penetrado de dolor, por delante de la casa de su padre, su padre no le socorría. Pero Dora reunió sus pequeños ahorros, y se los envió de modo que él no supiera de donde le venia aquel beneficio; al fin, apoderóse de Guillermo una fiebre perniciosa, y murió en la época de la recoleccion.

Entonces Dora fué á ver á María, á quien encontró sentada contemplando á su hijo con los ojos llenos de lágrimas. Cuando la pobre madre vió á Dora, injustos pensamientos se agolparon en su mente, y la miró con ojos airados; pero Dora se acercó á ella, y dijo:—«Hasta ahora he obedecido á mi tío, pero he hecho mal, pues yo he sido la primera causa del infortunio de Guillermo. Pero Maria, por amor al que ya no existe, por amor á vos, que sois la mujer que él escogió, y por este pobre huérfano, he venido á veros, ansiosa de aliviar vuestra desgracia. Sabeis que no ha habido en estos cinco años una cosecha tan abundante; dejad que lleve conmigo al niño, y lo colocaré entre el trigo á la

vista de mi tío, para que, cuando su corazón esté rebosando alegría por la abundante cosecha, vea al niño y lo bendiga por amor al difunto.»

Y Dora tomó el niño, y fué por entre el trigo á sentarse en un pequeño terraplen que no estaba sembrado, donde crecían muchas amapolas. Vino el colono al campo, pero no la apercibió; y ninguno de sus jornaleros se atrevió á decirle que Dora esperaba con el niño. Dora se hubiera levantado y corrido á su tío, pero la flaqueó el corazón y no se movió; y en tanto los segadores continuaron segando, y el sol se puso, y la tierra quedó envuelta en tinieblas.

Pero á la mañana siguiente levantóse Dora muy temprano, y tomando otra vez al niño consigo, fué á sentarse con él al mismo sitio que el día anterior. Tegió una pequeña guirnalda con todas las flores que crecían en aquel parage, y adornó con ella el sombrero del angelito, para hacerlo mas lindo á los ojos de su tío.

Cuando el labrador llegó al campo, apercibió á Dora y al niño, y dejando á sus jornaleros ocupados en la siega, se fué á donde estaba su sobrina y le dijo:—«¿Dónde estuviste ayer? ¿De quién es este niño? ¿Qué haceis aquí?» Dora bajó los ojos, y respondió en voz baja:—«Este es el hijo de Guillermo.»—«¿Habeis, pues, olvidado mi prohibicion, Dora?» dijo Allan. Dora repuso:—«Haced de mí lo que querais, pero tomad el niño y bendicidle por amor al difunto.» Y Allan dijo:—«Veo que es una arteria preparada entre la viuda y tú. ¿Necesito sin duda que tú me enseñes mi deber? Sabias que mi voluntad es ley, y no obstante has osado menospreciarla. Está bien: me llevaré el niño, pero márchate de aquí, y que nunca te vuelva á ver.»

Así diciendo tomó en brazos al niño, que se desgañitaba y bregaba por quedarse con Dora. La guirnalda de flores cayó á los piés de la jóven. La infeliz ocultó el rostro entre las manos: los lloros del niño llegaron á sus oídos cada vez mas debilitados por la distancia. Dejó caer la cabeza sobre el pecho, recordando el día en que vino á vivir con su tío, y todas las cosas que habian pasado desde entonces. Dejó caer la cabeza sobre el pecho, como abrumada de dolor, y lloró; y en tanto los segadores continuaron

segando, y el sol se puso, y la tierra toda quedó envuelta en tinieblas.

Entonces Dora fué á casa de María, y se detuvo en el umbral de la puerta. María vió que su hijo no estaba con Dora, y prorumpió en alabanzas á Dios, que la socorria en su viudez. Y Dora le dijo:—«Mi tío se ha quedado con el niño; pero, María, dejadme vivir y trabajar con vos, pues dice que no quiere volver á verme.» María contestó:—«No, no permitiré jamás que tu cargues con mis penas; y ahora que pienso en ello, no quiero que tu tío se quede con el niño, pues le hará duro de corazón, y le enseñará á menospreciar á su madre. Iremos juntas á ver á Allan; yo quiero recobrar mi hijo y traerlo á casa, y rogaré á tu tío que te vuelva á recibir en la suya; pero si no quiere hacerlo, entonces tú y yo viviremos bajo el mismo techo, y trabajaremos para el hijo de Guillermo, hasta que sea de edad para sostenernos.» Las dos mujeres, pues, se besaron con cariño, y se encaminaron á la heredad, adonde llegaron en breve. La puerta de la casa estaba entreabierta, así es que pudieron ver al muchacho de pié sobre las rodillas de su abuelo, quien le estrechaba entre sus brazos, y le acariciaba dándole golpecitos en las mejillas y en las manos: el niño tendía el cuerpo hácia adelante, alargaba los brazos, y pedía el sello de oro que colgaba de la cadena de Allan y brillaba al resplandor del fuego. Entonces entraron las dos mujeres; pero cuando el niño vió á su madre, gritó que quería ir donde ella: Allan lo puso en el suelo, y María dijo:

—«¡Oh padre mio!—si es que me permitis llamaros así—nunca he venido pidiendo para mí, para Guillermo, ni para este niño; pero ahora vengo á suplicaros que volvais á recibir á Dora en vuestra casa; no ignorais que ella os quiere bien. ¡Oh señor! Guillermo murió en paz con todo el mundo: habiéndoselo yo preguntado, dijo que de ningun modo podia lamentarse de haberse casado conmigo, pues habia sido siempre una mujer amante y sufrida; pero añadió que habia él hecho mal en vejar á su padre, frustrando sus deseos.—‘¡Dios le bendiga!’ dijo; ‘y ojalá no sepa nunca lo mucho que he sufrido.’ Entonces volvió la cabeza, y espiró ¡desdichada de mí! pero ahora, señor, devolvedme mi hijo, por-

que sino le hareis duro de corazon, y aprenderá á menospreciar la memoria de su padre: recibid de nuevo á Dora en vuestra casa, y que todo quede como antes.»

Así habló María, y Dora ocultó su rostro tras ella. Hubo un instante de silencio, y de repente el anciano prorumpió en sollozos: —«¡He obrado mal! ¡soy digno de vituperio! ¡He matado á mi hijo; pero le amaba, mi querido hijo! ¡Que Dios me perdone! ¡soy muy culpable! ¡Abrazadme, hijas mias.»

Entonces ellas se colgaron del cuello de Allan, y le besaron repetidas veces. El anciano estaba quebrantado por el remordimiento, y su amor pareció centuplicarse, y durante tres horas sollozó, con el hijo de Guillermo en brazos, pensando en Guillermo.

Desde entonces los cuatro vivieron juntos, y andando el tiempo María tomó otro compañero; pero Dora permaneció siempre soltera.

LA MAYA.

Es preciso que os despertéis y me llameis temprano; llamadme temprano, madre querida; mañana será el mas dichoso dia de todo el alegre año nuevo; de todo el alegre año nuevo, madre, el mas risueño, mas placentero dia, por que voy á ser Reina del Mayo, madre, voy á ser Reina del Mayo.

Hay muchos ojos negros, dicen las gentes, pero entre todos ellos no se encuentran otros tan brillantes como los mios: ahí están Carolina y María, Margarita y Catalina, pero no hay en toda la comarca una jóven tan hermosa como la pequeña Alicia, se oye decir á todos; así es que voy á ser Reina del Mayo, madre, voy á ser Reina del Mayo.

Duermo tan profundamente durante toda la noche, madre, que

no despertaré sino me llamais bien fuerte al despuntar el día; tengo que hacer ramos de flores y pimpollos, y tejer vistosas guirnaldas, porque voy á ser Reina del Mayo, madre, voy á ser Reina del Mayo.

Cuando caminando valle arriba me dirigía hácia casa ¿á quién pensais que ví, sino á Robin, apoyado sobre el puente debajo del avellano? Sin duda se acordó de la fría mirada que le dirijí ayer, pero voy á ser Reina del Mayo, madre, voy á ser Reina del Mayo.

Tal vez me tomó por una sombra, madre, porque estaba toda de blanco y pasé junto á él sin decir una palabra, con la rapidez de un relámpago. Me llaman insensible y cruel, pero no me importa lo que dicen, porque voy á ser Reina del Mayo, madre, voy á ser Reina del Mayo.

Dicen que Robin se muere de amor, pero eso es imposible; dicen que se muere de pesadumbre, madre, ¿pero á mí que me importa? Nunca me faltarán muchachos mas intrépidos que me galanteen, y voy á ser Reina del Mayo, madre, voy á ser Reina del Mayo.

La pequeña Effie irá conmigo mañana á la verde pradera, y tambien vos estareis allí, madre, para ver como me hacen Reina, porque los zagales vendrán desde muy léjos á ver la fiesta, y voy á ser Reina del Mayo, madre, voy á ser Reina del Mayo.

La madre selva del portal ha entretejido ya sus débiles ramas y formado una undosa glorieta, y á la orilla de las acequias de los prados florece la débil, olorosa cardámina; la silvestre yerba-centella brilla como el fuego en los pantanos y en las oscuras cavernas, y voy á ser Reina del Mayo, madre, voy á ser Reina del Mayo.

El viento de la noche vá y viene sobre la yerba de la pradera, y las dichosas estrellas parecen avivar su brillo al pasar sobre el valle; no caerá una gota de agua durante todo el largo día, y voy á ser Reina del Mayo, madre, voy á ser Reina del Mayo.

Todo el valle, madre, estará fresco y verde y tranquilo: la vellorita y el ranúnculo adornan el collado, y el riachuelo que riega la florida cañada mostrará su argentado brillo y correrá y saltará alegremente, porque voy á ser Reina del Mayo, madre, voy á ser Reina del Mayo.

Es, pues, preciso que os despertéis y me llameis temprano; llamadme temprano, madre querida; mañana será el mas dichoso dia de todo el alegre año nuevo: mañana será el mas risueño, mas placentero dia de todo el año, porque voy á ser Reina del Mayo, madre, voy á ser Reina del Mayo.

LA VÍSPERA DE AÑO NUEVO.

Si estais despierta llamadme, llamadme temprano, madre querida, porque quisiera ver al sol alzarse sobre el alegre Año Nuevo. Es el último Año Nuevo que he de ver: despues podeis colocarme en la profunda fosa en el cementerio, y no pensar mas en mí.

Esta tarde vi ponerse el sol: se puso dejando tras sí al buen Año Viejo, el feliz tiempo pasado, y toda mi paz de espíritu; y el Año Nuevo se acerca, madre, pero no veré jamás el endrino cubierto de flores, ni los árboles vestidos de verde.

En Mayo último hicimos una corona de flores, y tuvimos un dia de jolgorio: en la verde pradera, debajo del espino blanco, me hicieron Reina del Mayo; y bailamos en torno del Mayo, y en el bosque de avellanos, hasta que la Osa Mayor se dejó ver por encima de las altas chimeneas.

No hay una sola flor en los collados, y el hielo empaña las vidrieras: solo deseo vivir hasta que vuelvan las campanillas blancas; deseo que la nieve se derrita y que el sol brille en todo su esplendor. ¡Anhele tanto ver una flor antes de morir!

La corneja, ocupada en hacer su nido, graznará en la cima del olmo gigantesco; el frailecillo de lindo penacho cantará en el barbecho, y la golondrina volverá en el verano sobre las olas; pero yo estaré sola, madre, consumiéndome en el sepulcro.

Por la mañana temprano brillará el sol sobre la ventana del presbiterio y sobre mi tumba, antes que el rojo gallo cante en la heredad del cerro, cuando esteis durmiendo en vuestro caliente lecho, y todo el mundo se halle reposando.

Cuando las flores vuelvan, madre, no me vereis ya vagar por los campos á la moribunda luz del crepúsculo, cuando los vientos estivales barren la seca, oscura campiña, y acarician con su fresco

aliento á la yerva de avena, á la espadaña, y á las eneas del lago.

Me enterrareis, madre mia, á la sombra del espino blanco, y vendreis algunas veces á ver mi humilde sepultura. No os olvidaré, madre; oiré cuando paseis con vuestros pies sobre mi cabeza, hollando el hermoso y lozano césped.

He sido rebelde y caprichosa, pero me perdonareis ahora; me besareis, madre mia, y me perdonareis antes de que me muera. ¡Oh, no lloreis! no os dejéis agoviar por el dolor; mi pérdida no debiera afligiros, madre, pues teneis otra hija.

Si puedo, madre mia, he de volver de mi lugar de reposo: aunque no me vereis, yo contemplaré vuestro rostro; y aunque no me sea dado hablar una sola palabra, he de escuchar lo que digais: con frecuencia estaré á vuestro lado cuando me creais lejos de vos.

¡Buenas noches, madre mia, buenas noches! Cuando haya dicho buenas noches para siempre, y me veais conducida fuera del umbral de la puerta, no permitais que Effie venga á verme hasta que la yerba crezca sobre mi sepultura. Estoy segura de que Effie será mejor hija que yo; mas obediente y cariñosa.

Encontraré mis aperos de jardinería sobre el piso del granero: dejad que ella los guarde; suyos son, que yo no podré ya usarlos jamás. Pero decidle, cuando yo haya espirado, que dirija mi rosal alrededor de la ventana y de la caja de resedá.

Buenas noches, querida madre; llamadme antes de nacer el dia. Toda la noche yazgo despierta y me duermo hácia la mañana, pero quisiera ver al sol alzarse sobre el alegre Año Nuevo; así, si estais despierta llamadme, llamadme temprano, madre querida.

CONCLUSION.

Pensé morir mucho antes, y sin embargo vivo aún; y oigo el balido de los corderillos que pastan en estos campos. ¡Recuerdo cuan tristemente nació la mañana del año! ¡Creia entonces morir antes de que viniesen las campanillas blancas, y ya las violetas están aquí!

¡Oh! dulce es la nueva violeta, medio escondida entre las verdes hojas; y todavía mas dulce me parece la voz del corderillo, á mí que no me puedo levantar: hermoso es el país que nos rodea, y hermosas son las flores que entreabren sus corolas, y mucho mas dulce y mas hermosa que la vida es la muerte, para mí que anhelo *marcharme*.

Al principio me parecia tan penoso dejar el bendito sol, y ahora me parece tan duro quedarme. No obstante, hágase la voluntad del Señor. Pero creo que no pasará mucho tiempo antes de que encuentre la libertad porque suspiro; y ese buen hombre, el sacerdote, me ha dicho palabras de paz.

¡Oh, bendita sea su bondadosa voz, y su cabellera de plata! ¡Bendita sea su vida toda hasta que venga á encontrarme allá! ¡Oh! ¡Bendiciones sobre su bondadoso corazón, y su plateada cabeza! Mil veces le bendije mientras estaba arrodillado cerca de mi lecho.

Me enseñó toda la misericordia, porque me mostró todo el pecado. Ahora, aunque mi lámpara se encendió tarde, no dudo que el Señor me abra las puertas del Paraiso. Por nada en el mundo quisiera estar buena, pues mi único deseo es ir á Aquél que murió por mí.

No oí el aullido del perro ni el canto del grillo, madre; mi próximo fin me ha sido anunciado de un modo mas grato, cuando la luz del alba empezaba á ahuyentar las sombras de la noche. Sentaos junto al lecho, madre mia, y Effie al otro lado; dejadme estrechar vuestras manos entre las mias, y os he de referir el feliz presagio.

Durante la borrascosa madrugada de Marzo, oí que me llamaban los ángeles: era cuando la luna estaba poniéndose, la tierra se hallaba envuelta en una triste oscuridad; oyóse el susurro de las hojas agitadas por el viento, y me pareció que los ángeles llamaban á mi alma.

Porque hallándome enteramente despierta, me puse á pensar en vos y en la querida Effie, y me pareció veros sentadas junto al hogar, y con vestidos de luto. Mi silla estaba desocupada. Entonces rogué por vosotras con todas mis fuerzas, me sentí resignada, y halagó mis oídos una música deliciosa, que parecia acercarse en alas del viento.

Pensé que era una alucinacion, y escuché atentamente: entonces oí una voz que me hablaba, pero nada comprendí; mi alma se estremeció de gozo, y oí de nuevo la música que se acercaba en alas del viento.

Pero estabais durmiendo, y dije: — «No es para ellas esta música, sino para mí.» Y si se deja oír por tres veces, pensé, la tomaré por un presagio. Entonces escuché de nuevo aquella armonía celestial, que se aproximaba lentamente, hasta llegar junto á las barras de la ventana: luego pareció remontarse derechamente al cielo, y morir entre las estrellas.

Creo, pues, que mi muerte está cercana. Estoy segura de no equivocarme. Sé que la bendita música siguió el camino que mi alma debe recorrer. Por lo que á mí toca, no sentiria morir hoy mismo. Pero, mi querida Effie, consuela á nuestra pobre madre despues de mi muerte.

Y dí á Robin algunas palabras bondadosas; díle que no se aflija, pues encontrará muchas jóvenes, mas dignas que yo, dispuestas á hacerle dichoso. Si yo hubiera vivido..... no sé..... podia haber sido su mujer; pero todo eso ha terminado juntamente con mi deseo de vivir.

¡Oh, mirad! El sol empieza á salir; los cielos están encendidos; un resplandor vivísimo ilumina esos hermosos campos. ¡Ah! ya no discurriré por ellos como otras veces; otras manos que las mias cogerán las silvestres flores que esmaltan el valle.

¡Oh, cuán dulce y extraño me parece el que, antes que este dia termine, la voz que ahora está hablando puede encontrarse mas allá del sol—en la mansion eterna de las almas justas y sinceras! ¿Y qué es la vida para que nos lamentemos? ¿Porqué la muerte nos espanta tanto?

Vivir eternamente en aquella santa morada; esperar allí un poco de tiempo hasta que vengais Effie y vos; yacer en la luz de Dios como yazgo sobre vuestro pecho..... Allí el malvado cesa de hacernos sufrir; allí reposan los que están cansados.

(Del inglés, de Tennyson).



SAUBADE LA ORGULLOSA.

Alguien canta bajo la ventana de Saubade la orgullosa: es el intrépido Martin de Barcáztegui, águila que el amor ha transformado en ruiseñor.

—¡Estrella amada! Cesa de cerrarme el camino que conduce hasta tí. Estoy impaciente por abandonar la tierra que me retiene como una presa que tu crueldad le abandona.

—Yo soy el abismo sin fondo que los cazadores no pueden contemplar sin experimentar el vértigo: ¿dónde encontrarás la fuerza necesaria para llegar hasta mí?

—Y yo soy la lluvia de invierno que se abre paso por entre los guijarros de la barranca. Yo iré á despertar el eco de tu profundidad.

—Yo soy el roble plantado en el escarpado flanco de una roca, donde la gamuza misma no puede trepar: ¿cómo llegarás hasta mí?

—Y yo soy la nieve llevada en los pliegues de la argentada nube. Yo iré cuando me plazca á descansar sobre tus ramas.

—Yo soy el lago de hielo formado por la caída secular de las nieves sobre la meseta del pico de Anie. Los seres que se me aproximan encuentran una muerte segura. ¿Porqué piensas en mí?

—Y yo soy el dulce rayo del sol que vivifica la naturaleza. Yo descenderé sobre tu seno para ablandarlo.

La ventana se cierra vivamente. ¿Acaso Saubade teme el frío de la noche? Mucho mayor es la frialdad con que su corazón corresponde al ardiente amor de Martin de Barcáztegui.

¿Porqué? Martin de Barcáztegui es jóven, Martin es rico, Martin es valiente. Podriais recorrer todo el país vasco y no encontrariais mejor jugador de pelota, ni mas hábil bailarín; no encontrariais un corredor mas veloz, ni un cantor mas infatigable, mas armonioso. ¿Porqué, pues, Saubade no le puede sufrir?

Preguntad antes por qué la sensitiva enrolla sus hojas cuando

se la toca; por qué el agua rehusa mezclarse con el aceite; por qué el mochuelo huye de la luz del día.

Semejante al pájaro de las ruinas, Martin ha desaparecido. ¿Dónde se ha marchado? A Saubade la orgullosa no le preocupa su ausencia.

Continúa rechazando los homenajes de los galanes, y cuando por la noche vienen á cantar debajo de su ventana, Saubade se burla de ellos.

El viudo Idiarte no ha cantado, pero ha hecho sonar sus escudos al oído del padre de Saubade, y su número disimula el de los años de su dueño.

Saubade se ha mostrado esquiva durante largo tiempo; al fin, acosada por toda su familia, ha consentido en *hablar* con Idiarte, pero como dice el proverbio, *tel fiancé qui n' épouse pas*.

El viejo Idiarte vá de paseo por el camino de Tardets, en compañía de su bella prometida, y se entretiene en darle cuenta de sus riquezas, y de lo mucho que tuvo que trabajar para adquirirlas.

—«Todo será tuyo, querida mia. Sé económica como yo; sobre todo, no seas pródiga con los vagabundos, que se echan sobre nosotros como las moscas sobre la miel.

»Es una locura despojarse en beneficio de seres que no valen para nada, y prolongar de ese modo existencias inútiles.

»Pero ¡Dios me perdone! ese mendigo que viene hácia acá es Martin de Barcáztegui, tu antiguo amante. Dáale un cuarto, querida; yo no te lo impido.

»Viéndose rechazado por tí, ya no ha jugado á la pelota mas que como un hombre ébrio, y ha perdido todo su dinero. Querida mia, dáale un cuarto.

»Lleno de desesperacion, ha sentado plaza de soldado; pero si antes no valia para gran cosa, ahora ya no vale para nada.

»Ha recibido una herida que le ha inutilizado para el servicio militar. Dícese que fué herido buscando la muerte por el dolor de haberte perdido. Dáale un cuarto.

»Dáale un cuarto, querida mia, por el amor de Dios. Él te ha he-

cho una gran merced desembarazándote de ese modo de un mal sugeto que tal vez habria impedido nuestro casamiento.»

Saubade se aproximó al mendigo: era, en efecto, Martin de Barcáztegui. La guerra le habia reducido á tan triste estado, pero su mirada brillaba como el dulce rayo del sol que vivifica la naturaleza. Aquel vivificante rayo descendió hasta el seno de Saubade, y á su aproximacion el corazon de la orgullosa pareció derretirse de compasion.

Pálida, temblorosa, se apresura á meter la mano en la faltriquera; pero, en lugar de la limosna, saca de ella una llave.

La llave de su alcoba de doncella. La entrega resueltamente á Martin de Barcáztegui, como un supremo anillo de esponsales.

Vosotros que os preparábais á celebrar alegremente, á la manera de nuestros padres, la union del viudo Idiarte con Saubade la orgullosa,

Dejad al ganado menor sus ruidosos y desapacibles cencerros, cesad de preparar los cuernos de buey, y de amenazar nuestros oidos con los sordos mugidos del *thupina-utsu*.

Martin de Barcáztegui está ya curado de su herida, y Saubade de su orgullo, y van á ir juntos á la iglesia á prometer á Dios amarse siempre.

EL VENDEDOR DE CANCIONES.

¡Canciones nuevas, canciones viejas, canciones para los mozos y las doncellas, para los maridos y sus mujeres, para los ancianos y los niños!

Cuando yo era niño nunca cesaba de cantar, y en la montaña donde guardaba mi rebaño, los pájaros parleros y el murmurador arroyo se callaban para escuchar mi voz.

Cuando tuve edad bastante para trabajar, mi padre me preguntó qué era lo que intentaba hacer; si queria ser labrador, carpintero, zapatero ó albañil; trabajar la tierra, la madera, el cuero ó la piedra.

Yo quiero ser como el pájaro que come el trigo sin tener necesidad de sembrarlo, que no hace daño á los árboles, se apodera tal vez de la lana que las ovejas dejan en los zarzales de los caminos, y no edifica mas que para una estacion.

Mi padre era muy bueno:—¿Quiéres ser pájaro? me dijo. Sea enhorabuena; pero créeme, haz como la gallina, ocúpate en primer lugar de hacer el huevo; despues has de cantar.

—¡Hacer como la gallina, vivir en un corral, escarbar el estiércol y dar destempladas voces! ¡Disputar á otras el grano arrojado por la mano interesada del dueño!

Prefiero ser el ruiseñor que encanta á los amantes, la alondra que causa al labrador mas placer que perjuicio, ó la curruca que canta sin preocuparse de las espinas que la rodean.

Podria, como otros muchos, haberme dedicado á la iglesia, cantar en el altar ó enfrente del facistol al abrigo de la lluvia y del viento, y sin temor de condenarme.

Pero yo no estaba destinado á cantar para los muertos. Si ellos pudiesen oirme, se despertarian, y pondrian en huida al señor cura, acostumbrado al silencio de sus pensionarios.

Si el señor cura me hace la guerra y me amenaza con las llamas del infierno, es por que canto mejor que él; sabe que pasaríais la noche escuchándome, mientras que con él frecuentemente dormís en pleno dia.

¡Canciones nuevas, canciones viejas, canciones para los mozos y las doncellas, para los maridos y sus mujeres, para los ancianos y los niños!

—¡*Coblacari!* (1) Vén con nosotros al monte de Ahusquy; allí encontrarás una numerosa reunion, oidos que te escucharán con avidez, manos que se abrirán en la tuya para dejar en ella la bien ganada recompensa.

—¡Ahusquy! ¡oh! ¡no me habéis de Ahusquy! Jamás el viento lanzó tantos gemidos como yo he lanzado allí; copiosa fuente de lágrimas he derramado en ese monte fatal.

—¡Tú has llorado, *Coblacari!* Tú á quien siempre hemos visto

(1) *Coblacari*, bardo, poeta.

tan alegre, tú que harías reír á un judío á quien hubiesen robado, tú que harías reír á un ladron camino de la horca!

Bebe este vino, Coblacari, y cuéntanos esa historia, que, segun dices, te ha hecho llorar tanto.

—Era..... hace ya mucho tiempo. Yo volvia de servir en el ejército del Rey; regresaba á mi país pobre de botin y rico de esperanza.

Una noche, pasando á lo largo de un muro elevado, en el que se veían algunas ventanas enrejadas, oí una voz jóven y fresca confiando á la noche una lastimera cancion.

Una cancion del condado de Soule (1), una cancion vasca, oscura para oídos extranjeros, pero clara y brillante para mí, como las estrellas del cielo que ella me entreabria.

Quando mi padre y mi madre
supieron cuanto te amaba,
en un sombrío convento
me dejaron encerrada.

Yo contesté inmediatamente con las siguientes estrofas de la cancion, que me era conocida:

No tiene entrañas de padre
quien de ese modo te trata,
mas no ha de lograr por eso
el separar nuestras almas.
¡Oh, si pudiese volar
cual golondrina ligera!
volaría á tu ventana
para contarte mis penas.

Escuché, pero en vano; no se oía mas que á un grillo cantando cerca del camino; pero hé aquí que la voz desconocida se deja oír de nuevo, con un acento aún mas penetrante.

Triste canta el pajarillo
aunque esté en dorada jaula,

(1) El país vasco-francés comprende el condado de Soule, la baja Navarra y el Labour, antes Lapurdam. Estas tres comarcas se hallan situadas en el departamento de los Bajos Pirineos.

y aunque el alpiste le sobre,
pues la libertad le falta.

A estas palabras, una cuerda se desenrolla á mis ojos asombrados, á lo largo del muro que parecia invitarme á escalar, y una mujer se deja ver á una ventana, cuyas barras de hierro trata inútilmente de arrancar.

En un abrir y cerrar de ojos me hallo á su lado. Sin decirle una palabra mis esfuerzos se unen á los suyos, y el enrejado, ya muy injuriado por el tiempo, cede, y dá paso á una jóven de singular hermosura.

Hubiéseis creido que era un rayo de la luna corriendo sobre el muro, ó mejor aún, un ruiseñor cayendo de cansancio al pié del oxiacanto desde el cual daba al aire sus armoniosas notas.

Para disimular mi turbacion y perplejidad, me puse á cantar en voz baja, siguiendo á mi jóven compañera, que corría delante de mí como un cabrito que ha conseguido romper la cuerda que le tenia sujeto:

¿A dónde vas, pajarito,
sobre tus pintadas alas?
Mira, mira, pajarito,
mira que si vas á España,
la nieve cubre los campos,
los campos y las montañas.
Pajarito, iremos juntos
cuando ya nieve no haya.

—No, es preciso partir enseguida; dentro de una ó dos horas me echarán de menos, me perseguirán, me volveran al encierro, y tú serás ahorcado.

¡Siniestra prediccion, tenebrosa amenaza, donde yo no vi, sin embargo, mas que una promesa de amor, un anuncio de felicidad!

Ella cantaba:

Caminemos hácia España
sin reposar un momento,
hasta llegar á la ermita
que se encuentra en el desierto,
la ermita de San José;

en ella descansaremos.
No miremos hácia atrás
si suspirar no queremos.
¡Oh, país en que he nacido!
ya para siempre te dejo.

Hémos, pues, en camino para España, por senderos extraviados, andando de noche, y descansando de día en las espesuras de los bosques.

Dormíamos poco ó nada. A veces, mi blanca paloma del Carmelo me refería como su padre la habia llevado al convento por instigacion de su madrastra.

Y me refería tambien otras muchas cosas que no os he de decir. No es que las haya olvidado; aunque viviese cien años las recordaría siempre tan bien como el primer día.

¡Pobre Teresa! Pensábamos ir hasta la extremidad de España, al país del sol y de los naranjos, donde se canta siempre.

Palomas viajeras ligadas por una dulce cadena, hubiéramos recorrido aquella tierra bendita, suspirando los goces del amor, sin pensar en el destierro.

La primera noche me costaba trabajo seguirla, tan impaciente estaba de volar lejos de su prision, de poner los Pirineos entre ella y sus carceleros.

Pero las montañas son elevadas; las rocas, humedecidas por las lágrimas de la noche, están resbaladizas; y los senderos que serpentean á lo largo de los precipicios, tienen mucho trabajo para abrirse paso por entre piedras desprendidas y ramas desgajadas por el viento.

En esta penosa ascension, yo sostenia á Teresa, y para infundirla valor, cantaba con ella canciones del país.

¡Pobre niña! Bien pronto, extenuada de fatiga y de hambre, no pudo andar, ni cantar siquiera. La tomé en mis brazos, y ya solo se oyó el ruido de mis pasos y los latidos de mi corazón.

Llegado á la cumbre de la montaña, deposito en el suelo mi preciosa carga, para tomar aliento y enjugarme la frente.

—¡Escucha, amado mio! ¿Oyes esa larga lamentacion, á la cual otras muchas parecen responder á lo lejos?

—Es el viento que corre entre los picos, buscando alguno á quien contar sus penas; es el trueno queriendo imponer silencio á algun torrente, que le responde desde el abismo.

—No; es el órgano de mi convento que llora mi huida, ó mejor, mi próxima muerte; es el infierno, que con voz ronca reclama su presa.

¡Escucha, amado mio! ¿Ves ese pájaro, cuyas alas se estienden en el cielo á manera de un paño mortuorio? Es el ave carnívora que olfatea un cadáver.

¡Oh! Si hubiese tenido alas para volar en busca de socorro! Pero tambien yo estaba abrumado de hambre y de fatiga, y no conocia el país.

No importa; echo á correr, nada me detiene; mis piernas parecen mas ligeras que nunca; corro bastante para dar envidia al viento. ¿Es él el que silva en mi oído?

Es una bala, la bala de un aduanero, y sus compañeros me gritan:

—¿Quién vive? ¡Quieto ahí! Detente, detente ó eres muerto.

—¡Oh, amigos míos! Ella es la que se muere. Vosotros podeis salvarla. Venid, venid conmigo; pero venid pronto.

—¿De dónde eres? Muestra tu pasaporte. ¿Eres francés ó español? ¿Desertor ó contrabandista? Responde pronto.

—Es mas probable que sea un loco. ¿No lo echais de ver en sus ojos extraviados y en su modo de hablar?

—¡Loco! ¡Oh, si, loco de dolor y de angustia! Me arrastran con ellos, y soy arrojado en un calabozo, donde doce horas, de mil años cada una, se deslizaron antes de que la justicia viniese á apoderarse de mí.

¿Y delante de quien creéis que me condujeron como á un malhechor? Delante del padre de Teresa. ¡Ah! El me comprendió y lloró amargamente su falta.

Esta vez corremos, volamos unos por un lado, otros por otro; si álguien nos hubiera contemplado de lejos, hubiese creído ver un inmenso hormiguero.

¡Ay, amigos míos! ¡Muerta, muerta para siempre! ¡Pobre re-

núncula de las montañas! La nieve la rodeaba á manera de un sudario virginal, menos blanco que ella.

¡Llorais, llorais todos! ¡Ah! ¡Dejadme ese placer á mi solo; esta historia es mi historia, y no os la he vendido.

No quiero que sirvan de pasto á vuestra curiosidad las penas de mi corazon; ¿á qué fin abrir la llaga á vuestros ojos? Olvidad mi narracion, y prestad oído atento á mis canciones.

¡Canciones nuevas, canciones viejas, canciones para los mozos y las doncellas, para los maridos y sus mujeres, para los ancianos y los niños!

GRACIOSA.

¡Que dulce es, en la primavera, la vuelta de la golondrina! Es el momento de abandonar los pesados vestidos de invierno, para entregarse sin temor á las caricias del viento de España!

¡Cuánto mas dulce es, despues de una larga ausencia, la vuelta de un amante! Graciosa, que espera al suyo, se reviste de sus mejores galas para recibirle y parecerle hermosa.

El perro ladra; llaman á la puerta.—«Madre, es él, estoy segura de ello; corre á abrir, querida madre. Yo bajo en seguida.»

—«Siéntate, hija mia; no es mas que el vecino Perico, que se fué con Ganis, y que ha vuelto antes que él, sin duda á causa de que no viene tan cargado de botín.»

—«Si Ganis es rico, ¿creeis que querrá casarse con una pobre muchacha como yo? Madre, creo que haria bien en ponerme mi papalina nueva.»

—«Toma tu papalina nueva, hija mia, tus medias blancas y tus zapatitos de lazos, porque tu amado Ganis vá á llegar muy pronto.»

—«El perro ladra de nuevo; llaman á la puerta. Madre, es él, no hay duda. Corre á abrir, madre querida. Yo bajo al instante.»

—«Cálmate, hija mia, pues no es mas que un mensajero que me dice que lo prepare todo para recibir á Ganis, vuelto recientemente de Ultramar.»

—«Dícese que las mujeres de aquellos lejanos países son hermosas y están siempre cubiertas de joyas. Madre, me parece que debo ponerme mis hermosos pendientes y mi cruz de oro.»

—«Toma tus pendientes y tu cruz de oro, hija mia, porque Ganis no puede ya tardar.»

—«El perro ladra otra vez; llaman á la puerta. Madre, es él, estoy segura de ello. Corre á abrir, querida madre. Yo bajaré en seguida.»

—«Detente, hija mia; no es mas que el criado de Ganis, que llega conduciendo los pesados baules de su amo.»

—«Si Ganis es rico, ¿querrá casarse con una pobre muchacha como yo? Madre, creo que ya no tengo nada mas que ponerme.»

—«Pon tu esperanza en Dios, á quien nunca se ruega en vano. Él puede devolverte tu fiel Ganis de otros tiempos.»

—«El perro ladra de nuevo; llaman á la puerta. Madre, es él, sin duda. Corre á abrir, madre querida; yo voy á esconderme.»

—«En fin, aquí está Ganis conducido en carruaje hasta la puerta.—Nuestra casa es ahora demasiado pequeña para recibirnos, Ganis.»

—«Dejadme entrar en ella, pues pronto tendré yo una mas grande, en la que me holgaré de veros en compañía de vuestra hija.»

—«Ya sé que mi hija no debe aspirar á ser vuestra mujer, y yo no iré á visitaros, sobre todo cuando esteis casado con otra.»

—«¿Y á quién podré yo amar, despues de haber amado tanto á vuestra hija? ¿Con quién partiré estas riquezas que traigo de América, de donde podia haber traído tambien una esposa?»

—«La heredera de Garro no es demasiado para vos, Ganis; una aldeana jamás conseguiria agradaros, aunque llevase una papalina nueva.»

»Hasta podeis aspirar á conseguir la mano de la heredera de

Echoux; mejor sabrá ella enamoraros que una pobre aldeana que solo los días de fiesta lleva medias blancas y zapatitos de lazos.

»La mujer que os conviene, Ganis, es una de esas elegantes señoritas, y no mi hija, por muy bella que esté con sus hermosos pendientes y su cruz de oro.»

—«Mujer, ¿porqué me hablas de las herederas de Garro y de Echoux, de papalinas nuevas, de medias blancas, de zapatitos de lazos, de hermosos pendientes y de cruces de oro?»

»La mujer que yo quiero es tu hija, con su vestido de percal, y yo la hé de poner tan elegante que rabien de envidia las mas ricas.»

¡Que dulce es, en la primavera, la vuelta de la golondrina! Es el momento de abandonar los pesados vestidos de invierno, para entregarse sin temor á las caricias del viento de España.

¡Cuánto mas dulce es, despues de una larga ausencia, la vuelta de un amante! Graciosa, que esperaba al suyo, se ha puesto, y despues se ha quitado, sus mas lindas galas, para recibirle y parecerle hermosa.

MANUEL ITURRIAGA.

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

Pasa su vida paseándose en los caminos, sin llevar carga alguna sobre sus hombros, viste como un caballero, y frecuenta las mejores posadas.

Desde San Juan de Luz hasta Pamplona, todo el mundo le tiene por un hombre honrado y un hombre *comme il faut*, que durante todo el año come lonjas de jamon y huevos fritos en lugar de sardinas.

¿Se siente fatigado? monta sobre su macho y continúa su camino cantando; si su carga de vino es demasiado pesada, no vacila

en aliviarla obsequiando á los camaradas que encuentra en el camino.

Todos salen á las puertas de sus casas para verle pasar conduciendo lentamente sus caballerías adornadas con perendengues de todos colores, cubiertas de vistosas mantas, y cargadas de campanillas.

¡Con qué maravillosa destreza arroja 'cuartos, desde lejos, dentro de las boinas de los mendigos que encuentra en el camino! Siempre tiene silbatos, manzanas y nueces para los niños; cintas y alfileres para las niñas.

Pero ¿á quién destina esa hermosa cruz de oro y esos pendientes, comprados á un judío en la feria de San Fermin en Pamploña? A Maria Larrabure, la hija de la viuda, la mas bella de Arnegui.

Manuel ama á Maria, Manuel debe casarse con ella dentro de algunos dias, y quiere que cuando la conduzca al altar esté tan hermosa como la imágen de su patrona que se ostenta sobre él.

Pensando en esto, Manuel examina las joyas que deben adornar á su ídolo; su brillo habia desaparecido, y estaban completamente ennegrecidas. Sin duda ha ocurrido alguna desgracia.

Alguna hechicera envidiosa ha echado una maldicion sobre la novia. ¿Quién sabe si Manuel la encontrará á su regreso? Los viejos dicen que entre la mano y la boca muchas veces desaparece la sopa.

Manuel no quiere tardar un momento mas; se apresura á enjaezar y cargar sus machos, y se pone en camino para Francia.

Pasa por Zavallica, atraviesa los puertos de Zubiri y de Velate, llega á Burguete, donde dá apenas algunas horas de reposo á sus caballerías, apenas una mirada á sus conocidos.

Vuelve á ponerse en camino, para no detenerse ya de nuevo. En Roncesvalles, en el momento en que la campana de la iglesia tacaba el *ángelus*, creyó oír el lúgubre toque á muerto.

En fin, baja de Valcárlos. ¿No le veis pálido y cubierto de sudor? Diríase, Manuel Iturriaga, que has visto en el camino ladrones ó aparecidos.

Las luces de Arnegui brillan á lo lejos; Manuel Iturriaga busca

su estrella. Maria Larrabure no estaba en el camino, segun su costumbre, para esperarle á su paso.

Manuel Iturriaga deja sus caballerias, y se dirige á casa de su amada. De tal modo latía su corazon, que no habia necesidad de llamar á la puerta.

Sin embargo, llamó; escuchó un instante, y no oyendo el mas leve rumor, miró por una abertura de las contraventanas.

María no estaba allí. De las dos sardinas de la cena de la pequeña familia, tan solo una se asaba sobre las brasas, y la viuda la contemplaba con aire melancólico.

Oprimióse el corazon del desgraciado, le zumbaron los oidos como si el toque á muerto se hubiera dejado oir de nuevo, y se alejó de aquel sitio loco de pesar.

Los machos habian vuelto solos á la caballeriza, y el mozo de cuadra los habia descargado; despues, cansado de esperar, fué á acostarse cerca de ellos.

Manuel no entró en su casa. Abismado en su dolor, erró alrededor del cementerio, como para descubrir la tumba de María y retener un puesto á su lado.

A verle pálido y abatido, á contemplar la horrible expresion de sus ojos, sus cabellos erizados, y sus zapatos cubiertos de polvo y de rocío, se hubiera dicho que habia salido del sepulcro.

No por eso dejó de reconocerle el vecino [diarte:—«¡Ola, Manuel Iturriaga! ¿Cómo estais de salud? ¿Desde cuándo os hallais de vuelta?

»¿Seguís bien, no es verdad? Deseo que hayais hecho un viaje provechoso. Espero que no hayais sido atacado ni robado en el camino, y que los gitanos continúen considerándoos como amigo.

»Si he de deciros la verdad, no me gusta mucho el camino que habeis elegido para vuestros negocios; en él peligran la bolsa y el cuello, se comen pollos gordos como pulgas, y uno es devorado por pulgas del tamaño de pollos.

»Yo en vuestro lugar preferiria el camino de Bayona. Allí no hay rocas, ni precipicios, ni merodeadores; todo es llano, y solo se encuentra buena compañía

»Vamos, haced la prueba. ¿Quereis hacer un viaje por mi cuen-

ta? Tengo necesidad de una multitud de cosas; sobre todo de dos barriles de sardinas.

»Buena mercancía, que se vende bien, sobre todo cuando las muchachas están enamoradas, y dejan quemar la cena de sus padres.

»Ayer, sin ir mas lejos, iba á acostarme, cuando una de vuestras conocidas, Manuel, vino á llamar á mi puerta, á comprarme sardinas.

»Habia puesto al fuego las dos que quedaban en casa, y mientras que su anciana madre se dormia, ella se habia puesto á soñar en alguno de nuestros amigos á quien ama perdidamente.

»Una de las sardinas cayó al fuego y se abrasó. Despertada por el olor, la vieja reprendió duramente á su hija, que salió, tanto por escapar de sus reproches, como para reparar el accidente.

Pero..... temen que os haya sucedido alguna desgracia. María Larrabure ha vuelto á mi casa, á preguntar si os habia visto en alguna parte.»

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga! Todo el año come lonjas de jamon y huevos fritos, en lugar de sardinas que detesta.

(Del francés, de Francisque Michel).

LA LEYENDA DEL PICO-CRUZADO.

Clavado en la Cruz el Salvador del mundo, cuya prolongada y dolorosa agonía tocaba á su fin, alzó al cielo los serenos ojos, con una expresion de tristeza infinita, cuando sintió un ligero cosquilleo en la taladrada y ensangrentada palma de una de sus manos.

Y Él, que se miraba abandonado de todo el mundo, vió que, con grandísimo celo y extraordinario ardor, un pajarito estaba forcejeando para arrancar con su fuerte pico el cruel clavo de hierro.

El pobrecillo no descansaba un momento. Cubierto de sangre

su plumaje, y casi rendido de fatiga, continuaba tirando del clavo con su pico: queria desclavar de la Cruz al Salvador; queria poner en libertad al Hijo de su Criador.

Y Jesus exclamó con bondadoso acento:—«¡Bendígante todos los buenos! Lleva siempre, en memoria de este momento, marcas de sangre en tu plumaje, y en tu pico la imágen de la Santa Cruz!»

Aquel pájaro se llama *pico-cruzado*: sus plumas son de un hermoso color de sangre, tiene el pico en forma de cruz, y canta en los pinares singulares canciones, que recuerdan las fantásticas baladas de los tiempos pasados.

(Leyenda alemana de Julio Mosen).

EL FRAILE DE HÁBITO GRIS.

Un fraile de hábito gris salió de su convento á rezar el rosario y respirar el puro aire del campo, y se encontró con una hermosa dama, que caminaba apoyada en un nudoso bordon, y vestía la esclavina de los peregrinos.

—¡Cristo os salve, reverendo padre! Os ruego me digais si alguna vez visteis á mi amado en aquella santa casa.

—¿Cómo podía distinguir entre tantos hombres á vuestro amado? ¿En qué podía conocerle?

—¡Oh! en su sombrero de anchas alas, en su báculo y en sus sandalias; pero principalmente en su hermoso rostro, delicia de los que pueden contemplarlo; en sus rizados cabellos, rúbios como el lino, y en sus dulces ojos azules.

—¡Oh, señora! No busqueis á vuestro amado entre los vivos. ¡Vuestro amado murió! Verde alfombra de césped cubre su sepulcro; una tosca piedra recuerda su muerte, y señala el lugar donde reposan sus huesos.

¶ Largo tiempo vivió en el claustro, consumiéndose lentamente, y murió lamentándose de su desgraciado amor á una dama; que-

jándose del orgulloso desden con que ella correspondió á su ternura.

Con el rostro descubierto fué conducido en andas al cementerio por seis altos y esbeltos mancebos. ¡Ah! ¡Cuántas lágrimas regaron su tumba!

—¿Has muerto ya, dulce mancebo? ¡Ay de mí! el amor que me tenias ha causado tu muerte. ¿Como no te rompes, cómo no estas, cruel corazon de roca?

—¡Oh! no lloreis así, señora, no lloreis así: buscad algun consuelo espiritual. No permitais que un vano dolor lastime vuestro corazon, ni que las lágrimas rieguen vuestras mejillas.

—¡Oh, santo fraile! no reprobeis mi dolor, pues he perdido el mas amable mancebo que ganára jamás el amor de una dama.

¡Ay de mí! incesantemente lloraré tu pérdida; nunca cesaré de suspirar. Solo por tí deseaba vivir ¡por tí morir deseo!

—No lloreis mas, señora, no lloreis más: vuestro dolor es en vano, pues ni la mas benéfica lluvia puede hacer crecer de nuevo las violetas arrancadas de sus tallos.

Nuestros goces huyen como alados sueños, ¿porqué, pues, ha de durar el dolor? Puesto que el sentimiento solo agrava la pérdida que habeis experimentado, no os apesadumbreis por lo que no tiene remedio.

—¡Oh, no digais eso, santo fraile! ¡os ruego que no digais eso! Puesto que mi leal amado murió por mí, justo es que corran mis lágrimas.

¿Y ya nunca volverá? ¿No volvera jamás? ¡Ah no! murió, y duerme en la tumba para siempre.

Sus mejillas eran mas coloradas que la rosa; jamás contemplaron mis ojos un mancebo tan hermoso. Pero está muerto y enterado. ¡Ay infeliz de mí!

—No suspireis mas, señora, no suspireis mas: los hombres han sido siempre desleales; siempre se hallan, por decirlo así, con un pié en tierra y otro en el mar, pues jamás fueron constantes en cosa alguna.

Si os hubiéseis mostrado tierna y amorosa, él hubiera sido falso é infiel, y os hubiera abandonado, dejándoos triste y acongojada.

Tan natural es que un jóven sea veleidoso, como que un árbol se cubra de hojas y flores en la primavera.

—No digais eso, santo fraile; os ruego que no digais eso. Mi amado tenia el corazon mas leal que imaginar se puede. ¡Oh, él era siempre fiel!

¿Y has muerto ya, mi amado jóven? ¿Y ha sido tu amor á mí la causa de tu muerte? Entonces ¡adios hogar! siempre seré peregrina y errante en la tierra.

Pero primero iré á reposar mis fatigados miembros sobre el sepulcro de mi leal amante, y besaré tres veces la verde alfombra de césped que cubre su helado cuerpo.

—Deteneos, sin embargo, hermosa dama; descansad un instante al abrigo de este muro del convento. Escuchad como ruge el viento entre los espinos, y ved que empieza á lloviznar.

—¡Oh! no me detengais, santo fraile; os ruego que no me detengais; no hay lluvia, por abundante que sea, capaz de borrar mi falta.

—Deteneos, no obstante, hermosa dama, y enjugad esas perlas que descienden de vuestros ojos; mirad como debajo de esta capucha gris aparece vuestro leal amante.

Los horribles sufrimientos de un amor sin esperanza me condujeron aquí á buscar estos santos hábitos: ahí, dentro de esos solitarios muros, pensaba terminar mis dias.

Pero como mi año de noviciado no ha terminado aún, si esperase poder ganar vuestro amor, no me quedaría aquí por mas tiempo.

—Entonces ¡adios, adios penas! bienvenida sea de nuevo la alegría á mi corazon, porque, puesto que te he encontrado, amable jóven, ya no nos separaremos nunca.

(Del inglés, del Dr. Percy, Obispo de Dromore).

EL COCODRILO Y EL LAGARTO.

Contaba mi abuelita,
que un pequeño, raquítico Lagarto,

á un Cocodrilo enorme que á la orilla
del sacro Nilo estaba reposando,
le dijo un dia:—«¡Qué placer tan vivo
me embarga ¡voto al chápiro!
al ver en mi vejez con estos ojos,
en país tan hermoso y renombrado,
uno de mis queridos nietezuelos,
tan fuerte y poderoso, tan gallardo!
Centenares de leguas he corrido,
¡á fé de buen Lagarto!
por ver un descendiente tan ilustre,
un descendiente que me honra tanto.
Nosotros, es verdad, por entre yerbas,
y por entre guijarros,
y por las hendeduras de la tierra
nuestro vientre blanquísimo arrastramos;
mas nuestra pura, nuestra antigua sangre,
prueba que somos de una raza vástagos.»
El señor Cocodrilo,
poderoso señor, rey de los Saurios,
tendido cuan largo era,
pesadamente hallábase roncando;
así es que no entendió, según parece,
los lindos cumplimientos del Lagarto.
Con todo, abrió los ojos,
cuando su buen pariente hubo acabado,
y le dijo:—«¿Qué dices?
Expílicate, gusano.»
El Lagarto replica.....
quiero decir que *hubiera replicado*;
pero antes que pudiese
decir una palabra,
Don Cocodrilo estaba ya roncando.

(Del italiano, de Aurelio Bertola).



EVANGELINA.

POEMA DE LONGFELLOW.

Al Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

I pledge you in this cup of grief,
Where floats the fennel's bitter leaf,
The battle of our life is brief,
The alarm,—the struggle,—the relief,—
Then sleep we side by side.

Longfellow, THE GOBLET OF LIFE.


Esta es la selva primitiva. Los murmurantes pinos y la cicuta (1), barbados de musgo y con vestiduras verdes, indistintos en el crepúsculo, están enhiestos como ancianos Druidas de triste y profética voz; como viejos arpistas cuyas barbas descansan sobre el pecho. El Océano de bronca voz habla ruidosamente desde sus peñascos antros, y en lastimero tono responde el lamento del bosque.

Esta es la selva primitiva, ¿pero dónde están los corazones que palpitaron á su sombra, como brinca el corzo cuando oye la voz del cazador? ¿Dónde está la aldea de techos de paja, morada de los labradores de Acadia—hombres cuyas vidas se deslizan suavemente y sin ruido, como los rios que riegan los bosques, oscurecidos por sombras de la tierra pero reflejando una imágen del cielo? Esas deliciosas heredades están desiertas; los colonos se ausentaron para siempre! Han sido desparramados como las hojas y el polvo cuando el poderoso viento de Octubre los arrebató,

(1) Un árbol llamado así, y no la planta de tres ó cuatro pies de altura que crece en nuestros climas.

los hace girar en el aire con vertiginosa rapidez, y los esparce á lo léjos sobre la superficie del mar. Solo el recuerdo queda de la hermosa aldea de Grand-Pré.

Vosotros que creéis en el cariño que espera, que sufre y es paciente; vosotros que creéis en la belleza y en la fuerza del amor y abnegacion de la mujer, escuchad la melancólica tradicion que aún cuentan los pinos del bosque; escuchad una historia de amor en Acadia, mansion de los dichosos.



PRIMERA PARTE.

I.

En el país de Acadia (*), en las riberas de la angosta bahía de Minas, remota, apartada, tranquila, alzabase en medio del fértil valle la pequeña aldea de Grand-Pré. Extendíanse hácia el Este inmensas praderas, que daban su nombre á la aldea, y pasto á innumerables rebaños. Los diques que los colonos habian levantado con perseverante trabajo, impedian la entrada á las turbulentas mareas; pero en ciertas épocas del año las compuertas se abrian, y daban la bienvenida al mar, para que corriese á su placer sobre los prados. Al Oeste y al Sur se veian campos de lino, huertos y sembrados, enteramente abiertos, que se extendian hasta muy léjos sobre la llanura; y hácia el Norte se alzaban Blomidon y las selvas seculares, y sobre las montañas plantaban sus tiendas los vapores del mar: las neblinas del poderoso Atlántico contemplaban desde allí el afortunado valle, pero jamás descendian de su puesto.

En este encantado país, y en medio de los campos que eran el patrimonio de sus hijos, vivía tranquilamente la aldea acadiana. Las casas estaban sólidamente construidas con maderas de roble

(*) La historia de *Evangelina* está fundada en hechos que la Gran Bretaña recordará siempre con pesar. En el año 1713 la Acadia (hoy llamada Nueva Escocia) fué cedida por la Francia á la Inglaterra. No se consultó la voluntad de los acadianos, y costó bastante trabajo inducirles á que jurasen fidelidad al gobierno británico. Algun tiempo despues, durante la guerra entre Francia é Inglaterra en el Canadá, fueron acusados de ayudar á los franceses proporcionándoles provisiones de boca y guerra.

La verdad de este cargo no se probó nunca, pero no obstante los acadianos fueron cruelmente castigados. El gobierno británico ordenó que fuesen arrancados de sus hogares y dispersados en las otras colonias; y que sus tierras, tenencias y ganados fuesen confiscados á la corona.

La historia de *Evangelina* empieza inmediatamente antes del anuncio de esta sentencia—tal vez una de las mas crueles y lastimosas que jamás ha sufrido un pueblo. *Nota de Longfellow.*

y castaño, y eran semejantes á las que los labriegos de Normandía edificaban en el reinado de los Enriques. Los tejados eran de paja, con buhardas que daban luz á espaciosos desvanes, y sus remates, prolongándose sobre la calle, sombreaban el camino y lo resguardaban de la lluvia. En las apacibles tardes de verano, cuando el sol próximo al ocaso iluminaba esplendorosamente la calle de la aldea, y doraba las veletas que coronaban las chimeneas, matronas y doncellas, sentadas á la puerta de sus casas, con papalinas blancas como la nieve, y con mantos de escarlata y azul y verde, y con la rueca en la mano, hilaban el dorado lino para los murmurantes telares que dentro de casa mezclaban el sonido de sus ruidosas lanzaderas con el girar de las ruedas y las canciones de las doncellas. Adelantábase á lo largo de la calle el cura de la parroquia con majestuoso y mesurado paso, y los niños suspendían sus juegos para besar la mano que él estendía para bendecirles. El venerable sacerdote se acercaba lentamente, con aire bondadoso, al grupo de laboriosas hilanderas, y levantábanse matronas y doncellas y le saludaban con frases de afectuosa bienvenida. Volvian luego los labradores de las faenas del campo, el sol se ponía majestuosamente, y le remplazaba el crepúsculo. Resonaba despues el *Angelus* en el alto campanario, y veíanse sobre los tejados del lugar columnas de humo azulado, semejantes á nubes de incienso, elevándose de cien hogares mansion de la paz y la alegría. Así vivian, unidos por los lazos de la afeccion, los sencillos labradores de Acadia; el amor á Dios y á los hombres llenaba su apacible existencia. Tan libres estaban del temor por medio del cual reinan los tiranos, como de la envidia que es el vicio de las repúblicas. Sus puertas no tenían cerraduras, ni barras sus ventanas; sino que sus moradas estaban tan abiertas como los corazones de sus dueños: allí el mas rico era pobre, y el mas pobre vivia en la abundancia.

A cierta distancia de la aldea, y mas cerca de la angosta bahía de Minas, Benito Bellefontaine, el mas rico colono de Grand-Pré, habitaba al pié de sus hermosas tierras, y con él, encargada del manejo de la casa, vivía la dulce Evangelina, su hija, que era el ornamento y el orgullo del lugar. De arrogante y majestuoso as-

pecto era el anciano de setenta inviernos: era robusto y vigoroso como un roble cubierto de copos de nieve; blancos como la nieve eran sus cabellos, y sus mejillas tan morenas como las hojas del roble al acercarse el invierno. ¡Pero qué hermosa era la doncella de diez y siete abriles! Negros eran sus ojos como la baya de los espinos que crecen á orillas del sendero; pero, sin embargo, cuán dulcemente brillaban á la sombra de los hermosos bucles castaños que caían sobre su frente! Fragante era su aliento como el aliento de las terneras que se alimentan en las praderas. ¡Ah! ¡qué hermosa estaba la doncella cuando, en el ardoroso tiempo de la cosecha, llevaba á los segadores al mediodía grandes jarros de cerveza casera! Aun parecía mas bella cuando el domingo, mientras que la campana desde su alta torre llenaba el aire con sus santos sonidos (como el sacerdote con el hisopo rocía á los fieles, derramando bendiciones sobre ellos), pasaba ella por la larga calle, camino de la iglesia, con su rosario y su libro de misa en la mano, luciendo su papalina normanda y su manto azul, y los pendientes traídos de Francia cuando la emigracion, y desde entonces, como bienes vinculados en la familia, transmitidos de madre á hija á través de largas generaciones. Pero un celestial esplendor, una belleza mas etérea resplandecía en su rostro y circundaba sus formas cuando, despues de la confesion, volvía á casa con la bendicion de Dios sobre su alma. Cuando habia pasado parecia como que se habia desvanecido una música exquisita.

La casa del labrador, sólidamente construida con vigas de roble, estaba situada sobre la ladera de una colina, dominando el mar: cerca de la puerta habia un umbroso sicómoro, y una florida madre selva crecía enroscándose en su corpulento tronco y frondosas ramas. Bajo el portal, rudamente esculpido, habia dos grandes bancos; y una senda conducía á la pradera, atravesando un vasto huerto. Debajo del sicómoro estaban las colmenas, cubiertas por un tejeroz semejante á los que vé el viajero en países lejanos al lado de los caminos, sobre el cepillo de los pobres ó sobre la bendita imágen de María. Mas abajo, en el declive de la colina, estaba el pozo con su herrado cubo cubierto de moho, y cerca de él un abrevadero para las caballerías. Hacia el Norte, defendiendo la

casa de las inclemencias del tiempo, hallábanse situados los graneros y el corral. Allí estaban los carros de grandes ruedas, y los antiguos arados y rastrillos; allí estaba el redil de las ovejas; y allí se contoneaba en su serrallo el orgulloso pavo, y cantaba el gallo con idéntica voz á la que en otro tiempo sobresaltára al penitente Pedro. Henchidos de heno estaban los pajares, que por sí solos formaban una aldea. En todos ellos el tejado sobresalía buen trecho de la pared, y una escalera, protegida por el ancho socarren de paja, conducía al oloroso granero. Allí estaba también el palomar, con sus dulces é inocentes moradoras, cuyo amoroso arrullo es tan grato á las almas sensibles; y arriba, sobre los tejados, expuestas al soplo de los variables vientos, innumerables veletas zumbaban anunciando la mutacion del tiempo.

Así, en paz con Dios y con los hombres, el colono de Grand-Pré vivía en su asoleada heredad, y Evangelina estaba encargada del gobierno económico de la casa. Cuando la doncella se arrodillaba en la iglesia y abría su devocionario, mas de un jóven fijaba los ojos en ella como en el santo de su mayor devocion, y se tenía por muy dichoso el que podía tocar su mano ó la guarnicion de su vestido! Mas de un pretendiente venía á su casa, amparado por la oscuridad, y cuando llamaba á la puerta y esperaba que se dejase oír el rumor de los pasos de la jóven, no sabía quien hacia mas ruido, su corazon ó la aldaba de hierro; ó en la alegre festividad del santo patron del lugar, sentíase mas intrépido, y apretaba su mano durante la danza, murmurando al mismo tiempo apresuradas frases de amor, que parecían una parte de la música. Pero de todos sus adoradores solo el jóven Gabriel era correspondido; Gabriel Lajeunesse, el hijo de Basilio el herrero, que era en la aldea un personaje muy importante y respetado de todos, porque desde los tiempos primitivos, y en todas edades y naciones, el oficio de herrero ha sido tenido en grande estimacion. Basilio y Benito eran amigos. Sus hijos crecieron juntos, como hermano y hermana, desde la mas tierna infancia; y el padre Feliciano, que era al mismo tiempo cura y pedagogo de la aldea, les habia enseñado el alfabeto en el mismo libro, así como también los himnos de la iglesia y el canto llano. Pero cuando habian cantado el himno y termina-

do la leccion del dia, corrian, sin detenerse, á la fragua de Basilio el herrero. Quedábanse en la puerta, para contemplar con asombrados ojos como el herrero colocaba sobre su mandil de cuero el casco del caballo, como si fuera un juguete, para clavar la herradura, mientras que, cerca de él, la rueda de un carro yacia como una culebra de fuego enroscada en un círculo de carbones. Muchas veces, en las tardecitas de otoño, cuando mirada desde afuera, en medio de las sombras que iban amontonándose, la fragua parecia henchida de luz, observaban á través de alguna abertura el movimiento de los fuelles, y cuando cesaban de soplar y las chispas espiraban entre cenizas, ellos se reían alegremente y decian que eran las monjas yendo á la capilla. Con frecuencia en el invierno descendian en trineos, rápidamente, por la ladera de la colina, y se deslizaban sobre la pradera. A menudo iban á los graneros, y trepando sobre los cámbrios del tejado, donde habia muchos nidos llenos de pajaritos, buscaban con ávidos ojos aquella maravillosa piedra que la golondrina trae de la orilla del mar para devolver la vista á sus hijuelos: el que encontraba aquella piedra en el nido de la golondrina podia creer en su buena estrella, pues sería en todo afortunado. Así pasaron velozmente unos cuantos años; así pasó la niñez de Gabriel y Evangelina. El era ya un animoso mancebo, y su rostro, semejante al espléndido rostro de la aurora, alegraba la tierra con su luz. Ella era ya una mujer, con el corazon y las esperanzas de tal. Llamábanla *sol de Santa Eulalia*, porque, segun los colonos, ese era el sol que debia llenar los huertos de manzanas: tambien ella llevaría á la casa de su marido el placer y la abundancia, llenándola de amor, y poblándola de robustos y colorados niños.

II.

Habia ya vuelto la estacion en que las noches van haciéndose mas frias y mas largas, y en que el sol, cada vez mas esquivo, entra en el signo de Escorpion. Innumerables pájaros de paso navegaban á través de la pesada atmósfera, viniendo de las desoladas playas del Norte, rodeadas de hielos, y dirigiéndose á las

riberas de las islas tropicales. La cosecha habia sido ya recolectada; y los árboles del bosque luchaban con los vientos de Setiembre, como luchó Jacob con el ángel. Todo presagiaba un invierno largo é inclemente. Las abejas, con el profético instinto de la necesidad, de tal manera habian acumulado la miel, que las colmenas estaban rebosando; y los cazadores indios aseguraban que el invierno seria frio, pues era muy espeso el pelo de los zorros. Tal fué la venida del Otoño. Siguió luego la deliciosa estacion llamada por los piadosos labriegos acadianos el verano de Todos los Santos! (2) El aire estaba lleno de un mágico y fantástico resplandor; y el paisaje aparecia como si hubiera sido creado entonces mismo, en toda la frescura de la niñez. La paz parecia reinar sobre la tierra, y el inquieto corazon del Océano pareció por un momento sosegado. Todos los sonidos se mezclaban armoniosamente. Las voces de los niños entretenidos en sus juegos, el canto de los gallos en los corrales, el aletéo de las aves en la soporífera atmósfera, y el arrullo de las palomas, todos esos rumores eran tímidos y suaves como una cancion de amor; y el esplendente sol miraba amorosamente por entre los dorados vapores que le rodeaban; mientras que, engalanado con su hermoso manto bermejizo, amarillo y grana, y cubierto de brillante rocío, cada árbol del bosque resplandecia como el plátano que los Persas adornaban con mantos y joyas.

Entonces recomenzó el reinado del descanso y la afeccion y el sosiego. El dia con sus faenas y su calor habia terminado: la vuelta del crepúsculo trajo otra vez al cielo la estrella de la tarde, y los rebaños á sus rediles. Las vacas y los bueyes venian hiriendo la tierra con sus pesados pies, y apoyando el cuello de cada uno en el lomo del que le precedia. Delante de todos, y llevando el cencerro, la hermosa ternera de Evangelina, orgullosa de su piel blanca como la nieve, y de la cinta que colgaba de su collar, caminaba lenta y sosegadamente, como sabedora del cariño de que era objeto. Venía luego el pastor con sus ovejas, que balaban dulcemente, de la orilla del mar donde estaban sus pastos favoritos.

(2) El veranillo de San Martin.

Detrás venia el perro, paciente, lleno de importancia, y magnífico en el orgullo de su instinto, andando de un lado á otro con un aire arrogante, agitando soberbiamente su lanuda cola, y obligando á los rezagados á caminar hácia adelante. Él regía el rebaño durante el sueño del pastor; él velaba por los tímidos corderillos cuando, en medio de la estrellada noche, aullaban los lobos en el bosque. Mas tarde, á la luz de la luna que acababa de salir, volvían los carros de los marjales, cargados de salado heno, que llenaba el aire con su olor. Relinchaban alegremente los caballos, cuyas crines y cernejas estaban cubiertas de rocío; las pesadas sillas de madera, pintadas de brillantes colores, y adornadas con borlas de grana, bamboleábanse en brillante atavío, como malvas hortenses cargadas de flores. Entre tanto las vacas se paraban, y permanecían pacientemente inmóviles, resignando sus ubres en manos de la ordeñadora; mientras que ruidosamente y en regular cadencia descendían dentro de las sonoras colodras los espumosos arroyuelos. Oíase en el corral el mugido del ganado, y estrepitosas risas que el eco de los graneros repetía. Pero pronto quedó todo sumido en la mas profunda quietud; cerráronse pesadamente y con estrépito las puertas de dos hojas de los graneros, oyóse el ruido de las barras de madera, y todo quedó en silencio.

Pero penetremos en la morada de Benito Bellefontaine, y veamos como emplea las primeras horas de la noche. El honrado colono estaba calentándose junto á una gran chimenea, sentado muellamente en su poltrona, y contemplando como las llamas y las espirales de humo luchaban como enemigos en una ciudad incendiada. Detras del anciano veíase en la pared su enorme sombra, cabeceando, y remedando, como en mofa, todos sus movimientos. Algunas caras groseramente esculpidas en roble sobre el respaldo de la poltrona, parecían reirse de un modo extraño al trémulo resplandor del fuego; y los platos de peltre que habia sobre el aparador brillaban como los escudos de los guerreros brillan á los rayos del sol. El viejo cantaba fragmentos de canciones y villancicos de Navidad, tales como sus antepasados cantaron en otro tiempo en sus huertos normandos y en sus hermosas viñas borgoñesas. Al lado de su padre estaba sentada la dulce Evangelina, hilando lino

para el telar que estaba detrás de ella, en un ángulo de la estancia. En aquel momento sus cárcolas estaban silenciosas, descansando estaba su diligente lanzadera, mientras que el sordo y monótono sonido de la rueda, semejante al roncon de una gaita, acompañaba la canción del viejo, y unía entre sí las diferentes estrofas. Así como en la iglesia, cuando cesa el canto del coro, se oyen pasos en las naves ó las palabras del sacerdote en el altar, así durante cada pausa de la canción oíase el mesurado tic-tac del reloj.

De pronto resonaron pasos en la calle, pareció como que alguien levantaba el pestillo de madera, y la pesada puerta giró hacia atrás sobre sus goznes. Benito conoció por los zapatos claveteados que el que se acercaba era Basilio el herrero, y por los latidos de su corazón conoció Evangelina quien estaba con él.—«Bienvenido», exclamó el colono cuando los pasos se detuvieron á la puerta de la estancia; «bien venido, Basilio, amigo mio! Vén; ocupa tu sitio en el escaño junto al fuego: ese sitio está siempre desocupado cuando no estás aquí. Toma de aquel estante tu pipa y tu caja de tabaco; no pareces tú mismo sino cuando por entre las ondas de humo de tu pipa ó de la fragua brilla tu benévolo y jovial semblante, tan redondo y colorado como la luna de Agosto al través de la neblina de los pantanos.» Entonces Basilio el herrero respondió sonriéndose con agrado y tomando con llaneza su acostumbrado asiento al lado del fuego:—«¡Benito Bellefontaine! ¡tú tienes siempre tu chanza y tu canción. Mientras que otros están llenos de sombríos presentimientos, y miran el porvenir con espanto, tu buen humor permanece inalterable. Eres tan feliz, estás tan alegre como si todos los días encontrases una herradura de caballo.» Detúvose un momento para tomar la pipa que Evangelina le alargaba, y después de haberla encendido con un pedazo de carbon del rescoldo, continuó lentamente:—«Cuatro días hace que los buques ingleses están fondeados en la desembocadura del Gaspereau, con sus cañones dirigidos hacia nosotros. Se ignora con que designio han sido enviados aquí, pero todos los vecinos deben encontrarse mañana en la iglesia, donde el mandato de Su Majestad será proclamado como ley en el país. ¡Ay de mí! entre-

tanto todos los corazones están llenos de angustia y de temor.» El colono repuso:—«Quizá algun designio mas pacífico trae esos buques á nuestras costas. Tal vez excesivas lluvias ó inoportunos calores han malogrado las cosechas de Inglaterra, y vienen á buscar en nuestros bien provistos graneros alimento para sus hijos y para sus ganados.»—«No piensan así las gentes de la aldea», dijo con calor el herrero, moviendo la cabeza con aire de duda; luego, lanzando un suspiro, continuó:—«No se ha olvidado Louisburg, ni Beau Séjour, ni Port Royal. Muchos han huido ya al bosque, donde están en acecho, esperando con ansiosos corazones el incierto destino de mañana. Nos han despojado de toda clase de armas; ya no queda mas que el mazo del herrero y la guadaña del segador.» Entonces con placentera sonrisa respondió el jovial colono:—«Mas seguros estamos nosotros sin armas en medio de nuestros rebaños y de nuestros sembrados, mas seguros estamos nosotros al abrigo de estos diques, sitiados por el Océano, que lo estaban nuestros padres en los fuertes, sitiados por los cañones del enemigo. No temas mal alguno, amigo mio; y que esta noche, en que debe estenderse el contrato, no venga sombra alguna de duelo á posarse sobre esta casa y hogar. La morada de los novios está construida. Los alegres mancebos de la aldea han edificado sólidamente y bien la casa y el granero; y labrando las tierras que los rodean han llenado el granero de heno, y la casa de alimento para doce meses. Renato Leblanc vendrá pronto con sus papeles y su tintero de bolsillo. ¿No debemos, pues, estar alegres? ¿No debemos regocijarnos al contemplar la felicidad de nuestros hijos?» Evangelina, que estaba á cierta distancia, junto á la ventana, con la mano en la de su amante, se sonrojó al oír las palabras del anciano, las que apenas habian espirado en sus lábios cuando se abrió la puerta, y apareció en el umbral el digno notario.

III.

Encorvado como un remo que lucha con las olas del Océano, encorvado pero no abatido por la edad estaba el notario público: hacinas de cabellos amarillos como los sedosos cabellos del maiz

caían sobre sus hombros; su frente era espaciosa; y unas grandes gafas, cuya armadura era de cuerno, sentadas con las piernas abiertas sobre la nariz, le daban un aire de suprema sabiduría. Era padre de veinte hijos, y mas de cien nietos cabalgaban sobre sus rodillas, y escuchaban el tic-tac de su gran reloj. Durante la guerra fué encerrado en un viejo fuerte francés, como amigo de los ingleses, y languideció en penosa cautividad por espacio de mas de cuatro años. En la época en que comienza este relato, aunque se habia hecho mas cauteloso, ajeno á todo dolo y al abrigo de toda sospecha, su sabiduría habia llegado á sazón; pero era paciente y sencillo, y como un niño. Era amado de todo el mundo, y mas que de todos de los niños, porque les contaba cuentos del *Loup-garou* (3) del bosque, y del duende que venia de noche á abrevar los caballos, y de la blanca Letiche, el alma de una niña que murió sin recibir el bautismo, y fué destinada á rondar invisible los aposentos de los niños; y como la noche de Navidad los bueyes hablan en el establo; y como la fiebre se cura llevando colgada al cuello una araña encerrada en una cáscara de nuez; y las maravillosas virtudes del trébol de cuatro hojas, y de las herraduras de caballerías, con todas las demás preocupaciones tradicionales de los habitantes de la aldea.

Levantóse Basilio el herrero de su asiento próximo al fuego, dió un golpecito á su pipa para arrojar fuera de ella las cenizas, y alargando lentamente la mano derecha al recién llegado:—«Papá

(3) Los acadianos habian heredado de sus abuelos europeos la supersticiosa creencia en los *loup-garous*, una de las mas antiguas y extrañas que se conocen. Ya en la Edad Media se daba el nombre de *loup-garou* á un hombre que se suponía tenia el poder de metamorfosearse en lobo; pero lo que parece mas raro es que ciertos individuos creían realmente tener ese poder. Así, en 1574, el Parlamento de Dôle hizo quemar á un individuo llamado Gilles Garnier que confesaba haberse transformado en lobo y haber matado á varias jóvenes para devorarlas. Esta horrible monomanía ha desaparecido; pero los campesinos franceses, y principalmente los de ciertos departamentos, continúan creyendo en los *loup-garous*. Según ellos la maravillosa metamorfosis se efectúa despues de oscurecer, y el *loup-garou* pasa la noche recorriendo los campos y las selvas.

A los aficionados á etimologías diremos que *garou* viene del idioma teuton, de *gar*, que significa «enteramente», y *ulf*, «lobo.»

Leblanc», exclamó, «tú has oído las conversaciones de la aldea, y tal vez puedes darnos algunas noticias de esos buques, y del objeto que los trae á estas costas.» Entonces el notario respondió con aire modesto:—«Bastante charla he oído, en verdad, mas no por eso estoy mejor informado; no sé mejor que los demás con que desig- nio nos han visitado esos buques, ni que embajada nos traen de Inglaterra. Sin embargo, no soy de los que imaginan que alguna dañada intencion los ha conducido aquí, pues estamos en paz, y ¿porqué nos molestarían?»—«¡Santo Dios!» gritó el herrero, que era vivo de génio y algo irascible. «¿Por ventura debemos buscar el cómo y el porqué de todas las cosas? Diariamente se cometen in- justicias, y la fuerza es el derecho del poderoso.» Pero, sin prestar atencion á su ardimiento, continuó el notario público:—«El hom- bre es injusto, es cierto; pero Dios es justo, y finalmente la justi- cia sale triunfante. Bien recuerdo una historia que con frecuencia me consolaba durante mi cautividad en el viejo fuerte francés en Port Royal.» Este era el favorito cuento del anciano, y gustábale repetirlo cuando sus vecinos se quejaban de alguna injusticia que se les habia hecho.—«En una antigua ciudad cuyo nombre he ol- vidado, y en el centro de una de sus plazas públicas, ostentábase sobre una alta columna la estatua de bronce de la Justicia, tenien- do la balanza en la mano izquierda y en la derecha la espada, co- mo un emblema de que la justicia dictaba las leyes del país, y rei- naba en los hogares y en los corazones. Pero con el tiempo las leyes se corrompieron; la fuerza tomó el lugar del derecho, los débiles fueron oprimidos, y los poderosos gobernaban con vara de hierro. Sucedió por aquel entonces que en el palacio de un ca- ballero se extravió un collar de perlas, y antes de mucho tiem- po recayeron las sospechas sobre una jóven huérfana que vivia en la casa en calidad de doncella. Los jueces la declararon culpa- ble y la condenaron á morir en el cadalso, y sufrió con admirable mansedumbre, á los piés de la estatua de la Justicia, la ejecucion de la terrible sentencia. Ascendia hácia su Padre Celestial la ino- cente alma de la niña, cuando hé aquí que sobre la ciudad se desa- tó una pavorosa tempestad; un rayo hirió á la estatua de bronce, y arrebató de su mano izquierda la balanza, cuyos platillos vinieron

:

al suelo con estrépito. Encontróse en el hueco de uno de ellos el nido de una marica, en cuyos muros de arcilla estaba entretegido el collar de perlas.» Silencioso, pero no convencido con la narración del notario, permaneció el herrero como un hombre que desea hablar pero que no encuentra palabras para expresar lo que siente: todos sus pensamientos se tradujeron en líneas sobre su rostro, como los vapores se hielan en formas fantásticas sobre las vidrieras, en el invierno.

Entonces Evangelina encendió la lámpara de bronce que estaba sobre la mesa, y llenó, hasta hacerlo rebosar, el jarro de peltre con cerveza de color avellanado, hecha en casa, cerveza famosa por su fuerza en la aldea de Grand-Pré. Entretanto el notario sacó del bolsillo su tintero y sus papeles, y escribió con seguro pulso la fecha del contrato y la edad de los novios, expresando la dote de la novia en rebaños de ovejas y ganado mayor. Todas las cosas se hicieron metódicamente, y fueron debidamente terminadas; y el gran sello de la ley, como un sol, fué estampado en el margen. Sacó entonces el colono su bolsa de cuero, y arrojó sobre la mesa tres veces los honorarios del anciano en sólidas monedas de plata; y el notario, levantándose y bendiciendo á los novios, llevó á la boca el jarro de cerveza, y bebió á su felicidad. Luego, limpiando la espuma de sus lábios, inclinóse solemnemente y se fué; los otros se sentaron en silencio junto al fuego y permanecieron abismados en profunda meditacion, hasta que Evangelina trajo de un rincon de la estancia el tablero de damas. Pronto empezó la partida. En amistosa contencion, el viejo se reia á cada afortunado golpe ó desgraciada maniobra: se reia cuando un peon era coronado, ó una brecha abierta en la hilera del rey. Entretanto, aparte, en la opacidad del crepúsculo, y sentados en el hueco de una ventana estaban los amantes, hablando bajito, y contemplando á la luna alzarse sobre el mar y la argentada neblina de los prados. Silenciosamente, una despues de otra, en los inmensos prados del cielo, florecian las hermosas estrellas, los pensamientos de los ángeles.

Así pasaron las primeras horas de la noche. Luego el reloj de la iglesia parroquial dió las nueve, que era en Grand-Pré la hora

de queda, é inmediatamente se levantaron el herrero y su hijo y se fueron, quedando la casa sumergida en profundo silencio. Muchas cariñosas frases de despedida y dulces buenas noches se cruzaron entre los enamorados en el umbral de la puerta, y llenaron el corazon de Evangelina de alegria indecible. Las brasas que brillaban sobre la piedra del hogar fueron cubiertas cuidadosamente, y resonaron sobre los peldaños de roble los pasos del colono que se dirigia á su habitacion. Poco despues subió, con callado paso, la dulce Evangelina. Movíase escalera arriba, en medio de la oscuridad, un círculo luminoso, iluminado menos por la lámpara que por el esplendente rostro de la doncella. Atravesó silenciosamente el corredor, y penetró en su cuarto. Este era sencillo, con cortinas blancas, y su gran prensa de paños, en cuyos espaciosos anaqueles estaban cuidadosamente plegadas telas de lienzo y lana tejidas por la jóven. Este era el precioso dote que llevaría á su marido; mejor que numerosos rebaños, pues era prueba de su habilidad como mujer casera. Pronto apagó la lámpara, porque el suave y radiante resplandor de la luna entró por las ventanas é iluminó la alcoba; el corazon de la jóven se ensanchó de gozo, obedeciendo á su poder, como las trémulas mareas del Océano. ¡Ah! ¡qué hermosa estaba! ¿Quién no hubiera quedado ébrio de admiracion á verla detenerse un momento en medio del cuarto, en graciosa actitud, con sus desnudos piés, blancos como la nieve, sobre el lustroso pavimento? ¡Cuán léjos estaba ella de imaginar que abajo, entre los árboles del huerto, estaba su amante esperando ver luz en el cuarto y contemplar la sombra de su amada! Sin embargo estaba pensando en él, y á veces una dolorosa impresion de tristeza oprimía su alma cuando la sombra de alguna errante nube, que pasaba por delante de la luna, corría sobre el pavimento y oscurecía la alcoba por un instante. Y cuando miró por la ventana, vió á la luna salir lentamente de entre los pliegues de una nube, y á una estrella seguir sus pasos, como cuando la esclava Agar salió de la tienda de Abraham seguida del jóven Ismael.

I V .

¡Qué bella, qué risueña, qué esplendorosa fué la aurora del día siguiente! Un torrente de luz inundó la aldea de Grand-Pré, é iluminó la bahía de Minas, en la que estaban fondeados los buques ingleses, cuyas inquietas sombras se movían sobre la ondulante superficie de las aguas. Tiempo hacía que la aldea había despertado á la vida y al movimiento, y el clamoroso trabajo llamaba con sus cien manos á las doradas puertas de la mañana. De la campiña que se extiende en torno de la aldea, de las heredades, y de los vecinos villorrios venían, engalanados con sus vestidos del domingo, los joviales aldeanos de Acadia. Oíanse los alegres saludos y festivas risas de mancebos y doncellas, á medida que, subiendo de las inmensas praderas donde no se veía sendero alguno mas que el surco de ruedas sobre el verde césped, grupo tras grupo aparecía en el camino real. Mucho antes del mediodía cesaron en la aldea todos los ruidos del trabajo. La multitud se apiñaba en las calles, y á la puerta de las casas se veían bulliciosos grupos de hombres y mujeres, sentados al sol, riendo y charlando amistosamente. Cada casa era una hospedería donde todos eran bienvenidos y festejados; porque en este pueblo, cuyos sencillos moradores vivían como hermanos, todas las cosas eran consideradas en comun, y lo que uno tenía era del otro. Sin embargo bajo el techo de Benito la hospitalidad parecía mas cordial y mas abundante, porque Evangelina estaba de pié entre los huéspedes de su padre, con su espléndido rostro, siempre sonriente; las alegres y afectuosas frases de bienvenida que caían de sus hermosos labios parecían bendecir la copa cuando la daba.

En el huerto, cuyos árboles estaban cargados de dorados frutos que despedían gratísima aroma, se dispuso, al aire libre, el banquete de esponsales. Allí, á la sombra del portal, estaban sentados el sacerdote y el notario; allí estaban el buen Benito y el vigoroso Basilio el herrero. No léjos de estos, cerca del lagar de sidra y de las colmenas, estaba Miguel el violinista, con el

mas alegre corazon y el mas alegre chaleco. El sol y la sombra de las hojas jugaban alternativamente sobre su pelo blanco como la nieve, agitado por el viento; el jovial semblante del violinista brillaba como las brasas cuando el soplo del fuelle levanta las cenizas del rescoldo. El viejo cantaba alegremente, al vibrante son del violin, *Tous les bourgeois de Chartres* y *Le carillon de Dunkerque*, y de cuando en cuando llevaba el compás de la música con sus pesados zuecos. Alegremente giraban los danzantes bajo los árboles del huerto y en la vereda que conduce á la pradería; viejos y jóvenes bailaban juntos, y los niños saltaban entre ellos. Mas hermosa que todas las doncellas era Evangelina, la hija de Benito! El mas apuesto de todos los mancebos era Gabriel, el hijo del herrero!

Así se deslizó la mañana. Y hé aquí que de pronto resonó sobre los prados el redoble del tambor, y el familiar tañido de la campana de la iglesia. Obedeciendo á aquella sonora intimacion, pronto se llenaron de hombres las espaciosas naves del templo. Fuera, en el cementerio, esperaban las mujeres. Estaban de pié junto á los sepulcros, y colgaban de las lápidas guirnaldas de otoñales ojas y de siemprevivas recientemente cogidas en el bosque. Luego llegaron los soldados de los buques, y pasando orgullosamente por entre las pobres mujeres, atravesaron el anchuroso pórtico y entraron en la iglesia. Oyóse por un momento el estruendoso y discordante redoble de los atabales de bronce;—luego, la puerta se cerró lentamente, y la multitud esperó en silencio la orden de los soldados. Levantóse entonces el jefe, subió las gradas del altar, y mostrando al pueblo el Real despacho con sus grandes sellos:—«Se os ha convocado», dijo, «por orden de Su Majestad. El Rey ha sido siempre clemente y bondadoso con vosotros; pero ¿cómo habeis correspondido á su bondad? Que vuestros propios corazones respondan por mí. Esta penosa mision repugna á mi carácter y á mi natural humano, pues sé que vá á afligiros profundamente. Sin embargo mi deber es inclinarme y obedecer, expresándoos la voluntad de nuestro soberano, á saber:—Que todas vuestras tierras y viviendas y ganados de todas clases, sean confiscados á la corona; y que vosotros seais conducidos de

esta provincia á otros paises. ¡Quiera Dios que vivais allá como fieles súbditos, y que seais en adelante un pueblo pacífico y dichoso! ¡Os declaro prisioneros en nombre de Su Majestad!» Como cuando en el caluroso solsticio estival, hallándose la atmósfera en completa calma, la borrasca se presenta de súbito, y la pedrisca abate las mieses del labrador y hace trizas las vidrieras de las ventanas de su casa, ocultando el sol y sembrando el suelo de paja de los tejados, atemorizados los rebaños huyen bramando y tratan de romper los vallados, así sobre los corazones de los infelices acadianos cayeron las palabras del que habia hablado. Permanecieron un momento silenciosos, mudos de asombro; luego se levantó un clamor, cada vez mas ruidoso, de dolor y de cólera, y movidos todos por el mismo impulso, se abalanzaron como locos hácia la puerta. Vana era la esperanza de fuga: gritos y fieras imprecaciones resonaron en la casa destinada á la oracion; y vióse, descollando sobre las cabezas de la multitud, con los brazos levantados, la hercúlea forma de Basilio el herrero, del mismo modo que en un mar tempestuoso una berlinga es levantada por las olas. Su rostro estaba encendido y desencajado por la ira, y gritó desatinadamente:—«¡Abajo los tiranos de Inglaterra! ¡nunca les hemos jurado fidelidad! ¡Mueran esos soldados extranjeros que vienen á apoderarse de nuestros hogares y de nuestras cosechas!» De buena gana hubiera dicho mas, pero la cruel mano de un soldado le dió un terrible golpe en la boca, y le hizo medir el suelo.

En medio del debate y tumulto de furiosa altercacion, hé aquí que la puerta del presbiterio se abrió, y entró el padre Feliciano, con grave y majestuoso continente. Ascendió las gradas del altar, y levantando sus venerables manos, hizo callar con un gesto á la clamorosa multitud, y se puso á amonestarla. Su tono era grave y solemne; sus acentos tristes y acompasados: así, despues del estrépito del despertador, suena clara y distintamente el reloj.—«¿Qué haceis, hijos míos? ¿qué locura se ha apoderado de vosotros? ¡Cuarenta años de mi vida he trabajado entre vosotros, y os he enseñado, no solo con la palabra sino tambien con el ejemplo, á amaros unos á otros! ¿Es este el fruto de mis afanes,

de mis vigiliass, de mis plegarias y de mis ayunos? Esta es la casa del Príncipe de la Paz ¿y quisiérais profanarla con actos de violencia, propios de corazones rebosando de odio? ¡Mirad! Cristo crucificado os está contemplando desde el madero en que murió por redimirnos! ¡Ved que mansedumbre y santa compasion expresan esos angustiados ojos! ¡Oid como esos lábios repiten todavía la oracion ‘¡Oh Padre, perdonadles!’ Repitamos esa oracion cuando el inicuo venga contra nosotros; repitámosla ahora y digamos: ¡Oh Padre, perdonadles!» Pocas fueron sus palabras de amonestacion, pero penetraron profundamente en los corazones de sus feligreses: sollozos de contricion sucedieron al colérico tumulto, y todos á una voz repitieron la oracion, diciendo:—«¡Oh Padre, perdonadles!»

Luego vino el oficio vespertino. Los cirios centelleaban en el altar. Ferviente y grave era la voz del sacerdote, y el pueblo respondia, no con los lábios solamente, sino con los corazones: cantaron el Ave-María, y se hincaron de rodillas; y sus almas, trasportadas por la devocion, se elevaron sobre el ardor de la plegaria, como Elías subiendo al cielo en un carro de fuego.

Entretanto se habia divulgado en la aldea la nueva del terrible infortunio, y por todas partes vagaban, de casa en casa, las mujeres y los niños, gimiendo y lamentándose. Mucho tiempo permaneci6 Evangelina á la puerta de la casa de su padre, de pié, defendiendo sus ojos con la mano derecha de los rayos del sol que llenaban las calles de la aldea de misterioso esplendor, doraban los techos de paja, y esmaltaban las vidrieras de los humildes hogares de los campesinos. Largo tiempo habia estado tendido sobre la mesa el mantel, blanco como la nieve; allí estaba la hogaza de trigo, y la fragante miel, elaborada por las industriosas abejas con el jugo de las flores silvestres; allí estaban el jarro de cerveza, y el queso recientemente traído de la quesera; allí estaba, á la cabeza de la mesa, la gran silla de brazos del colono. Mucho tiempo permaneci6 Evangelina á la puerta de la casa paterna, mientras que, á medida que descendia el sol, ya próximo al ocaso, iban haciéndose mas largas las sombras que los árboles proyectaban sobre los vastos y deliciosos campos. ¡Ah! Una sombra mas profunda

habia caído sobre su espíritu, y una fragancia celestial ascendia de los campos de su alma—caridad, dulzura, amor, esperanza perdon y paciencia! Entonces, completamente olvidada de sí misma, discurrió por la aldea, alentando con sus miradas y sus palabras el abatido corazón de las mujeres que, á través de los campos que iban oscureciéndose, regresaban á sus hogares, solicitadas por sus quehaceres domésticos y por el cansancio de los niños. Hundióse por fin el sol, y veló el esplendor de su rostro con dorados, resplandecientes vapores, como el Profeta descendiendo del Sinaí (4). Resonó dulcemente sobre la aldea el solemne toque del Ave-Maria.

Entretanto, en medio de la oscuridad, Evangelina se detuvo cerca de la iglesia. Un profundo silencio reinaba en el interior del templo: en vano Evangelina escuchó junto á la puerta y las ventanas, hasta que, vencida por la emocion, «¡Gabriel!» gritó con trémula voz; pero ninguna respuesta vino de los sepulcros de los muertos, ni del sepulcro, aún mas tétrico, de los vivos. Al fin, la jóven volvió lentamente á la vacía casa de su padre. Humeaba el fuego en el hogar, sobre la mesa estaba la cena intacta: todos los aposentos estaban vacíos, tristes—poblados solamente de terroríficos fantasmas. Los leves pasos de la doncella resonaban tristemente sobre la escalera y sobre el pavimento de la alcoba. Oyó, en el silencio de la noche, la susurrante lluvia caer ruidosamente sobre las místicas hojas del sicómoro próximo á la ventana. Brillaban los relámpagos, y la potente voz del trueno le decía que Dios estaba en el cielo, y gobernaba el mundo que creó! ¡Entonces recordó la jóven el cuento que habia oído de la justicia del cielo! Calmóse su turbado espíritu, y dormitó apaciblemente hasta la mañana.

(4) Véanse el versículo 29 y siguientes del capítulo XXXV del Exodo.

Aunque hay tan poca semejanza entre una cosa y la otra, sin duda la salida de los acadianos de su pátria hizo que el poeta recordase el éxodo de los israelitas de la tierra de Egipto, y tal vez por eso campean en el poema tantos hermosos similes fundados en pasajes de la Biblia, y principalmente del Pentateuco de Moises.

V.

El sol habia salido y se habia puesto cuatro veces, y la quinta mañana llamó el gallo alegremente á las dormidas doncellas de la alquería. Pronto, á través de los amarillentos campos, vinieron, en silenciosa y lúgubre procesion, de los vecinos villorrios y heredades, las mujeres acadianas, conduciendo en pesados carruajes sus ajuares á la orilla del mar, deteniéndose y mirando hácia atrás para contemplar una vez mas sus moradas, antes de que las ocultase á su vista el arbolado, ó alguna revuelta del tortuoso camino. Junto á ellas corrian sus hijos, hurgando á los bueyes, y apretando en sus manecitas algunos fragmentos de juguetes.

De ese modo fueron las matronas de Acadia y sus hijos á la desembocadura del Gaspereau: allí, sobre la playa del mar yacían amontonados en desórden los ajuares de los labriegos. Las lanchas jugaron durante todo el dia entre los buques y la orilla; todo el dia estuvieron llegando carros de la aldea. A una hora avanzada de la tarde, cuando el sol estaba próximo á ponerse, resonó sobre los campos el toque de tambores que parecia venir del cementerio, y mujeres y niños corrieron hácia aquella parte. De pronto las puertas de la iglesia se abrieron, y salieron los soldados, seguidos, en lúgubre procesion, por los labradores acadianos, que habian soportado con paciencia ejemplar su prolongado encierro. Así como los peregrinos que viajan lejos de sus hogares y de su país, caminan cantando, y con sus cantos olvidan la fatiga, así los labriegos de Acadia descendieron cantando de la iglesia á la orilla del mar, por entre sus esposas y sus hijas, aglomeradas á ambos lados del camino. Los mancebos venían por delante, y cantaban con trémulos lábios un himno de las Misiones Católicas:—«¡Sagrado Corazon del Salvador! ¡Oh fuente inagotable! Llena nuestros corazones de fortaleza, de resignacion y de paciencia!» Entonces los ancianos, que venian detras, y las mujeres que estaban al lado del camino, unieron sus voces á la de los mancebos; y los pájaros, que de la cima de los árboles contemplaban la puesta del sol, mezclaron sus claras notas con la sagrada melodía.

A medio camino de la orilla esperaba Evangelina en silencio; no se habia dejado vencer por el dolor, sino que por el contrario se sentia llena de fortaleza en la hora de prueba y de afliccion. Triste, pero serena, esperó inmóvil hasta que la procesion se acercó á ella. Y vió el rostro de Gabriel pálido de emocion. Entonces sus ojos se llenaron de lágrimas, y corriendo ansiosamente al encuentro de su amado, tomó sus manos, apoyó la cabeza sobre su hombro, y murmuró:—«¡Gabriel, ánimo! Nuestro amor ha de sostenernos. ¿Qué nos importan todas las desgracias que pueden sobrevenir? Nadie puede impedir que nos amemos, y eso basta á nuestra felicidad!» Sonrió al decir estas palabras, y sin duda hubiera dicho mas, pero se detuvo de repente, al apercibir á su padre, que se adelantaba con gran lentitud. ¡Ay de mí! ¡qué cambiado estaba su aspecto! Habíase desvanecido el color de sus mejillas, el fuego de sus ojos se habia apagado, y, como abrumado por el peso de su afligido corazon, su paso era lento y difícil. Pero, con una sonrisa y un suspiro, Evangelina corrió al encuentro del anciano, le echó los brazos al cuello y le besó, dirigiéndole palabras de ternura, ya que palabras de consuelo hubieran sido inútiles. Así hácia la desembocadura del Gaspereau se adelantaba la triste procesion.

Allí, aumentaba por instantes el tumulto, el desórden y el movimiento del embarque. Las cargadas lanchas jugaban incesantemente de la playa á los buques, y era tal la confusion y el apresuramiento que reinaban, que las esposas eran separadas de sus maridos, y muchas madres veían, demasiado tarde, á sus hijos que habian sido dejados en tierra, estendiendo los brazos y suplicando, con la vehemencia de la desesperacion, que los llevasen junto á sus madres. De ese modo fueron embarcados en buques distintos el herrero Basilio y su hijo Gabriel, mientras que Evangelina permanecia en la orilla con su padre, lleno el corazon de congoja. La mitad de la tarea no estaba terminada cuando el sol se puso. El resplandor del crepúsculo iba amortiguándose, y por todas partes se iban amontonando las sombras de la noche; el refluyente Océano huía con presteza de la orilla, dejando la arenosa playa cubierta de resbaladizas ovas y algas marinas. Mas atrás, en me-

dio de los ajuares y de los carros, teniendo interceptada toda huida por mar, y guardados por centinelas, estuvieron acampados durante la noche los labriegos de Acadia expulsados de sus hogares. Hubiérase dicho un campo de gitanos, ó el campamento de un ejército despues de una batalla. El embravecido Océano se retiró á sus mas profundas cavernas, arrastrando consigo las rechinantes guijas de la playa, y dejando tierra adentro, y lejos de la orilla, los encallados botes de los marinos. Al anochecer, los rebaños volvieron de sus pastos, perfumando el aire con el olor de leche de sus ubres. Esperaban las vacas, mugiendo, cerca de las bien conocidas barras del corral de la alquería; en vano esperaban oír la voz y sentir la mano de la ordeñadora. Profundo silencio reinaba en las calles; ni se oyó el toque del Angelus, ni salía humo de las chimeneas, ni brillaban luces en las ventanas.

Pero entretanto, á la orilla del mar, los aldeanos habian encendido grandes hogueras alimentadas con los restos de buques destrozados por las tempestades, que el mar habia arrojado sobre la playa. En torno de las fogatas estaban reunidos, calentándose, los infelices moradores de Acadia; oíase la voz de hombres y mujeres, y los lloros de los niños. ¡Qué semblantes tan melancólicos se veían allí! Todos parecian desesperados, abatidos por el terrible infortunio que les enviaba el cielo. El leal sacerdote iba de hoguera en hoguera, como de casa en casa en su parroquia, consolando y bendiciendo y alentando á todos, como el náufrago Pablo en la desolada costa de Melita. Acercóse al lugar donde Evangelina estaba sentada con su padre, y apercibió, al vacilante resplandor de la hoguera, el rostro del anciano, pálido, hundido, macilento, y sin expresion alguna, como la esfera de un reloj cuyas saetillas hubiesen sido arrancadas. En vano Evangelina trataba de alegrarle con sus palabras y sus caricias; en vano le ofrecia alimento; el anciano no se movia ni hablaba, y permanecía con los ojos fijos en las trémulas llamas, como atontado.— «¡Benedícite!» murmuró el sacerdote con acento de compasion. Hubiera querido decir mas, pero su corazon estaba rebosando, y las palabras se detuvieron en sus lábios, enmudecido por la escena que contempla y la terrible presencia del dolor. En silencio,

pues, puso la mano sobre la cabeza de la doncella, levantando los ojos llenos de lágrimas hácia las silenciosas estrellas que, sobre sus cabezas, seguían su invariable ruta, sin que las perturbasen las injusticias ni los sufrimientos de los mortales. Luego se sentó á su lado, y lloraron juntos en silencio.

De repente se elevó hácia el Sur un resplandor vivísimo, así como en otoño la roja luna sube por los muros de cristal del cielo, y como un Titan estiende sus cien brazos sobre el horizonte, abarcando las montañas y los prados, las rocas y los ríos, y amontonando enormes sombras. La luz ganaba en estension y en intensidad, iluminando los techos de la aldea, el cielo, el mar, y los buques anclados en la bahía. Levantábanse grandes columnas de humo, y á través de sus pliegues subían relámpagos de llamas, que aparecían y desaparecían continuamente, como las trémulas manos de un mártir. Luego, á medida que el viento arrebatava los inflamados techos de paja y los hacía girar en el espacio, salía de cien casas el humo que estuvo aprisionado, mezclado con relámpagos de llamas.

Estas cosas contempló con deliquio la multitud de la orilla y de á bordo. Al principio permanecieron mudos de terror, pero luego gritaron, llenos de congoja:—«¡Ya no volveremos á ver nuestras casas de la aldea de Grand-Pré!» De pronto los gallos empezaron á cantar ruidosamente en los corrales, pensando que había amanecido; despues, el mugido del ganado vino sobre la brisa de la tarde, interrumpido por los ladridos de los perros. Luego dejóse oír un ruido espantoso, tal como el que sobresalta los dormidos campamentos allá en las selvas y praderas del Oeste, á orillas del Nebraska, cuando los caballos salvajes, aterrorizados, pasan con la rapidez del torbellino, ó cuando una manada de búfalos, bramando horribilmente, se abalanza al río. Tal era el ruido que se oyó en medio de la noche, cuando los rebaños y los caballos se abrieron paso al través de su rediles y vallados, y corrieron furiosamente por las vastas praderas.

Abrumados de dolor, pero mudos, contemplaban el sacerdote y la doncella el pavoroso incendio, que cada vez tomaba proporciones mas gigantescas; y cuando al fin se volvieron para hablar

á su silencioso compañero, vieron que habia caido de su silla, y que, tendido sobre la playa, yacía inmóvil su cuerpo, del cual había huido el alma. El sacerdote levantó poco á poco la inanimada cabeza del colono, y la doncella, aterrada, se arrodilló al lado de su padre, y sollozó ruidosamente. Luego, se desmayó, y quedó tendida, con la cabeza sobre el pecho, junto al cadáver del anciano. Durante toda la larga noche permaneció sumergida en un profundo sopor, y cuando despertó de aquel arrobamiento se vió rodeada de una multitud de gente. Vió semblantes de amigos que la miraban con tristeza: todos estaban pálidos, con los ojos llenos de lágrimas, y daban inequívocas muestras de vivo interés y de la mas melancólica compasion. La aldea continuaba ardiendo: el resplandor de las llamas iluminaba el paisaje, enrojecia el cielo, y brillaba en el rostro de los que rodeaban á Evangelina, así es que la infeliz, cuya razon estaba vacilante, creyó llegado el tremendo día del Juicio. Entonces oyó una voz familiar que decia á la gente:—«Enterrémosle aquí, cerca del mar. Cuando venga un tiempo mas venturoso, y regresemos á nuestros hogares del desconocido país de nuestro destierro, entonces sus sagradas cenizas serán piadosamente enterradas en el campo santo.» Tales fueron las palabras del sacerdote. Y allí, á la orilla del mar, teniendo el resplandor del incendio en vez de antorchas funerales, pero sin campana ni libro, enterraron apresuradamente al colono de Grand-Pré. Y mientras que el sacerdote entonaba los cantos funerales, hé aquí que con un melancólico murmullo, como la voz de una gran congregacion, respondía solemnemente el mar, y mezclaba sus poderosos bramidos con el oficio de difuntos. Era la marea que volvía con los primeros albores de la mañana: una tras otra venían las impacientes olas, empujándose y atropellándose, y depositando en la playa, que iban invadiendo, abundante y blanquísima espuma. Entonces comenzó de nuevo el movimiento y el ruido del embarque; y con el reflujo de aquella marea, los buques se hicieron á la vela y salieron del puerto, dejando al muerto en la orilla y la aldea en ruinas.

SEGUNDA PARTE.

I.

Muchos pesados años habian trascurrido desde el incendio de Grand Pré, cuando con la marea que se retiraba partieron los buques, conduciendo una nacion con todos sus ajuares al destierro, destierro sin fin y sin ejemplo en la historia. Los acadianos desembarcaron unos lejos de otros, en diferentes costas: fueron desparramados como los copos de nieve cuando el viento del nordeste sopla oblicuamente á través de las nieblas que oscurecen los bancos de Terranova. Sin amigos, sin hogar, sin esperanza, erraban de ciudad en ciudad, desde los frios lagos del norte á las calurosas sábanas del sur, desde las heladas riberas del Océano boreal á la region donde el *Padre de las Aguas* (5) coge las colinas en sus manos y las arrastra al mar, para enterrar profundamente en sus arenas los desparramados huesos del manmout (6). Iban buscando amigos y albergue; pero muchos, perdida la esperanza y penetrados de dolor, ya no pedian á la tierra mas que un sepulcro; ya no le pedian ni un amigo ni un hogar. Su historia está escrita en las lápidas de los cementerios. Vióse largo tiempo entre los infelices desterrados una doncella, de natural dulce y humilde, que vagaba con ellos, y esperaba, sufriendo todo con admirable paciencia. Era jóven y hermosa; pero ¡ay de mí! estendíase ante ella horrible y vasto y silencioso el desierto de la vida, cuya senda estaba marcada por las tumbas de los que sucumbieron antes que ella, víctimas de pasiones largo tiempo habia apagadas, y de esperanzas desvanecidas; como el camino del emigrado á través del desierto del Oeste está señalado por las hogueras de los campamentos, largo tiempo há estinguidas, y osa-

(5) El poeta dá este nombre al rey de los rios de la América septentrional, al caudaloso Misisipi. Asi es como le llaman los indios.

(6) Nombre vulgar del elefante antediluviano que los naturalistas llaman *elephas primigenius*.

mentas que blanquean al sol. Habia en su existencia algo de incompleto, imperfecto, inacabado; como si una mañana de Junio, con toda su música y esplendor, se detuviera repentinamente en el cielo, y palideciendo, descendiese al Este de donde se habia levantado. A veces se detenía en las ciudades, hasta que impulsada por la fiebre que ardia en su interior, y por un inquieto anhelo, que era el hambre y la sed del alma, recomenzaba su interminable busca con redoblado ahinco; á veces vagaba por los cementerios, contemplando las cruces y las lápidas, sentábase sobre algun sepulcro sin inscripcion, pensaba que tal vez *él* estaria descansando en su seno, y deseaba dormir á su lado. A veces un rumor, un ininteligible murmullo, parecia señalar el camino, y empujarla hácia adelante. Varias veces habló con personas que habian visto y conocido á su amado, pero mucho tiempo atrás, y en algun lugar remoto ú olvidado. — «¡Gabriel Lajeunesse!» decian unos; «¡oh, sí! le hemos visto; estaba con Basilio el herrero, y juntos han ido á las praderas; son *Coueurs des-bois* (7), y famosos cazadores y tramperos.» — «¡Gabriel Lajeunesse!» decian otros; «¡oh, sí! le hemos visto. Es *Voyageur* (8) en las tierras bajas de la Luisiana.» Luego añadian: — «¡Querida niña! ¿por qué sueñas en él? ¿por qué has de esperarle mas tiempo? ¿No hay otros jóvenes tan hermosos como Gabriel? ¿No hay otros que tienen corazones tan tiernos y sinceros, y almas tan leales? Ahí tienes á Bautista Leblanc, el hijo del notario; sabes que te ha amado durante muchos pesados años. ¡Vamos! ¡dále tu mano, y sé feliz! eres demasiado hermosa para trenzar los cabellos de Santa Catalina (9).» Entonces Evangelina respondia sosegada pero tristemente: — «¡No puedo! Donde ha ido mi corazon, allá vá mi mano, y no á otra parte. Porque cuando el corazon vá delante, como una lámpara, é ilumina el sendero, muchas cosas se aclaran que de otro modo quedarían ocultas en la oscuridad.» Y el sacerdote, su amigo y padre

(7) Dán este nombre en el Canadá á los que trafican en peletería con los indígenas.

(8) Comisionista.

(9) Locucion familiar que equivale á la nuestra de «*quedarse para vestir imágenes.*»

confesor, dijo al instante con una sonrisa:—«¡Oh hija mia! tu Dios ha hablado por tí! No habéis de afección malgastada, porque la afección nunca se malgastó: si no enriquece el corazón de otro, sus aguas, volviendo al manantial, como la lluvia, lo refrigeran y alivian; lo que la fuente envía vuelve otra vez á la fuente. ¡Paciencia! Termina tu penosa labor; completa tu obra de afección! Nada hay tan eficaz como el dolor y el silencio; la paciencia en la adversidad santifica nuestro corazón. Por tanto, completa tu tarea de amor, hasta que el corazón sea santificado, purificado, fortalecido, perfeccionado, y mas digno del cielo.» Alentada por las palabras del buen anciano, Evangelina trabajó y esperó. Y aunque recordando la muerte de su padre á la orilla del mar, el bramido del Océano resonaba siempre en el corazón de la jóven como una endecha funeral, mezclábase al lúgubre sonido una voz que murmuraba:—«¡No desesperes!» Así vagó la infeliz, pobre, triste y sin consuelo, descalza y con los piés ensangrentados, sobre los cascos y espinas de la vida. Permitidme ¡oh Musas! seguir los pasos de la errante doncella;—no por cada desviada senda y durante cada variable año de su vida, sino como un viajero sigue el curso de un arroyuelo á través del valle: á veces léjos de su márgen, y viendo el brillo de sus aguas aquí y allá, en algun espacio abierto, y solamente por intervalos; acercándose luego á sus orillas por la espesura de la selva que lo encubre, puede, aunque no le vé, oír su continuo murmullo; y se tiene por muy dichoso si al fin halla el lugar en que el arroyo encuentra una salida.

II.

Era en el mes de Mayo. Siguiendo el curso del rio Hermoso, pasando mas allá de las riberas del Ohío y de la desembocadura del Wabash, habia entrado en las amarillentas aguas del ancho y rápido Misisipí una pesada barca, conducida por remeros acadianos, y se dirigía majestuosamente hácia el Sur. Iba en ella una partida de desterrados: una jangada, por decirlo así, del pueblo náufrago, desparramada á lo largo de la costa, y ahora flotando reunida, ligada por los lazos de una comun creencia, y una co-

mun desgracia; hombres, mujeres y niños que, guiados por vagos rumores, ó tal vez solamente por la esperanza, buscaban á sus compatriotas y á sus parientes entre los pobres labradores de la frontera de Acadia, y en las praderas del hermoso Opelousas. Con ellos iba Evangelina, y su protector y guía espiritual, el padre Feliciano. Deslizábanse, dia tras dia, hácia el Sur, arrastrados por la corriente del turbulento rio, que, sobre un lecho de arena, atraviesa un vasto desierto, cubierto de sombríos bosques; noche tras noche acampaban á orillas del rio, en torno de brillantes hogueras. Ya sobre impetuosas cascadas, por entre verdes islas donde hermosos algodoueros inclinaban sus umbrosos penachos, corrían con incontrastable rapidez; ya penetraban en grandes lagunas, sembradas de argentados bancos de arena, y pobladas de multitud de pelícanos de plumaje tan blanco como la nieve. El terreno iba haciéndose llano, y á lo largo de las márgenes del rio, sombreadas por naranjos de la China, se alzaban, en medio de frondosos y floridos jardines, las casas de los colonos, con cabañas para los negros, y palomares. Se acercaban á la region donde reina un perpétuo verano, donde por medio de la Feliz Ribera, y por entre alamedas de naranjos y limoneros, el rio, trazando una gran curva, corre majestuosamente hácia el Este. Tambien ellos cambiaron de direccion, y entrando en el Bayou de Plaquemine, pronto se perdieron en un laberinto de perezosas y descarriadas aguas, que, como las mallas de una red de acero, se extendían en todas direcciones. Las elevadas y tenebrosas ramas de los cipreses se juntaban formando sobre sus cabezas un oscuro arco, y ondeaba en el aire el musgo, suspendido de las ramas, como las banderas colgadas de los muros de viejas catedrales. El silencio era profundo, y solo interrumpido por las garzas que á la puesta del sol volvían á los cedros donde tenian sus pértigas para pasar la noche, ó por la lechuza que saludaba á la luna con risa demoniaca. Hermosa era la luz de la luna rielando en las aguas, brillando sobre las columnas de cipreses y cedros que sostenian los arcos, á través de cuyas quebradas bóvedas pasaba el dulce resplandor del astro, como á través de las grietas de un edificio en ruinas. Todo cuanto les rodeaba les parecia extraño é indistinto

como un sueño, y sus almas experimentaron una inesplicable sensación de asombro y de melancolia—singulares presagios de infortunios invisibles é inimaginables. Como al ruido de las pisadas del casco de un caballo sobre el césped de las praderas, cierra sus hojas anticipadamente la espantada mimosa, así al ruido de los pasos del Destino, afligido el corazón por tristes presentimientos de desgracia, se amedrenta y se encoje antes que el golpe de muerte le alcance. Pero el corazón de Evangelina estaba sostenido por una visión que flotaba débilmente ante sus ojos, y parecía hacerle señas con la cabeza de que siguiese adelante á través del Océano de luz que irradiaba la luna. Era que la idea que bullía en el cerebro de la jóven habia tomado la forma de un fantasma. A través de aquellas sombrías naves habia errado Gabriel antes que ella: ahora, cada golpe de remo acorta la distancia que hay entre los dos amantes.

Púsose de pié en su sitio, en la proa de la barca, uno de los bogadores, y llevando un gran cuerno á los lábios, hízole producir un bronco y ensordecedor sonido, que debia servir como señal ó aviso, si por acaso habia otros que como ellos estuviesen navegando en aquellas tenebrosas corrientes. El desapacible toque resonó de un modo extraño por entre las sombrías columnatas, á través de los frondosos corredores, rompiendo el silencio y dando lenguas al bosque. Las banderas de musgo se agitaron silenciosamente. Numerosos ecos despertaron y murieron á lo lejos sobre el líquido suelo y bajo las repercusivas ramas; pero ninguna voz replicó; ninguna respuesta vino de la oscuridad; y cuando los ecos hubieron cesado ¡qué triste pareció el silencio! ¡qué dolorosa impresion sintieron los infelices desterrados! Entonces Evangelina se durmió; pero los barqueros continuaron remando durante toda la noche, ya silenciosos, ya cantando las familiares canciones de los bateleros del Canadá, que en tiempos mas felices habian cantado en sus propios rios de Acadia. Durante toda la noche se oyeron los misteriosos rumores del desierto, lejanos, indistintos, como el murmullo de las ondas ó el susurro de las hojas agitadas por el viento, mezclados con la algarada de las grullas y el rugido del horrendo aligator.

Así, antes que terminára la mañana siguiente, los viajeros salieron de aquellas umbrias; y ante sus complacidos ojos aparecieron los lagos del Atchafalaya, iluminados por los brillantes rayos del sol. Millares de ninfeas se mecían sobre las ligeras ondas producidas por los remos, y el loto, resplandeciente de belleza, levantaba su corona de oro sobre las cabezas de los bogadores. Los céfiros, cargados con el perfume de las magnolias, y fatigados por el calor del mediodía, soplaban débil y perezosamente; é innumerables islas cubiertas de espesos bosques, con floridos setos de rosales, invitaban á descansar. Junto á la mas hermosa de aquellas islas dieron los barqueros reposo á los fatigados remos: y el bote fué felizmente amarrado bajo las frondosas ramas de algunos sauces de Wachita que crecian á la orilla. Los viajeros, y especialmente los bogadores, tenían gran necesidad de descanso, así es que se tendieron aquí y allá sobre el verde césped, y no tardaron en quedarse dormidos. Elevábase sobre sus cabezas un gigantesco cedro, cuyas pomposas ramas daban fresca y apacible sombra. La bignonia y la vid se balanceaban suspendidas de los robustos brazos del árbol, formando una escala de cuerdas semejante á la de Jacob: los ángeles que ascendían y descendían sus pendientes escalones eran los ligeros guainambis que volaban de flor en flor. Tal fué la vision que contempló Evangelina mientras dormía á la sombra del cedro. Su corazon se llenó de amor, y los primeros albores del paraíso, que parecia abrirse para recibirla, iluminaron su alma, sumergida en apacible sueño, con el esplendor de las celestiales regiones.

Entretanto iba acercándose más y más un ligero y rápido bote, que volaba sobre las aguas impulsado por los nervudos brazos de cazadores y tramperos. Su proa estaba vuelta hácia el norte, hácia la tierra del bison y del castor. Sentado al timon estaba un jóven que parecia abismado en profunda meditacion. En su demacrado rostro se veían las huellas de amargos sufrimientos. Sus negros cabellos caían en descuidados bucles sobre la frente; sus ojos expresaban una melancolía que no estaba en consonancia con su juvenil edad. Era Gabriel, que fatigado de esperar, triste y desasegado, iba á buscar en los desiertos del Oeste el olvido de sí mis-

mo y de sus penas. Deslizábanse rápidamente, arrimados á sota-vento de la isla, pero por la opuesta orilla, y por detrás de un biombo de palmitos (10), de modo que no vieron el bote oculto entre los sauces, ni los viajeros que tendidos á la sombra del cedro continuaron durmiendo sin que los despertára el ruido de los remos, debilitado por la distancia. No habia allí ningun ángel de Dios para despertar á la dormida doncella. La barca se alejó y desapareció rápidamente, como la sombra de una nube sobre la pradera. Cuando el ruido producido por los remos sobre los escalmos hubo muerto á lo lejos, los viajeros despertaron como de un mágico enagenamiento, y la doncella dijo, con un suspiro, al benévolo sacerdote:—«¡Oh padre Feliciano! Siento algo en mi corazón que me dice que Gabriel se halla cerca de mí. ¿Es un sueño insensato, una ociosa y vaga superstición? ¿O es que un ángel ha pasado junto á mí, y ha revelado á mi alma la verdad?» Luego, sonrojándose, añadió:—«¡Ay de mi crédula fantasía! Ya sé que palabras como las que acabo de pronunciar no tienen sentido alguno para vos!» Sonrió el reverendo sacerdote, y contestó de este modo:—«¡Hija mía, tus palabras no son ociosas, ni me parecen vacías de sentido. La sensibilidad es á manera de un mar profundo y tranquilo, y la palabra que flota en la superficie es como la agitada boya que revela donde la áncora está oculta. Por tanto créede á tu corazón; confía en lo que el mundo llama ilusiones. En verdad Gabriel está cerca de tí, pues no lejos de aquí, hácia el sur, á orillas del Têche, se hallan las ciudades de San Mauro y de San Martin. Allí la novia, largo tiempo errante, será devuelta al novio; allí el pastor, largo tiempo ausente, recobrará su rebaño y su redil. Es un país hermosísimo, cubierto de bosques de árboles frutales, y de deliciosas praderas; bajo los piés se estiende un jardín de flores, y sobre la cabeza se eleva la bóveda del mas azul de los cielos, cuya inmensa fábrica descansa sobre los muros del bosque. Los que moran allí lo han llamado el Eden de Luisiana.»

Y con estas palabras de consuelo se levantaron y continuaron su viaje. El anochecer se acercó lentamente. El sol, desde el ho-

(10) Especie de palmera. El *Chamærops palmetto* de los botánicos.

rizonte occidental, estendió como un mago su varita de oro sobre el paisaje; eleváronse brillantes vapores, y el cielo y el agua y el bosque, como incendiados al contacto, parecieron confundirse. Suspendida entre dos cielos, como una nube con ribetes de plata, flotaba la barca, empujada por los goteantes remos, sobre las inmóviles aguas. El corazón de Evangelina se llenó de indecible dulzura. Tocadas por el mágico hechizo, las sagradas fuentes del sentimiento brillaban con la luz del amor, como los cielos y las aguas en torno de ella. Entonces, de un cercano bosque, el cercio, el mas extraño y desordenado de los cantores, columpiándose en la rama de un sauce suspendida sobre el río, lanzó de su pequeña garganta tales diluvios de delirante música, que el aire y los bosques y las ondas parecieron silenciosos para escucharle. Al principio los acentos eran lastimosos y tristes; luego, elevándose hasta la locura, parecían acompañar la orgía de frenéticas bacantes. Después se oyeron algunas notas sueltas, en afligida, débil lamentación; hasta que, reuniéndolas todas, las lanzó á un tiempo como en irrisión: así, después de una tempestad, alguna bocanada de aire agita las ramas de los árboles, y arroja á un tiempo la lluvia detenida sobre las hojas, formando un abundante aguacero de cristal. Con semejante preludio, y con corazones palpitantes de emoción, los viajeros entraron lentamente en el Têche, donde corre por el verde Opelousas, y vieron, á través del aire de ámbar, y por encima de las copas de los árboles, una columna de humo que se elevaba de una vecina habitación; oyeron el sonido de un cuerno, y el distante mugido del ganado.

III.

Cerca de la margen del río, y sombreada por grandes robles, de cuyas ramas pendían guirnaldas de musgo y de emblemático muérdago, tales como las que los druidas cortaban con destros de oro (11), se hallaba, apartada y silenciosa, la casa del ganade-

(11) La recolección del muérdago era una de las ceremonias mas importantes del culto druídico. Aunque aquel crece sobre el tronco del serbal, del manzano, del peral y de otros árboles, los druidas no recolectaban mas que el que crecía sobre el roble, pues, como es sabido, miraban á este árbol con gran venera-

ro. Rodeábala un jardín, cubierto de exuberantes flores, que llenaban el ambiente de fragancia. La casa estaba sólidamente construida con madera de cipres. El techo era grande y bajo, y en torno de él se extendía, sostenido por delgadas columnas, un frondoso emparrado, formado por lozanas vides y floridos rosales, y frecuentado por los guainambis y las abejas. A cada extremo de la casa, entre las flores del jardín, estaban situados los palomares, como perpétuo símbolo del amor, con sus escenas de continuos galanteos y de continua contención de rivales. Todo estaba silencioso. La línea de sombra y sol se hallaba cerca de las cimas de los árboles, pero la casa estaba en la sombra, y del cañon de su chimenea ascendía, estendiéndose lentamente en el aire, una sutil columna de azulado humo. En la parte trasera de la casa había una senda que partiendo de la puerta del jardín, y atravesando el sombrío robledal, llegaba hasta el borde de la ilimitada pradera, en cuyo mar de flores estaba el sol acostándose lentamente. Enteramente en el camino de sus rayos, como buques cuyo umbroso velámen cuelga desinflado de las vergas en medio de una

ción. El muérdago, á causa de su perpétua verdura, era para ellos el emblema de la inmortalidad del alma y de la eternidad del mundo. Buscábanlo cuidadosamente en los bosques, y cuando lo habían encontrado, reuníanse los sacerdotes para ir á recojerlo con gran pompa. Esta ceremonia se celebraba en el invierno, época en que florece esta planta, y en que sus largas ramas verdes enlazadas al árbol deshojado presentan solas la imágen de la vida en medio de una naturaleza estéril y muerta. Practicábase este curioso rito la sexta noche de la luna nueva despues del solsticio de invierno: llamábase esta noche la *noche madre*, y en ella empezaba el año galo. En el momento señalado, un druida vestido de blanco subía al árbol con un falce ó un destal de oro en la mano, y cortaba la raíz de la planta: otros druidas la recibían en un jaique blanco, pues era preciso que no tocara á la tierra. Luego inmolaban dos toros blancos, y el resto del día se pasaba en banquetes y regocijos. Como el muérdago era á los ojos de los galos una panacea universal, lo metían dentro del agua, y despues distribuían esta agua lustral á los que deseaban poseerla, para preservarles ó curarles de toda clase de males.

Durante las fiestas de la Natividad del Señor, los ingleses adornan sus casas con ramas de muérdago, y se permite besar á las doncellas si uno tiene la fortuna de cogerlas bajo la emblemática planta. Sin duda para que esto ocurra fácilmente suelen las tiernas *Misses* colocarla de preferencia sobre el dintel de las puertas. Desgraciadamente esta encantadora costumbre vá cayendo en desuso.

completa calma tropical, había un grupo de árboles con enmarañado cordaje de pomposas vides.

Precisamente donde el arbolado terminaba, y empezaba la florida y undulante superficie de la pradera, veíase un ganadero montado en su caballo, con silla y estribos á la española, y luciendo cascaca y calzas de piel de venado. Su rostro era ancho y moreno: vivos y brillantes eran los ojos que, á la sombra del gran sombrero español, fijaban sobre la apacible escena la orgullosa mirada del dueño. En derredor suyo se veían innumerables hatos de vacas, que estaban tranquilamente paciendo en los prados, y respirando los frescos vapores que subían del río y se estendian por todas partes. Levantando lentamente el cuerno que llevaba suspendido al costado, y dilatando su ancho y profundo pecho, produjo un extraño y melodioso sonido, que se propagó á lo lejos á través del sosegado y húmedo aire de la tarde. Levantaron las vacas la cabeza al oír la señal: viéronse sus blancos cuernos salir de entre la yerba, como se levantan los copos de espuma sobre las encontradas corrientes del Océano. Permanecieron por un momento inmóviles, mirando silenciosamente hácia el lugar donde habia sonado el cuerno; luego, corrieron bramando por la pradera, y pronto la innumerable multitud se convirtió en una gran nube, una gran sombra que se alejaba. Entonces, cuando el ganadero se dirigia hácia la casa pasando por la puerta del jardín, apercibió al sacerdote y á la doncella que se adelantaban á su encuentro. De pronto saltó de su caballo y corrió hácia ellos con los brazos abiertos y lanzando exclamaciones de asombro; y así que el anciano y la jóven vieron su rostro reconocieron á Basilio el herrero. Condújoles inmediatamente al jardín, dirigiéndoles sinceras y afectuosas frases de bienvenida. Entraron en una sombría glorieta de rosales cargados de fragantes rosas, y allí desahogaron sus corazones por medio de interminables preguntas y respuestas; allí renovaron sus cariñosos abrazos, riendo y llorando alternativamente. Sin embargo, al cabo de algunos momentos quedaron todos silenciosos y pensativos. Pensativos, porque Gabriel no venia, y tristes dudas y recelos empezaban á penetrar en el corazón de la doncella. Pero Basilio, aunque con visible embarazo, rompió el silencio di-

ciendo:—«Si habeis venido por el Atchafalaya ¿cómo no habeis encontrado en ninguna parte el bote de mi Gabriel? Debeis haberlo cruzado con él en los lagos.» Al oír las palabras de Basilio, una sombría nube oscureció el semblante de Evangelina. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y dijo con trémulo acento:—«¿Se ha marchado? ¿Gabriel se ha marchado?» y ocultando su rostro sobre el hombro del herrero, sintió que flaqueaba su oprimido corazón, y lloró y se lamentó. Entonces el buen Basilio, con acento que se hacia mas y mas alegre á medida que hablaba, dijo:—«Cobra ánimo, hija mia; hoy mismo se ha marchado. ¡Nécio muchacho! me ha dejado solo con mis rebaños y mis caballos. Habíase hecho malhumorado é impaciente; afligíale una perturbacion, un desasosiego incesante. En una palabra, su espíritu no podia soportar por mas tiempo la calma de esta tranquila existencia. Pensando siempre en tí, siempre triste y meditabundo, siempre silencioso ó hablando solamente de tí y de sus penas, acabó por hacerse tan enfadoso á los mancebos y á las doncellas, tan enfadoso á mí mismo, que al fin recapacité, y le envié á la ciudad de Adayes, á comprar mulas á los españoles. Desde allí, siguiendo las huellas de los indios, se dirigirá á las montañas de Ozark, cazando en los bosques animales de estimada piel, y tendiendo lazos á los castores en los rios. Anímate, pues; seguiremos al fugitivo amante, que no debe hallarse muy lejos, pues los Hados y las corrientes le son adversos. Mañana mismo nos pondremos en camino; le seguiremos sin descanso por entre el rojo rocío de la aurora, y le volveremos á su prision.»

Oyéronse en aquel momento alegres voces, y apareció, conducido desde la orilla del rio sobre los hombros de sus camaradas, nuestro amigo Miguel el violinista. Largo tiempo habia vivido bajo el techo de Basilio como un dios en el Olimpo, sin tener mas cuidado que el de dispensar música á los mortales. Era famoso en toda la comarca por sus guedejas de plata y su violín.—«¡Viva Miguel! ¡viva nuestro buen trovador de Acadia!» gritaban los que le traian en hombros, como en triunfal procesion. El padre Feliciano y Evangelina se adelantaron á su encuentro, le saludaron bondadosamente, y departieron con él de los tiempos

pasados; mientras que Basilio, trasportado de gozo, daba la bienvenida á sus antiguos compañeros y compadres, con estrepitosas y prolongadas risas, y abrazando á matronas y doncellas. Todos se maravillaban en extremo al ver la riqueza del *ci-devant* herrero, sus tierras y sus ganados, y su porte patriarcal; maravillábanse al oír lo que les refería del suelo y del clima, así como de las praderas, cuyos innumerables rebaños eran del que quisiera tomarlos; cada uno se proponía en su interior hacer como había hecho Basilio. Así, conversando amistosamente, subieron los escalones, y pasando por debajo del emparrado entraron en el zaguán de la casa, donde ya la cena de Basilio esperaba su tardía vuelta, y después de haber descansado un momento, comieron opíparamente en la mas perfecta armonía.

Bien pronto las tinieblas de la noche descendieron sobre el alegre banquete. Fuera todo estaba silencioso; la hermosa luna, envuelta en el rocío de la noche, empezó á elevarse en el cielo, iluminando el paisaje con su argentada luz, y aparecieron innumerables millares de estrellas; pero mas que estas brillaban los rostros de los amigos á la claridad de la lámpara. Entonces, de su elevado puesto á la cabeza de la mesa, el ganadero vertió el vino en los vasos con interminable profusion, y con igual profusion vertieron sus lábios el sincero cariño y la jovial alegría de que su bondadoso corazón estaba rebosando. Encendiendo su pipa, llena de delicioso tabaco de Natchitoches, habló de este modo á sus huéspedes, que le escuchaban sonriendo:—«Recibid una vez mas mi bienvenida, amigos míos, que tan largo tiempo habeis estado sin amigos y sin hogar. Sed bienvenidos á una pátria que es mejor, tal vez, que la antigua. Aquí, un frígido invierno no congela nuestros rios y nuestra sangre; aquí, una tierra pedregosa no provoca la rabia del labrador. La reja del arado corre suavemente á través de la tierra, como la quilla de un esquife á través de las aguas. Los naranjos están en flor durante todo el año; y crece mas la yerba en una sola noche que en el Canadá en todo un verano. Aquí, innumerables rebaños corren, sin dueño, por las praderas; aquí, cualquiera puede obtener tierras sin que le cuesten mas que el pedir las; aquí hay grandes bosques que con algunos

hachazos se trasforman en casas. Luego, cuando vuestras casas están construidas y vuestros campos cubiertos de doradas mieses, no hay un Rey Jorge de Inglaterra que os arroje de vuestros hogares, quemando vuestras moradas y vuestros graneros, y apoderándose de vuestras heredades y de vuestros ganados.» Diciendo estas palabras lanzó una furiosa nube de humo por las ventanas de la nariz, y su enorme y carnosa mano cayó con estrépito sobre la mesa, de manera que todos los huéspedes se estremecieron, y el padre Feliciano, asustado, quedó repentinamente inmóvil, con un polvo de rapé á medio camino de la nariz. Pero el buen Basilio continuó con voz mas suave y con semblante risueño:—«Solo cuidado con la fiebre, amigos míos; cuidado con la fiebre! Porque no se parece á la de nuestro frio clima de Acadia, que se cura llevando colgada al cuello una araña encerrada en una cáscara de nuez!» En aquel momento se oyeron voces á la puerta, y resonaron pasos en la escalera y bajo el emparrado. Eran los vecinos criollos y algunos labradores acadianos que habian sido llamados á casa de Basilio el ganadero. ¡Qué alegre y cordial fué el encuentro de antiguos camaradas y vecinos! El amigo estrechaba al amigo en sus brazos; y los que antes eran como estraños, encontrándose en el destierro, se hicieron en seguida amigos, unidos estrechamente por la dulce cadena de una patria comun. Pero una deliciosa armonía que se oyó en el vecino zaguan, y que procedia de las acordes cuerdas del melodioso violin de Miguel, aplazó toda ulterior conversacion. Lanzáronse todos fuera de la casa como niños alegres, y olvidando todas las otras cosas, se entregaron al enloquecedor giro de la vertiginosa danza. Aquello parecia un sueño. Con ojos brillantes y semblante gozoso daban vueltas y se mecian á los acordes del violin; apenas se podia seguir el rápido movimiento de los undulantes vestidos.

Entretanto el sacerdote y el ganadero estaban sentados aparte, en el fondo del zaguan, hablando del pasado, del presente y del porvenir, mientras que Evangelina permanecia junto á ellos como arrobada, porque viejas memorias despertaron en su mente, creyó oír en medio de la música el bronco rugido del mar, y una triste-

za imposible de reprimir se apoderó de su corazón. Deseando hallarse sola salió al jardín sin ser notada. La noche era muy hermosa. Detrás del negro muro del bosque, cuya cima estaba guarnecida con un ribete de plata, se alzaba majestuosamente la luna. Por entre las ramas caía aquí y allá en el río un trémulo rayo del astro de la noche, como caen los dulces pensamientos de amor en un oscurecido y extraviado espíritu. Mas cerca, y en torno de ella, las innumerables flores del jardín despedían sus almas en olores, que eran sus plegarias y confesiones á la noche, que continuaba su viaje como un silencioso Cartujo. Mas llena de fragancia que ellas, y tan abrumada por el dolor como ellas bajo el peso de las sombras y del rocío, estaba el corazón de la doncella. La suave y mágica luz de la luna pareció inundar su alma de un indefinible anhelo, cuando pasando por la puerta del jardín se dirigió, á la sombra de los robles, á lo largo del sendero hasta el borde de la inmensa pradera. Esta estaba profundamente silenciosa, y cubierta de una niebla blanquecina en la que flotaban millares de brillantes moscas de fuego. Las estrellas, los pensamientos de Dios en los cielos, brillaban á los ojos del hombre, que había cesado de maravillarse y de orar salvo cuando algún ardiente cometa se veía sobre los muros de aquel templo, como si una mano hubiese aparecido y escrito sobre ellos:—«¡*Upharsin!*» Y el alma de la doncella erró entre las estrellas y las moscas de fuego, hasta que, vencida por la emoción, gritó:—«¡Oh Gabriel! ¡Oh amado mio! ¡Estás tan cerca de mí, y sin embargo, no puedo verte! ¡Estás tan cerca de mí, y no puedo escuchar tu voz! ¡Ah! ¡cuántas veces han hollado tus piés esta senda, dirigiéndote á la pradera ¡Ah! ¡cuántas veces han contemplado tus ojos el arbolado que me rodea! ¡Cuántas veces, volviendo del trabajo, te habrás tendido bajo este roble, á descansar y soñar conmigo! ¿Cuándo te contemplarán mis ojos? ¿cuándo podré estrecharte en mis brazos?» En aquel momento se oyó cerca de la jóven el silbido de un pájaro que resonó como una flauta en los bosques, y atravesando las vecinas espesuras se alejó mas y mas, y acabó por desvanecerse enteramente.—«¡Paciencia!» murmuraron los oráculos de la selva, de su habitacion en la tenebrosa concavidad de los troncos de los

viejos robles; y de la pradera, iluminada por la luna, un suspiro contestó:—«¡Mañana!»

A la mañana siguiente apareció el sol en todo su esplendor, y las flores del jardín bañaron con sus lágrimas sus resplandecientes piés, y ungieron sus rubias trenzas con el delicioso bálsamo que guardaban en sus cálices de cristal.—«¡Adios!» dijo el sacerdote de pié en el umbral de la puerta. «Ved de traernos al hijo Pródigo, librándole del ayuno y del hambre, y á la Virgen Loca que dormía cuando venia el esposo.»—«¡Adios!» respondió la doncella sonriendo, y descendió con Basilio á la orilla del rio, donde ya los barqueros estaban esperando. La apacible y risueña mañana, el sol esplendoroso, y la alegría de sus corazones, todo parecia presagiar un pronto y favorable éxito. Bajo tan buenos auspicios emprendieron su viaje, y siguieron rápidamente al que corria delante de ellos impulsado por el soplo del destino, como una hoja seca arrastrada por el viento sobre el ilimitado desierto. Ni aquel dia, ni el siguiente, ni el que vino despues encontraron huellas de su paso en lago ó bosque ó rio; ni habian dado con él despues de muchos dias de viaje. Vagos é inciertos rumores eran sus únicos guias á través de una salvaje y desolada comarca, hasta que, habiéndose detenido, estenuados de fatiga, en la pequeña hospedería de la española ciudad de Adayes, supieron por el locuaz ventero que el dia anterior, con caballos y guias y compañeros, Gabriel dejó el pueblo y tomó el camino de las praderas.

IV.

Lejos, muy lejos hácia el Oeste, hay una tierra desierta donde las montañas levantan por entre nieves eternas sus soberbias y luminosas cumbres. Descendiendo de sus escabrosas y profundas barrancas, donde las gargantas, á manera de puertas, ofrecen áspero pasage á las ruedas del carro del emigrado, corren hácia el Oeste el Oregon, el Walleway y el Owyhee. Hácia el Este, con tortuoso curso, se precipita el Nebraska por entre las montañas de Wind-river, á través del valle de Sweet-water; y al Sur, de Fontaine-qui-bout y de las sierras españolas salen innumerables

torrentes, que empujados por el viento del desierto, y tropezando con peñascos y bancos de arena, descienden, con incesante murmullo, al Océano, como las grandes cuerdas de una harpa, vibrando sonora y solemnemente. Tendidas entre estos arroyos se hallan las bellas y maravillosas praderas. Diríase encrespados mares de yerba undulando incesantemente de noche y de día, y sembrados de coloradas rosas y purpúreas amorfas. Allí vagan el alce y el corzo y los rebaños de búfalos; allí vagan los lobos, é innumerables caballos sin ginetes. Allí se ven grandes incendios que se propagan rápidamente, abrasándolo todo; allí soplan vientos fatigados de viajar. Por aquellas hermosas praderas andan errantes las desparramadas tribus de los hijos de Ismael, manchando el desierto con sangre; sobre sus campos de batalla, cubiertos de cadáveres, se cierne el buitre, elevándose despues en el espacio sobre sus pomposas alas, como el alma implacable de un guerrero muerto en el combate, escalando el cielo por una escala invisible. Aquí y allá se levanta el humo de los campamentos de esos salvajes merodeadores; véense frescos y espesos boscajes en las márgenes de rápidos rios; el taciturno y horrendo oso, el monje ermitaño del desierto, desciende por las oscuras barrancas para desenterrar raíces á orillas del torrente; y encima de todo está, como la protectora mano de Dios, el despejado y cristalino cielo.

En este maravilloso país, situado al pié de las montañas de Ozark, se habia internado Gabriel, seguido de cazadores y tramperos. Día tras día iban Basilio y la doncella, con sus guías indios, en seguimiento del jóven, y cada día esperaban alcanzarle. A veces, al rayar el alba, veían, ó creían ver, el humo de la hoguera de su campamento, elevarse á lo lejos sobre la inmensa llanura; pero cuando al anochecer llegaban allá, solo encontraban brasas y ceniza. Y aunque á veces sus corazones estaban tristes, y sus cuerpos fatigados, no obstante la esperanza les guiaba, del mismo modo que la engañosa hada Morgana (12) que les mostra-

(12) Esta maga, así como Bibiana y la hada de Borgoña, debió su ciencia al sábio Merlin, que fué su maestro. De las tres se habla con bastante frecuencia en los libros de caballerías. El ilustre poeta Tennyson ha pintado con brillantes co-

ba sus lagos de luz que se alejaban y desvanecían ante ellos (13).

Una noche, estando sentados junto al fuego, penetró silenciosamente en el pequeño campamento una mujer, en cuyas facciones se veían las huellas de un profundo pesar, soportado con dulce resignación. Era una india Shawnee que volvía á su país de los remotos territorios de caza de los crueles Camanches, donde su marido, que era un *Courreur-des-bois* canades, habia sido asesinado. A todos conmovió profundamente la historia de su desgracia, así es que dieron á la pobre viuda una ardiente y amistosa bienvenida, y le dirigieron sentidas frases de consuelo. Ella, aceptando su invitación, se sentó, y comió con ellos abundantemente de la carne de búfalo, y del venado asado sobre las brasas. Pero cuando la comida hubo terminado, y Basilio y todos sus compañeros, fatigados por la larga marcha del día, y la caza del ciervo y del bisonete, se tendieron en el suelo y durmieron junto al fuego, cuyo vacilante resplandor iluminaba sus atezados rostros y sus formas envueltas en las mantas, entonces la viuda se sentó á la puerta de la tienda de Evangelina, y refirió de nuevo lentamente, en voz baja y dulce, y con el encanto de su acento indio, toda la historia de su amor, con sus placeres, y dolores, y vicisitudes. Evangelina lloró copiosamente al oír repetir la triste historia, como sino la hubiese oído jamás. ¡Otro corazón, tan desventurado como el suyo, habia amado, y habia visto frustradas sus esperanzas! Aunque conmovida hasta el fondo de su alma, y llena de compasión, se alegró de tener á su lado un ser que habia sufrido tanto, y por consiguiente capaz de comprender sus penas, y le refirió á su vez la historia de su amor y de todas sus desdichas. La Shawnee escuchaba muda de asombro, y muda permaneció durante algunos momentos cuando Evangelina hubo terminado; pero al fin, como si un misterioso terror se hubiera apoderado de su cerebro, empezó á relatar la historia de Mowis; Mowis, el desposado de nieve, que ganó el corazón de una jóven y se casó con ella, pero que

lores á Bibiana en el poemita *Merlin and Vivien*, uno de sus preciosos IDILIOS DEL REY.

(13) El poeta alude á la ilusión de óptica conocida bajo el nombre de espejismo.

al amanecer dejó el lecho y salió de la cabaña, enflaqueciendo y fundiéndose al calor del sol, hasta que desapareció completamente á los ojos de su esposa, que en vano se internó en la selva buscándole. Luego, en voz tan baja y con acento tan dulce y misterioso que no parecía sino que estaba pronunciando algún mágico hechizo, le refirió la aventura de la hermosa Lilinau, que era requerida de amores por un fantasma que, por entre los pinos que sombreaban la casa de su padre, la enviaba palabras de amor, en medio del silencio del crepúsculo, con un acento semejante al suave susurro del viento de la tarde, hasta que ella siguió su verde y undulante penacho á través de la selva, y jamás volvió á la casa paterna, ni fué vista en parte alguna por los suyos. Muda de asombro y extraña sorpresa escuchaba Evangelina el dulce flujo de sus mágicas palabras, hasta que al fin el país que la rodeaba le pareció una region encantada, y su atezada huésped la encantadora. Apareció la luna elevándose lentamente sobre las cúspides de las montañas de Ozark, iluminando la pequeña tienda, comunicando á las hojas un misterioso esplendor, é inundando el sombrío bosque con su suave y pálida luz. El arroyo corria por allí cerca con delicioso murmullo, y las ramas se mecían dulcemente, suspirando de un modo apenas audible. El corazón de Evangelina estaba rebosando de amor, pero una sutil é indefinible sensación de dolor y de espanto se insinuó en él, como la fría, venenosa culebra se desliza en el nido de la golondrina. Era un temor sobrenatural; un temor que no tenia nada de terreno. Un soplo de la region de los espíritus parecía flotar en el aire de la noche, y la jóven creyó por un momento que, como la doncella india, también ella iba persiguiendo á un fantasma. Con este pensamiento se durmió, y el temor y el fantasma se desvanecieron.

Continuaron la marcha el dia siguiente muy de mañana, y todavía no se habian alejado mucho del lugar en que pasaron la noche, cuando la Shawnee les dijo:—«Sobre el declive occidental de estas montañas mora en su pequeña aldea el hombre del Manto Negro, el jefe de la Mision. Enseña muchas cosas á las gentes, y les refiere historias de Jesus y de María, que todos escuchan atentamente, ya riendo de alegría, ya llorando de pena.» Entonces,

con una súbita emoción, Evangelina respondió:—«Vamos á la Mision, que allí nos esperan buenas noticias.» Hacia allá dirijieron pues, sus caballos; y al trasponer una montaña, precisamente á la puesta del sol, oyeron un murmullo de voces, y en un verde y espacioso prado, á orillas de un rio, apercibieron las tiendas de los Cristianos, las tiendas de la Mision Jesuítica. Bajo un gigante roble, que se alzaba en medio de la aldea, se arrodilló el jefe del Manto Negro rodeado de sus hijos. Suspendido del tronco del árbol, y sombreado por frondosas vides, veíase un crucifijo, en cuyo rostro estaban pintadas las angustias de la agonía, y cuyos amantes ojos miraban á la multitud que oraba de rodillas á sus piés. Aquel era el rústico templo de la aldea. Por entre los intrincados arcos de su aéreo techo se elevaba el canto de vísperas, mezclando sus notas con el susurro del viento y los suspiros de las ramas. Los viajeros se aproximaron en silencio y con la cabeza descubierta, y arrodillándose en el suelo unieron sus oraciones á las de los otros. Pero cuando el oficio divino hubo terminado, y la bendicion hubo caído de las manos del sacerdote como la semilla de las manos del sembrador, el reverendo misionero se adelantó lentamente hácia los recién llegados, y les dió la bienvenida; y cuando replicaron, dibujóse en el rostro del sacerdote una benévola sonrisa, al oír en medio de los bosques los familiares sonidos de la lengua materna, y dirigiéndoles algunas bondadosas frases les condujo inmediatamente á su cabaña. Allí se sentaron á descansar sobre esteras y pieles, comieron tortas de maíz, y apagaron su sed con la calabaza de agua del predicador. Refirieron en breves palabras su historia y el objeto de su viaje, y el sacerdote respondió solemnemente—«Todavía el sol no ha salido y se ha puesto seis veces desde que Gabriel, sentado á mi lado sobre esta estera donde ahora descansa la doncella, me refirió esta misma deplorable historia; luego se levantó y continuó su viaje.» Dulce era la voz del sacerdote, y su acento era bondadoso; pero sus palabras cayeron sobre el corazón de Evangelina como en el invierno los copos de nieve caen dentro de algun nido cuyos pájaros se han marchado.—«Se ha ido al norte, muy lejos de aquí», continuó el misionero; «pero en el otoño, cuando la caza haya terminado,

vendrá de nuevo á la Mision.» Entonces Evangelina dijo con voz dulce y sumisa:—«Permitidme que me quede con vos, porque mi alma está triste y afligida.» A todos pareció muy bien la resolución de la doncella; y á la mañana siguiente, muy temprano, montando en su caballo mejicano, y seguido de sus compañeros y de sus guias indios, emprendió Basilio el camino de su casa, y Evangelina quedó en la Mision.

Lentamente se deslizaron los dias uno tras otro,—lentamente se deslizaron los dias, las semanas y los meses; y el maíz, que estaba apenas brotando de la tierra cuando Evangelina llegó á la Mision, mostraba sus delgadas cañas cargadas de hojas entrelazadas, formando claustros para cuervos mendicantes y graneros para las ardillas. Luego, en el hermoso otoño, las mazorcas de maiz fueron desvainadas: sonrojábanse las doncellas cuando encontraban alguna espiga roja como la sangre, pues creian que les anunciaba un amante; pero reíanse y burlábanse de las torcidas, como de intrusas en el maizal. ¡Ni la mazorca de color de sangre trajo á Evangelina el amante que buscaba!—«¡Paciencia!» decia el sacerdote; «ten fé, y Dios escuchará tus plegarias. ¿Vés esa delicada planta cuya airosa cabeza descuella sobre la lozana yerba de la pradera? Mira como todas sus hojas apuntan al Norte con tanta exactitud como el iman; es *la flor brújula*, que el dedo de Dios ha colocado aquí sobre su débil tallo, para que el viajero pueda orientarse en la inmensidad del desierto, inmensidad semejante á la del Océano, sin límites y sin senderos. Tal es la fé en el alma del hombre. Las gayas y exuberantes flores del amor son mas espléndidas y despiden mayor fragancia, pero nos engañan y nos extravían, y su perfume es mortal. Solo la humilde planta de la fé puede guiarnos aquí, y en lo futuro coronarnos con flores de asfodelo humedecidas con rocío de nepente.»

Así llegó y pasó el otoño, y fué sucedido por el invierno, pero Gabriel no vino; floreció la incipiente primavera, y el canto del petirrojo y del pájaro azul resonó dulcemente en las campiñas y en los bosques, y sin embargo Gabriel no volvia. Pero, flotando sobre el aliento de los vientos estivales, llegó á los oidos de Evangelina un rumor mucho mas grato que el canto de las aves,

y que el color y el perfume de las flores. Aquel rumor decia que léjos de allí, hácia el Nordeste, Gabriel tenia su habitacion en los bosques del Michigan, á orillas del rio Saginaw. Y en compañía de algunos guias que volvian á aquella region, dirigiéndose á los lagos de San Lorenzo, Evangelina se fué, diciendo antes un triste adios á la Mision. Cuando al cabo de prolongadas y peligrosas marchas, y de fatigas y penalidades sin cuento, la doncella hubo llegado á las sombrías seivas del Michigan, encontró la habitacion del cazador abandonada y en ruinas!

Así se deslizaron los tristes y pesados años, y en diversas épocas y en lugares distantes unos de otros fué vista la errante doncella; ora en las tiendas de los afables misioneros Moravos (14), ora en los tumultuosos campamentos y en los campos de batalla, ora en apartados villorrios, en villas y populosas ciudades. Joven y hermosa era cuando llena de esperanza empezó el largo viaje; vieja y marchita estaba cuando terminó su infructuosa peregrinacion. Cada año robaba algo de su belleza; cada vez se hacian mas densas las sombras que envolvian su alma, mas pesada la melancolía que oprimia su corazon. Luego aparecieron sobre su frente algunos hilos de plata, que eran como los primeros albores de otra vida, que despuntaba en su terreno horizonte, del mismo modo que por el Oriente aparece al rayar el dia la dulce luz del alba.

V.

En aquella amena comarca regada por las aguas del Delaware, en aquella amena comarca que guarda en deliciosas umbrias el nombre de Penn el apóstol (15), se alza á orillas de su hermoso

(14) Con razon se ha acusado á los misioneros protestantes de que su único móvil no era el zelo religioso, y de que no echaban en olyido los intereses comerciales de la madre pátria, llegando muchos al extremo de reunir en una misma persona el apóstol y el mercader. Solo los misioneros Moravos no merecen ese reproche; solo ellos gozan de una envidiable reputacion.

(15) El Estado de la república Norte-Americana donde Longfellow pone la última escena de su poema, debe á las muchas selvas que hay en él, y al famoso cuáquero Guillermo Penn, su nombre de *Pennsylvania*.

rio la ciudad que él fundó (16). Allí se respira un ambiente embalsamado, y el melocoton es el emblema de la belleza, y las calles repiten todavía los nombres de los árboles de la selva, como si quisieran aplacar la cólera de las Driadas que han sido arrojadas de sus guaridas. Allí, viniendo por el agitado mar, desembarcó Evangelina, la infeliz desterrada, y encontró entre los hijos de Penn un hogar y una patria. Allí había terminado sus días el anciano Renato Leblanc, quien al morir no vió á su lado mas que á uno solo de sus cien descendientes. Algo había en las calles de la ciudad que hablaba al corazón de Evangelina, y hacia que esta no se creyera ya en tierra estraña; y cautivó sus oídos el *tí* y el *tú* de los cuáqueros (17), porque traía á su memoria el pasado, la feliz Acadia, donde todos eran iguales, y vivían como hermanos. Así, cuando la infructuosa busca, los inútiles esfuerzos terminaron para no recomenzar ya sobre la tierra, Evangelina, sin quejarse de la Providencia, como las hojas á la luz volvió sus pensamientos y sus pasos hácia aquella deliciosa comarca. Como cuando disipándose la húmeda neblina de la mañana que envolvía la cumbre del monte, no es dado contemplar el valle que se extiende á nuestros piés, iluminado por el sol, regado por cristalinos rios y sembrado de ciudades y aldeas, así se disiparon las nieblas de su entendimiento, y vió el mundo á sus piés, no oscuro como antes, sino iluminado por el amor; y la pendiente y escabrosa senda que había recorrido con tanto trabajo, le pareció, mirada de léjos, suave y hermosa. Gabriel no estaba olvidado. En el corazón de Evangelina subsistía su imágen revestida de toda la belleza del amor y de la juventud, tal como sus ojos le habían visto la última vez, ó tal vez hermosado por el sepulcral silencio en que estaba envuelto, y por su ausencia semejante á la muerte. Cuando ella pensaba en su amado, el tiempo no entraba para nada en sus pensamientos. Y era que el tiempo no tenía poder alguno sobre Gabriel. Para Evangelina su prometido no estaba ausente, sino muerto; no estaba cambiado, sino transfigurado. Pa-

(16) Filadelfia.

(17) Sabido es que los cuáqueros tutean á todo el mundo.

ciencia, abnegacion, y amor al prógimo—tal era la sublime enseñanza que Evangelina debia á una existencia de dolores y de pruebas. De ese modo su amor, antes concentrado solamente en Gabriel, se difundió á los otros seres, pero como algunas olorosas especies, no sufrió menoscabo, apesar de llenar el aire con su aroma. No tenia otra esperanza ni otro deseo en el mundo que seguir humilde y reverentemente los pasos de su Salvador. Muchos años vivió como Hermana de la Caridad, frecuentando miserables hogares, en las callejuelas de la ciudad, donde los pobres viven apiñados; tristes guardillas donde la miseria se oculta de la luz del sol, y donde la necesidad, los pesares y la enfermedad causan tantas víctimas ignoradas, que algunos cuidados y algunas palabras de consuelo podian haber salvado. El sereno, que cuando el mundo estaba dormido recorria las sombrías calles, azotado por la lluvia y el viento, y pregonando que no ocurría novedad en la poblacion, veía brillar noche tras noche, en la ventana de alguna miserable vivienda, la luz de la vela de Evangelina. El labrador aleman que al rayar la aurora atravesaba lentamente los suburbios de la ciudad, llevando flores y frutos al mercado, encontraba todos los dias á aquella mujer de dulce y pálido rostro, que volvía de sus vigiliás junto al lecho de los enfermos.

Acaeció despues que una peste vino á afligir la ciudad, peste presagiada por maravillosas señales, y principalmente por bandadas de palomas silvestres, que nublaban el sol en su huida, y no llevaban en sus buches otra cosa mas que una bellota. Y como las mareas del Océano, elevándose en el mes de Setiembre á una altura inusitada, inundan el cauce de algun argentado arroyo, y se estienden sobre la pradera formando en ella un anchuroso lago, del mismo modo la muerte inundó la vida, y rebosando sus naturales márgenes, transformóse en un salobre lago el arroyo de plata de la existencia. Las riquezas no tenian poder para cohechar al opresor, ni la belleza era capaz de encantarle: todos perecieron lo mismo bajo el azote de su cólera. Pero ¡ay de mí! el pobre, que no tenia amigos ni criados, se arrastraba á morir al hospital, hogar del que no tiene hogar. Entonces estaba situado en los arrabales, en medio de prados y bosques; ahora la ciudad

le rodea, pero aun sus pobres muros, su sencilla puerta y humilde postigo, que de tal modo contrastan con el esplendor de los edificios vecinos, parecen repetir dulcemente las palabras del Señor:—«A los pobres siempre los teneis con vosotros.» Allá iba de dia y de noche la Hermana de la Caridad. Los moribundos alzaban los ojos para contemplar su rostro, y les parecia ver, circundando su frente, esplendorosos rayos de luz celestial, tales como los que los pintores ponen sobre la frente de los apóstoles y de los santos, ó como la luz que, en medio de las sombras de la noche, flota sobre una ciudad vista de léjos. Aquella luz parecia á sus ojos el fulgor de las lámparas de la ciudad celestial, por cuyas resplandecientes puertas debian pasar pronto sus almas.

Un domingo por la mañana Evangelina se dirigió al hospicio como de costumbre, buscando las calles mas desiertas y silenciosas. Cuando entró en el jardin de aquel benéfico asilo, llamó su atencion el dulce aroma de las flores, y se detuvo á recoger algunas de las mas hermosas, para que los moribundos se regocijáran una vez mas con su fragancia y su belleza. Luego, cuando subia la escalera dirigiéndose á los corredores refrescados por el viento del Este, resonó en sus oidos el distante y grato repique de las campanas de la iglesia de Cristo, y llegó á través de los prados, mezclándose con el sonido de las campanas, la armonia de los salmos que los suecos cantaban en su templo de Wicaco. Tan suavemente como las alas de un querube que baja del cielo, descendió la calma de aquel solemne momento al alma de Evangelina; algo murmuraba en su interior:—«Al fin han terminado tus pruebas.» Y con la mirada brillante y el paso seguro, penetró en el recinto del dolor. Discurria con callado paso por entre los asíduos y solícitos enfermeros, humedeciendo los ardientes lábios y las doloridas frentes, cerrando los ojos sin vista y cubriendo los rostros de los muertos, que yacian sobre sus camillas como montones de nieve al lado del camino. Muchos enfermos que levantaron la lánguida cabeza cuando Evangelina entró, se volvian sobre sus almohadas para contemplarla al pasar, pues su presencia era para sus corazones como el rayo de sol que penetra en una lóbrega prision. Recorriendo aquellas tristes habita-

ciones, Evangelina vió que la Muerte, la consoladora, poniendo su mano sobre muchos corazones, los habia curado para siempre. Muchos familiares semblantes habian desaparecido durante la noche; sus sitios estaban vacantes, ú ocupados ya por desconocidos.

De súbito, como detenida por una sensacion de temor ó de asombro, Evangelina quedó inmóvil, con la boca entreabierta y los labios descoloridos; un horrible estremecimiento recorrió todo su cuerpo, olvidadas las florecillas cayéronsele de la mano, y huyó de sus ojos y de sus mejillas el brillo y la frescura de la mañana. Luego se escapó de sus lábios un grito de tan terrible angustia, que los moribundos lo oyeron, y levantaron la cabeza sobresaltados. En la camilla ante la cual se habia detenido Evangelina, estaba tendido un anciano. Largas y delgadas eran las guedejas grises que sombreaban sus sienes; pero su rostro, iluminado por la suave luz que precede á la aurora, pareció recobrar por un momento toda la hermosura de la edad viril: de ese modo suele á veces trasformarse el rostro de los moribundos. El fuego de la fiebre daba á sus ardientes lábios un vivo color rojo, cual si la Vida, como el Hebreo, hubiera rociado sus puertas con sangre, para que el Angel Exterminador viese el signo y no traspasára el umbral. El anciano yacia inmóvil, insensible, moribundo; parecia que su exhausto espíritu iba hundiéndose en el abismo sin fondo, sumiéndose más y más profundamente en las tinieblas, tinieblas de sueño y de muerte. Entonces, á través de aquel vasto reino de las sombras, llegó á los oídos del moribundo el grito de dolor que lanzó Evangelina, y en medio del silencio que le sucedió, una voz dulce murmuró con tierno acento, semejante sin duda al de los bienaventurados:—«¡Gabriel! ¡Oh amado mio!» No dijo una palabra mas. Entonces el moribundo contempló por última vez, como en un sueño, la pátria donde se deslizó su infancia; vió verdes prados acadianos, y rios que corren á la sombra de los árboles; vió la aldea, la montaña y los bosques; y como en los dias de su juventud, vió á Evangelina paseándose en una apacible y encantada umbría. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y al entreabrirlos lentamente, la vision desapareció, pero Evangelina estaba de

rodillas junto al lecho. En vano hizo el moribundo un esfuerzo para murmurar su nombre, pues no pudo proferir acento alguno. Pero el movimiento de sus labios reveló lo que su lengua había querido decir. En vano trató de levantarse: Evangelina, arrodillándose junto á él, tomó dulcemente entre sus manos la cabeza del moribundo, y despues de besar sus trémulos labios, la colocó sobre su pecho. ¡Qué dulce era en aquel momento el resplandor de los ojos de Gabriel! Pero de pronto quedaron sumidos en la oscuridad, como cuando una bocanada de aire, penetrando por una ventana, apaga repentinamente la lámpara.

Todo había terminado ya: la esperanza, el temor y el sufrimiento. Habían terminado las penas y el desasosiego del corazón; el impaciente y no satisfecho anhelo. Había terminado el triste y profundo tormento, la constante congoja, la admirable paciencia! Y mientras estrechaba una vez más la inanimada cabeza contra su corazón, Evangelina inclinó humildemente la suya, y murmuró: —«¡Gracias, Dios mio!»

Todavía está en pié la selva primitiva; pero léjos de su sombra duermen uno al lado del otro los amantes, en su anónima sepultura. En el pequeño cementerio católico, en el corazón de la ciudad, yacen ignorados; nadie se detiene ante su tumba á recordar su deplorable historia y murmurar una plegaria. Diariamente crece y mengua junto á ellos la marea de la vida; millares de corazones palpitan donde los suyos descansan para siempre, millares de cerebros doloridos existen donde los suyos reposan, millares de manos trabajan donde las suyas han terminado sus labores, millares de fatigados piés caminan penosamente donde los suyos han terminado su viaje.

Todavía está en pié la selva primitiva; pero á la sombra de sus ramas mora otra raza, con otras costumbres y otra lengua. Solamente á lo largo de la costa del triste y nebuloso Atlántico se encuentran algunos pocos labriegos acadianos, cuyos padres volvieron del destierro á morir en el seno de su tierra nativa. El torno

y el telar trabajan aun en la choza del pescador; las doncellas llevaban todavía sus papalinas normandas y sus mantos hechos de lienzo casero, y al amor de la lumbre refieren, en las largas veladas de invierno, la historia de Evangelina, mientras que el vecino Océano de bronca voz habla ruidosamente desde sus peñascos antros, y en lastimero tono responde el lamento del bosque.

DON TRIFON XIV.

Cuento extravagante.

I.

No es nuestro propósito referir aquí la historia del largo, fecundo, y célebre reinado de D. Trifon XIV, Rey de *Cuatrogatos*. Por poca que sea nuestra modestia, no se nos oculta que esa empresa es superior á nuestras fuerzas, y por eso vamos á limitarnos á referir un episodio de aquel glorioso reinado. ¡Plegue al cielo que esta mal pergeñada narracion sirva de estímulo á algun notable historiador de nuestra pátria ó de fuera de ella, para escribir la vida de aquel incomparable príncipe, desde el dia memorable en que fué por primera vez envuelto en mantillas, hasta el funesto dia en que su frio cadáver fué cubierto con la negra mortaja, y depositado en el panteon de la familia!

Como desgraciadamente, á pesar de la gran celebridad del héroe de nuestra historia, muchos de nuestros lectores no habrán jamás oido hablar de él, bueno será que antes de pasar adelante digamos algunas palabras acerca de su persona y de su ilustre linaje. Las personas instruidas pueden pasar por alto los párrafos que á continuacion consagramos á ese objeto, pues no vamos á escribirlos para los sábios, sino para los ignorantes.

En el momento en que empieza esta verdadera historia, D. Trifon Escobajo frisaba en los cuarenta años, si es que mis cálculos no son errados, que todo podia ser, aunque es cierto que están fundados en datos que me han proporcionado las obras de historiadores coetáneos que me parecen dignos de crédito. Don Trifon era pequeño, rechoncho, barrigudo; sin disputa el hom-

bre mas barrigudo del reino. La expresion de su abultado y rubicundo rostro era en extremo bondadosa. Amaba á sus súbditos, y sus súbditos le adoraban.

Hacia un año que un pronunciamiento habia colocado á D. Trifon en el trono de sus mayores, del que ocho años antes habia sido arrojado, por otro pronunciamiento, su padre D. Mateo V, que, como todos saben, murió de pesar en el destierro.

D. Trifon habia sido recibido por sus súbditos con las mayores muestras de regocijo. Era que los pueblos estaban hasta las orejas de anarquía, de confusion, de sobresaltos.

En efecto, los que destronaron á Mateo no cumplieron sus deslumbradoras promesas, y aunque colocaron en el vacante trono al noble príncipe Policarpo de Arrigorriaga, este, á pesar de sus brillantes prendas personales y de sus sanas intenciones, encontró tan pocos hombres honrados dispuestos á ayudarle, que se vió obligado á abdicar despues de cinco años de inútiles esfuerzos é infelices ensayos. La nacion quedó sumida en la mas espantosa anarquía; mas que una nacion civilizada parecia una inmensa casa de orates. Así es que el advenimiento de D. Trifon al trono de sus antepasados, fué saludado con el mayor júbilo por la mayoria de los habitantes de aquel desventurado país.

La dinastía de Escobajo es sin disputa la mas antigua de las dinastías conocidas. Algunos hacen remontar su origen á los primeros tiempos de la humanidad, pues, fundándose en lo que varios historiadores dicen de que Cain mató á su hermano Abel con el mango de una escoba, aseguran que de aquella Escoba descendia en línea recta el fundador de la dinastía, y que por eso se vé en el escudo real una escoba de oro en campo de gules. Pero nosotros debemos rechazar y rechazamos tal aseveracion, por absurda, ridicula, y disparatada.

No nos parece mejor fundada la pretension de los Escobajos de contar entre sus ascendientes á Sanson, aquel terrible juez de Israel que con una quijada de asno mató tantos millares de Filisteos. En recuerdo de esa hazaña se vé en el escudo de los Escobajos un gran burro de plata en campo de sinople, y por cierto que hemos notado que el tal burro no tiene albarda, lo que nos

hace sospechar que algun poco escrupuloso rey de armas se la habrá apropiado para su uso particular.

Lo que parece fuera de duda es que los Escobajos descenden de un contemporáneo de los Macabeos, el famoso Escobillon, que por mas señas fué capitan de ladrones. De este mismo Escobillon descenden otras muchas familias, tan estendidas y numerosas, aunque menos ilustres, que la de los Escobajos. Entre ellas podemos citar los Escobines y Escobones de Valencia; los Escobenes, Escobedos y Escobetas de Ciempozuelos; los Escobos, Escobares y Escoberos de Hungría; y los Escobazos, Escobadas, Escoberas y Escobillas del Japon. En una palabra, la descendencia de Escobillon es tan numerosa, que no hay ciudad ni villorrio, por insignificante que sea, donde no se encuentren algunos representantes de tan ilustre raza.

De la esposa de Trifon XIV solo se sabe á punto fijo que se llamaba Doña Sinforosa. En cuanto á su apellido, los historiadores no han logrado nunca ponerse de acuerdo. Segun unos su nombre era Sinforosa Coliflor, siendo de esta opinion el inglés Collingwood, los españoles Cosme Lechuga y Bartolo Acelga, y el gallego Dionisio Berzal. Pero yo me inclino á creer que tienen razon los que sostienen que se llamaba Sinforosa Berengena. Los que tal pretenden son, Raimundo Berenguer, Silvestre Zanahoria, César Rabanudo, Toribio Navalcarnero, Nabucodonosor, y otros padres mas ó menos graves.

Los que deseen tener mas noticias de la noble consorte del rey de Cuatrogatos, deben acudir á las crónicas de los historiadores coetáneos Braulio Borrego y Celestino Chicharron.

II.

Antes de pasar adelante, me parece muy del caso decir algo acerca de la posicion geográfica del floreciente reino de Cuatrogatos, pues imagino que muchos de los que lean esta tan verídica como disparatada historia querrán visitarlo, á fin de estudiar sus costumbres, literatura, etc.

El reino de Cuatrogatos—cuya capital es la populosa ciudad de

Cuatrocasas, situada en la confluencia de los rios Seco y Sinagua —confinaba, y confina todavía, al Norte con el reino de los Barbarines (sabido es que desde entonces ha cambiado la forma de gobierno de este y de algunos otros de los estados confinantes con el de Cuatrogatos), cuya capital era Apatamonasterio, que el lector no debe confundir con la anteiglesia del mismo nombre sita en la merindad de Durango, en Vizcaya. Gobernaban á los Barbarines el rey Perico y la reina Mari-Castaña, ayudados del Consejo de Estado, que lo formaban un arzobispo, tres obispos y cuatro abades mitrados. En aquel dichoso país habia un clérigo por cada diez habitantes, y solo los clérigos podian desempeñar los empleos civiles, ejercer las profesiones liberales y cultivar las bellas artes. El ejército, guardia civil, y cuerpo de carabineros, se componian exclusivamente de sacristanes. Las leyes señalaban severos castigos para los que no cumplieran con sus deberes religiosos. El que pasaba junto á un clérigo sin arrodillarse y besarle la mano, recibia cien azotes; al que no tomaba bula se le hacia tragar una resma de papel y se le administraban quinientos palos; al que al bostezar no hacia la señal de la cruz sobre el bostezo, para impedir la entrada al demonio, se le amputaba la nariz; al que no llevaba escapulario se le cortaban las orejas, etc.

Al Este confinaba el reino de Cuatrogatos con el mar de los Besugones, en el que tenia muchos buenos puertos; al Sur con el imperio del Zagalejo; y al Oeste con la república de Jauja y el Archipampanazgo de Barrabás.

Digamos algunas palabras acerca de cada uno de estos Estados.

El vasto y populoso imperio del Zagalejo debió su fundacion á algunos centenares de mujeres decididas, que cansadas de la tiranía de los hombres, organizaron y llevaron á cabo un levantamiento general de las de su sexo, consiguiendo de ese modo apoderarse de las riendas del gobierno. La agricultura, la industria, las ciencias, las bellas artes, la milicia, la política, la administracion, eran del dominio de las mujeres; los hombres lavaban la ropa, hacian calceta, fregaban los platos y espumaban el puchero.

El Archipámpano D. Zoquete VIII regia los destinos del archi-

pampanazgo de Barrabás. Vivir sin trabajar era la única ambición de la mayoría de los barrabasinios, y para lograrlo se afiliaban en alguno de los numerosos partidos (ó *partidas*) que desgarraban el país, para que, cuando este alcanzara el poder, les diese algun destinillo en pago de sus servicios. Habia un ejército de cesantes, que, al verse alejados del comedero, conspiraban contra el poder constituido. Los perjuros, los pícaros, los intrigantes, ocupaban los mas encumbrados puestos; los hombres honrados eran despreciados y tenidos por ineptos. Los militares ascendian rápidamente por medio de continuos pronunciamientos, viéndose á un cabo segundo llegar á general en el espacio de algunos meses. Las guerras civiles se sucedian sin intermision, la poblacion decrecía, la emigracion aumentaba, el dinero desaparecía, y el crédito..... en cuanto al crédito, era imposible dar con él. Los ciudadanos honrados y laboriosos echaban el quilo trabajando, pero apenas bastaban sus ahorros para pagar las onerosas contribuciones que los gobernantes se veían obligados á imponer para mantener su fausto y sus vicios, y el fausto y los vicios de sus criaturas. En cuanto á D. Zoquete VIII, contemplaba hecho un zoquete las desgracias de sus súbditos; gastaba anualmente una suma cuatro veces mayor que su lista civil; comia, bebia, engordaba, satisfacía todos sus caprichos, y en una palabra, era completamente feliz.

Pero en ningun país del globo habian llegado las ciencias políticas y sociales al alto grado de perfeccionamiento que en la gran República de Jauja, que algunos geógrafos (Paco Pachorra y otros) llaman la Tierra de Pípiripao. Puede decirse que su Constitucion no tenia tacha; que era el ideal mas sublime en materia de Constituciones. En efecto, la república de Jauja, que primero fué unitaria y luego cantonal, se habia de tal modo perfeccionado, que ya era república sin adjetivo ó dictado alguno. Era una república á secas. No podemos resistir á la tentacion de copiar aquí íntegra su admirable Constitucion, que todos los pueblos debian apresurarse á adoptar. Consta de un solo artículo, precedido de un corto preámbulo, y dice así: «El hombre nace libre. Y como los ciudadanos de Jauja son hombres, es evidente que nacen libres. »Sería una infamia dictar leyes para esclavizar á los que la Natu-

»raleza ha hecho, libres. Este es el gran principio que ha presidido
 »á la redaccion de este Código político y social.

»Artículo único. Los Ciudadanos de Jauja son enteramente li-
 »bres de hacer cuanto les dé la gana.»

Por eso no habia en Jauja presidente, ni ministros, ni goberna-
 dores, ni alcaldes, ni guardias municipales, ni serenos, ni barren-
 deros siquiera. ¡Delicioso país! El escuálido D. Fideo se encon-
 traba en la calle con Gerónimo Morcillon, y al notar el prodigioso
 desarrollo del fenomenal abdomen de este caballero, tomábalo
 como un insulto á su extremada flacura, y arrojándose sobre él
 como un tigre furioso, dábale un sinnúmero de tremendos moji-
 cones, y le decia que no se presentara jamás á su vista, ó bien que
 se apresurase á enflaquecer, porque si volvía á verle, y no estaba
 verdaderamente hecho una oblea, le quitaría la vida sin compasion.
 Bernabé Tragaldabas penetraba en casa del acaudalado D. Sim-
 plicio Bolo, pedia una succulenta y abundante comida, hacíase ser-
 vir á la mesa por el amo de la casa en persona, y despues de saciar
 su voraz apetito, cortaba las orejas al desgraciado Bolo, para lle-
 varlas siempre suspendidas de la cadena del reloj en recuerdo de
 su hospitalidad, y se marchaba sin saludar siquiera, llevándose
 consigo á la bellísima esposa de D. Simplicio, pegando primero
 fuego á la casa para que en ella no fuese jamás obsequiado un
 huesped menos ilustre ó menos agradecido. Tiburcio Alcornoque,
 incomparable alcides, terror de la comarca, no iba jamás á pié,
 sino que se hacia conducir en hombros por el ciudadano ó ciuda-
 dana que se le antojaba, inutilizando luego su cabalgadura para
 que no pudiese servir á otro. Al paso que entre nosotros, cuando
 hay un altercado y se ponen en duda las cualidades de alguién, se
 oyen frases como estas:—«A mí nadie me gana á honrado.»—«A
 mí nadie me gana á leal.»—«A mí nadie me gana á compasivo.»—
 «A mí nadie me gana á generoso», en Jauja, la frase que se oía en
 esos casos era la siguiente:—«A mí nadie me gana á bruto.» Y es
 que allí lo que importaba era ser bruto, muy bruto, pues el que
 era muy bruto podia satisfacer todos sus antojos, y era temido,
 respetado, obedecido en todo.... hasta que tropezaba con otro mas
 bruto que él. Como á todas horas y en todas partes era de temer

una agresion, ningun ciudadano de Jauja salia de casa sin un buen garrote, una espada, un fusil, un revolver, y un barril de petróleo. Los mas tímidos, ó por mejor decir los mas prudentes, llevaban además un cañon Krupp ó Plasencia, y un par de ametralladoras.

III.

Acababa de llegar el correo extranjero, y D. Trifon estaba en su gabinete, embebido en la lectura de *La Correspondencia de España*, cuando vino á interrumpirle la llegada de su íntimo amigo Lord Coppernose.

Este Coppernose era un inglés que, á consecuencia de un amor desgraciado, habia dejado su pátria, y que despues de viajar durante algun tiempo por varios países, se habia definitivamente establecido, hacia diez ó doce años, en el reino de Cuatrogatos, pues no queria volver á Inglaterra, porque allí todo le hubiera recordado el infortunio que deseaba olvidar.

El embajador de S. M. B. en Cuatrocasas habia presentado en palacio á su distinguido cómpatriota, y pronto la mas estrecha amistad, fundada en la paridad de gustos y de carácter, unió al poderoso monarca y al rico, pero infeliz, emigrado. D. Trifon llegó á depositar en él la mas omnímoda confianza; nada hacia sin consultarle, y con frecuencia le encomendaba la resolucion de los negocios mas difíciles y delicados.

Poco tiempo antes del dia en que comienza nuestra historia, falleció el secretario particular de S. M., y como es natural, hubo una multitud de pretendientes que deseaban llenar el puesto vacante, pues no era mala breva aquel empleito. Entre los pretendientes habia uno recomendado por el ministerio, el Sr. D. Tadeo Maraña, diputado, periodista distinguido, y hombre de mucha influencia. El rey iba ya á nombrarle su secretario, cuando llegaron á sus oidos algunas noticias que dejaban bastante mal parada la reputacion del Sr. Maraña. Decíase, entre otras cosas, que este señor habia conseguido, por malas artes, apoderarse de la fortuna del anciano Suelagorda, maestro de obra prima muy ventajosamente conocido en la ciudad, en pago sin duda de sus

beneficios, pues cuando Tadeo quedó huérfano, el honrado zapatero, que habia sido amigo y sócio del autor de sus dias, le recogió en su casa, y fué para él un segundo padre, por lo menos tan cariñoso y solícito como el que habia perdido.

D. Trifon, que no queria hacer su secretario á un hombre indigno de serlo, pero que al mismo tiempo no daba crédito á las murmuraciones, que suelen ser muchas veces hijas de la envidia, encargó al buen Coppernose que se informára cuidadosamente de los antecedentes de los Sres. Maraña y Suelagorda, y redactára una memoria exacta y detallada de las relaciones de todas clases que habian existido entre ellos.

Lord Coppernose habia cumplido el encargo de D. Trifon, y venia á traerle la historia de Maraña y Suelagorda, escrita de su puño y letra. El rey tomó el manuscrito que su amigo le alargaba, y como estaba impaciente por conocer su contenido, púsose en seguida á leerlo.

No poseemos aquel notable documento, ni hemos podido encontrarlo en ningun archivo ni biblioteca; pero una vieja que lo habia leído nos dió á conocer la historia que en él se relataba, historia que vamos á referir á nuestro modo al pacientísimo lector.

IV.

Crispin Suelagorda y Crispiniano Maraña habian sido desde la niñez amigos inseparables; en el mismo taller aprendieron el oficio de zapatero, y apenas salidos de la adolescencia se casaron el mismo dia con dos guapas chicas, que, como ellos, estaban ligadas por la mas firme amistad. Y como Brígida y Bárbara tenian algunos cuartos, sus maridos pudieron establecer una pequeña zapatería en la calle del Tirapié, y empezaron á trabajar por su cuenta.

Suelagorda era tan hábil en su oficio, y ponía tan buena cara á todos los que iban á su tienda, que pronto llegó á contar con innumerables parroquianos, entre ellos los mas distinguidos currutacos de la corte, así es que las ganancias de los dos amigos eran considerables; pero desgraciadamente, Crispiniano era muy devo-

to del bienaventurado San Lúnes, patron de los calqueros, y todos los lúnes iba á la taberna del tío Mosquito, donde pasaba el dia entero bebiendo y jugando, de modo que gastaba no solo las ganancias que le correspondian, sino tambien las que correspondian á su sócio, que era un bendito incapaz de negar nada á su amigo querido.

Casi al mismo tiempo quedaron viudos los dos zapateros, y seguramente habrian muerto de pesadumbre, ó se habrian suicidado, si cada uno de ellos no hubiese tenido un hijo que le sirviera de consuelo en aquel terrible trance. Maraña comprendió que era preciso tener paciencia, y vivir para su tierno Tadeo; Suelagorda, que iba ya á echarse al estómago un pote de tinte en el que habia puesto ochocientas cabezas de fósforos de Cascante, arrojó el pote por la ventana al pensar que el pobre Hilario, su inocente vástago, quedaria sin amparo, si él se daba la muerte.

V.

Algun tiempo despues, Maraña, á causa sin duda de su hábito de embriagarse, contrajo una terrible enfermedad crónica, que le imposibilitó completamente para el trabajo. El desgraciado no debia volver á revestir el mandil, ni á manejar la lezna, ni á embriagarse con el perfume de la pez.

Ocho años y algunos meses estuvo, por decirlo así, entre la vida y la muerte, y durante ese tiempo el buen Suelagorda se desvivió por devolverle la salud á fuerza de cuidados. Apenas salia un momento de la alcoba del enfermo, de modo que, como sus visitas al taller eran tan raras y tan cortas, los obreros se hicieron muy haraganes, y las ganancias disminuian de dia en dia. Suelagorda tuvo que imponerse muchas penosas privaciones para conseguir que nada faltára á su desgraciado amigo y á Tadeito, á quien se proponia adoptar, en el caso muy probable de que quedara huérfano.

Por aquel entonces falleció un pariente de Suelagorda, dejándole heredero de sus bienes, que consistian en dos casitas situadas en las afueras de la ciudad, y nuestro buen maestro de obra prima las vendió, para con su producto atender aún mejor

al cuidado del enfermo. La suma que de ese modo obtuvo el zapatero era bastante considerable; pero, aunque lo hubiera sido mucho más, pronto habrían dado buena cuenta de ella los médicos y boticarios de Cuatrocasas.

Cuando ya no hubo un céntimo en la gaveta del honrado calquero, este se vió obligado á vender sus muebles y empeñar sus vestidos, para que Crispiniano tuviese todo lo necesario en su triste estado. Pero, al fin, Dios se apiadó del buen industrial que tantos sacrificios habia hecho en aras de la amistad, é hizo que Marañña estirase la pata, es decir, se lo llevó al otro mundo, aunque no se sabe á punto fijo si le dió alojamiento en el paraiso, en el infierno, ó en el purgatorio. Suelagorda lloró amargamente la muerte de Crispiniano, se llevó á Tadeito á su casa, y volvió á ocupar en el taller su sillón, que tanto tiempo habia estado vacante. Los obreros dejaron de ser holgazanes, ó fueron reemplazados por otros de reconocida laboriosidad; los parroquianos antiguos iban volviendo al saber que con la presencia del maestro habian vuelto al taller la equidad, el esmero y la actividad. Los negocios de Suelagorda tomaron en breve el mas risueño aspecto, y como no estaba ya allí Crispiniano para beberse las ganancias, Crispin no debia tardar en hacerse rico.

VI.

Suelagorda deseaba que Hilario y Tadeo fuesen zapateros como él, y que un dia pudiesen sucederle al frente de su acreditado y próspero establecimiento, así es que se apresuró á enseñarles el oficio.

Tadeo era muy perezoso y holgazan, y con frecuencia se escapaba de la zapatería para ir á jugar con sus camaradas; sus travesuras eran conocidas en todo el barrio, y apenas pasaba un dia sin que algun vecino viniera á quejarse á Suelagorda de alguna fechoría del muchacho.

En cambio Hilario era muy laborioso, muy aplicado, y pronto llegó á superar en habilidad á los mejores oficiales. Los momentos que tenia desocupados los pasaba entregado á la lectura, ó

bien en los templos donde se celebraba alguna funcion, pues gustábale muchísimo la orataria sagrada, la música religiosa, y principalmente las ceremonias del culto católico. De ese modo nació en su corazon el deseo de hacerse clérigo, deseo que adivinó Sueilagorda, y que el honrado industrial no pensó en contrariar. ¡Qué placer experimentó Hilario cuando su padre le dijo que tenia su consentimiento para abrazar la carrera eclesiástica! Desde entonces, hasta el dia en que empezó sus estudios, puede decirse que vivió en la iglesia parroquial del barrio, de la advocacion de San Cucufato. Y es que á ningun templo tenia tanta aficion como á aquel en que habia recibido los primeros sacramentos, y se habia iniciado en los misterios y preceptos de la religion. Una funcion en aquella iglesia era para él un verdadero acontecimiento. ¡Cuánta admiracion y envidia le causaban las espléndidas casullas de los sacerdotes, casullas de rica seda, de brillantes colores, recamada de oro! ¡Qué contento se ponía al pensar que tambien él podria un dia acercarse al altar en aquel vistoso traje, causando envidia y admiracion! Detestaba cordialmente al monaguillo (á quien, por amor al oficio, ayudaba en el desempeño de sus deberes) porque era mas fuerte que él, y porque le propinaba por via de pasatiempo mas puntapiés de los que el pobre Hilario hubiera querido recibir; pero se consolaba pensando que un dia habia de venir en que tuviese que vestirle y ayudarle á misa, llevar el libro de un lado al otro del altar, levantarle la casulla, arrodillándose ante él con el turiferario en la mano enviarle nubes de aromático incienso, y terminada la misa entregarle respetuosamente el prodigioso bonete de cuatro picos, objeto primordial de su ambicion.

VII.

Han trascurrido algunos años.

Hilario ha hecho sus estudios de un modo brillante, obteniendo siempre las mejores notas, y en breve vá á ser ordenado de epístola.

Si el lector desea ver al jóven estudiante, no tiene mas que se-

guirnos á la zapatería de su padre, y encontrará á este hablando alegremente del porvenir con Hilario, el futuro subdiácono, á quien Suelagorda espera ver arzobispo y aun cardenal antes de mucho tiempo.

Tadeo no estaba en la tienda. Habia aprovechado el buen tiempo para irse de bureo con sus amigos.

Suelagorda estaba radiante de alegría, de orgullo y de esperanza.

El semblante grave y meditabundo de Hilario estaba en admirable consonancia con su severo traje negro.

VIII.

De pronto abrióse la puerta de la zapatería, y entraron un caballero anciano y una jóven.

El anciano era D. Terencio de Capisayo, marqués de Capisayo, y la jóven su bellísima hija Nicolasa de Capisayo, doncella de diez y siete abriles y otros tantos mayos.

Nicolasa necesitaba un par de botines.

Sentóse en la silla que Suelagorda la ofreció galantemente, y el zapatero fué trayendo y colocando junto á la jóven todo lo que tenia de mas elegante en calzado de damas.

Entretanto tambien el marqués se habia sentado, y sacando del bolsillo de su gaban un número de «*El Festin del Presupuesto*», diario político de Cuatrocasas, se puso á leerlo con visible interés.

Suelagorda ayudó á la jóven á descalzarse el pié derecho.

¡Qué pié tan lindo! ¡Y qué pierna.....!

La jóven se probó un botin, y luego otro, y luego otro.....

El estudiante observaba con creciente interés á la doncella; no apartaba los ojos de su diminuto pié y bien torneada pierna, de la que no veia ¡oh desgracia! mas que muy poco.

De seguro la linda media de seda blanca, primorosamente calada, habia llamado la atencion del jóven. Con gusto hubiera contemplado de mas cerca aquel precioso producto de la industria femenina.

Nicolasa, que habia notado la atenta contemplacion del estudiante tenia fijos en él sus brillantes ojos negros, y sonreia maliciosamente.

IX.

Hilario no pestañeaba siquiera. Hubiera sido perder un tiempo precioso.

X.

A la mañana siguiente notó con asombro Suelagorda que su hijo no se habia vestido de negro como de costumbre. La levita era azul, el pantalon color de perla, el chaleco blanco, y la corbata roja.

XI.

¡Misterios del corazon humano!

Hilario Suelagorda habia renunciado á seguir la carrera eclesiástica.

Desde entónces vióse al jóven en la tienda desde que ésta se abria por la mañana temprano hasta que se cerraba ya entrada la noche, de modo que como su padre descansaba en él, y como Tadeo estaba casi siempre ausente, Hilario llegó á ser en breve el verdadero jefe del establecimiento.

XII.

Nicolasa iba con frecuencia á *la Abarca de Oro*.

Así se llamaba la tienda.

Parece que la gallardía y hermosura de Hilario habian hecho *tilin* á la señorita de Capisayo.

En cuanto al jóven, tal vez habrá adivinado el lector que estaba enamorado de Nicolasa.

Tambien Tadeo se enamoró de ella como un animal.

Pero la doncella no quiso jamás consentir que Tadeo calzase ni descalzase sus lindos piés. Algunos cronistas aseguran que rechazó varias veces al mismo Suelagorda padre, diciendo que solo el hijo conocia perfectamente sus piés, y era capaz de servirla bien.

Como es natural, el viejo zapatero no se ofendió por eso, pues se lo estorbaba su amor de padre; pero Tadeo, que tenia una alta idea de sí mismo, experimentó una profunda irritacion al verse despreciado por la que amaba, y principalmente al ver la predileccion que Nicolasa mostraba por Hilario. El vanidoso Tadeo se habia atrevido á esperar que él seria el preferido, y se habia llevado un solemne chasco. La envidia, el ódio, la sed de venganza llenaron hasta hacerlo rebosar el corazon del jóven Maraña.

Por eso, y porque no amaba el trabajo, y sobre todo porque tenia ambicion y se avergonzaba de ser zapatero, Tadeo halló un pretesto para enemistarse con Hilario y su padre, y despues de un vivo altercado con ellos, se marchó para no volver.

Suelagorda é Hilario hicieron cuanto pudieron para hacerle entrar en razon; le escribieron cartas afectuosísimas rogándole que les perdonase si le habian involuntariamente ofendido, y que volviese á la Abarca de Oro.

Todo fué inútil: Tadeo ni siquiera se dignó contestar. El jóven tenia en que emplear el tiempo mas provechosamente.

XIII.

Tadeo Maraña habia observado que con frecuencia los hombres menos virtuosos y de mas obtuso entendimiento eran los que mejor navegaban en el proceloso mar de la política, y los que llegaban á ocupar los mas encumbrados puestos. Bastaba un poco de travesura, y mucha desvergüenza (al menos en Cuatrogatos), para llegar á ser diputado, gobernador, ministro..... cualquier cosa.

Y como Tadeo tenia ambicion, y le sobraban desvergüenza y travesura, hizose hombre político, en la esperanza de medrar como medraban otros.

Es una verdad demostrada por la experiencia (dice un filósofo de Cuatrogatos) que casi siempre las peóres semillas son las que

mejor germinan en el campo de la política. Por eso Tadeo adquirió en poco tiempo renombre, influencia y poder.

Reinaba á la sazón en Cuatrogatos Mateo V el Flaco, y aunque era un excelente monarca, habia un partido poderoso que, viéndose alejado de las olímpicas regiones del poder, deseaba destruirle y estaba trabajando para conseguirlo.

Tadeo se afilió en aquel partido tan pronto como pudo convencerse de que el éxito mas completo iba á coronar sus planes antidinásticos.

El jóven fundó un periódico revolucionario titulado «*El Centinela de Alcorcon*», que pronto sobrepujó en osadía y virulencia á todos los órganos opositoristas.

Por fin la conspiración dió sus frutos. El ejército se pronunció contra D. Mateo, y este tuvo que refugiarse en el vecino archipampanazgo de Barrabás.

Tadeo escribió un artículo en su periódico celebrando la caída del tirano, y el triunfo de la libertad. No dejaba hueso sano al malhadado Mateo V.

Algunos meses despues de estos sucesos, los revolucionarios victoriosos trataron de llenar el trono vacante, y el jóven Maraña fué uno de los que mas contribuyeron al entronizamiento del príncipe Policarpo de Arrigorriaga.

Este le mostró su agradecimiento dándole el gobierno de una provincia y concediéndole la gran cruz del Hipopótamo de Calderilla.

Mientras *los suyos* estuvieron en el poder, Tadeo se mostró afecto al nuevo monarca; pero así que este buscó sus ministros en el bando opuesto, el jóven conspiró contra Policarpo como antes habia conspirado contra Mateo.

El rey D. Policarpo deseaba sinceramente el bien de la nación, y estaba dispuesto á sacrificarse por ella; pero cuando vió que los mismos que le habian exaltado al trono le abandonaban; cuando comprendió que los que le servian y adulaban lo hacian pensando en el propio medro y no en el bien de la patria, se disgustó profundamente, y abdicó, retirándose á su principado de Arrigorriaga.

El país quedó sumido en la mas completa anarquía.

Tadeo se acordó de aquello de que «*A río revuelto.....*», y viendo que los partidos populares le rechazaban con desprecio, se afilió en el partido que trabajaba por la restauracion de la dinastía de Escobajo, personificada en el príncipe D. Trifon, que estaba comiendo el pan del destierro en el archipampanazgo de Barabás, pues su padre D. Mateo habia fallecido de amargura ó de vejez, que en este punto no están acordes los historiadores.

Mal hizo el partido de la restauracion en abrigar en su seno á aquella serpiente de cascabel, pero Tadeo se mostró arrepentido de sus errores pasados, y le creyeron cándidamente.

Los esfuerzos de los partidarios de la dinastía de Escobajo fueron coronados por el éxito mas brillante.

El príncipe Trifon volvió del destierro y se sentó en el trono de sus mayores. Tadeo publicó en su periódico una série de artículos enalteciendo las virtudes del nuevo monarca, y asegurando que solo la dinastía de Escobajo podia hacer la felicidad del reino.

Despues escribió otra série de artículos dedicados á examinar los actos del rey Policarpo durante su efímero reinado, artículos en los que, olvidando que aquel príncipe le habia colmado de beneficios, el agradecido Tadeo le ponía que no habia de donde cogerle.

El ministerio pagó los servicios del aprovechado jóven *recomendándole* á los electores de un distrito rural, que le eligieron diputado.

Aunque carecia de verdadera elocuencia y no le sobraba talento, consiguió en breve, gracias á su habilidad en la intriga, ponerse á la cabeza de uno de los mas numerosos é importantes grupos del *Parlatorio* (así llaman en Cuatrogatos al Congreso ó Asamblea Legislativa), grupo que desde entonces fué apellidado *de los Marañeros*, en honor de su jefe Tadeo Maraña.

XIV.

Entretanto los Suelagorda padre é hijo no pensaban mas que en trabajar, y para nada se acordaban de la política. Gracias á su honradez y laboriosidad iban acumulando grandes riquezas.

Pero Hilario no era feliz. Nicolasa, á quien tanto amaba, habia cesado de ir á la Abarca de Oro.

Creia Hilario que la jóven habia adivinado su amor, y que avergonzada de haber inspirado tal sentimiento á un humilde zapatero, no queria volver á traspasar el umbral de su tienda.

Pero Hilario estaba equivocado. Nicolasa le amaba, y si no iba á la zapatería era porque su padre se lo habia expresamente prohibido.

Tadeo, que desde que era diputado frecuentaba la casa del marqués, habia dado á entender á este que el jóven Suelagorda amaba á su hija; D. Terencio se puso hecho un basilisco al saber que un zapatero se atrevia á poner sus plebeyos ojos en la hija de un *grande* de primera clase, y juró que Nicolasa no volveria á entrar en la Abarca de Oro.

XV.

Hemos exagerado algun tanto al decir que Suelagorda no se acordaba para nada de la política. Y jamás nos arrepentiríamos bastante de nuestra injusticia, si dejáramos de consignar aquí un acto político de aquel hábil zapatero, que no por ser el único que de él se cuenta es menos digno de aplauso. Por otra parte, él solo basta para hacer ver la inmensa diferencia que existía entre el ingrato Tadeo y el buen Suelagorda.

Avergonzado este de la negra ingratitud con que muchos de sus compatriotas habian pagado los beneficios recibidos de manos del rey Policarpo, envió á este noble príncipe, á su Señorío de Arrigorriaga, á donde se habia retirado despues de su abdicacion, un hermoso par de botas de montar, juntamente con una sentida y respetuosa epístola que dicen hizo llorar al ex-rey.

XVI.

Hilario aborrecia la ociosidad. Por eso, el tiempo que sus ocupaciones le dejaban libre, lo empleó en escribir un notable y curioso libro titulado «*Piés y piernas*», y que á no dudarlo fué ins-

pirado por el recuerdo de los lindos piés y no menos lindas piernas de la Señorita de Capisayo.

La obra estaba dividida en tres partes.

La primera trataba de la hermosura del pié y de la pierna, y demostraba que tanto ó mas facilmente puede enamorar á un hombre un pié bien modelado ó una pierna bien torneada, como un palmito retrechero ó un cuerpo lleno de sandunga. Auténticas y sabrosísimas anécdotas venian en confirmacion de esta tésis. Entre ellas habia una de Lucio Vitellio, que enamorado de los piés de Mesalina, esposa del emperador Claudio, la rogó que le permitiese descalzarla, y habiendo la emperatriz accedido á su demanda, la descalzó y guardó uno de sus escaarpines, llevándolo durante el resto de su vida entre la camisa y la piel.

En la misma primera parte se ponderaba lo mucho que contribuye á realzar la belleza del pié y pierna el llevar las medias bien ceñidas, y el calzado bien conformado. Y citábanse los nombres de aquellas damas que en los antiguos y modernos tiempos se habian distinguido por su esmero en calzarse bien, sin olvidar entre ellas á Poppea Sabina, mujer de Neron, que segun dicen usaba chinelas y escaarpines de oro.

Añadia Tadeo que la hermosura de las piernas hace creer en la hermosura del cuerpo, pues es natural que las buenas columnas sostengan un buen edificio. ¿Quién ignora que generalmente sobre esbeltas y elegantes columnas hay suntuosos capiteles, elegantes arquitrabes, hermosos frisos, y magnífico cornisamento?

La segunda parte era nada menos que la historia del calzado en todos los pueblos que han ocupado la faz de nuestro vetusto planeta desde la mas remota antigüedad. Y es que de ningun modo puede demostrarse mejor la importancia de los piés, que recordando los esfuerzos de los hombres para cubrirlos y adornarlos del mejor modo posible.

Mencionábanse (entre otras innumerables clases de calzado) las babuchas y sandalias que los Egipcios hacian con pleita de papiro ó de palma, los chapines de los Persas y de los Asirios, el calzado que debió su nombre á la Laconia, las sandalias de esparto que se fabricaban en España, las de madera (*soleæ lignæ*), y de mim-

bre de los romanos, la *solea* propiamente dicha, la *caliga*, el *calceus* de púrpura de los reyes, el *calceus* blanco de los senadores, el *calceus uncinatus* ó zapato engarabatado, el *soccus*, la *crepida*, el *phæcasion*, el *pero*, el *coturno*, el *campagus* de los generales y de los emperadores, los zapatos *à la poulaine* inventados á fines del siglo XIII, las botas de embudo (*bottes à entonnoir*) del siglo XVII, los escarpines de Artajerjes Longimano, las alpargatas de Soliman, los chanclos del rey Perico, y la abarca, que como todos saben fué inventada por un famoso soberano de Navarra.

Despues del pié, la pierna. Anejo á la segunda parte del libro de Hilario, habia un pequeño apéndice dedicado á las medias, calcetas, calcetines y polainas, apéndice notable por mas de un concepto.

La tercera parte era simplemente un catálogo de todas las clases de calzado que Suelagorda tenia de venta, con su descripcion, precios, etc. etc.

XVII.

El libro de Hilario obtuvo el éxito mas lisongero.

El editor, que no habia pagado casi nada por el manuscrito, se enriqueció en pocos meses; la Abarca de Oro estaba siempre llena de personas que deseaban estrechar la mano del jóven autor y encargarle un par de botinas ó de zapatillas; los periódicos de Cuatrogatos y de las naciones vecinas no hablaban mas que de aquel maravilloso parto del ingenio de Suelagorda hijo.

Tadeo estuvo á punto de reventar de envidia.

XVIII.

Un grave acontecimiento vino á interrumpir de un modo desagradable á los ciudadanos de Cuatrogatos ocupados en saborear las innumerables bellezas del libro de Hilario.

Un Barbarin habia asesinado á un súbdito de D. Trifon; el rey Perico se habia negado á castigar al asesino é indemnizar á la familia del muerto, y el gobierno de Cuatrogatos, justamente irritado, habia declarado la guerra al reino de los Barbarines.

Un numeroso ejército se puso inmediatamente en marcha há-

cia la frontera septentrional. El entusiasmo era inmenso; los ricos hacían donativos de todas clases, y los pobres se alistaban como voluntarios.

El día que llegó la noticia de la primera victoria ganada por el ejército nacional, estaba Hilario buscando en un periódico los detalles de aquella gloriosa función de guerra, cuando llamó su atención el dulce nombre de su amada, impreso en gruesos caracteres, al principio de la sección de gacetilla.

Hilario leyó:

«Tenemos un vivo placer en anunciar á nuestros lectores el próximo enlace de nuestro distinguido amigo el joven D. Tadeo Maraña y Tirapié, jefe de la fracción de Marañeros en el Parlamento Nacional, y director de nuestro apreciable colega «*El Centinela de Alcorcon*», con la bellísima, simpática y elegante señorita DOÑA NICOLASA DE CAPISAYO, hija única del señor marqués de Capisayo, Grande de Cuatrogatos de primera clase, Caballero Gran cruz de la orden del Cocodrilo Ecuatorial, miembro honorario de la Sociedad *Miau-Angolana* para la protección, mejora y educación de la raza felina, Presidente del *Fopdoodles Club*, etc. etc. etc. S. M. el Rey será padrino, y madrina S. M. la Reina.»

Hilario dejó caer el periódico de la mano.

X I X .

El desgraciado hijo de Suelagorda no durmió, ni se acostó siquiera, aquella noche. No lo extrañarán aquellos de mis lectores que se hayan hallado alguna vez en situación semejante á la suya.

Toda la noche estuvo paseándose, ó mejor corriendo, en su alcoba, como una fiera enjaulada.

Creíase el mas infeliz de los hombres. ¡Nicolasa, su primero, su único amor, iba á verse en breve en brazos de otro!

¡Si al menos ese otro hubiera sido digno de ella! Pero Tadeo....

Hilario decidió abandonar la ciudad. No tenía valor para presenciar el triunfo de su rival.

Pero ¿á dónde iria? ¿A dónde iria que ni llegase á sus oídos la noticia de la boda?

Acordóse del ejército que combatia contra los Barbarines. ¿Por qué no sentaria plaza de soldado? De ese modo serviria á su pátria, y tal vez el fragor de los combates le impediria oír las quejas de su dolorido corazon.

¡Quién sabe si Hilario se engañaba á sí propio! ¡Quién sabe si deseaba encontrar la muerte peleando por su pátria!

Escribió una afectuosa carta para su padre; introdujola por debajo de la puerta, en el cuarto del anciano; y salió aquella misma noche para Móstoles, donde se hallaba un batallon que de un momento á otro debia partir para el teatro de la guerra.

X X .

No todo lo que dicen los periódicos suele ser exacto.

La malhadada *gacetilla* que mis lectores han leído mas arriba, decia que el matrimonio de Nicolasa y Tadeo iba á verificarse en breve, pero deber nuestro es decir que no habia tales carneros.

Hé aquí la verdad de los hechos.

El Sr. Maraña pidió al marqués la mano de su hija, y D. Terencio, que era en extremo orgulloso y recordaba que Tadeo habia sido zapatero, pero que al mismo tiempo conocia que el jóven tenia travesura y estaba en camino de medrar, le contestó que no tendria inconveniente en que fuera su yerno el dia que el rey le concediera un título ó un empleo capaz de hacer olvidar su ínfima extraccion.

Tadeo prometió tener el título ó el empleo antes de que trascurriera un mes, y por eso el marqués, que tenia una fé ciega en el jóven Maraña, no hizo rectificar la noticia que habia dado un periódico, y que todos los demás se habian apresurado á reproducir.

En cuanto á Nicolasa, mostróse mas desdeñosa que nunca con Tadeo. Este, que atribuia su desden, y no sin fundamento, al amor que la jóven tenia á Hilario, juró la ruina de este y de su padre.

X X I.

Bien sabia Tadeo que el anuncio de su próximo enlace con Nicolasa era la causa de que Suelagorda hijo se decidiese á tomar parte como voluntario en la guerra contra los Barbarines, de la que tal vez no volveria.

Pero Tadeo, lejos de compadecerse del desgraciado Hilario, no hizo sino apresurarse á poner en práctica sus inícuos planes de venganza.

Entendióse con un pícaro de su especie, llamado Anselmo Sabandija, mercader de cueros, y sirviéndose de documentos falsificados, reclamaron al honrado zapatero el pago de enormes sumas, que, como era natural, aquel artista se negó á entregar.

El negocio fué ante los tribunales.

No habia en Cuatrocasas cuatro personas que no estuvieran seguras de la sinrazon de Tadeo y de su cómplice; pero los ministros, que no podian sostenerse en el poder sin el apoyo de los Maraños, cuyo jefe era el jóven Maraña, dieron á entender á los magistrados que si Suelagorda no era condenado serian ellos declarados cesantes.

Y como el estómago es antes que la conciencia..... el zapatero fué condenado.

Todo cuanto poseia, sin esceptuar la Abarca de Oro, pasó á manos de los señores Sabandija y Maraña.

El malaventurado Suelagorda se vió reducido al extremo de tener que ir á pedir trabajo á su colega Tiburcio Leznaguda, quien, como conocia su habilidad, le dió el puesto de preferencia en su taller.

¡Oh inextabilidad de las cosas humanas!

X X I I.

Ya satisfecha su sed de venganza, Tadeo solo pensó en conquistar la mano de Nicolasa, sirviéndose del medio que el marqués le habia indicado.

Hallábase vacante el empleo de Secretario particular del rey, y Maraña se apresuró á solicitarlo. El ministerio apoyó eficazmente la solicitud del jóven diputado.

El señor de Capisayo declaró al pretendiente que si obtenia aquel empleo podia contar con la mano de su hija.

Creia, pues, el enamorado Tadeo, que por fin iba á realizarse su sueño dorado, pues estaba seguro de que el soberano accederia al deseo de sus consejeros responsables.

Pero el rey Trifon, que, deseoso de complacerles, estaba ya á punto de nombrar á Maraña su secretario, oyó hablar de este en términos poco honrosos, y temeroso de emplear sus bondades en un hombre indigno, encargó á su confidente Coppernose que se enterase de la verdad de los hechos, y escribiese la historia de Tadeo Maraña.

Lord Coppernose cumplió fielmente el encargo de D. Trifon, redactando una extensa memoria, en la que se referian en todos sus detalles los acontecimientos que acabamos de narrar tan rápidamente como nos ha sido posible.

Cuando D. Trifon hubo terminado la lectura del manuscrito, llamó á Coppernose y le encargó dijese á Suelagorda, Tadeo y D. Terencio, que el rey los esperaba el dia siguiente á las once menos cuarto, once y once y media respectivamente. D. Terencio debia traer consigo á su hija Nicolasa.

X X I I I.

A la mañana siguiente muy temprano, estaba D. Trifon durmiendo como un bienaventurado al lado de su amada esposa, cuando esta le despertó dándole en salva la parte un soberbio pellizco.

—¡Por vida de....! ¿Qué quieres, mujer? dijo el rey, amostazado, llevando la mano al..... á la parte lastimada.

—Han traído para tí este despacho telegráfico, contestó Sinforosa entregando un pliego á su régio consorte. Me han dicho que acaba de llegar del teatro de la guerra, y presumo que contiene noticias de grande importancia.

El rey se apresuró á romper el sobre y leer el despacho.

Sin duda las noticias que en él se le comunicaban eran muy gratas, pues el rostro de D. Trifon parecia mas radiante de gozo á medida que leia, y cuando hubo terminado dijo volviéndose á su parienta:

—¡Buenas noticias, amiga mia, buenas noticias! Lee si quieres el despacho, pero no divulgues lo que en él me dice el general en jefe de nuestro ejército. Tal vez cambiaré hoy de ministerio, y deseo que los nuevos ministros sean los que anuncien al pueblo tan faustas nuevas. ¡Ah! ¡qué bruto soy! El despacho está en cifra, y no podrás leerlo. Dámelo, Sinforosa, pichona; yo te lo he de leer.

Mas adelante daremos á conocer á nuestros lectores aquel despacho, que, como habia adivinado Sinforosa, era de mucha importancia, pues anunciaba una gran victoria que el ejército nacional habia alcanzado, victoria tan completa, tan brillante, que era de esperar que los Barbarines pidiesen la paz, y aceptasen cuantas condiciones quisiera imponerles el general vencedor.

X X I V.

Suelagorda fué muy puntual.

Presentóse en palacio á las once menos cuarto, y el rey le recibió con mucha afabilidad.

—¡Buenos dias, maestro! le dijo. ¿Cómo vá de salud? ¿Y qué noticias tienes de tu hijo Hilario? Espero que se portará como un valiente. Te he mandado llamar porque tenemos que hablar los dos de varios asuntos que te interesan. ¿Conoces á Tadeo Maraña? ¿Sí? Pues estoy esperándole. A las once estará aquí, y deseo que escuches nuestra conversacion. Entra en ese gabinete del cual oirás perfectamente todas nuestras palabras. Cuando me oigas decir al señor Maraña que de un momento á otro espero la llegada de D. Terencio, su futuro yerno, acompañado de la bella Nicolsa, sales de tu escondite por la puerta del fondo, que dá al corredor principal del alcázar, y te presentas de nuevo á la misma puerta por donde acabas de entrar á verme. El ugier te anunciará

otra vez, y Tadeo no sabrá que has escuchado nuestra conversacion.

Suelagorda entró en el pequeño gabinete, y el rey cerró la puerta.

El zapatero no sabia que pensar de lo que le estaba sucediendo.

X X V.

Tadeo fué tan puntual como Suelagorda.

Pero no debe admirarnos la puntualidad en quien, como Tadeo, creia venir á recibir mercedes de su soberano.

Este le recibió con la sonrisa en los lábios.

—¡Ola, buen Tadeo! le dijo. Tiempo há que deseaba conocerte. No ignoro cuan adicto eres á mi persona y á mi dinastía, y sé que te debo muchos y grandes servicios.

—Señor, contestó Tadeo inclinándose profundamente, sabe Dios que daria gustoso hasta la última gota de mi sangre en defensa de V. M. y de su gloriosa dinastía. En cuanto á mis servicios, no tiene V. M. que agradecermelos, pues no he hecho mas que cumplir mi deber de súbdito leal y honrado. Estábais desterrado, Señor, y contribuí poderosamente á que os fuera devuelto el trono de vuestros mayores. Vuestros enemigos conspiran constantemente contra V. M., y nadie ignora que yo soy siempre de los primeros en adivinar el peligro y dar la alarma, y que á mí principalmente se debe que sus odiosos planes se vean frustrados. Vuestro ministerio no tiene en el Parlatorió Nacional un adalid tan ardiente, tan vigoroso, tan temido como yo. Mi periódico, *El Centinela de Alcorcon*, es, de todos los periódicos que se publican en el reino, el mas hábil y entusiasta defensor del trono y del noble soberano que lo ocupa. Pero al hacer todo esto no hago mas que mi deber... digo mal, una parte de mi deber. Sí; conozco que debiera hacer mucho más, y mucho mas haria á permitírmelo mis pocas fuerzas y escaso talento.

—Con razon suele decirse que todos los hombres de verdadero mérito son modestos, repuso D. Trifon. Sé que eres uno de nuestros oradores mas elocuentes, y sin disputa el primero de nuestros periodistas. Recuerdo haber leído la série de notabilísimos artícu-

los que escribiste contra el rey D. Policarpo, poco despues de la abdicacion de aquel príncipe.

—Aunque se resienta mi modestia, debo confesar que mi humilde trabajo fué muy elogiado.

—Pusiste á Policarpo de ropa de pascua. ¿Por qué le tenias tanta ojeriza? Parece que el infeliz te habia hecho muchas mercedes.

—Es cierto, Señor. El intruso deseaba granjearse mi adhesion y mi apoyo. Pero yo despreciaba sus mercedes, y si alguna vez aparenté serle afecto, fué para poder mejor contribuir á su caida.

—Sí; eres un dechado de buenos súbditos, y espero probarte muy pronto que no soy ingrato.

Tadeo se inclinó respetuosamente.

X X V I .

El Rey continuó:

—Ningun placer puede compararse con el que experimenta un soberano al conceder empleos, honores, y toda clase de recompensas, á servidores tan leales como tú. Pero es placer que pocas veces tienen los reyes. ¡Se vén asediados por tantos famélicos pretendientes! Y casi siempre los menos dignos son los mas ambiciosos, los mas tenaces, y los mejor recomendados. Porfian tanto que al fin uno se vé obligado á ceder para librarse de su insoportable importunidad. Cabalmente hace algunos dias que me está fastidiando el mas insufrible de los pretendientes. Me parece que desea sacarme de mis casillas, y creo que acabará por conseguirlo. Es un tal Suelagorda, de oficio zapatero, y me han asegurado que, hace todavia pocas semanas, era muy rico. No pide una gracia determinada, sino un empleo cualquiera que le permita vivir con decencia. Pero yo pregunto: ¿Por ventura deben vivir del presupuesto todos los que pierden su fortuna, ya sea por su culpa, ó por culpa de otros?

No era cierto lo que decia D. Trifon. Suelagorda vivia de su trabajo, y nada habia pedido al rey. Pero este, que tan malas noticias tenia de Tadeo, queria ver hasta donde llegaba su ingratitude y la mala voluntad que tenia á su bienhechor y padre adoptivo.

—Señor, dijo Tadeo, me asombra el atrevimiento de ese hom-

bre. ¡Un policarpista furibundo! ¡El zapatero Suelagorda, que poco despues de la abdicacion de D. Policarpo, cuando este se hallaba ya retirado en su señorío de Arrigorriaga, le envió un magnífico par de botas de montar, en muestra de adhesion y fidelidad! ¡Ese hombre tiene la desfachatez de pedir mercedes á nuestro augusto soberano!

—Y lo peor es que tendré que hacer algo por ese súbdito desleal, pues me ha sido recomendado por personas á quienes no puedo desairar. Estoy por nombrarle administrador del palacio y parque que tengo en el Real Sitio de Berengenal de Suso.

—¡Ah, señor! No es estraño que en todo el ámbito de la tierra se os apellide el Dadivoso y el Magnánimo. Pero ese empleo es mucho mas de lo que pudiera ambicionar Suelagorda. Ese empleo seria digna recompensa para un fiel servidor del Rey y del Estado. ¿No ha muerto Cosme Tragatinte y Malcuero, y no se halla por consiguiente vacante la plaza de limpiabotas de V. M? Ese zapatero policarpista se tendrá por muy dichoso en reemplazar al difunto en el desempeño de sus altas funciones.

—¡Gracias, muchas gracias, Tadeo! Te aseguro que no me acordaba de que habia reventado el bueno de Cosme. Eres un súbdito modelo, y voy á premiarte concediéndote el empleo de mas lustre entre todos los empleos de mi Real Casa.

Y diciendo estas palabras, el rey se sentó á una mesa, y se puso á escribir.

XXVII.

Al cabo de algunos momentos, el rey dijo á Tadeo, sin dejar por eso de escribir:

—De un instante á otro debe llegar aquí tu futuro suegro don Terencio, y estoy tan satisfecho de tí, que me alegro de haberle dicho que traiga consigo á su hija Nicolasa (que mejorando lo presente es una gran chica), pues sé que tendrás muchísimo placer en verla.

Tadeo se inclinó.

Suelagorda (que habia escuchado atentamente la conversacion que acaban de leer nuestros lectores, y no podia adivinar en que

pararia aquello) recordó, al oír las palabras de D. Trifon, la recomendación de este, y saliendo apresuradamente de su escondite por la puerta del fondo, se dirigió á la del salón donde el monarca daba audiencia.

—¿Tú por aquí? le dijo el rey viéndole entrar. A fé que me alegro, pues deseaba preguntarte qué empleo deseas. Tantos amigos míos me han hablado en tu favor, que estoy decidido á acordarte lo que pidieres.

—Señor, yo agradezco en el alma la benevolencia de esas personas, y la bondad extremada de V. M. Pero, como mis necesidades son cortas, gano con mi trabajo lo necesario, así es que no ambiciono empleo alguno. Como Dios me dé salud, nada más necesito. Y espero que V. M. no interpretará torcidamente mis palabras. Muchos (no pobres zapateros como yo, sino grandes personajes) no aceptan las mercedes del soberano, para demostrarle que no están contentos con él ó con su política; pero Suelagorda ama y respeta á su rey, agradece sinceramente el inmerecido beneficio que quiere hacerle, y está dispuesto á servirle en cuanto se digne mandarle, sin desear otra recompensa que la satisfacción inherente al cumplimiento de un deber sagrado.

—Por más ambicioso te tenía, amigo, repuso el rey. ¿Qué dices á esto, Tadeo?

Y volviéndose al zapatero añadió:

—Puesto que no vienes á lo que yo creí, ignoro qué asunto te trae á palacio; pero, ya que has venido, voy á utilizar tu presencia en este lugar. Este caballero, á quien conoces, es el elocuente diputado señor Maraña, y desea que le haga mi secretario particular. Mi amigo Coppernose me ha dado excelentes noticias de tí, y para que veas cuanto te estimo, te ruego me aconsejes en esta coyuntura. Nadie conoce como tú á Tadeo. ¿Crees que merece la gracia que pide? ¿Me aconsejas que le nombre mi secretario?

XXVIII.

El jóven Maraña estaba turbado é inquieto.—¿En qué parará to-

do esto? se preguntaba. ¿Estará el rey representando una comedia?

No se hizo esperar la respuesta de Suelagorda á la pregunta de D. Trifon.

—Señor, dijo; Tadeo no me quiere bien, y me ha introducido muchas agudas tachuelas en el corazon; pero no puedo olvidar que es hijo de mi mejor amigo, y ruego á V. M. que le haga su secretario. Espero que Dios le tocará en el corazon; espero que comprenderá el valor de la merced que le hace V. M., y que tratará de corresponder dignamente á tanta bondad. Además, creo que con el ejemplo de V. M. se corregirá de los defectos que tuviere.

En aquel momento el ugier anunció al muy alto y poderoso señor marqués de Capisayo y su hija Nicolasa.

—¿Estás bueno, amigo Terencio? le dijo el rey alargándole familiarmente la mano.

Y despues de mirar á Nicolasa con visible admiracion, añadió:

—¡Qué hija tan hermosa tienes, perillan! Creo que por ella sería capaz de olvidar á mi tierna Sinforosa. No me estraña que haya hecho *tilin* al buen Tadeo. ¿Con que estás dispuesto, amigo marqués, á dar la mano de esa preciosa jóven al secretario particular del rey?

—Sí, señor, contestó D. Terencio radiante de gozo y de orgullo.

El agraciado rostro de la jóven se nubló al oir la respuesta del marqués. Evidentemente el enlace proyectado no era de su gusto.

D. Trifon tomó dos pliegos sobre la mesa en que antes habia estado escribiendo, y entregó el uno á Tadeo y á Suelagorda el otro, diciéndoles con una sonrisa:

—Tomad y leed, amiguitos.

Tadeo, que ya se habia serenado, se apresuró á obedecer al rey. Pero apenas hubo leído dos renglones, dijo alargando el pliego á Suelagorda, y mirándole con una sonrisita burlona:

—El pliego que V. tiene en la mano es sin duda el mio, y este debe ser el que nuestro amado monarca queria entregar á V.: es el nombramiento de limpiabotas de S. M.

—Te equivocas, Tadeo; dijo el rey, Acaba de leer ese documento, y verás que el nombramiento está hecho á tu favor. Eres

ya mi limpiabotas. ¿No te prometí el empleo de mas *lustre* entre todos los de mi Real Casa?

Tadeo quedó anonadado. El marqués no sabia que pensar de lo que estaba viendo.

—Pero ¿qué es lo que yo hé hecho, señor, dijo Suelagorda, que V. M. se digna nombrarme administrador del palacio y parque que tiene en el Real Sitio de Berengenal de Suso?

—¿Que qué has hecho? Haz memoria, buen hombre. ¿No regalaste un par de botas de montar á D. Policarpo, despues de la abdicacion de aquel príncipe, á quien no debias merced alguna, mientras que aquellos á quienes habia colmado de beneficios le escarnecian de la manera mas indigna? Tu conducta demuestra la nobleza de tu corazon, y te hace acreedor al premio que te ofrezco.

—¿Pero y el empleo de secretario, señor? dijo D. Terencio, que no cabia en sí de sorpresa.

El rey por toda respuesta sacó del bolsillo del gaban el despacho telegráfico que habia recibido aquella misma mañana, y dijo:

—Prestadme todos un poco de atencion. Voy á leeros un telegrama que he recibido hace algunas horas. En él se habla del que vá á ser mi secretario, y me parece que aprobareis mi eleccion.

X X I X .

D. Trifon leyó lo que sigue:

«A S. M. el rey D. Trifon XIV, el general en jefe del ejército expedicionario.

»Señor:

»Me apresuro á comunicar á V. M. la fausta nueva de la gran victoria que acabo de alcanzar sobre el grueso del ejército de los Barbarines.

»Estos, en número de cincuenta mil, á las órdenes del general Sardanápalo, se habian fortificado en las formidables posiciones de los montes de Baracaldo, generalmente consideradas inexpugnables.

»Pero yo, que conozco de cuanto es capaz el ejército de mi mando, decidí atacarlas, seguro de que el éxito mas completo coronaría mis esfuerzos.

»Dividí mis fuerzas, muy inferiores á las del enemigo, en tres cuerpos de á diez mil hombres cada uno: el primero bajo las órdenes del teniente general Astoa, y el segundo y tercero al mando de los generales Memelo y Moroquil respectivamente. Hice que estos tres cuerpos tomáran posiciones durante la noche, y dí órdenes para que al romper el alba atacasen simultáneamente al enemigo de frente y por los flancos.

»Los movimientos preliminares se han hecho de un modo admirable; en el ataque han demostrado los jefes su pericia y sangre fría, y jefes y soldados un valor verdaderamente heróico. La artillería, con sus certeros disparos, ha contribuido grandemente á la victoria. Me envanezco de mandar un ejército tan valiente y tan disciplinado.

»Todas las trincheras del enemigo han sido tomadas á la bayoneta, y los Barbarines se han visto obligados á abandonar las posiciones donde se creían tan seguros. En este momento se dirigen en desordenada fuga hácia el norte. Yo iré en su persecucion despues de dar á mis soldados algunos momentos de descanso.

»Las pérdidas del enemigo han sido muy considerables, pero no puedo en este momento expresarlas con exactitud. Sin embargo, puede asegurarse que los muertos no bajan de veinticinco mil, y los heridos de treinta y cinco ó cuarenta mil. El número de prisioneros pasa seguramente de doce mil, entre ellos el general en jefe Sardanápalo, y muchos oficiales superiores. Nuestras pérdidas consisten en un muerto, dos heridos, tres contusos y cuatro extraviados.

»Estoy seguro de que el rey Perico y la reina Mari-Castaña, tan pronto como tengan conocimiento de la victoria que he alcanzado, se apresurarán á abandonar su capital, en la que espero entrar triunfalmente dentro de pocos dias. Desde allí dictaré mis condiciones al monarca Barbarin, que sin duda ninguna aceptará cuantas quiera imponerle, por gravosas y humillantes que sean.

»En breve remitiré al ministerio de la Guerra el parte detallado de la batalla, en el que designaré los oficiales y soldados que por su comportamiento se han hecho mas acreedores á una recompensa. Pero no puedo menos de decir que el héroe del dia ha sido un

jóven voluntario llamado Hilario Suelagorda, cuyo valor ha rayado en temeridad, y al que se debe que el renombrado general Sardanápalo haya caído en nuestro poder.

»Dios guarde á V. M. muchos años, para alegría de sus súbditos y gloria de su reino.

»A L. R. P. de V. M.

»El general en jefe del ejército expedicionario

»TIMOTEO PORRON.

»Alturas de Baracaldo, 11 de Junio á las siete de la tarde.»

X X X.

—Ya veis, amigos míos, dijo el rey, que excelentes noticias me dá el bueno de Porron. Lo que no acierto á comprender es como siendo los enemigos en número de cincuenta mil, han podido tener veinticinco mil muertos, treinta y cinco ó cuarenta mil heridos, y doce mil prisioneros. ¡Tal vez algun descuido de los telegrafistas! ¡Son tan brutos!

Luego continuó:

—Ya habeis visto en que términos habla el general de ese valiente jóven, de ese intrépido Hilario Suelagorda. Merece una brillante recompensa, y la tendrá. Hoy mismo le enviaré un telégrama ordenándole que venga inmediatamente á nuestra capital, á tomar posesion del cargo de secretario particular del rey de Cuatrogatos.

Suelagorda estaba tan conmovido que apenas pudo articular algunas palabras de agradecimiento.

Entonces D. Trifon dió algunos pasos hácia el marqués, y le dijo:

—Espero que cumplirás la palabra que has empeñado de conceder la mano de tu hija al que yo nombrase mi secretario. Reflexiona que tomo á Hilario bajo mi proteccion, y que ya no le faltarán ni honores, ni fortuna.

Por toda contestacion D. Terencio se inclinó profundamente.

—¡Bien, marqués, bien! añadió el soberano. No te arrepentirás de tu obediencia. ¿Por qué querias contrariar la voluntad de tu

hija? Mira como se le alegran los ojos al saber que vá á casarse con su amado Hilario, y no con Tadeo á quien detesta.

XXXI.

El jóven Maraña estaba furioso.

—Señor, dijo dirigiéndose al rey, veo que estoy aquí de más, y ruego á V. M. me dé su permiso para retirarme. Nunca hubiera imaginado que un príncipe tan magnánimo como V. M. premiaria mis servicios concediéndome un empleo irrisorio, que en mi calidad de diputado no puedo aceptar.

—Ya sabia yo que no lo aceptarías, respondió D. Trifon, pues de otro modo no te lo hubiera ofrecido, que ni para limpiabotas te quiero. ¿Me recuerdas que eres diputado? Pues bien; que tus electores (eres servidor de ellos y no mio) te dén el premio ó el castigo que merezcas. Sal inmediatamente para tu distrito, y ponte á la disposicion de tus representados. Mañana mismo se publicará en *La Gaceta* un decreto autorizando á tus electores á recompensarte ó castigarte como quieran. Y lo mismo haré en adelante con todos los diputados al terminar cada legislatura.

—Señor.....tartamudeó Tadeo.

—Veo que tampoco aceptas, y á la verdad no me causa estrañeza. Sabes que tus electores te ahorcarían sin compasion.

XXXII.

En aquel momento la puerta del salon se abrió, y entró sin hacerse anunciar (pues á ello le autorizaba su privanza) el amigo del rey, Lord Coppernose.

—¿Qué dice Anselmo Sabandija? le preguntó D. Trifon.

—Siguiendo las instrucciones de V. M. le he amenazado con la cólera del rey sino confesaba su crimen, asegurándole al mismo tiempo que si lo confesaba seria perdonado, y el castigo recaeria solamente en su cómplice Maraña. Entonces ha declarado que los documentos de que se sirvieron para reclamar al zapatero Suelagorda, aquí presente, el pago de enormes sumas que este buen

hombre no les debía, fueron falsificados por Tadeo, de lo cual me ha dado pruebas fehacientes.

—¡Albricias, amigo Suelagorda! dijo el rey volviéndose al zapatero. Tu honor vá á ser vindicado, y tus bienes van á serte restituidos. En cuanto al buen Tadeo Maraña, voy á dar la órden de que inmediatamente le dén cuatro tiros.

—¡Oh, señor! exclamó el honrado calquero postrándose de hinojos ante D. Trifon. Si mi hijo ha servido como bueno al rey y á la pátria; si V. M. cree que merece alguna recompensa, en lugar de hacerle vuestro secretario, perdonad la vida á Tadeo, á su compañero de la infancia. Si en algo me estimais, señor, retiradme la merced que me habeis otorgado, pero perdonad al hijo de mi querido amigo Crispiniano, á quien juré en su lecho de muerte que seria siempre para Tadeo un segundo padre. Yo le amo á pesar de su ingratitud. Perdonadle, señor, que es jóven y aun puede arrepentirse.

El rey contestó con voz trémula de emocion.

—Bien, le perdono la vida; pero es todo lo que puedo hacer por él en obsequio tuyo. Tadeo será conducido en un buque de guerra á la ciudad de *las Tumbas*, capital de la isla de *los Desahuciados*, en el archipiélago de *la Calentura*. Allí pasará el resto de su vida.

Luego añadió:

—No dudo que el ministerio, que tan dispuesto se halla en favor del jóven Maraña, presentará su dimision al saber la desgracia de este; pero estoy dispuesto á aceptarla, y encargaré á mi amigo Coppernose la formacion de un nuevo gabinete, cuyo lema sea castigar á los malos y premiar á los buenos; un gobierno que castigue la holgazaneria, la ambicion injustificada y la ingratitud, y premie la virtud y el trabajo.



POESÍAS.

POESÍAS.

El Amor y la Muerte.

A la hora fatal en que las sombras
á la luz del crepúsculo suceden;
al tiempo que empezaba á iluminarse
el blanco rostro de la luna llena,
el ángel del Amor se paseaba
del Eden en un campo de tomillo,
moviendo en torno suyo con delicia
los dulces ojos, cual el sol brillantes.

De una casia en redor al dar la vuelta
apercibió, paseando cabe un tejo
y hablando en alta voz consigo mismo,
al ángel de la Muerte, quien al verle,
con imperioso acento, con voz ronca
—«De aquí marchad», gritóle, «sin tardanza.
Mios, no vuestros, son estos jardines.»
Lloró el Amor, y desplegó al momento
sus fulgurantes alas, pero dijo
antes que en raudo vuelo se alejase:
—«Esta hora fatal os pertenece.
Sois de la vida la funesta sombra;
pues así como el árbol á la lumbre
del refulgente sol, sombrea el suelo,
así tambien la Vida, de la espléndida
Luz de la Eternidad al puro lambo,

crea la horrible sombra de la muerte.
 La sombra pasa cuando el árbol cae;
 Yo reinaré *por siempre* sobre todos.»

(Del inglés, de Tennyson.)

~~~~~

## ASTROS DE ESCASA LUZ.

~~~~~

Astros de escasa luz innumerables,
 que tachonais del cielo la techumbre;
 estrellas y planetas, mas notables
 por vuestra multitud, que por la lumbre;
 ¡oh vulgo de la esfera! si admirables
 sois cuando brillais solos ¿la vislumbre
 de vuestros rostros pálidos qué vale
 cuando la luna esplendorosa sale?

Violeta fragante y hechicera,
 que cubierta del manto purpurino
 entre todas las flores la primera
 á mostrarnos tu rostro peregrino
 vienes con la incipiente primavera,
 ¿qué vale tu esplendor, aunque divino,
 cuando de erguido tallo, majestuosa,
 brota la reina del jardín, la rosa?

Y vosotros, dulcísimos cantores,
 músicos de la selva prodigiosos,
 que creéis expresar vuestros amores
 con vuestros trinos débiles, si hermosos,
 ¿qué son de vuestro canto los primores,
 pardillos y gilgueros presuntuosos,
 cuando á la caída de la tarde suena
 la incomparable voz de filomena?

Así, su majestad y donosura
 cuando nos muestre la beldad que adoro,
 y nos muestre su angélica hermosura,
 y el brillo de sus ojos, y el tesoro
 de virtud y de amor y de dulzura
 que hay en su noble corazón de oro,
 ¡ah! ¿quién será el mortal que no se inflame,
 y gloria de su sexo no la aclame?

Á ORILLAS DEL IBAIZABAL.

Leyenda.

I.

¡Ay qué linda es la doncella
 que á orillas del Ibaizábal
 recoge vistosas flores
 y teje hermosas guirnaldas!
 Sus bellos ojos azules,
 del cielo de nuestra pátria
 parecen vivo reflejo,
 mas son reflejo de su alma.
 Sus frescos y rojos lábios,
 y sus mejillas rosadas,
 y sus cabellos de oro,
 y su frente despejada,
 y su gentil cuerpecito,
 y su donaire y su gracia,
 hacen que deidad parezca
 mas que criatura humana,
 tal vez la ninfa hermosísima
 del cristalino Ibaizábal.

Pero yo, que la conozco,
sé que no es diosa ni náyada,
sino una graciosa niña,
una sencilla aldeana,
que ha venido á coger flores
á orillas del Ibaizábal.

I I .

En un caballo roano,
animal de hermosa estampa,
por la florida pradera
apuesto jinete avanza.
Es un jóven caballero,
cuyo aspecto y noble gracia
dicen que es de noble estirpe,
de ilustrísima prosapia;
cuyo espléndido atavío
ni un príncipe desdeñára,
pues calza espuelas de oro,
y ciñe brillante espada.
Pero lo que mas atrae
la atención de la aldeana,
que está recogiendo flores
á orillas del Ibaizábal,
es la pluma del sombrero,
por lo vistosa y lo rara.
Al reparar en la niña,
cuya hermosura le pasma,
acercándose el jinete,
de esta manera le habla:
—«¡Doncellica, doncellica,
la de la dulce mirada,
la de los rubios cabellos,
la de mejillas rosadas!
¡Guárdete Dios, doncellica!

Dí, ¿qué haces tan de mañana
en esta hermosa pradera?

Dime, ¿estás enamorada,
y aquí esperas, por ventura,
el objeto de tus ansias?»

—«¡Caballero, caballero,
el de la brillante espada,
el de las espuelas de oro,
el de apostura bizarra!

No tengo amor: soy muy niña,
y nadie de amores me habla;
pero como amo las flores
que estas orillas esmaltan,
he venido muy temprano
á tejer lindas guirnaldas,
y ofrecerlas á mi madre,
que mucho las flores ama.»

III.

—«¡Doncella, hermosa doncella,
la de mejillas rosadas,
la de la voz armoniosa,
la de las dulces palabras!
Abandona estas riberas
y vén conmigo á mi pátria,
que los que ven tu hermosura
y de amores no te hablan,
ni ojos tienen en el rostro,
ni ojos tienen en el alma,
y no merecen que entre ellos
quede joya tan preciada.
Vén conmigo, niña hermosa;
allá en remota comarca
tengo un soberbio castillo,
del que te haré castellana.

Allí tengo yo millares
de vasallos que me acatan,
vasallos que han de servirte
con humildad extremada,
y han de doblar la rodilla
ante tí, su soberana,
pues habrán de subyugarlos
tu majestad y tu gracia.
Mil damas de noble estirpe,
de ilustrísima prosapia,
se consumirán de envidia
al verte tan encumbrada;
mas pronto por tus virtudes
han de verse desarmadas,
y en reverencia y cariño
será la envidia trocada;
y si alguna persevera
en la envidia vil y baja,
tú podrás cumplidamente
con el desprecio pagarla.
Allí pasarás la vida
entre músicas y danzas;
allí tendrás ricas joyas,
lindos vestidos y galas;
allí tendrás bellas flores,
mas fragantes y galanas
que las que nacen á orillas
del cristalino Ibaizábal.
Allí con mi tierno amor
y mis ardientes miradas,
mis caricias conyugales
y mis amantes palabras,
haré que tu vida, niña,
sea una vida encantada,
que siempre sonrisa espléndida
anime tu linda cara,

y que nunca echés de menos
el valle del Ibaizábal.»

I V .

—«¡Caballero, caballero,
el de la brillante espada,
el de gentil apostura,
el de melosas palabras!
¿Cómo imaginar podeis
que me vaya á tierra extraña,
dejando el nativo valle
que riega el manso Ibaizábal?
¡Si al ménos de vuestra tierra
se viesén esas montañas
que nuestro valle dominan!
Mas ¡ay! que de vuestra pátria
ni las cimas se columbran
de los montes de Vizcaya,
pues, segun vos me decis,
sois de remota comarca.
¿Cómo marcharme podría
dejando desamparada
á mi anciana y tierna madre,
que allá en nuestra pobre casa
ansiosa me está esperando,
y que con sonrisa plácida
me dará la bienvenida
y aceptará estas guirnaldas?
¡No! nunca á mi buena madre
por oro ni amor dejára,
que mi sonrisa es para ella
lo que el sol para las plantas,
y mis amantes caricias
y cariñosas palabras
su ancianidad embellecen,

¡tal vez sus días alargan!
De vuestro hermoso castillo
no aspiro á ser castellana,
que á mí para ser feliz
mi humilde casa me basta,
mi humilde casa escondida
entre nogales y parras.
Mi vida pasar no quiero
entre músicas y danzas;
ni deseo ricas joyas,
lindos vestidos y galas;
ni quiero causar envidia,
ni con desprecio pagarla,
pues prefiero aquí quedarme,
ni envidiosa ni envidiada.
Y si es verdad, que lo dudo,
que hay flores en vuestra pátria
mas bellas y mas fragantes
que las de nuestra Vizcaya,
solácense en buena hora
con ellas altivas damas,
que yo prefiero las flores
que esta pradera engalanan,
las humildes florecicas
de orillas del Ibaizábal,
pues no olvido que tambien
soy una humilde aldeana.
¡Caballero, caballero,
el de la brillante espada,
el de las espuelas de oro,
el de melosas palabras!
¡Qué! ¿Vasallos por millares
ofreceis á una aldeana?
Sabed, gentil caballero,
que á mí un vasallo me basta;
un vasallo que me sirva

con el corazon y el alma.
De todas vuestras ofertas
solo la última me agrada,
el amor que me pintais
con seductoras palabras;
mas ¡ay! de ese amor yo dudo,
¡plegue á Dios que no dudára!
que si cual los lábios dicen
así sintiera vuestra alma,
no quisiérais arrancarme
del valle del Ibaizábal,
y os quedariais conmigo
y con mi madre adorada.
Que si vuestra pátria es linda,
no ménos linda es mi pátria;
si vuestra pátria es ilustre,
ilustre es esta comarca;
y no hay tierra que en nobleza
llegue á la libre Vizcaya.»

V.

Así respondió la niña,
si la crónica no engaña;
así respondió la niña
de las mejillas rosadas.
Y el hermoso caballero
que ya enamorado estaba,
llénase de gozo al ver
tanta discrecion y gracia.
Desciende de su caballo
con ligereza extremada,
y llegándose á la orilla
del trasparente Ibaizábal,
á su onda argentada arroja,
sin decir una palabra,

las lindas espuelas de oro,
y la reluciente espada,
y la pluma del sombrero
que es tan vistosa y tan rara,
y acercándose á la niña
de las mejillas rosadas,
cuyo angélico semblante
profundo asombro expresaba,
le dice:—«¡Linda doncella
de cabellera dorada,
de hermosos ojos azules,
de voz armoniosa y grata!
Ya no torno á mis hogares,
contigo quedo en tu pátria,
porque te amo, dulce niña,
por tu hermosura y tu gracia,
y tu amor tierno prefiero
al amor de altiva dama,
pues aun más que el rostro, niña,
hermosa tienes el alma.
A tu lado, hermosa jóven,
¡qué felicidad me aguarda!
Contigo discurriré
por praderas y montañas,
yo hablándote de mi amor,
tú diciéndome que me amas,
y con frecuencia vendremos
á tejer lindas guirnaldas
con las mil flores que crecen
á orillas del Ibaizábal.»
Esto dijo el caballero
á la preciosa aldeana,
y la niña le responde,
aunque alegre, sonrojada,
bajando los lindos ojos
con la mas púdica gracia:

—«Yo haré que no echeis de menos
ni vuestra querida pátria,
ni vuestro hermoso castillo,
ni las elegantes damas,
ni el continuado homenaje
de vasallos que os acatan,
pues os tengo de querer
como se quiere en Vizcaya,
como aman á sus esposos
las mujeres de mi pátria.
Y he de hacer que nunca os pese
haber entregado el alma
á la pobre campesina,
á la sencilla aldeana
que hallásteis cogiendo flores
á orillas del Ibaizábal.»

BELLEZA INMARCESIBLE.

El que necio sin igual
se enamora de una hermosa
por sus mejillas de rosa
ó sus lábios de coral;
el que busca, por su mal,
en un rostro interesante,
con qué mantener brillante
la hoguera de su afición,
vé extinguirse su pasión
al marchitarse el semblante.

Mas la virtud, el agrado,
el génio dulce y afable,
y la condición amable

de un corazon delicado,
 en el pecho mas helado
 encienden brillante hoguera,
 que ni vacila siquiera
 cuando muere la del necio.
 Sin la virtud, yo desprecio
 la cara mas hechicera.

(Del inglés, de Carew, maestresala de Cárlos I).

~~~~~  
 P O R T Í.  
 ~~~~~

Soneto.

Por tí ya cuanto veo me dá enojos
 recordando tu gracia y donosura,
 que tal es tu seráfica hermosura
 que á la brillante Aurora dá sonrojos.

Por tí, por el menor de tus antojos.
 diera de la otra vida la ventura;
 y desprecio del sol la lumbre pura
 desde que ví la lumbre de tus ojos.

Por tí, solo por tí, Lelia adorada,
 late de amor el corazon sencillo;
 por tí suspira el alma enamorada.

Por tí (me tiembla el pulso al escribillo)
 rondando á todas horas tu morada,
 seis catarros cogí y un tabardillo.

~~~~~  
 C U P I D O Y D O R I L A.  
 ~~~~~

El niño Amor y mi Dorila hermosa
 sentados á la orilla de un arroyo,
 diz que jugaban besos á los naipes,

y diz que se mostraba la Fortuna
muy esquiva á Cupido.

Despechado
juega las flechas y dorada aljaba,
y las pierde enseguida; mas creyendo
que la deidad mudable y caprichosa
aclarará su ceño, pone el arco
y lo pierde tambien.

Audaz arriesga
el coral de sus lábios seductores,
y la rosa que crece en sus mejillas,
y la tersura de su hermosa frente,
y el lindísimo hoyuelo de su barba.
Todo ganó Dorila.

Al fin Cupido
juega sus bellos ojos, ella gana,
y el desgraciado niño queda ciego.

¡Oh, dios Amor! si así ella te ha tratado,
dí ¿qué será de mí, mortal cuitado?

~~~~~

## LA PRIMERA ENTREVISTA.

~~~~~

Soneto.

Nunca podré olvidar, Silvia querida,
aquel feliz y venturoso instante
en que de tu hermosura el sol brillante
se alzó en el horizonte de mi vida.

Por una frondosísima avenida
yo caminaba, asaz de mal talante,
cuando alegró mi oído, y mi semblante,
una bella canción, dulce y sentida.

Guiado por la voz, Silvia adorada,
un campo de labor atravesando,

hasta enfrente llegué de tu morada.

Allí, amor mio, te encontré cantando,
á la sombra de un álamo sentada,
y un par de calzoncillos remendando.

~~~~~

## Á LIDIA.

~~~~~

Soneto.

Dí, Lidia! ¿por qué siempre con anhelo
te ocupas en vestirte y adornarte,
en empolvar tu rostro y perfumarte,
y edificar castillos con tu pelo?

Que todo no es hermoso yo recelo,
y que no eres perfecta en toda parte,
aunque no sé las faltas que tu arte
se ocupa en encubrir con tanto zelo.

Yo la graciosa sencillez adoro;
al rostro sin afeites doy la palma,
y á la flotante cabellera de oro.

Solo la sencillez turba mi calma;
no de tu frívolo arte me enamoro,
que deslumbra los ojos mas no el alma.

~~~~~

## EL PAÍS MAS HERMOSO.

~~~~~

Hermosa es la llanura tapizada
de verde césped y galanas flores,
cubierta de jardines deleitosos,
de arboledas sombrías,
de rubias mieses, y lozanas vides

cargadas de racimos, que contienen
el generoso néctar de los dioses.
Dó quiera vense casas agrupadas
alrededor de un templo de alta torre,
risueñas aunque humildes alquerías,
ricos palacios del placer morada,
insignes y famosos monumentos
de tiempos y de razas que pasaron,
y ruinas venerables. Cien arroyos
que el cielo azul reflejan,
fecundan la vastísima llanura,
y mueren en un rio caudaloso
que con andar muy lento y majestuoso,
atravesando campos y ciudades,
al anchuroso Océano se encamina.
Y en él al fin desagua, recibiendo
con ósculo amoroso á los bajeles
que con velas henchidas por el viento,
ó tal vez impelidos
por una fuerza oculta,
y en pós dejando nubarrones de humo,
penetran en el puerto deseado
despues de una penosa travesía,
y van á descansar en la bahía.

Hermosa es la montaña, cuya cresta
en la region se pierde de las nubes;
y hermosos son, el valle profundísimo,
mansion de la inocencia y la ventura;
el impetuoso arroyo, que formando
gigantesca cascada,
desciende á la hondonada;
el lago azul dormido entre los montes;
y la frondosa y solitaria selva,
donde solo se escucha
el rumor apacible de las hojas,
el canto de los mirlos y jilgueros,

de la amorosa tórtola el arrullo,
y de límpidas fuentes el murmullo.

Hermoso es el país donde nacimos,
donde en medio de juegos inocentes
se deslizó nuestra dorada infancia;
la comarca querida en que pasamos,
al calor suave del hogar paterno,
la risueña mañana de la vida.

Allí está el templo santo
donde escuchamos por la vez primera
las admirables máximas de Cristo;
donde las ceremonias imponentes,
los cantos melodiosos, y del órgano
la sublime armonía,
llenaban de purísima alegría
el corazón sencillo,
creyente y confiado,
en que los desengaños y la duda
no habían penetrado.

Allí está el cementerio dó reposan
de nuestros padres los mortales restos,
y es grato á la caída de la tarde
pasear en sus sombrías alamedas,
pensando en esta vida transitoria,
y en el día tremendo, en que al sonido
de la fatal trompeta,
han de salir los muertos del sepulcro,
á escuchar, del Señor en la presencia,
el fallo irrevocable
que á vida ó muerte eterna les sentencia.

Hermoso es el país en que encontramos
una mujer amante,
que nuestro amor comprenda
y con su amor nos pague con usura;
una mujer sencilla y delicada,
ardiente, apasionada,

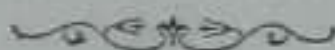
mas tierna que la cándida paloma
y como ella constante;
una noble mujer, cuya belleza
sea inferior tan solo
de su alma á la belleza incorruptible;
arcángel descendido
desde el séptimo cielo,
para hacer nuestra dicha en este suelo.
¿Qué importa que el paisaje sea pobre,
la colina pelada y escabrosa,
el prado sin verdura,
los árboles raquíticos, las flores
pálidas, sin fragancia ni frescura,
el rio cenagoso,
oscuro el horizonte,
y cubierto de nieve el alto monte?
¿Qué importa, si la lumbre de sus ojos
á la del sol remplaza con ventaja;
si adornan el pensil de sus mejillas
la colorada rosa y la azucena;
si el olor celebrado de las flores
no iguala de su aliento á la fragancia;
si su sonrisa espléndida
sabe fundir la nieve en nuestro pecho,
y si de sus acentos la armonía
el corazon inunda de alegría?

Pero hay otro pais aun mas hermoso,
de todos los países el mas bello,
y es la region altísima en que el justo
recibe el galardón de sus virtudes.
Allí no entran la traicion ni el dolo,
el rencor, la calumnia, ni la envidia;
todo allí es paz, amor y regocijo.
No hay frio en el invierno,
ni calor en verano,
ni lluvias torrenciales, ni granizo,

ni nieves hay, ni escarchas,
ni rios desbordados,
ni vientos tempestuosos,
ni espantables relámpagos y truenos.
Solo se escucha el soplo,
apenas perceptible, de los céfiros
que llenan el ambiente de perfumes;
la armonía inefable
de innumerables arpas;
y los himnos sublimes y dulcísimos
del angélico coro,
en honor y alabanza del Muy Alto,
cuya sonrisa espléndida en las almas
infunde gozo santo,
y cuya brillantísima mirada
llena de luz la celestial morada.

FIN.

A P É N D I C E .



Brenda de Kolbein.

A los lectores que vayan á Suecia les aconsejo que no busquen en aquel país el pico de Biorn, el torrente de Siebald, las ruinas de los castillos de Kolbein y de Felsen, ni el lugar en que estuvo edificada la cabaña de la vieja Astrida. Esta leyenda es enteramente fantástica, y la única razon que me ha movido á poner la escena en Suecia, es que en un país tan lejano parecen casi naturales los mismos acontecimientos que nos parecerian increíbles si se nos dijera que habian ocurrido en Arrigorriaga ó Miravalles, ó en Móstoles ó Ciempozuelos.

Enoch Arden.

Creo haber sido el primero en dar á conocer al público español el insigne poeta inglés Alfredo Tennyson, á quien sus compatriotas llaman enfáticamente *el poeta laureado*, ó simplemente *el laureado*. Mi traduccion de *Enoch Arden* se publicó por primera vez en Enero de 1873 en el *Irurac-bat* de Bilbao, y mas tarde, ó sea en Marzo del año siguiente, volvió á publicarse en las columnas de *La Ilustracion Española y Americana*.

He dedicado esta version castellana á la señora Vavasour Sandford, porque esta dama, una de las mas bellas, discretas y distinguidas de Inglaterra, fué la que llamó mi atencion hácia esta producción del poeta británico, en la que de otro modo tal vez nunca me hubiera yo fijado. Ella, cuyo corazon es tan bello como su rostro, comprendia la belleza de esta sencilla leyenda, y estaba segura de que al hacérmela leer me proporcionaba un placer vivísimo y profundo.

Si el lector desea pasar algunos momentos deliciosos, y conocer mejor á Tennyson, debe leer los preciosos *idilios* ELENA y ENID, admirablemente puestos en verso castellano por el señor D.^e Lope Gisbert. Espero que este distinguido escritor no abandonará el trabajo tan gloriosamente empezado, y que, aunque no traduzca todas las obras del poeta inglés, traducirá por lo menos todos sus inimitables *IDILIOS DEL REY*.

La Rosa de Ispaster.

Tratándose de una leyenda vascongada, ¿á quién podía yo dedicarla mejor que al que inspirándose en la historia, en las tradiciones y en las costumbres de este antiquísimo solar, ha escrito tantas bellísimas leyendas, tantos preciosos cuentos, tantas inestimables poesías? Sin embargo, si he dedicado esta leyenda á D. Antonio de Trueba, no ha sido solamente como un tributo de admiración hácia él, que es una de las mas puras glorias de Vizcaya; sino tambien en agradecimiento de sus bondades y de sus consejos, y *principalmente* en prueba de mi acendrado cariño, que si el autor del *Libro de los Cantares* y del *Libro de las Montañas* merece ser admirado, aun mucho mas merece ser querido.

El Brebaje Maravilloso.

Siendo el señor Villavaso director del *Irurac-bat*, se publicaron en este periódico algunos de mis primeros ensayos literarios, á los que dicho señor dedicó en mas de una ocasion, elogios tan poco merecidos como bien intencionados. Sin embargo, el señor Villavaso no ha querido que le dedicára esta leyenda en muestra de gratitud, sino solamente en prueba del afecto que le tengo, y al que él corresponde tan cordialmente. Como tal se la ofrezco, pues, al actual diputado á Córtes por el distrito de Durango, al periodista distinguido, al orador elocuente que tan brillante defensa ha hecho, en el Congreso, de nuestras seculares instituciones.

En la nota de la página 102 se habla de la notable *Guia Histórico-Descriptiva del Viajero en el Señorío de Vizcaya*, de la que el señor Delmas vá á hacer en breve una segunda edicion, por haberse agotado la primera. Otros libros aun mas notables, curiosos é importantes, tenia escritos el señor Delmas, y preparados para darlos á la estampa; pero, desgraciadamente, no pudo retirar tan preciosos manuscritos de la magnífica y elegante casa que dicho señor poseia en el Campo Volantin, y que como todos saben fué incendiada por los carlistas, despues de la rendicion de los carabineros que tan bizarramente la defendieron. Esos manuscritos, que fueron pasto de las llamas, representaban muchos años de asiduo trabajo, muchos años de estudio, de investigaciones y de meditacion, pues habia entre ellos, seis tomos terminados de una *Coleccion de Autores Vascongados*, una extensa *Historia de Bilbao*, un libro curiosísimo titulado *Doce Vizcainos célebres*, (D. Diego Lopez de Haro, Machin de Munguia, Joanes de Arteaga, Recalde, Zamácola, el general Urrutia, etc.), una *Historia de las casas armeras de Vizcaya*, una *Historia de la casa de Arteaga*, etc. etc. Es una pérdida dolorosísima, pero creemos que el señor Delmas, cuya laboriosidad y cuyo amor al país vascongado son bien conocidos, sabrá repararla en lo posible.

El señor Delmas no perdió en el incendio solamente las obras inéditas de que acabamos de hablar, pues tenia en su casa, entre otros preciosos objetos de arte, un verdadero museo arqueológico, una notable coleccion de pinturas, y una

magnífica biblioteca, rica principalmente en manuscritos y libros raros, y todo, ó casi todo, lo devoraron las llamas.

La Maya.

De todas las poesías de Tennyson, esta es indudablemente la mas conocida, y también, tal vez, la mas celebrada. En cuanto á DORA, que en este volumen la precede inmediatamente, es un poemita del genero de *Enoch Arden*, y puede seguramente contarse entre las mejores producciones que han brotado de la fecunda pluma del egregio autor de *The Grandmother*, de *Northern Farmer*, y de *The Miller's daughter*. ¡Qué admirablemente pintados están los cuatro personajes de la leyenda! Allan y su hijo Guillermo tienen el mismo carácter, los mismos defectos, la misma rudeza, la misma obstinacion; Maria Morrison es lo que se llama una buena mujer; Dora..... ¿qué diremos de Dora?—Dora es un ángel.

Manuel Iturriaga.

Esta, y las otras tres baladas vasco-francesas que la preceden, se publicaron en francés juntamente con algunas otras, sin nombre de autor; pero se atribuyen con bastante fundamento á Francisque Michel, el ilustrado autor de *Le Pays Basque*.

Evangelina.

El eminente literato é insigne poeta D. Juan Eugenio Hartzenbusch, á quien yo remiti mi version de Evangelina, me decia lo siguiente en carta escrita en Avila el 9 de Agosto de 1875:

«*Evangelina* es la obra de un gran poeta, que parece algo mas aficionado á describir las cosas que á describir, á pintar ó hacer hablar á los hombres. El poema es lindisimo; y sin embargo, yo hecho menos en él la historia de Gabriel, que podría haber sido tan interesante como la de su novia. ¿No la sabia el autor? Pero no nos quejemos: recibamos con agradecimiento y aplauso lo que se nos dá, sin pedir gollerias: buena señal es que un autor deje á los lectores con gana de mas lectura.»

Verdad es, como dice el ilustre autor de *Los Amantes de Teruel*, que llama la atencion del lector lo poco que el poeta habla de Gabriel; pero es preciso tener en cuenta que Evangelina es la heroina del poema, y que si Longfellow habria hecho de Gabriel un personaje tan interesante como su novia, el poema no hubiera podido titularse *Evangelina*, sino *Gabriel y Evangelina*. Si el autor habla poco de Gabriel, si le presenta deseoso de distraerse y de olvidar, mientras que su prometida pasa la vida toda buscándole, es para mejor hacer resaltar el ardiente amor, la admirable perseverancia, el inmenso sacrificio de la jóven. Gabriel es un jóven apreciable, un amante leal; pero nada mas. Evangelina es la mas sublime personificacion del amor, de la constancia, de la paciencia, de la abnegacion.

Debo decir aquí la razon que me ha movido á dedicar este humilde trabajo al señor Hartzenbusch. Tenia yo quince años escasos cuando, hallándome en Ma-

drid, escribí mis primeros ensayos literarios, y no atreviéndome á darlos á luz sin consultar antes con persona competente, se los remiti uno despues de otro á dicho señor, quien me dijo que podia publicarlos (vieron la luz en un periódico ilustrado de la córte), me dió muy buenos consejos, y manifestó vivos deseos de conocerme, rogándome varias veces en sus cartas que fuera á verlo á la Biblioteca Nacional. Pero no me atreví á ello, á pesar de lo mucho que deseaba conocer á un hombre tan ilustre: su gran reputacion me imponia: temia que la favorable opinion que de mí le habian hecho concebir mis cartas y mis tentativas literarias, se desvaneciera en la primera conversacion que tuviéramos. En una palabra, no tuve valor; me reconocí muy débil y pequeño para presentarme ante uno de los hombres mas eminentes de España. En recuerdo de esto, y en señal de agradecimiento, he dedicado al insigne Hartzzenbusch mi version española de *Evangelina*.

Longfellow sabia nuestra lengua, y era muy amante de nuestra literatura. Habia traducido admirablemente las *Coplas de Manrique*, y algunos sonetos de Aldana y de Lope de Vega. Una circunstancia que prueba el indisputable mérito del autor de *Evangelina*, es que á pesar de no ser inglés, sino americano, es popularisimo en Inglaterra, tanto ó mas popular que cualquier poeta nacido en la Gran-Bretaña é Irlanda.

Aunque escribí para *Evangelina* mas de cuarenta *notas*, por no cansar al lector solo he dado á luz diez y siete; es decir, aquellas de que, á mi parecer, no se puede prescindir.

FIN DEL APÉNDICE.

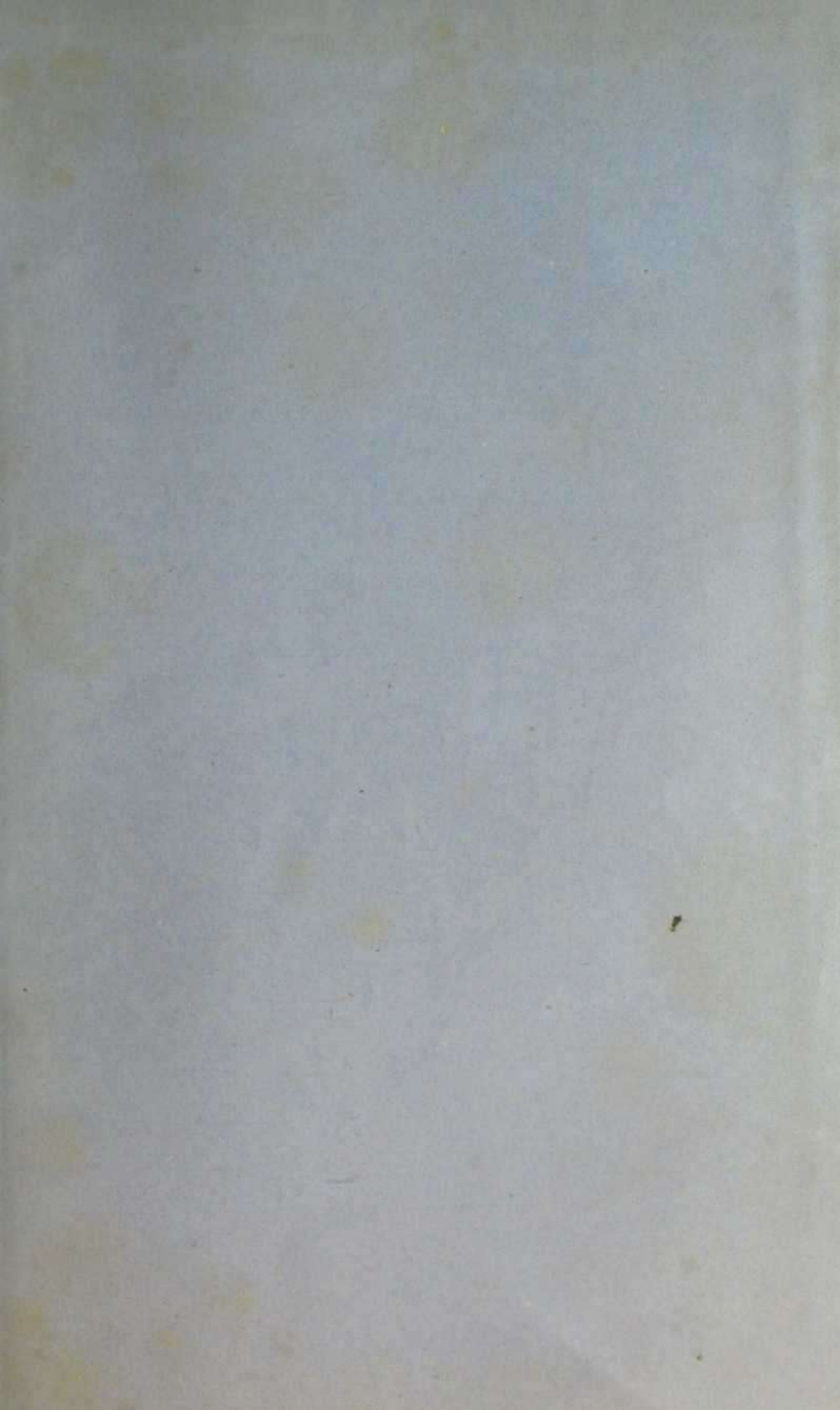


ÍNDICE.

	<u>PÁGINAS.</u>
AL LECTOR	5
Brenda de Kolbein.	9
Enoch Arden	51
La Rosa de Ispaster	77
El Brebaje Maravilloso	93
Dora.	147
La Maya.	151
Saubade la orgullosa	157
El Vendedor de canciones.	159
Graciosa.	165
Manuel Iturriaga.	167
La leyenda del pico-cruzado.	170
El fraile de hábito gris.	171
El cocodrilo y el lagarto.	173
Evangelina.	175
Don Trifon XIV.	229
El Amor y la Muerte.	265
Astros de escasa luz.	266
A orillas del Ibaizábal.	267
Belleza inmarcesible.	275
Por tí.	276
Cupido y Dorila.	276
La primera entrevista.	277
A Lidia.	278
El país mas hermoso.	278
APÉNDICE.	283

ERRATAS MAS NOTABLES.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
34	8	no u	no su
73	30	trabajó	trabajo
87	1	Pedro	—Pedro
88	25	nupc' al	nupcial
110	22	fué	fuera
126	26	morada»,	morada,
158	14	<i>fiancè</i>	<i>fiance</i>
190	29	gratisima	gratisimo
217	7	<i>Correur-des-bois</i>	<i>Coureur-des-bois</i>
227	1 y 2	llevaban	llevan



1
✳

